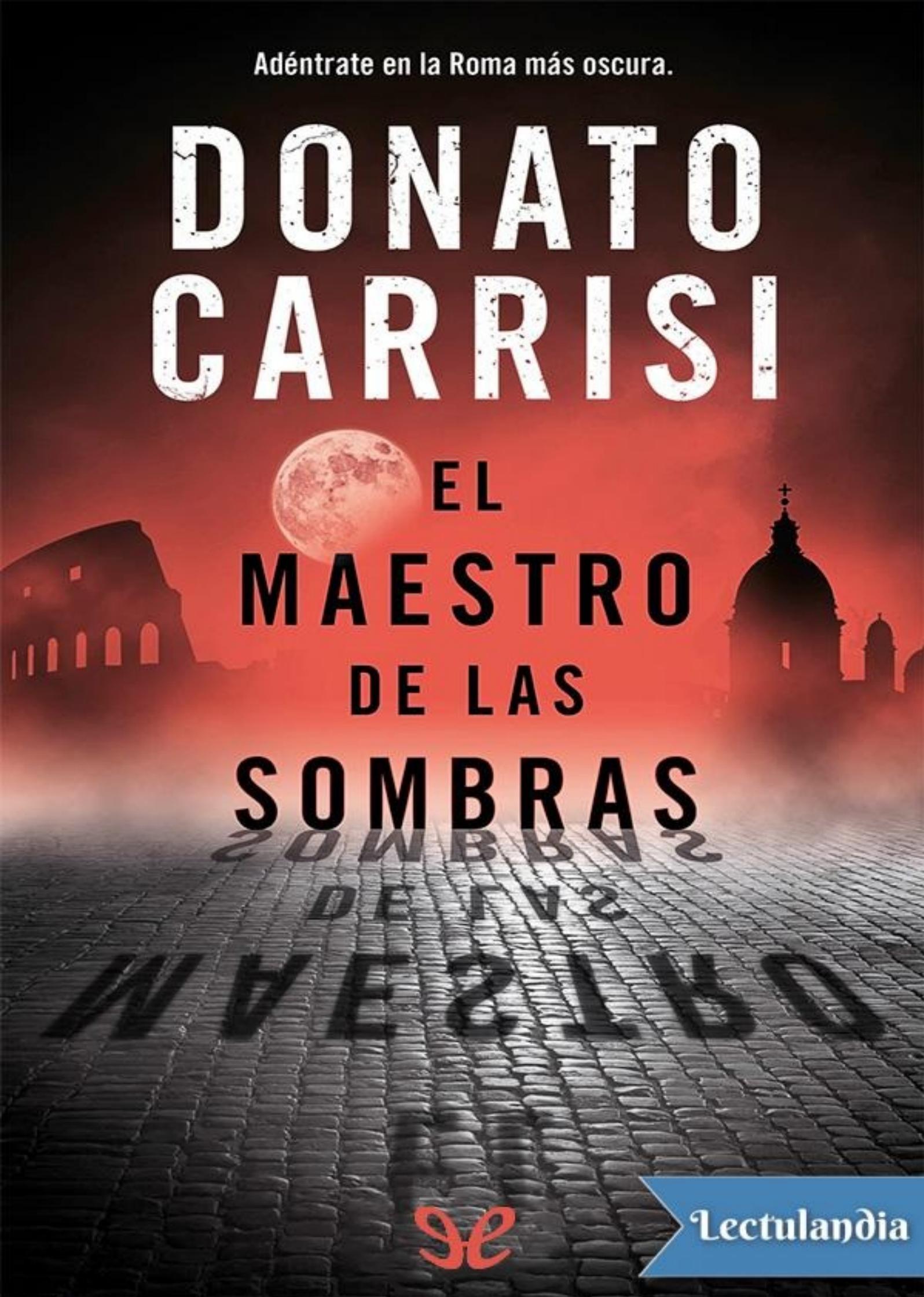


Adéntrate en la Roma más oscura.

DONATO CARRISI



EL
MAESTRO
DE LAS
SOMBRAS



Lectulandia

La noche más oscura cae sobre Roma.

Año 1521. Nueve días antes de morir, el papa León X emite una bula que contiene un mandato solemne: «Roma no debe nunca, nunca, nunca quedarse a oscuras».

Año 2017. Una tormenta sin precedentes azota la ciudad de Roma. Un rayo cae en una de las centrales eléctricas y las autoridades se ven obligadas a imponer un apagón total de veinticuatro horas. Con las tinieblas, un rastro de muertos aparece.

Lectulandia

Donato Carrisi

El maestro de las sombras

Marcus y Sandra - 3

ePub r1.0

Karras 02-11-2018

Título original: *Il maestro delle ombre*
Donato Carrisi, 2016
Traducción: Maribel Campmany

Editor digital: Karras
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Prefacio

El amanecer

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3 - 7 horas y 24 minutos para el anochecer

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7 - 5 horas y 38 minutos para el anochecer

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10 - 2 horas y 35 minutos para el anochecer

Capítulo 11

Capítulo 12

El anochecer

Capítulo 1 - 14 horas y 3 minutos para el amanecer

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5 - 11 horas y 23 minutos para el amanecer

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9 - 8 horas y 43 minutos para el amanecer

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12 - 6 horas y 43 minutos para el amanecer

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16 - 5 horas y 3 minutos para el amanecer

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21 - 3 horas y 29 minutos para el amanecer

Capítulo 22

Capítulo 23 - 57 minutos para el amanecer

El amanecer

[33 días después del amanecer](#)
[Nota del autor](#)
[Agradecimientos](#)
[Sobre el autor](#)

*A Antonio, mi hijo.
Mi sustancia y cantidad*

A. D. 1521. Nueve días antes de morir, el papa León X emite una bula que contiene un mandato solemne.

Roma no debe «nunca, nunca, nunca» quedarse a oscuras.

El pontífice establece en ella qué calles, iglesias y palacios permanecerán siempre iluminados durante la noche. No puede faltar aceite en las lámparas y en los depósitos no pueden agotarse las reservas de velas bajo ningún concepto.

La orden papal es respetada durante más de trescientos años. Sin embargo, a finales del siglo XIX, con la llegada de la electricidad, la disposición que contiene la bula pasa a ser superflua.

Historiadores y teólogos se han interrogado durante mucho tiempo sobre las razones que empujaron a León X a imponer semejante disposición. A lo largo de los siglos, han surgido las teorías más variadas y, en ocasiones, fantásticas. Pero nunca se ha conseguido dar con la verdadera explicación.

A pesar de ello, la bula papal nunca ha sido retirada y, hasta la fecha, la oscuridad de Roma sigue siendo un misterio sin resolver.

EL AMANECER

1

Estaba previsto que la energía eléctrica quedara interrumpida a las siete y cuarenta y uno de la mañana. Desde ese momento, Roma se precipitaría a una nueva Edad Media.

Una excepcional ola de mal tiempo se abatía sobre la ciudad desde hacía casi setenta y dos horas. Un azote ininterrumpido de tormentas con ráfagas de viento que superaban los cincuenta kilómetros por hora.

Un rayo había destruido una de las cuatro centrales que garantizaban el suministro energético. Como un efecto dominó, la avería había repercutido en las otras tres, sometiéndolas a una peligrosa sobrecarga.

Para reparar la avería era necesario interrumpir el abastecimiento del servicio durante veinticuatro horas.

El anuncio del apagón se había dado a la población la noche anterior, con un breve aviso. Las autoridades aseguraban que los técnicos trabajarían de manera diligente para restablecer la normalidad dentro del plazo prometido. Pero a causa de la falta de electricidad, todas las comunicaciones quedarían interrumpidas. No habría líneas telefónicas, ni Internet ni móviles. Tampoco radio ni televisión.

Una supresión tecnológica total. Y justo en medio de una emergencia meteorológica.

A las siete y treinta, cuando faltaban pocos minutos para la desconexión, Matilde Frai estaba en la cocina enjuagando la taza con la que se había tomado el primer café de la jornada. La dejó sobre un estante y recogió el cigarrillo encendido del borde del mármol del fregadero. Descubrió un cerco amarillento en el lugar donde lo había posado, se lo quedó mirando un larguísimo rato.

En las cosas más insignificantes moraba una paz inesperada.

Matilde se refugiaba en ellas para evadirse de sus propios pensamientos. En la esquina doblada de la página de una revista, en el remiendo de un pequeño descosido, en una gota de condensación que resbalaba por la pared. Pero la tranquilidad nunca duraba lo suficiente y, cuando ya la había secado

con la mirada, su demonio volvía a recordarle que el angosto infierno en el que se hallaba prisionera nunca iba a dejarla marchar.

«No puedo morir. Todavía no», se dijo. Pero lo deseaba tanto...

La expresión de Matilde volvió a endurecerse. Se llevó el cigarrillo a los labios y aspiró una profunda calada. A continuación echó la cabeza hacia atrás y, mirando al techo, expulsó una nube de humo blanco y, al mismo tiempo, toda su frustración. Hubo un tiempo en que fue hermosa. Pero, como habría dicho su madre, se había abandonado, y con solo treinta y seis años era una mujer irreversiblemente sola. Nadie habría podido imaginar que en una ocasión había sido una muchacha. Lo que veían —cuando lograban verla— era una vieja demasiado joven.

El reloj de la pared marcaba las siete y treinta y dos.

Matilde apartó una silla de debajo de la mesa y se sentó al tiempo que se acercaba el mando a distancia del televisor, un paquete de Camel y el cenicero de hojalata. Utilizó la colilla que tenía en la mano para encenderse otro cigarrillo.

Y se quedó mirando fijamente al frente.

—Debería... —se interrumpió—. Debería llevarte al barbero a cortarte el pelo —dijo a continuación, de un tirón, seria—. Sí, lo llevas demasiado largo por los lados —e incluso señaló el punto exacto alargando el brazo durante un instante—. Y ese flequillo ya no me gusta. —Asintió, como para confirmar que era lo que había que hacer—. Sí, iremos mañana, después de la guardería. —Se calló, pero no apartó la mirada.

Observaba la puerta de la cocina.

Al otro lado no había nadie, pero en la pared, junto al perfil del marco de madera, había unas marcas, alrededor de una veintena. Iban de abajo arriba. Por cada muesca, un color distinto y una fecha.

La última, arriba del todo, era verde, y a su lado se leía: «103 cm – 22 de mayo».

Matilde se repuso repentinamente del sopor, como si acabara de escapar de un hechizo. De vuelta a la realidad, cogió el mando a distancia y lo apuntó hacia el televisor situado en el aparador.

Apareció una atractiva rubia con un traje de chaqueta rosa pálido, enfocada de medio cuerpo. Bajo ella, sobreimpresas, unas palabras: «Medidas excepcionales para la ciudad de Roma, en vigor desde las 7:41 horas del 23 de febrero hasta la finalización del apagón programado». La locutora, con tono reposado y tranquilizador, estaba leyendo un comunicado mirando hacia la cámara. «Para evitar accidentes, las autoridades han dispuesto el paro total del

tráfico. No se podrá circular y tampoco salir de la ciudad. Les recordamos que tanto los aeropuertos como las estaciones no están operativos desde ayer a causa del mal tiempo. Por lo tanto, se recomienda a los ciudadanos que permanezcan en sus casas. Repito: por su seguridad y la de sus seres queridos, no intenten salir de la ciudad».

Matilde pensó que, de todos modos, ya no le quedaba nadie ni ningún otro sitio adonde ir.

«Durante el día, salgan solo si es imprescindible. En caso de necesidad, cuelguen una sábana blanca de una ventana para que los servicios de socorro, que estarán patrullando las calles sin parar, puedan localizarlos. Les recordamos que por la noche será obligatorio respetar el toque de queda, que empezará una hora antes de la puesta de sol. A partir de ese momento, quedarán suspendidas algunas libertades individuales».

El tono sosegado y las maneras cordiales de la locutora deberían haber infundido cierta sensación de tranquilidad a la situación, pensó Matilde, pero conseguían el efecto contrario. Había algo de grotesco e inquietante en ellos. Como la sonrisa en el rostro de la azafata de un avión mientras está cayendo.

«Los cuerpos policiales vigilarán los barrios y tendrán amplios poderes para asegurar el orden público y sofocar los delitos: los agentes están autorizados a realizar arrestos incluso basándose en simples sospechas. Los autores de crímenes cometidos durante las horas de oscuridad serán procesados inmediatamente y juzgados con extrema severidad. A pesar de ello, las autoridades exhortan a los ciudadanos a encerrarse bien en sus casas y a tomar precauciones para impedir que personas desconocidas o malintencionadas accedan a sus viviendas».

Ante esa frase, un frío repentino se apoderó de Matilde Frai, que se encogió de hombros.

La rubia presentadora dejó las hojas sobre la mesa que tenía delante y miró hacia la cámara. «Con la seguridad de contar con su colaboración, les invitamos a ver el próximo boletín informativo que se emitirá al finalizar el estado de emergencia, dentro de veinticuatro horas a partir de este momento. En pocos segundos, el sonido de las sirenas precederá a la inminente desconexión de la energía eléctrica y el apagón programado dará oficialmente comienzo». La locutora no se despidió de los espectadores, sino que se limitó a dirigir otra sonrisa muda al objetivo. A continuación, su rostro fue sustituido en la pantalla por el texto «Fin de la emisión».

En ese preciso instante, la potente llamada de las sirenas empezó a resonar en el exterior.

Matilde desvió la mirada hacia la ventana. Fuera era de día, aunque el mal tiempo oscurecía el cielo y parecía de noche. La luz del techo de la cocina estaba encendida, a pesar de ello la iluminación no bastaba para confortar a la mujer, que se quedó mirando fijamente la bombilla, esperando a que se apagara de un momento a otro. Pero eso todavía no sucedía. La lluvia continuaba incesante y los segundos se dilataron en una eternidad insoportable. Matilde miró de nuevo el reloj de la pared: las siete y treinta y ocho. No, no podía seguir esperando más. Tenía que acallar esas malditas sirenas que le perforaban el cerebro. Aplastó el segundo cigarrillo en el cenicero, se levantó de la mesa y se acercó a una vieja batidora que hacía años que no usaba, pero que inexplicablemente había permanecido conectada al enchufe. La puso en marcha. A continuación fue el turno de la tostadora, a la que bajó ambas palancas a la vez que accionaba el temporizador. Después le tocó a la campana situada sobre los fogones. A la lavadora, al lavaplatos. Sin ninguna razón aparente, también abrió la puerta del frigorífico. Al final, encendió la radio que tenía junto al fregadero, siempre sintonizada en una emisora de música clásica. Bach intentaba desesperadamente abrirse paso en la cacofonía de ruidos, pero acababa sucumbiendo. De ese modo, después de poner en marcha todos los electrodomésticos y haber encendido todas las bombillas, Matilde Frai volvió a sentarse con la intención de fumarse el enésimo cigarrillo. De nuevo se quedó mirando el reloj de la pared, esperando a que terminara la cuenta atrás antes de la llegada de la oscuridad y el silencio.

Mientras la manecilla perseguía desesperadamente los segundos, sonó el teléfono.

Observó el aparato, atemorizada. Era el único sonido que no había provocado ella. Hacía años que ya no conocía a nadie y nadie se ocupaba de ella. Es más, pensándolo bien, ese artefacto ni siquiera debería de haber estado presente en la casa, en su nido de soledad forzada. Se acababa de abrir una brecha en su clausura. El sonido del timbre era un grito en medio del estruendo, era como si clamara su nombre. Matilde tenía dos opciones: esperar a que el inminente apagón pusiera fin a la tortura o bien hacerlo ella misma, cogiendo el teléfono.

«Nadie me llama desde hace años. Nadie tiene mi número».

No era simple curiosidad lo que impulsó a las piernas a levantarse de la silla. Era un presentimiento. Cuando descolgó el vetusto aparato digital, a la mano le costó un poco llevar el auricular al oído, temblando imperceptiblemente. Incluso antes de poder decir nada, Matilde oyó breves

descargas eléctricas, como una interferencia en la comunicación. Luego, en medio de sacudidas estridentes y molestas, apareció una voz.

La voz de un niño.

—Mamá... —dijo, dejándola helada—. ¡Mamá! ¡Mamá! ¡Ven a buscarme, mamá! —suplicó, aterrorizado.

Le había hecho aprender de memoria el número de casa el primer día de guardería. Estaba segura de que era más fácil de recordar que el de un móvil. La escena le volvió a la memoria: estaba sentado a la mesa de esa misma cocina y acababa de terminar de desayunar, galletas y mermelada de uva. Matilde estaba de rodillas delante de él atándole los zapatos. Mientras tanto, su hijo repetía los números de uno en uno y ella hacía lo mismo, pero con la boca pequeña, para no ayudarlo demasiado. Quería estar segura de que lo había memorizado bien.

La imagen del pasado se desvaneció tal como había venido. Matilde Frai se encontró de nuevo proyectada en el presente, alterada, pero al fin consiguió decir algo.

—Tobia... —Se llevó una mano al otro oído, porque el estrépito de todos los electrodomésticos de su alrededor le impedía oír bien.

—¡No me dejes aquí! ¡No me dejes solo! —Más descargas, interferencias en la línea—. Estoy aquí —dijo la voz al otro lado del hilo telefónico—. Estoy...

En primer lugar, cesaron todos los ruidos. Las luces de la cocina se apagaron simultáneamente. El hacha de las sombras cayó sobre los objetos, repentinamente inmóviles.

Fue entonces cuando Matilde se dio cuenta de que el auricular también se había convertido en un objeto inanimado.

El silencio que emitía era antinatural, como si nunca hubiera producido ningún sonido, como si lo que acababa de oír solo fuera fruto de su imaginación, o de la locura.

Matilde empezó a temblar con más fuerza, no era capaz de detenerse. A continuación, volvió a levantar la mirada hacia el reloj de pared.

Las siete y cuarenta y uno en punto.

2

A las siete y cuarenta y uno, las sirenas dejaron de sonar.

Pero el inicio exacto del apagón programado sería recordado por todos, no por el letargo simultáneo de cualquier tipo de aparato eléctrico —décadas de progreso tecnológico barridas en un solo instante—, ni por la repentina interrupción de las comunicaciones —y el claustrofóbico aislamiento que conllevó—, sino por el silencio irreal y desconocido que surgió como un espectro venido del pasado. Una quietud a la que ningún habitante de Roma estaba acostumbrado y que resultaba más incómoda que el monótono fragor de la lluvia.

Sin embargo, fue precisamente ese repentino silencio lo que lo devolvió a la vida.

Emergió de las profundidades de un sueño sin aliento buscando desesperadamente una bocanada de aire. Necesitó tres intentos antes de que un poco de oxígeno entrara en sus pulmones. No estaba simplemente durmiendo, había perdido el sentido y se ahogaba en sí mismo. Pero cuando abrió los ojos, lo acogió una segunda tiniebla.

«Estoy ciego».

La dificultad para respirar tal vez dependiera de la postura. Estaba boca abajo y tenía los brazos atados a la espalda, con las muñecas apretadas en una fría mordaza. «¿Esposas?». En primer lugar, el hombre se incorporó con la intención de ponerse de rodillas y poner fin al suplicio de la apnea. Sintió que los músculos gemían y las articulaciones recuperaban fatigosamente la movilidad. Fue una operación difícil y laboriosa.

«Estoy desnudo. Me duele el pecho».

El oxígeno empezó a irrigarle el cerebro, puntitos brillantes empezaron a danzar de manera irritante por su campo visual. No, no había perdido la vista: era el mundo a su alrededor lo que había sido tragado por el vacío.

«¿Dónde estoy? ¿Quién soy?».

Se sintió perdido. La oscuridad total estaba fuera, pero también en su interior.

«¿Quién soy, en qué lugar me encuentro?».

Aparte del lejano repiqueteo de la lluvia, su única referencia era de tipo olfativo. El sitio olía mal. A agua estancada, pero también a algo más.

A muerte.

Tenía frío y tosió. Le sorprendió la reverberación. Volvió a toser y se quedó escuchando, contando el tiempo que el eco tardaba en devolverle el sonido. En su desesperación, usó la voz como un sonar para saber lo grande que era el espacio en el que se hallaba. Repitió el experimento haciendo palanca con las rodillas y girando el cuerpo. No fue suficiente. Entonces se impulsó con la cadera e intentó ponerse de pie. La primera vez cayó sobre un costado. Volvió a intentarlo con más cautela y lo consiguió.

Hundía los pies en un lodo viscoso y húmedo, pero por debajo podía percibir una consistencia de piedra dura, seguramente de obra. El hecho de no hallarse en una fosa de tierra lo reconfortó un poco. Porque de una fosa no se puede escapar. De un edificio, sí. Siempre hay una entrada y, por consiguiente, también una salida.

Decidido a encontrarla a toda costa, avanzó en la oscuridad. El suelo estaba desnivelado, pero aun así podía mantener el equilibrio. Con la esperanza de que ningún obstáculo interrumpiera su camino, avanzó sin demasiada cautela en busca de una pared que hiciera de barrera. Al no poder tender los brazos hacia delante, tuvo que resignarse a chocar contra ella.

El golpe, a pesar de ser leve, volvió a provocarle esa sensación de opresión en el pecho. Respiró y esperó a que se le pasara.

A continuación apoyó la mejilla izquierda en la pared. Por el tacto percibió enseguida algo liso. Era de toba. Decidió recorrer todo el perímetro hasta encontrar una puerta o una abertura. Dio el primer paso, pero un saliente de piedra lo hizo tropezar provocándole un agudo dolor en los dedos del pie. Le habría dado una patada, porque fue mayor la rabia que el dolor, pero se contuvo y prosiguió con más cuidado. A medida que avanzaba pegado a la pared, también iba adquiriendo una percepción del lugar en el que se encontraba. Descubrió que no había aristas que interrumpieran su camino.

Estaba en una sala circular.

El material utilizado para construirla, dividido en grandes placas acopladas, le hizo pensar en una edificación muy antigua. En un primer momento no había previsto que fuera tan amplia. En cambio, cuanto más avanzaba, más cuenta se daba de lo equivocada que era su percepción. Parecía que la pared no acababa nunca. «¿Dónde está la puerta? Maldita sea». El frío de la piedra había empezado a insinuarse bajo su piel. Los escalofríos lo

sacudían y notaba que el aliento se condensaba delante de su cara. Si no se daba prisa en salir, incluso podría morir congelado. Pero dejó de pensar en ello cuando movió el pie para dar el enésimo paso. Se paró en seco. Había tocado algo que le resultaba familiar.

El saliente con el que había tropezado un rato antes.

Al principio fue solo una intuición. Habría dado cualquier cosa por que siguiera siendo solo eso, para no tener que enfrentarse a lo que le robaba cualquier esperanza. En cambio, casi enseguida, «aquello» adquirió la consistencia atroz de una escalofriante certeza.

Había dado la vuelta a un círculo. No había ninguna abertura en la habitación.

«Como una tumba —pensó—. “Mi” tumba». No era lógico: su presencia allí probaba de manera irrefutable que existía una vía de acceso. Pero la feliz deducción fue barrida enseguida por otra igualmente válida.

Alguien lo había emparedado dentro. Emparedado vivo.

Se apoyó de costado contra la pared y se dejó caer lentamente hasta quedar acurrucado en el suelo. Notó una oleada de angustia que le subía por el cuerpo en forma de una llamarada de calor. El pánico era el veneno de la razón. Intentó ahuyentarlo, recobrar el control. Pero la ansiedad crecía. «¿Quién soy, dónde estoy? ¿Quién soy, dónde estoy? ¿Quién soy, dónde estoy?...». Notó que una leve tibieza se deslizaba desde la nariz hacia el labio. La gota franqueó el borde de la boca y sintió el sabor del líquido viscoso. Sangre. Su sangre.

«Epistaxis».

Nunca había sabido de qué dependía ni prever cuándo iba a ocurrirle, podía ser en cualquier momento. Lo único cierto era que, ahora, ese trastorno ya formaba parte de sí mismo, como un rasgo somático o de la personalidad. Un detalle defectuoso con el que se había acostumbrado a convivir. Nunca había comprendido por qué el Señor le había infligido esa pequeña y molesta imperfección. Ahora, después de tanto tiempo, lo sabía. Lo había hecho para que en ese día de tormento pudiera aferrarse con todas sus fuerzas a ese detalle y utilizarlo para sacar a su memoria de la oscuridad.

«Mi nombre es Marcus —se dijo—. Y sufro epistaxis».

El resto de los recuerdos llegó como una corriente irrefrenable. «Soy cura. Pertenezco a la sagrada orden de los Penitenciaros, que responde ante el Tribunal de las Almas. Soy el último integrante de mi congregación. Nadie sabe de mí, nadie conoce mi identidad». Y empezó a repetir lo que le habían enseñado: «Hay un lugar en el cual el mundo de la luz se encuentra con el de

las tinieblas. Es allí donde sucede todo: en la tierra de las sombras, donde todo es enrarecido, confuso, incierto. Yo soy el guardián que defiende esa frontera. Porque de vez en cuando algo consigue cruzar... Yo soy un cazador de la oscuridad. Y mi labor es hacerlo volver atrás».

Empezó a tranquilizarse. Porque su peor pesadilla —más que estar enterrado vivo en una cripta— era olvidar quién era... «otra vez».

Años atrás ya había estado a la deriva en su propia mente, en una cama de hospital, en Praga, después de que le dispararan en la cabeza en una habitación de hotel. La amnesia era un océano plano, inmóvil, sin viento ni corrientes. No se podía navegar por él, y nunca sucedía nada. Te quedabas allí quieto, en una perpetua espera de una ayuda que nunca iba a llegar.

Pero luego, una noche, apareció junto a esa cama Clemente —su guía— y le ofreció la verdad sobre su pasado, a cambio de una promesa solemne que le ocuparía el resto de su vida. Él aceptó. Nadie iba a devolverle sus viejos recuerdos, pero desde ese momento tendría el modo de crearse otros nuevos. Y así había sido. Por eso Marcus no quería perder también estos. A pesar de que, la mayoría de las veces, fueran dolorosos.

Ahora, Clemente estaba muerto. Él tenía un nombre, lo máspreciado que poseía. Los únicos recuerdos del pasado antes de Praga eran una cicatriz en la sien izquierda... y la epistaxis, gracias a Dios.

Un pinchazo en el pecho le cortó de nuevo la respiración. Marcus se inclinó instintivamente hacia delante, con la esperanza de que eso bastara para que parara. No sabía de qué dependía, nunca había sentido nada parecido en toda su vida, o al menos en la parte que podía recordar. Funcionó. Tal como había llegado, el dolor desapareció de repente.

«Todavía no se ha terminado», se dijo. Haberse despertado de un sueño que lo habría acompañado dulcemente a los brazos de la muerte no bastaba. Todavía podía morir. De hecho, no había manera de librarse de la presión de las esposas. De modo que, antes de que el miedo volviera a apoderarse de él privándolo de un elemental instinto de supervivencia, se esforzó en reconstruir lo que le había ocurrido. Dejó a un lado por un momento el asunto referente a dónde se encontraba, porque había otra cosa que tenía que aclarar antes.

¿Cómo había acabado allí? ¿Por qué estaba esposado? Y, lo más importante: ¿quién le había hecho esto?

En su mente había una especie de muro negro, infranqueable. Lo último que recordaba era que se había producido una avería en la red eléctrica de Roma y que, probablemente, sería necesario interrumpir temporalmente el

suministro de energía a la ciudad. Pero no sabía cuánto tiempo había pasado desde entonces. Sin duda no habrían sido días ni semanas. Lo demostraba el hecho de que todavía estuviera vivo. Al parecer, incluso antes que allí afuera, el apagón se había producido en su mente. Aunque en el fondo se tratara de una amnesia bastante leve y no hubiera comprometido la parte consistente de su memoria, Marcus estaba asustado de todos modos.

¿Qué la había causado? ¿Tal vez la asfixia?

Debía hacer una reconstrucción de todo lo sucedido. Igual que cuando, al visitar la escena de un crimen, intentaba leer todas las señales del mal ante un cadáver degollado, descuartizado o quemado. Porque era lo que sabía hacer, lo que se le daba mejor. Buscar «anomalías». Imperceptibles desgarrones en el cuadro de la normalidad. Defectos en el entramado de las cosas, como su epistaxis. Solían revelar un plan oculto. Eran pequeñas puertas que conducían a otra dimensión, un pasaje oculto hacia una verdad distinta.

Pero, en este caso, no había un cuerpo silencioso al que interrogar con la mirada.

Esta vez la víctima era él.

Y no disponía de todos sus sentidos para llevar a cabo la investigación. Aparte de la memoria a corto plazo, también tenía el tacto inutilizado por las esposas que le rodeaban las muñecas. Pero lo que le faltaba principalmente era la vista. Intentó apelar al oído y al olfato, y empezó a tamizar la oscuridad. El ruido de la lluvia, que llegaba amortiguado como una ligera y constante percusión, y el olor penetrante a humedad le decían que se encontraba bajo tierra. En una cisterna o quizá en una cripta. Pero, aparte de eso, no lograba deducir nada más.

Lo distrajo una nueva punzada en el pecho que le cortó el aliento, una vez más fue como si le hubieran desgarrado el costado con un cuchillo candente. ¿Por qué sentía tanto dolor? Era como si tuviera algo tóxico en su interior y su estómago intentara expulsarlo.

La imagen que se formó en su mente fue la de un insecto malvado excavando un nido en su esternón.

El espasmo se desvaneció. «Anomalías», se dijo. Era la única esperanza que le quedaba para no sucumbir. Y empezó precisamente por eso: su propia muerte. Quien fuera que lo hubiera encerrado allí abajo le había quitado la ropa y lo había esposado. Sin embargo, aparte del calambre de origen desconocido que sentía de vez en cuando en la boca del estómago, Marcus no tenía ninguna herida.

«Quiere que muera de inanición».

Repasó las diferentes fases que le conducirían a una muerte segura. Después de unos días sin comida, al no encontrar ya sustancias ni grasas con las que alimentar el metabolismo, el organismo empezaría a quemar masa muscular. Básicamente, el cuerpo se iría alimentando de sí mismo. Los órganos internos emprenderían una silenciosa rebelión hecha de dolores inenarrables hasta llegar a la rendición por agotamiento. Un lento suplicio que incluso podía durar semanas. Claro, Marcus podría alimentarse del limo putrefacto del suelo y del agua que cubría el pavimento de la prisión. Eso habría ralentizado la deshidratación, pero, en definitiva, solo serviría para prolongar la agonía. Puede que fuera una suerte que su carcelero le hubiera quitado la ropa y lo hubiera esposado. La inmovilidad de las extremidades superiores y la hipotermia eran castigos añadidos, pero sin duda contribuirían a acelerar el deceso.

«¿Por qué ha elegido para mí esta muerte en concreto?».

Su asesino quería que se volviera loco, que se arrancara su propia carne a mordiscos en un vano intento de detener los calambres del hambre. Marcus había leído sobre espeleólogos perdidos en las entrañas de la tierra que, privados de medios de subsistencia, con el paso de los días desarrollaban un natural instinto caníbal. Los más fuertes se comían a los más débiles. Quien no conseguía vencer a los demás sabía que acabaría convertido en comida, pero mientras tanto sentía el instinto irreprimible de hincar los dientes a partes de su propio cuerpo. El estómago se imponía al cerebro; el apetito irrefrenable, a la razón.

«¿Qué he hecho para merecer esto?».

«Merecer» era la palabra clave.

Primera anomalía: su asesino no pretendía simplemente matarlo. Quería «castigarlo». En la antigua Roma, hacer pasar hambre era una forma de tortura muy practicada.

—Una cárcel —dijo el penitenciario a las tinieblas—. Estoy en una cárcel.

La piedra de toba de la que estaba hecha su prisión le decía que debía de tratarse precisamente de una construcción milenaria. Y en Roma había decenas de lugares como aquel.

«No —se dijo—. Él me ha traído aquí con un objetivo. Quería que me despertara, por eso no me ha matado enseguida. Quería que muriera lentamente y, lo más importante, que “me diera cuenta”».

«Es un sádico, quiere que sea consciente del lugar en el que me encuentro. Y, por lo tanto, de que nunca saldré vivo de aquí».

Por eso Marcus tenía que averiguar qué diferenciaba esa cárcel de las demás. Hundió una vez más los pies en el lodo húmedo del suelo.

Segunda anomalía: agua.

Estaba más fría que el agua de lluvia. No venía de arriba, fluía desde abajo. Era una fuente. «Un *tullius*», tradujo rápidamente en latín. El manantial que surgía en las minas de toba cercanas a la colina del Campidoglio, donde se situaba la Cárcel Mamertina o Tulliana, precisamente. Y él debía de estar justo en el Tullianum, una sala subterránea dividida en dos partes. La superior servía a los carceleros para interrogar, torturar o ejecutar a los detenidos. En la de abajo, en cambio, era donde arrojaban a los prisioneros después de su arresto, a la espera de que les llegara el turno. Mientras tanto, podían escuchar los gritos de sus compañeros de desventuras y hacerse una idea de lo que les depararía la suerte.

Si eso era el Tullianum, entonces existía una entrada.

Solo había un modo de descubrirlo. Marcus apoyó la espalda en la pared y, empujándose con los talones, consiguió ponerse de pie. Cuando estuvo seguro de mantener el equilibrio, se dirigió lentamente hacia lo que imaginaba que era el centro de la sala. En vista de que se trataba de un espacio circular, le sería suficiente con recorrer el radio, si bien en la oscuridad era difícil mantener la dirección exacta. Ni siquiera sabía cuántos pasos tenía que dar para llegar al punto exacto. Pero, tras recorrer unos diez, notó algo encima de su cabeza.

Una ligerísima corriente de aire.

Se detuvo. Sobre él debía de estar la abertura circular que daba acceso al hipogeo. Pero ¿a qué distancia estaba? Aunque hubiera tenido los brazos libres para darse impulso, nunca podría saltar tan alto. ¿O sí...? Tal vez por eso su asesino lo había esposado. Marcus le lanzó una maldición. Pero no podía dejarse vencer por la rabia. La elección del lugar, las esposas: ambos elementos tenían un objetivo. ¿Qué quedaba por explicar?

Tercera anomalía: su desnudez.

«¿Por qué me ha dejado aquí sin ropa?».

«Para humillarme —fue la respuesta—. Me ha dejado desvestido porque soy cura, a pesar de que no lleve sotana. Pero para él eso no cambia nada. La peor humillación para un hombre de Dios es verse expuesto y ridiculizado. Cristo acabó desnudo en la cruz». Pero el hecho de que él fuera clérigo también era el motivo por el que había reconocido enseguida la Cárcel Mamertina: una leyenda narraba que precisamente allí estuvieron detenidos

los apóstoles Pedro y Pablo. El carcelero había previsto que Marcus llegaría a esa conclusión.

Pedro y Pablo consiguieron abandonar ese lugar... «Me está ofreciendo la posibilidad de salvarme —pensó el penitenciario con renovadas esperanzas—. Me está sometiendo a una prueba».

Los dos apóstoles recobraron la libertad convirtiendo a sus carceleros y bautizándolos con el agua del *tullius*.

—Agua... Bautismo... Purificación de los pecados... —empezó a enumerar Marcus, intentando reunir las pocas referencias que tenía en busca de un sentido o incluso solo de una relación—. El agua purifica el alma. El alma limpia ascenderá al cielo, a la gloria de Dios. —Al igual que él podría elevarse hacia la abertura de encima de su cabeza y ganarse la libertad. Todo el conjunto estaba revestido de un significado profundamente simbólico. Marcus sabía que la solución del enigma se encontraba cerca—. El alma está en nuestro interior... La salvación, por tanto, también está en nuestro interior.

Al oírse pronunciar esa última frase, calló y apartó cualquier otro pensamiento de su mente, con el temor de que se le escapara el atisbo de certidumbre que acababa de deducir. Tenía sentido.

Cuarta anomalía: el dolor en el pecho.

«No estoy herido», se repitió. El único malestar era el que había sentido varias veces y que luego desaparecía enseguida. ¿Cómo era ese dolor? Punzante. Y le cortaba la respiración.

«La respiración», se dijo. El ahogo que lo hubiera matado si no se hubiera despertado. La asfixia que probablemente también había provocado su pérdida de lucidez y, en consecuencia, de memoria. Le volvió a la mente la imagen del insecto famélico excavando una madriguera en su pecho.

«La asfixia, el dolor, no son patológicos. Están provocados por algo». Fue entonces cuando supo lo que tenía que hacer.

Volvió a arrodillarse. A continuación se inclinó hacia delante. Empezó a toser, cada vez más fuerte, con la esperanza de que el espasmo volviera a dejarse sentir, punzándole el pecho y el costado. Desnudo y postrado como un penitente, invocó un dolor redentor. Contrajo el diafragma para ayudarse a expulsar lo que tenía en el estómago. Un calambre brutal, luego un segundo. Empezó a vomitar. Comida, líquidos. Al subir por el esófago le proporcionaron la prueba de que no se había equivocado.

«Me ha obligado a tragarme algo». Un cuerpo extraño, un insecto.

El animal no se movía, tal vez estaba atascado. Tenía que liberarlo. Siguió provocándose el vómito. Cada vez que lo conseguía era desgarrador, pero al

mismo tiempo sentía que esa cosa lentamente empezaba a subir. Cuando los restos de comida se terminaron, empezó a escupir jugos gástricos. Seguidamente fue el turno de la sangre. Reconoció su sabor metálico en la lengua, pero el temor a sufrir una hemorragia interna no lo hizo desistir. De tanto en tanto se detenía para recobrar el aliento. Milímetro a milímetro, sin embargo, el intruso iba saliendo.

«Es el diablo. Ha tomado la apariencia de un insecto y me posee. Posee mi alma. Señor, ayúdame. Dios omnipotente, ayúdame».

Los ojos le quemaban en las órbitas, la mandíbula parecía a punto de partirse. Sabía que no iba a resistir por mucho tiempo. Si se desmayaba de nuevo, nunca más volvería a despertarse. Con la fuerza de la desesperación, consiguió provocarse una arcada más fuerte. Entonces notó que su boca expelía algo sólido junto a la sangre. Como en un exorcismo, se había liberado del demonio. Pero todavía no estaba seguro de ello.

Hasta que oyó un tintineo. A poca distancia, delante de él.

No esperó a encontrarse mejor: metió la cara en el limo y se puso a buscar al intruso con la misma boca que lo había expulsado. Los labios tocaron el metal. Era como lo había imaginado.

El insecto era una pequeña llave.

La agarró con los dientes y se arrastró de nuevo hacia la pared. A continuación, la dejó caer en la base del muro y se volvió para recogerla con la punta de los dedos. Estaba impaciente por liberarse, por eso tardó un rato en completar la operación. Por fin consiguió introducir la llave en la cerradura de las esposas y la abrió.

Al disponer otra vez de los brazos, volvió al punto en el que había notado la corriente de aire. Para evitar resbalar, primero limpió el suelo del fango viscoso. A continuación se agachó, cogió impulso y dio un salto con las manos tendidas hacia arriba. Nada. Hizo un segundo intento. Tampoco. Necesitó por lo menos seis antes de que rozara la roca de la bóveda. Diez más antes de lograr aferrarse firmemente con los dedos al borde circular de la abertura. Se encaramó con un inmenso esfuerzo, apoyó los codos en el suelo superior y sintió que se le arañaba la piel. Pero no se rindió. Avanzó sobre la piedra con todo lo que tenía: las uñas, los músculos, los huesos.

Por fin estaba fuera. Pero quien lo esperaba seguía siendo la oscuridad.

Se tendió boca arriba para recobrar las fuerzas. Tenía los brazos abiertos y su pecho era un pistón que lo instigaba a respirar. Se persignó para dar las gracias por haber sobrevivido. Luego intentó reordenar sus pensamientos.

Recordaba que de la sala superior del Tullianum partían varias galerías que subían hacia el exterior. A tientas, encontraría la salida.

Mientras se ponía de pie, su rodilla chocó con algo. Tanteó el terreno para saber qué era. Encontró un objeto alargado, de plástico. Lo reconoció: se trataba de una linterna. La encendió. El haz de luz le iluminó violentamente el rostro, obligándolo a cerrar los ojos. A continuación lo dirigió hacia la abertura que conducía a la sala inferior.

La oscuridad echaba su aliento a través de esa boca negra.

Marcus apartó el foco y se sirvió de él para inspeccionar el lugar en el que se hallaba. Fue entonces cuando la vio. Su ropa estaba en una esquina. Lo que le chocó fue que la habían dejado perfectamente doblada. Aterido, fue a cogerla. Estaba empapada de lluvia. «Así pues, no hace mucho que estoy aquí —se dijo—, de lo contrario estaría seca». Se la puso de todos modos, no podía hacer otra cosa. E hizo un segundo descubrimiento.

En vez de sus habituales zapatos negros, había otros de tela blanca. ¿De dónde habían salido?

Cuando acabó de vestirse, metió una mano en el bolsillo del pantalón en busca de la medalla de San Miguel Arcángel, protector de los penitenciarios. Junto a esta, encontró una nota doblada varias veces. La observó en la palma de su mano. A continuación la desplegó.

Era la página arrancada de un cuaderno.

Enseguida reconoció su propia letra. Una de las reglas de los cazadores de la oscuridad era no dejar rastros que pudieran revelar su existencia. Él no tomaba apuntes, no grababa su voz, evitaba aparecer en vídeos o fotografías. No poseía ningún aparato electrónico que permitiera seguirle la pista o localizarlo, ni siquiera un móvil. Por eso, ese hallazgo le pareció extraño, más aún que los zapatos de tela blanca. En el papelito había una breve anotación.

«Encuentra a Tobia Frai».

Un mensaje que se había dejado a sí mismo. El Marcus del pasado, el del momento anterior a la breve amnesia que había hecho que acabara en el fondo de un agujero oscuro y maloliente, había encontrado el modo de ponerse en contacto con el Marcus del presente.

Se apreciaba urgencia en esas palabras. ¿Quién era Tobia Frai? ¿Lo conocía? Ese nombre era el único indicio que tenía para reconstruir la memoria de lo que había ocurrido en las últimas horas, durante la noche anterior al apagón.

Antes de ir en busca de una salida, todavía echó una mirada a la abertura de la cámara inferior. Como si allí abajo, agazapado en las tinieblas, siempre

hubiera habido alguien más con él. Dos ojos silenciosos capaces de ver en la oscuridad.

7 horas y 24 minutos para el anochecer

Locales públicos, tiendas, oficinas y escuelas iban a permanecer cerrados durante un tiempo indeterminado. El alumbrado de las calles estaba apagado, al igual que los semáforos que regulaban los cruces. Aparte de las ambulancias y los vehículos de los cuerpos de seguridad y de los bomberos, ningún otro medio de transporte tenía autorización para circular. Incluso el metro estaba parado.

El único modo de desplazarse era a pie.

La ciudad debería haber estado desierta. Pero, a pesar de la emergencia, había quienes se enfrentaban a la situación de otra manera. Sin preocuparse por las alarmas ni las recomendaciones, unos cuantos se habían echado a la calle para experimentar en primera persona esa singular situación de una Roma sin el caos habitual de coches y turistas. Una extraña euforia, parecida a una locura colectiva, se había apoderado de ellos, empujándolos a realizar gestos casi irreflexivos, como reunirse en los puentes y en las plazas, desafiando la intemperie, para festejar el fin inminente y sarcástico de la ciudad que se creía «Eterna».

Marcus caminaba en medio de ellos, invisible como siempre. Llevaba las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta, el cuello levantado para esconder el rostro y la espalda curvada. Avanzaba pegado a las paredes de los edificios para resguardarse de la lluvia.

Era un alienígena en medio de aquel improvisado carnaval. Pero nadie iba a darse cuenta. Todos estaban demasiado ocupados exorcizando un temor del que ninguno tenía ganas de hablar y que además era la verdadera razón que los había empujado a salir de casa. Hasta que se hiciera de día, hasta que la débil luz del sol permitiera vislumbrar el rostro del uno y del otro, cuando todo aquello se mostraría a sus ojos solo como una inesperada y alegre novedad. En realidad, Marcus conocía bien ese miedo inconfesado.

Nadie sabía lo que iba a ocurrir al caer la noche.

A pesar de las medidas adoptadas para prevenir la anarquía y las palabras tranquilizadoras de las autoridades, el anochecer representaba una inconsciente línea divisoria. Desde ese momento, la ciudad pasaría a ser territorio de las sombras. Ahora todavía estaban agazapadas en los confines de la luz, pero aprovecharían las tinieblas para salir de sus escondrijos y desahogar sus instintos más peligrosos.

Por eso Marcus aceleraba el paso: tenía un mal presentimiento. En otro caso, no se explicaba las instrucciones contenidas en la nota que había encontrado en su bolsillo.

Encontrar a Tobia Frai.

En un contexto diferente, lo primero que habría hecho hubiera sido entrar en un cibercafé y buscar resultados en la red. Pero el apagón lo cambiaba todo. Lo que antes era sencillo, ahora era prácticamente imposible. Por eso la primera parada del penitenciario fue su propia casa, en la Via dei Serpenti. La idea era ponerse ropa seca. Lo haría de prisa, además temía que alguien pudiera estar vigilando el edificio para asegurarse de que no hubiera sobrevivido a la tortura del Tullianum. Como no recordaba nada de su enemigo y tampoco estaba en condiciones de reconstruir los motivos que habían puesto en peligro su vida, tenía que confiar en su instinto, que le decía que obrara con mucha cautela.

Al llegar a las proximidades del inmueble, se detuvo en una esquina al otro lado de la calle. Con discreción, empezó a mirar a su alrededor. Por las callejuelas del barrio de Monti solo deambulaban jóvenes que se dirigían a los lugares más concurridos en los que estaban teniendo lugar las absurdas celebraciones. Gritaban y reían, su jovialidad retumbaba entre los edificios, apenas amortiguada por el fragor de la lluvia.

Marcus esperó unos quince minutos, aterido bajo una marquesina. Al final, decidió que era seguro: no había nada sospechoso, nadie lo estaba esperando. Se alejó de su escondite.

Se metió rápidamente en el portal y subió por la escalera del humilde edificio antiguo, directo a la buhardilla. Con los años, nunca había parecido que los demás inquilinos se preguntaran sobre el enigmático ocupante de la última planta. Marcus se dejaba ver poco. De día se encerraba en casa y evitaba hacer ningún ruido. Salía de noche para llevar a cabo sus misiones y no regresaba hasta el amanecer.

Al llegar al umbral de su pequeño refugio, cogió la llave que tenía escondida en un entrante oculto al lado del marco y a continuación abrió.

Todo estaba en orden, tal como recordaba haberlo dejado. La maleta con la ropa abierta en el suelo, un colchón puesto en una esquina. En la pared, junto a ese lecho de sábanas y mantas, bajo un crucifijo de madera, se veían algunos apuntes hechos a bolígrafo. Se remontaban a la primera vez que había infringido la prohibición de escribir impuesta a los penitenciarios, antes de esta mañana, antes de la nota que había encontrado en su bolsillo. Sucedió después de los hechos de Praga y de la grave amnesia que padeció. En cuanto llegó a Roma, en el desesperado intento de recordar el pasado, fue anotando en esa pared los jirones de memoria que afloraban durante el sueño, cadáveres de su naufragio en sí mismo, devueltos por un mar de oscuridad, uno cada vez. Ahora se habían convertido en palabras desteñidas que pertenecían a un afán desvanecido. En este momento Marcus ya no temía lo que le había ocurrido: solo tenía miedo de que volviera a sucederle.

«Como esta noche», se dijo. La idea de no lograr recordar las últimas horas lo angustiaba. ¿Era un episodio transitorio o iba a ocurrirle otra vez lo mismo?

Mientras se lo preguntaba, se cambió de ropa. Le habría gustado reemplazar también los zapatos de tela blanca, empapados por la lluvia. Pero aparte de los oscuros, que no sabía dónde habían ido a parar, no tenía otros. Para volver a calzárselos, se sentó en la única silla que había. Y se quedó paralizado. Algo había llamado su atención. Entre el enredo de mantas del camastro había una foto que conocía bien.

«Nadie sabe de mi existencia. Nadie conoce mi identidad», se había repetido a sí mismo en la prisión del Tullianum. Pero no era cierto. Una persona sabía de su existencia. Y la foto era la prueba.

Era la imagen fugaz de una mujer, robada con una cámara de cartón de usar y tirar comprada en una tienda de recuerdos del Trastevere. Todavía recordaba el momento exacto en que la había hecho.

Después de su último adiós —y después de un beso que no podría olvidar— solía seguirla a escondidas. Lo impulsaba una irrefrenable necesidad de ocuparse de ella, de saber que estaba bien. Solo eso, se decía. Pero un día quiso fotografiarla. Esperó a que saliera de casa, una mañana de otoño. En Roma soplaba un viento fresco. Unas ráfagas rápidas y enérgicas. Marcus se encontraba a su espalda, esperando el momento adecuado para disparar. Sopló una racha más fuerte que las demás y ella se volvió, como si el viento hubiera pronunciado su nombre: Sandra.

Marcus capturó ese preciso instante.

Ese único, preciado fotograma contenía toda su esencia. Su fuerza, su dulzura. Y la melancolía que llevaba en la mirada.

Marcus la custodiaba debajo de la almohada. La idea de que la foto lo esperaba en esa buhardilla desnuda le creaba la ilusión de volver a casa. Pero ahora no estaba en el sitio que le había asignado. Y solo había una explicación.

Había tenido un invitado. Alguien que, sin embargo, al marcharse, había querido dejar una pista evidente de su visita.

Marcus recogió la foto con delicadeza. Levantándola por una esquina, descubrió una pequeña cruz negra de obsidiana. Enseguida tuvo claro qué significaba aquello.

El penitenciario había sido convocado.

Battista Erriaga estaba de pie delante de la gran cristalera de su lujoso ático con vistas a los Foros Imperiales.

El exclusivo panorama se veía grisáceo a causa de la lluvia, pero el cardenal no se fijaba en ello. Estaba absorto en sus pensamientos mientras le daba vueltas con los dedos al anillo pastoral que llevaba puesto en el anular de la mano derecha. El gesto, que efectuaba casi sin darse cuenta, lo ayudaba a reflexionar.

A su espalda crepitaba el fuego de la gran chimenea de travertino rosa. Las llamas danzaban reflejándose en los blancos sofás y en las paredes de alrededor, tiñendo los rostros de los efebos de immaculado mármol, mezclándose con los colores de un tríptico sacro pintado por Guercino, que en el siglo XVII ya pertenecía a la colección privada del cardenal Ludovisi, o con el rostro de dolor de una virgen de Perugino. A estas obras maestras se sumaban otras de Ghirlandaio, Antonio del Pollainolo, Paolo Uccello o Filippo Lippi. Procedían directamente de los Museos Vaticanos y por deseo de Erriaga, respaldado por su posición en el seno de la curia, decoraban ahora su apartamento. Después de pasar una infancia y una juventud de hambre y miseria en Filipinas, el cardenal prefería posar su mirada solo en la belleza. Pero en ese momento las obras de arte no le procuraban ningún consuelo.

Su jornada había comenzado muy temprano y de la peor de las maneras.

Y pensar que la noche anterior, tras escuchar la previsión del tiempo, había programado disfrutar del paso de la tormenta en el calor de su hogar, arrellanado en su butaca favorita en compañía de Mozart, una caja de Montecristo n.º 2 y una botella de Glenfiddich Rare Collection 1937.

A pesar del clima de austeridad que se respiraba desde hacía tiempo en el Vaticano, Erriaga no tenía intención de renunciar a una buena porción de placeres materiales. Y a diferencia de sus colegas cardenales que en público habían abrazado una línea más sobria en sus actitudes y manera de vestir, reservando los lujos al ámbito privado, para él eso no suponía ningún problema. Seguía llevando hábitos de seda y muaré adquiridos en las

sastrerías de la Via dei Cestari, llevaba al cuello crucifijos de oro recubiertos de lapislázulis y amatistas. Y continuaba frecuentando los restaurantes donde las altas esferas vaticanas solían cerrar acuerdos con el mundo político y empresarial de la capital, como L'Eau Vive en el Panteón, donde le encantaba que le sirvieran los famosos *Filets de perche à la pékinoise*, o el Velando de Borgo San Vittorio, donde siempre pedía de postre el helado de castañas con crema de turrón, que estaba delicioso. Evidentemente, acompañaba sus comidas con los vinos más caros: prefería el Chambolle-Musigny y el Brunello di Montalcino. Y todo ello porque él no era y nunca sería igual que los demás.

El Abogado del Diablo del Tribunal de las Almas poseía un poder enorme.

El «primer confesor» de Roma conocía los pecados más secretos de los hombres. Y lo utilizaba para hacer tratos y amansar a sus enemigos, fuera y dentro de la Iglesia. Alguien podría haber tildado de «chantaje» sus banales admoniciones, pero a Erriaga le gustaba absolver su manera de actuar pensando en sí mismo como un buen padre de familia que a veces se ve obligado a reprender a sus hijos cuando se apartan del buen camino. Afirmaba, especialmente ante sí mismo, que perseguía un «objetivo superior» que, sin saber cómo, siempre coincidía a la perfección con su conveniencia.

Hacía ya años que Erriaga tenía en un puño a media Roma gracias a los secretos de los que era conoedor.

Lo que ocurría era que, después de mancharse con una vileza, muchas de esas personas cometían un error fatal: decidían acudir a un cura para desagraviar su conciencia. Los pecados capitales, que un sacerdote cualquiera no podía absolver, llegaban hasta el Tribunal de las Almas, última instancia de los católicos para las *culpa gravis*. Así era como el cardenal lograba descubrirlos. Erriaga era consciente desde el primer momento de que el penitente de turno tropezaría de nuevo. Siempre hacían lo mismo: primero se arrepentían, y eran sinceros, pero para empujarlos a volver a hacer lo mismo solo hacía falta una cosa.

El perdón. El perdón era el mayor alimento de la tentación.

Erriaga echaba de menos los tiempos de la Santa Inquisición, cuando se castigaba severa y físicamente a los pecadores por sus fechorías. Estaba comprobado que muchos al final se convertían y no volvían a ceder a las lisonjas del demonio.

El pecado se extirpaba con el dolor.

Pero, por desgracia, el cardenal no disponía de ese tipo de instrumentos de persuasión, por lo que detestaba que las cosas escaparan de su control.

Y, desde la noche anterior, dos noticias lo habían turbado profundamente.

La primera había sido el anuncio del apagón como consecuencia imprevista del mal tiempo. Su pensamiento se trasladó enseguida a un momento concreto de la Historia. «La profecía de León X», se dijo, y una extraña inquietud empezó a invadirlo, como si fuera agua fría corriendo por las venas.

La segunda noticia le llegó después del corte de corriente, mientras se debatía en un sueño agitado del que no podía despertar. En un primer momento bendijo la voz de su secretario que lo liberó de los tormentos. Luego, al mirarlo, se dio cuenta de que tenía enfrente al mensajero de un hecho funesto.

Una muerte repentina había tenido lugar dentro de los muros del Vaticano.

Aunque Erriaga no era un hombre supersticioso, se vio obligado a preguntarse si por casualidad los dos acontecimientos guardaban algún tipo de relación.

«La profecía... Las señales...».

Molesto, desechó la idea rápidamente. Pero, por mucho que intentara ignorarlo, ese pensamiento había echado unas pequeñas raíces en su mente, como una planta invasora que vuelve a crecer cada vez que se arranca.

Si no se hubiera producido el apagón previsto, habría llamado al número de un buzón de voz y habría dejado un mensaje. En cambio, había tenido que apañárselas de otra manera. Se había despojado de la sotana y se había vestido con la única ropa de seglar que guardaba en el fondo del armario. La utilizaba cuando quería moverse por las calles de Roma sin que nadie lo reconociera. A continuación se había puesto un grueso chaquetón y, con una gorra con visera calada en la cabeza, se había dirigido a una dirección del barrio de Monti. Allí había esperado más de lo que hubiera debido. Luego, harto e impaciente, había regresado dejando una clara invitación al inquilino.

Una cruz de obsidiana.

Al llegar a casa, había despedido al servicio para quedarse solo. Esa cautela era insuficiente, lo sabía. Estaba corriendo un riesgo, sí, pero a pesar de ello no tenía elección.

En ese momento oyó un ligero ruido a su espalda. Una puerta se abría, pasos.

Le habían dejado abierta la puerta de servicio y Marcus utilizó una escalera secundaria para subir hasta el apartamento. Normalmente se accedía directamente a través de un ascensor que en ese momento, claro está, no funcionaba. Sin embargo, no hubiera sido conveniente usarlo aunque hubiera habido electricidad. El penitenciario sabía que su presencia en esa casa era un peligro. El cardenal siempre tomaba muchas precauciones antes de encontrarse con él y escogía lugares discretos o solitarios. Si bien su identidad y su misión eran un secreto, nadie debía relacionarlos. Si Erriaga se había molestado en ir a buscarlo hasta la buhardilla y luego lo había convocado en su casa, entonces el motivo era serio.

El cardenal se volvió a mirarlo. Marcus permanecía inmóvil en la esquina más oscura de la sala, a sus pies se había formado un pequeño charco de lluvia que se extendía lentamente por el suelo de mármol blanco de Carrara. En su rostro eran evidentes los signos de lo que le había ocurrido esa noche. No iba a hablar de ello con Erriaga, todavía no. Pero por su mirada imaginó lo que en ese momento estaba pasando por su mente. Es decir, si, en ese estado, todavía podía confiar en él.

—Esta noche ha muerto un hombre —dijo el filipino—. No uno cualquiera. Era un hombre poderoso —quiso subrayar—. Uno de esos que, generalmente, piensan que son inmortales. Y, de hecho, ha muerto de una manera muy estúpida.

Marcus notó que el cardenal intentaba enmascarar algo con su sarcasmo y habitual desprecio. ¿Tal vez era miedo?

—¿Conocías al obispo Gorda?

Su rostro se le apareció en la mente al instante. Era imposible no conocer a Arturo Gorda. Había sido el jefe carismático de una poderosa congregación que organizaba encuentros espirituales. Inmensas extensiones de personas recogidas en oración. Gorda era un hombre de esperanza, un paladín de los pobres, de los inadaptados. Capaz como pocos de enardecer a las masas con una palabra, un gesto.

En el Vaticano tardaron un tiempo en reconocer sus méritos. Lo consideraban un personaje incómodo, fuera de la norma, alejado de determinadas lógicas políticas. Solo fue ascendido y admitido en la curia de Roma cuando tuvo una edad avanzada. Quizá porque ya no podía aspirar al solio de Pedro. Sin embargo, el pontífice tenía a Gorda muy bien considerado y siempre lo quería a su lado. Había hecho que le reservaran unas pequeñas dependencias en el Palacio Apostólico, al lado de sus apartamentos. Era

mucho más que un simple consejero. Cuando hablaba, en su boca se escuchaba la mismísima voz del papa.

Los poderosos competían por ser recibidos por él. Pero Gorda prefería ser popular entre la gente corriente. Era amado y, a pesar de los privilegios a los que habría tenido derecho, llevaba una vida mesurada.

Por ese motivo, y alguno más, el obispo era exactamente lo contrario a Battista Erriaga. Y que los dos no se tenían ningún aprecio tampoco era ningún secreto. Pero la muerte del rival no consolaba al cardenal. Es más, por el momento y la manera en que se había producido, había que considerarla un problema.

—Gorda ha dejado una señal —dijo Erriaga—. Había quien veía en él las cualidades de un santo. Nadie se escandalizaría si después de su muerte fuera elevado a los honores de los altares. —El cardenal lo hubiera preferido, y era sincero al pensarlo—. En cambio, después de esta noche...

Erriaga se acercó al precioso escritorio del siglo XVIII napolitano en el que Pío IX había escrito de su puño y letra la bula *Ineffabilis Deus*. Marcus entrevió encima algunas Polaroids esparcidas. El cardenal se las había hecho sacar a los hombres de la gendarmería pontificia inmediatamente después de haber encontrado el cuerpo. Las recogió apresuradamente y luego se las tendió a su huésped con un rápido ademán, como si quisiera poner distancia entre él y las imágenes.

Marcus las cogió y empezó a mirarlas.

—Han tenido que explicarme lo que era, de no ser así yo solo no lo hubiera adivinado —afirmó Erriaga—. Lo llaman «la horca del placer». Parece que es una práctica de autoerotismo *bondage*. Un chisme interesante, ¿no te parece?

En las fotos se veía a un hombre mayor acurrucado en el suelo, desnudo. En la cabeza del cadáver, un visor de realidad aumentada enmascaraba gran parte del rostro. El aparato estaba conectado con un cable a un collar de cuero que apretaba el cuello de la víctima.

—Al parecer ciertos individuos sienten placer dejándose estrangular —afirmó el cardenal. Y Marcus se acordó de la sensación de ahogo que había experimentado esa mañana en el Tullianum—. A medida que van pasando imágenes pornográficas por el visor, la excitación sexual aumenta. Algunos sensores lo perciben y van apretando el collar paulatinamente provocando una lenta asfixia que, según dicen, aumenta el placer.

Marcus estaba bastante sorprendido de escuchar semejante descripción de labios del cardenal, a quien, en cambio, parecía que le diera igual la

singularidad del asunto y seguía hablando con naturalidad.

—Nadie podía sospechar que el viejo tuviera la costumbre de encerrarse en su despacho a mirar imágenes depravadas y a masturbarse con la ayuda de ese trasto.

—¿Quién dice que estuviera mirando pornografía? —observó Marcus. Era la opción más obvia, pero él no quería aceptarla.

—Tienes razón —tuvo que admitir Erriaga, nadie podía confirmarlo dado que el hallazgo del cuerpo había tenido lugar después de que diera inicio el apagón—. Pero, al fin y al cabo, tratándose de un santo varón, ¿qué diferencia hay? Gorda debería haberse ido como un mártir, en cambio ha muerto como un perro. —Pronunció la última parte de la frase con un tono grave, inculpador. Como cuando, en el seno del Tribunal de las Almas, pronunciaba el alegato de acusación contra un pecador. Era capaz de condicionar el juicio final solo con la inflexión de su voz.

Marcus no intervino, ni preguntó nada. La historia era ya suficientemente absurda de por sí.

El cardenal se acercó a la gran chimenea y se apoyó con una mano en la repisa de la parte superior. Ahora, el resplandor del fuego se divertía dibujando sombras sobre su rostro.

—Gorda llevaba años sin salir. Era agorafóbico. Ahora el mundo querrá saber la verdad sobre cómo ha muerto. —Y solo por ese motivo, Erriaga daba gracias al cielo por el apagón, que impediría a los medios de comunicación difundir enseguida la noticia de su fallecimiento.

—¿Por qué nosotros? ¿Por qué yo? —preguntó Marcus.

Con cualquier otro, Battista Erriaga hubiera zanjado con irritación el hecho de que le pidieran tantas explicaciones. Sus órdenes no se discutían, se cumplían y punto. Pero Marcus no era un subordinado al uso. Y era un cura peligroso. Había sido adiestrado para dar caza al mal. Tendría que haber estado celebrando los sacramentos como un sacerdote común, en cambio, se le había asignado la más ardua de las misiones: conocer y contrastar la verdadera naturaleza del hombre. Con el tiempo, parte de aquella bruma sombría en la que estaba acostumbrado a investigar se le había quedado pegada inevitablemente. Erriaga lo intuía en su mirada inmóvil, en los ojos cavernosos que nunca dejaban de escrutar lo que había a su alrededor. La finalidad de Marcus, último integrante de la orden de los penitenciarios, era restaurar el bien. Y a menudo lo lograba. Pero su sed de justicia podía ocultar un afán de venganza. El cardenal no estaba dispuesto a comprobar el fundamento de sus temores, así pues, dijo:

—La muerte de Arturo Gorda amenaza con ensombrecer la nobleza de su obra. Y en ese caso serían los pobres y los necesitados quienes pagarían el precio, no sería justo. —Esperó que esa explicación bastara para saciar la curiosidad del penitenciario. Evidentemente, no podía decirle que los motivos eran otros, que esa noche algo lo había arrojado a una situación de oscura clarividencia. «La profecía de León X», se repitió con la mirada perdida en el fuego de la chimenea—. Todos los seres humanos son pecadores. Todos los pecados son además un secreto. Es justo que algunas culpas mueran con nosotros. Pero la muerte a menudo es impúdica y se divierte avergonzándonos. Y ensuciando irremediabilmente lo que hemos sido en vida.

Marcus sabía que las palabras del cardenal también se referían a él: un cura que guardaba bajo la almohada la foto de una mujer.

—¿Qué quiere que haga? —preguntó.

Erriaga pareció volver en sí y lo miró.

—Limpieza.

Los ordenadores emitían un tenue zumbido parecido al de un enjambre de abejas.

En la penumbra, los teléfonos sonaban. Los distintos puestos de control, cada uno iluminado por una lámpara led regulable, parecían pequeños oasis de luz. Un vago olor a amoníaco se filtraba de la instalación de aire acondicionado y, en una esquina, el dispensador de agua seguía manteniendo el líquido a una temperatura constante, nunca demasiado fría.

A Vitali le resultaba tranquilizador enumerar esas pequeñas sensaciones. «Nunca hacemos suficiente caso a los detalles —pensó—. Excepto cuando ya no están. Cuando, por arte de magia, desaparecen de la visión de conjunto, dejándonos una sensación de fugacidad e incertidumbre». Y durante esas horas, allí fuera, la gente estaba perdiendo sus pequeños puntos de referencia. Y obtenía a cambio una muestra del fin del mundo.

¿Qué iba a pasar al día siguiente, cuando Roma se levantara de la pesadilla del breve holocausto tecnológico? Nadie podía saberlo. Y para Vitali eso resultaba bastante divertido.

La sala de operaciones de la unidad de crisis de la policía estaba situada en un búnker a pocos pasos del Ministerio del Interior, en pleno centro. Unos potentes generadores le garantizaban total autonomía. En homenaje a Maigret, le había puesto «el hormiguero» como nombre en código.

A Vitali le gustaba, era apropiado. En ese momento trabajaban allí unas ochenta personas. A pesar del continuo ir y venir, no se notaba ningún frenesí. Todo se llevaba a cabo con calma. El tono de voz estaba configurado en un nivel moderado y daba la impresión de que todos sabían exactamente qué hacer.

Vitali, traje gris claro, mocasines marrones y camisa azul, se acarició tres veces con una mano el nudo de la corbata azul marino para comprobar que lo llevaba bien hecho. A continuación, dio otro buen sorbo a su vaso de agua fresca, observando la gran pared de monitores que tenía frente a él.

Más de un centenar de pantallas en las que se alternaban imágenes de las más de tres mil cámaras ubicadas en la ciudad.

Delante de la extensión de monitores, un nutrido grupo de agentes provistos de portapapeles y auriculares, tomaba nota de todo lo que parecía sospechoso, con la intención de evidenciar o prevenir el crimen. Era un trabajo minucioso que requería una gran paciencia, pero teniendo en cuenta las circunstancias era más que necesario. Hasta el momento se habían presentado pocos casos en los que tuvieran que intervenir las patrullas, y eran de una gravedad relativa. Una pelea entre los clientes de un supermercado que intentaban acaparar alimentos antes del cierre forzoso o algún toxicómano que no había podido resistir la tentación de descerrajar una farmacia en pleno día.

No obstante, la verdadera avalancha se produciría en las calles al caer la oscuridad.

Vitali lo sabía: a pesar de las promesas de las autoridades, esa noche iba a ser un caos. Con la garantía de la invisibilidad, los chacales estaban listos para asaltar las tiendas y oficinas que hubieran quedado sin vigilancia. Ocurría lo mismo con los vándalos que, sin que nadie los molestara, se dedicarían a arrasar las propiedades ajenas. Y además, para que no faltara de nada, en la calle se respiraba un clima de ajuste de cuentas. Las bandas callejeras se preparaban para la guerra contra los grupos rivales y el crimen organizado iba a aprovechar para reajustar relaciones y alianzas, así como para hacer un poco de limpieza entre sus propias filas. Desde el amanecer, Vitali había ido recogiendo las señales de lo que estaba a punto de suceder en Roma con la oscuridad como cómplice.

Pero también había toda una serie de crímenes imprevisibles. La anarquía haría que mucha gente se volviera loca. La persona menos pensada decidiría descargar su rencor o la rabia acumulada durante años. Vecinos de comunidades que nunca se habían soportado. Maridos que liquidarían a sus mujeres. Esposas que echarían a sus maridos de casa. Empleados que harían una visita a su jefe.

La historia de las sábanas colgadas en las ventanas para pedir ayuda era una gran mentira. Nadie iba a estar a salvo. Todos los psicópatas de la ciudad ya se estaban armando para consumir su venganza o, simplemente, para dar rienda suelta a un instinto encubierto durante años.

Nadie quería admitirlo, pero era imposible vigilar de manera eficaz una metrópolis tan grande como Roma.

A pesar de que se habían requerido en la ciudad unidades procedentes de otras regiones del país, los hombres de los que disponía la policía para patrullar las calles seguían siendo demasiado pocos en comparación con el volumen de malhechores, y no todos contaban con el equipo necesario para combatir asaltos organizados o revueltas, y mucho menos crímenes violentos. Y era evidente que los *carabinieri* no estaban en mejores condiciones. El plan de seguridad se había dispuesto con una antelación de pocas horas. La mayor parte de los agentes no había sido destinada a proteger a la población, sino los ministerios, las sedes del poder y las embajadas, todos ellos posibles objetivos de última hora para los terroristas. Políticos y altos cargos del Estado habían sido evacuados en secreto durante la noche por medio de convoyes especiales, ignorando a los ciudadanos corrientes que no podían abandonar la ciudad.

Lo que nadie había dicho a la población, reflexionó Vitali, era que la mierda que se les venía encima, en realidad, era mucho mayor y más hedionda de lo que querían hacer creer. Pero pronto se darían cuenta. Vitali seguía repitiéndoselo mientras pensaba en todos los que no volverían a ver salir el sol al día siguiente.

A pesar de que el ministerio había preparado hacía tiempo un plan detallado para afrontar ese tipo de emergencia, la tecnología que debería haberlo respaldado no se había probado nunca sobre el terreno. El sistema presentaba graves fallos y la combinación de «fenómeno meteorológico adverso “más” apagón» los estaba poniendo en evidencia de manera dramática. Por ejemplo, nadie era capaz de determinar la duración de las potentes baterías que alimentaban la red de cámaras de seguridad inaugurada hacía apenas unos meses y que había costado varias decenas de millones de los impuestos que pagaba la comunidad. Era lo de siempre. Cuando la porquería empezaba a asomar, siempre salía toda junta.

Por eso, en ese preciso momento, Vitali estaba agradecido.

Agradecido por el orden que imperaba en esa sala. Agradecido por las hormiguitas laboriosas que desempeñaban diligentemente su labor. Agradecido por la pistola que llevaba debajo de la americana porque, como agente de la ley, estaba autorizado a utilizarla para hacer respetar las reglas. Agradecido por el agua fresca de su vaso, símbolo a menudo olvidado de pureza y limpieza. Dos valores en los que, en cambio, siempre se había inspirado.

Como muchos otros colegas, Vitali había sido llamado al «servicio permanente», una manera amable de decir que también él había sido movilizado. De todos modos, tampoco tenía nada mejor que hacer. Hacía

poco que había empezado una relación y, claro está, no le habría disgustado encerrarse en casa con su nueva conquista y algún gramo de cocaína y hacérselas a ambas sin parar. Aunque esa cobarde debía de estar con sus hijos y su marido. Lo malo del apocalipsis era que, en caso de producirse, él tendría que afrontarlo solo.

De manera que el inspector Vitali, del Departamento de Estadística de Delitos y Criminalidad, estaba totalmente disponible para incorporarse al trabajo.

Era sorprendente la rapidez con la que cambiaban su categoría. De media, lo trasladaban de puesto cada seis meses. Se había ocupado de civismo público, del parque móvil, había estado en la redacción de la revista interna del cuerpo de policía. Durante una época —«¡Dios santo!»— incluso lo habían enviado por las escuelas a hablar a los estudiantes de los efectos devastadores de la dependencia a las drogas. Todo tipo de tareas que cualquier agente hubiera querido esquivar, por lo general reservadas a los alborotadores, a quien se había buscado una sanción disciplinaria o había perdido la cabeza estando de servicio, quizá sacando la pistola delante de un par de chiquillos mientras pintarrajeaban un muro. Pero a Vitali ya le estaba bien así. Incluso que creyeran que era un inepto o un mal tipo. Es más, el objetivo era precisamente ese. Y, hasta el momento, la tapadera había funcionado a la perfección.

Nadie debía saber a qué se dedicaba en realidad el inspector Vitali.

Vio una pequeña delegación que atravesaba el hormiguero. Estaba Crespi, comisario de homicidios, el *questore* Alberti y el gran jefe en persona, el jefe superior de policía De Giorgi. Vitali interceptó su mirada y el otro le hizo un gesto de entendimiento. Antes de seguirlos, bebió un último sorbo del agua que le quedaba y a continuación arrojó el vaso de papel en el correspondiente compartimento de reciclaje de residuos para que el caos, por lo menos en el hormiguero, no acabara imponiéndose. Divisó a la mujer que estaba junto a sus superiores.

A pesar de que nunca la había visto en persona, la reconoció enseguida.

Sandra Vega caminaba unos pasos más atrás que los demás. En parte por respeto hacia las autoridades que la precedían, y también porque se preguntaba qué estaba haciendo ella en el hormiguero. Al amanecer, una patrulla se había presentado en su casa, en Trastevere. Dos jóvenes colegas, a los que no reconoció, le habían dicho que estaban allí para escoltarla.

Sandra acababa de desayunar y se estaba poniendo el uniforme porque, un poco más tarde, tenía que estar de servicio. Esa escena le pareció salida de un pasado que había intentado borrar con mucho esfuerzo. Después de años trabajando en el equipo de fotógrafos forenses de la policía científica, había conseguido que la trasladaran a la Oficina de Pasaportes. Fue una decisión muy firme. Ya no podía más con la vida que llevaba. Ser siempre la primera invitada en llegar a la escena de un crimen y analizar lugares, indicios, pruebas y cuerpos inanimados con la cámara fotográfica, a la larga había resultado agotador.

Tras el caso del monstruo de Roma, decidió que ya tenía suficiente.

Los pasaportes eran un excelente refugio. Gente que se marchaba: hombres de negocios, parejitas que preparaban su luna de miel, turistas. Gente que llegaba: extranjeros que, después de vivir unos años en Italia, por fin habían obtenido la ciudadanía para ellos y sus hijos. Las vidas de esos individuos le pasaban por delante, inocuas. No tenían el poder de hacerle daño, al contrario que las imágenes de los cuerpos mutilados. Llegaban a ella con sus fotos de carné, en las que por ley debían posar con expresión seria. Pero luego, cuando habían terminado el proceso burocrático, los veía marcharse sonrientes porque pensaban en lo que les esperaba. El futuro. Aunque pudiera sonar algo estúpido, Sandra lo sabía muy bien: los muertos no tenían futuro. Y esa simple, banal constatación era el motivo del que sacaba fuerzas para levantarse cada día. Incluso esa mañana.

A pesar de que, a causa del apagón, había sido relevada de sus atribuciones habituales y, como muchos de los compañeros que trabajaban en su oficina, reasignada temporalmente al servicio activo, evidentemente Sandra no creía merecerse que la escoltaran para ir a trabajar. Cuando le mencionaron el hormiguero debería haber sospechado. ¿Qué tendría que hacer ella en la sala de operaciones? El presentimiento de que hubiera un motivo serio se había convertido en una certeza cuando vio que salía a recibirla el comisario Crespi.

Su viejo superior estaba inquieto.

—El jefe quiere verte.

Sandra ahora seguía dócilmente a la comitiva a través de la sala de operaciones hasta la puerta de un despacho.

De Giorgi, el jefe superior de policía, se detuvo en el umbral, esperó a que todos entraran y a continuación cerró la puerta.

—Bien —dijo—. Me parece que ya podemos empezar.

Sandra los conocía a todos, excepto al atildado larguirucho de los mocasines horrorosos, que seguía tocándose obsesivamente el nudo de la corbata para comprobar que lo llevaba bien hecho.

Los presentes tomaron asiento en las sillas de acero que formaban parte del espartano mobiliario de la habitación. De Giorgi se sentó detrás de un pequeño escritorio. Las paredes estaban desnudas y sobre la mesa solo había dos aparatos telefónicos conectados a un complicado panel. El jefe puso los brazos sobre la superficie, pero luego volvió a levantarlos, horrorizado, y empezó a soplar el polvo que la cubría.

—Me he visto obligado a dejar mi despacho para venir a este agujero, pero es evidente que alguien se ha olvidado de limpiarlo.

Sandra se sentó en la silla más alejada, pegada a la pared, preguntándose una vez más qué estaba haciendo allí, en medio de una reunión de peces gordos. El tipo elegante era la presencia más inquietante. Permanecía sentado con las piernas cruzadas. El rostro perfectamente afeitado en torno a una nariz aguileña. El traje gris claro recién y perfectamente planchado. Llevaba un alfiler de corbata de oro, al igual que el llamativo anillo con un rubí que lucía en el dedo corazón de la mano izquierda. ¿Quién diablos era?

—El ministro me ruega que les transmita su saludo —empezó a decir el jefe superior de policía. Todos asintieron para agradecerse, como si el ministro estuviera allí—. Seguiré la evolución de la situación desde su villa de la Toscana. —Estaban tan acostumbrados a ser obsequiosos, advirtió Sandra, que olvidaban lo ridículos que resultaban en realidad.

—He informado personalmente al ministro hace un rato —quiso intervenir el *questore* Alberti—. La situación está, en general, bajo control. Los hombres están adiestrados, sofocan el pánico y afrontan de manera brillante los intentos esporádicos de aprovecharse del apagón para delinquir.

—Bien, muy bien —lo felicitó el jefe superior de policía—. Hasta ahora hemos realizado un excelente trabajo. Hay que seguir así.

«Fíjate tú, menudo par de gilipollas», pensó Vitali. Se felicitaban mutuamente mientras allí fuera todo se derrumbaba rápidamente. Desvió la mirada hacia la policía y, por su expresión, comprendió que estaba tan disgustada como él. Vitali había solicitado que estuviera presente en la reunión otra mujer, para que no se sintiera en minoría, pero al jefe superior de policía le importaron un bledo sus miramientos.

Mientras tanto, el comisario Crespi se inclinó hacia Sandra.

—¿Cómo estás? —le preguntó en voz baja. Su superior la había apoyado en su decisión de abandonarlo todo, siempre se había mostrado amable y ella

lo apreciaba.

—Mejor —lo tranquilizó. Decirle simplemente que le iba bien hubiera sido una frase de circunstancias. Y Crespi no se habría conformado. De modo que mejor emplear un término medio y decirle una parte de la verdad. Es decir, que todavía no estaba bien, pero trabajaba en ello.

A Vitali no le pasó por alto la breve conversación. Había recopilado información sobre Sandra Vega. Hubo una época en la que se la consideraba una excelente fotógrafa forense. Pero dos lutos habían marcado, quizá irremediablemente, su todavía joven existencia. Su marido, fotoperiodista, había fallecido en misteriosas circunstancias hacía unos años. Vega se trasladó de Milán a Roma para investigar su muerte. Al final se había quedado, intentó rehacer su vida con otro y le fue mal, porque su compañero fue asesinado de manera brutal. Algo digno de un perpetuo psicoanálisis, y tal vez también de psicofármacos.

—El motivo que me ha empujado a convocarlos aquí ya lo conocen —dijo el jefe interrumpiendo los preámbulos—. Pero es necesario repetirlos en deferencia a la agente Vega. —Señaló a Vitali—. Tal vez usted no conoce todavía al inspector Vitali. Es el jefe del Departamento de Estadística de Delitos y Criminalidad.

—Ni siquiera sabía que existiera una unidad específica, señor —admitió Sandra.

Efectivamente, tenía razón, pensó Vitali sonriendo para sus adentros. Había sido creada especialmente una hora antes, e inmediatamente después le habían asignado la misión de dirigirla.

—Los hombres del inspector Vitali se ocupan de la prevención de los delitos.

—Debería venir a uno de nuestros seminarios, agente Vega —afirmó el inspector—. Lo encontraría muy instructivo. —Vitali disfrutaba como un loco cada vez que, en circunstancias parecidas, el jefe superior de policía intentaba justificar alguno de sus cargos utilizados como tapadera.

—Inspector, por favor, ¿querría exponer los hechos para la agente Vega?

Vitali se levantó de su asiento y se dirigió hacia la policía, situándose frente a ella.

—Ayer por la noche, más o menos a las diez y media, un taxista estaba limpiando su automóvil tras terminar el turno de la tarde. A continuación, nos ha contado que siempre lo hace porque, cito textualmente, «nunca se sabe la que organizan los clientes ahí detrás mientras no puedo verlos». —Sonrió, pero enseguida la mueca desapareció de su cara.

Sandra intentaba comprender el objetivo de lo que le estaba contando, pero por el momento se limitó a escuchar.

—Pues bien —prosiguió Vitali—, ayer por la noche, precisamente, cuando descubrió un teléfono móvil encajado entre los asientos, enseguida pensó que algún pasajero lo había extraviado. De modo que, en primer lugar, lo encendió para comprobar si podía saber quién era el propietario a través de las últimas llamadas. —Vitali metió una mano en el interior de la americana y extrajo un viejo Nokia, un modelo claramente desfasado respecto a los modernos *smartphones*. Estaba protegido en una bolsa transparente de pruebas. Lo dejó encima de la mesa del jefe superior de policía e hizo una señal a Sandra con la mano para que se acercara con la silla y pudiera verlo bien—. El aparato no lleva ninguna tarjeta SIM. No hay ningún número de teléfono en la memoria. No aparecen llamadas ni de entrada ni de salida.

—¿Y entonces? —preguntó la policía, impaciente.

Vitali, en cambio, se tomó su tiempo.

—Es uno de los primeros modelos con cámara de vídeo. De hecho, al abrir la carpeta de imágenes, el taxista se encontró con una grabación... de inaudita crueldad.

La breve pausa antes de concluir la frase provocó en Sandra un estado de angustia. Aun así, intentó reprimir cualquier reacción. Quería mostrarse fuerte porque detestaba revelar lo débil que se había vuelto últimamente.

—¿Qué quieren que haga? —preguntó con voz firme, mientras se mordía el labio.

El comisario Crespi se acercó nuevamente hacia ella y le puso una mano en el hombro.

—Cuando esta mañana el jefe superior de policía De Giorgi me ha preguntado quién era el mejor agente que hemos tenido nunca en el equipo de fotógrafos forenses, enseguida he pensado en ti.

«No ha ido exactamente así», se dijo Vitali. Pero le parecía bien que el viejo comisario la ensalzara un poco si eso significaba conseguir el propósito.

Ellos querían «explícitamente» a Sandra Vega.

—Yo ya no pertenezco a la unidad —le recordó ella, como queriendo subrayar que esa parte de su vida era en esos momentos un capítulo cerrado. Y Crespi, mejor que cualquier otro, debería haberlo sabido—. Ha muerto alguien, ¿verdad? —añadió echando un vistazo furtivo al móvil que estaba encima de la mesa, como si ese artilugio de plástico negro, aparentemente inanimado, pudiera agredirla—. Por eso está usted también aquí. De lo contrario, qué motivo tendrían para involucrar a homicidios...

Crespi asintió en silencio.

—Durante años, usted ha formado parte del equipo de fotógrafos forenses de la científica —la apremió Vitali—. Con su réflex, ha ido a la caza de los detalles en las escenas del crimen. Es capaz de leer e interpretar mejor que nosotros la obra de un monstruo. Un individuo que siente placer inmortalizando sus hazañas y el sufrimiento de las víctimas en un vídeo.

¿De verdad había dicho «obra»? Sandra sintió un escalofrío. No, no quería en absoluto tener nada que ver con eso.

—Escuche, agente Vega —intervino el *questore* Alberti—. Sabemos lo doloroso que podría resultar para usted volver a ocuparse de estos temas, y que el hacerlo podría reabrir viejas heridas. Pero le pedimos que haga un esfuerzo por el bien de la colectividad. Estamos corriendo un grave peligro y no podemos subestimar el asunto.

No podían ordenárselo, y aun así la llamaban al orden. Pero a Sandra no le importaba. Por ella podían pensar que se había escondido en la Oficina de Pasaportes con la única intención de conservar un sueldo y el derecho a pensión. Bajo su punto de vista, no se trataba de meros privilegios. Algunos compañeros terminaban sus carreras sin sufrir ni un rasguño. Ella, en cambio, había pagado un precio muy elevado por el uniforme que llevaba.

—Lo siento —dijo levantándose—. No pueden pedírmelo. No puedo. — Se dirigió a la puerta con la intención de dejar esa historia a su espalda.

Vitali la hizo regresar.

—Agente Vega, respeto su decisión, pero permítame que le diga una última cosa —estaba muy serio—. Ese teléfono no fue «olvidado» en ese taxi. Alguien lo dejó a propósito. Sabía que alguien lo encontraría y que acabaría aquí, en esta sala. Porque lo que contiene, tanto si nos gusta como si no, es un mensaje. Y es un mensaje sencillo... Ahí fuera hay un ser humano capaz de hacer cosas inenarrables a sus semejantes. Quiere que sepamos que es fuerte, y poderoso. Y que no se detendrá ante nada... No cometa el error de pensar que se trata solo de una advertencia o de una amenaza. Es una declaración de intenciones. Quiere decirnos: esto es solo el principio.

Sandra se volvió a mirarlo.

—¿El principio de qué? —Estaba asustada.

—No lo sabemos. Pero, francamente, no me espero nada bueno en las próximas horas.

—Cuentan con toda la tecnología, los recursos y las competencias para capturarlo.

—Es cierto, pero nos falta una cosa... Tiempo. —Vitali pensó en la emergencia meteorológica, en el apagón y en todos los monstruos de la ciudad que únicamente esperaban la llegada de la noche para desatarse. Tenía que convencerla a toda costa—. Con todo lo que está ocurriendo, no tenemos tiempo para darle caza como es debido. Y él lo sabe.

Sandra titubeó.

Vitali supo que había tocado un poco su antiguo sentido del deber.

—Solo le pido que eche un vistazo al vídeo. Luego, si no se ve en condiciones de proporcionarnos un análisis, lo comprenderemos y podrá olvidarlo todo.

¿Olvidarlo? ¿El hijo de puta no sabía que esas imágenes volverían a aparecer en sus peores pesadillas nocturnas? Pues claro que lo sabía, pero le importaba un pimiento. Como a todos los presentes, por otra parte. Solo querían aprovecharse de ella, utilizarla. Sandra pasó revista a sus miradas mudas y vio que estaba en lo cierto, y los menospreció. Ahora tenía un motivo más para irse de allí mientras todavía estaba a tiempo.

—El móvil, desgraciadamente, no basta para conducirnos al hombre que buscamos —continuó Vitali, cuando Sandra estaba a punto de dirigirse de nuevo hacia la salida—. En él solo había las huellas del taxista y una minúscula mancha de sangre. No hemos encontrado ninguna correspondencia en la base de datos de ADN. De modo que no se trata de un delincuente habitual. Nos enfrentamos a una figura criminal completamente nueva, distinta de las que conocemos. Mucho más perversa y peligrosa. Lo único que sabemos de él es que padece un trastorno común en miles de personas, porque según la científica la sangre hallada en el teléfono es de epistaxis.

Sandra se quedó paralizada. Las piernas le temblaron y rezó por que nadie en la sala se diera cuenta. Solo era un pensamiento irracional. ¿Cuántas posibilidades había de que Vitali hablara de la misma persona? Y, sin embargo, algo le decía que ya no podía olvidarse de todo.

Marcus, «su Marcus».

Vitali se percató de un imperceptible cambio en la expresión de Sandra e, incluso antes de que ella hablara, supo con seguridad que había cambiado de idea.

—Está bien —dijo la policía intentando parecer tranquila—. Me ocuparé de ello, pero solo esta vez. —Todos parecieron satisfechos. No imaginaban que albergaba un repentino interés personal—. Necesito ver el material en condiciones.

—Pondremos a su disposición los recursos necesarios —le aseguró el jefe superior de policía.

Mientras hablaba su superior, Sandra observaba el móvil que estaba encima de la mesa. La vista del objeto, que hasta ahora había intentado esquivar, ya no le daba miedo. «Tenía» que saber.

Vitali estaba satisfecho: había logrado su objetivo. «Yo no soy realmente quien digo que soy —pensó—. Pero tú, agente Vega, también tienes un secreto que ocultar. Y lo descubriré».

6

En el Vaticano, el Palacio Apostólico había sido evacuado.

El cardenal Erriaga había dado indicaciones concretas en ese sentido. Nadie podría tener acceso a él bajo ningún concepto hasta nueva orden. Todo ello resultaba más fácil por el hecho de que, por motivos de seguridad ligados al mal tiempo y al apagón, se habían llevado al pontífice de Roma la noche anterior y ahora se encontraba en su residencia de Castel Gandolfo.

Marcus tenía una hora para completar la misión. Esta vez no se trataba de una investigación, Erriaga había sido claro.

«¿Qué quiere que haga?».

«Limpieza».

Después del imperceptible paso del penitenciario, la gendarmería volvería a tomar posesión del lugar y solo entonces se pondría en marcha la investigación oficial del fallecimiento del obispo Arturo Gorda, que concluiría con una declaración de muerte por causas naturales. Afortunadamente para Erriaga, el trágico final del hombre se había producido entre los muros del pequeño Estado soberano. Si hubiera ocurrido en territorio italiano, el cardenal no habría podido impedir el escándalo.

En el comunicado oficial del Vaticano, que al finalizar el apagón anunciaría al mundo la desaparición del alto prelado, se facilitaría una verdad edulcorada. Se hablaría de un genérico «episodio cardíaco».

«Una mentira piadosa», pensó Marcus mientras cruzaba el patio de San Dámaso bajo la lluvia torrencial. Subió la escalinata de mármol hasta el segundo piso. Sus pasos solitarios resonaron en la Loggia de Rafael, un festival de estucos y frisos de colores armónicamente repartidos en una ligera arquitectura de ventanas y pilares. Mientras la recorría, el penitenciario levantó la cabeza para disfrutar del espectáculo de las trece bóvedas cubiertas de frescos. Reconoció los episodios del Génesis, con la creación de la luz y la separación de la tierra y las aguas. La creación de Eva, la expulsión del paraíso terrenal. Las historias de Isaac, Jacob, Moisés y Salomón, para acabar con las historias de Cristo. Pensó en los privilegiados que, a lo largo de los

siglos, habían tenido acceso a ese lugar asombroso al recorrer el mismo camino. «Pocos», se dijo. Hombres poderosos que habían dejado una marca indeleble en la historia. Algunos de ellos eran abyectos, indignos. Otros, verdaderos santos.

Y ahora él. El hombre de la «limpieza».

Llegó frente a la puerta del apartamento reservado al obispo Gorda. Había sido cerrada inmediatamente después del hallazgo del cadáver. Erriaga había confiado a Marcus la única llave de acceso que había. El penitenciario la usó para abrir y entró cerrando enseguida la puerta a su espalda.

La primera habitación era un distribuidor. Sacó un par de guantes de látex del bolsillo, se los puso para no dejar huellas. Por el mismo motivo, se quitó los zapatos de tela blanca manchados de barro. A continuación se puso en marcha para peinar los otros espacios.

El alto prelado vivía de manera sencilla. La decoración era sobria y básica. Sin ninguna pompa, sin ninguna concesión a la mundanidad. La única excepción eran, tal vez, los libros. Había estantes repletos de volúmenes, otros estaban apilados en las esquinas. Probablemente constituían el principal pasatiempo de Gorda, que, por culpa de su agorafobia, no salía de casa desde hacía muchos años.

Los volúmenes formaban una especie de itinerario obligado. Marcus lo siguió y se encontró en una habitación con una cama individual, coronada por un crucifijo de madera. Una puertecita escondida en la pared daba acceso a un baño sin ventanas. Al lado, estaba el despacho del obispo.

Cruzó el umbral y se encontró delante la tragedia de ese cuerpo anciano exánime, acurrucado en el suelo, como si hubiera sufrido un colapso.

Lo que no se distinguía en las Polaroids que le había mostrado Erriaga era que el cadáver estaba precisamente frente a un pequeño altar en la pared en el que, como era obligado para cualquier cura, Gorda celebraba su solitaria misa cotidiana.

La postura y la desnudez, sin embargo, manifestaban algo blasfemo. Pero su afrenta a Dios le había costado cara.

El visor, como una máscara grotesca, le cubría los ojos y le rodeaba el cráneo, hasta la nuca. El componente tecnológico desentonaba con el contexto. No había ordenadores ni televisores en la clausura de Gorda. El obispo había hecho una excepción para satisfacer su perversión secreta.

«Imágenes pornográficas», recordó Marcus.

De debajo de esa especie de casco plateado sobresalían mechones de cabellos blancos. El aparato estaba conectado con un cable negro al collar de

cuero. El penitenciario se acercó y vio que, en la garganta, en contacto con los bordes, la fina piel del viejo estaba rasguñada. «Ha intentado liberarse de la opresión con las manos», se dijo. Los restos de sangre debajo de las uñas lo confirmaban.

«Estrangulación mecánica», fue su conclusión.

Por un momento, a Marcus le faltó el aire. Eran los ecos del pánico por ahogamiento que había sentido en el Tullianum. Gorda había experimentado lo mismo, pero por decisión propia. «Parece que es una práctica de autoerotismo *bondage* —había dicho Erriaga—. Al parecer ciertos individuos sienten placer dejándose estrangular». Marcus se preguntó cuándo el placer de Arturo Gorda se había transformado en sufrimiento y luego en conciencia de que estaba a punto de morir. ¿El obispo había tenido tiempo de rezar por lo menos una oración? ¿O bien, como creía el cardenal, había muerto realmente «como un perro», prisionero de esa trampa?

La horca del placer.

Gorda había sido encontrado en ese estado por la monja que estaba encargada de llevarle una taza de café de cebada hacia las ocho. La religiosa había salido corriendo, presa del terror, y había avisado enseguida a los gendarmes. Por lo que había visto, la pobrecilla iba a ser premiada con un traslado a un convento perdido de África, donde pasaría el resto de sus días. Los gendarmes serían adecuadamente recompensados —y amenazados— para que mantuvieran la boca cerrada. Marcus conocía perfectamente los métodos de Erriaga para prevenir las hemorragias de noticias.

Ni alrededor del cadáver ni encima había signos de que hubieran intervenido terceras personas. Las evidencias corroboraban la tesis de la muerte accidental. Y más aún porque, a poca distancia del cuerpo, había un estuche negro forrado de terciopelo en el que el obispo guardaba el dispositivo que lo había matado.

Era un objeto elegante y caro, observó Marcus. El paladín de los pobres sabía cómo satisfacer sus vicios.

Pero él no estaba allí para juzgar. Su deber era hacer desaparecer el rastro de una muerte indecorosa que podría poner al Vaticano en un aprieto. Por mucho que no le gustara en absoluto lo que estaba a punto de hacer, estaba convencido de que era lo mejor. La Iglesia era fuerte, pero los hombres que la servían a menudo eran débiles. Y él mismo no era una excepción.

Apartó esos pensamientos. Era el momento de ponerse a trabajar. Cuanto antes acabara, antes podría volver a la investigación que había dejado a medias. Descubrir qué le había sucedido esa noche. Por qué estaba desnudo y

esposado en el fondo del Tullianum. Y, sobre todo, «quién» lo odiaba hasta tal punto como para decidir matarlo de una manera tan cruel, mediante la tortura de dejarlo morir de hambre.

«Encuentra a Tobia Frai».

Empezó desatando el collar. El cuero estaba forrado por dentro con un tejido de alcántara, similar al ante, para no dejar moratones o marcas. El mecanismo para ponerse la horca era muy sencillo, pero aun así Gorda no había podido quitárselo. O no había tenido tiempo. Tal vez la asfixia le había provocado un infarto que había resultado fatal en pocos segundos. Marcus lo sabía, nunca existía un motivo unívoco detrás de la muerte, a menudo era un conjunto de causas. Lo único cierto era que algo había salido mal. Desestimó un mal funcionamiento del aparato; ciertos chismes siempre tenían un mecanismo de seguridad. Una explicación mucho más banal era que el obispo había corrido un riesgo demasiado grande para su edad.

Marcus movió el cuerpo sobre el suelo dejándolo boca arriba. Observó una vez más la desnudez del cadáver y se dio cuenta de que, en el interior del muslo izquierdo, el prelado tenía un tatuaje.

Un pequeño círculo azul.

El color estaba casi completamente borrado, quedaba solo un cerco, señal de que se remontaba a muchos años atrás. Tal vez fuese un pequeño gesto de rebelión durante la juventud, pensó el penitenciario. Ignoraba si Gorda se habría arrepentido. Quizá Marcus fuera el único extraño en conocer el detalle, tal vez el obispo se sintiera avergonzado. La muerte era siempre poco respetuosa con los pudores humanos. En el caso de Gorda, además, se había regodeado.

Marcus todavía tenía que quitarle el visor. Lo había dejado deliberadamente para el final porque abrigaba el irracional temor de cruzarse con la mirada asustada del obispo bajo la máscara. En primer lugar, abrió los cierres automáticos, uno a uno. A continuación, le sacó lentamente el casco. Las órbitas casi habían expulsado los globos oculares, como era típico en los casos de estrangulación. Marcus hizo fuerza y, con dos dedos, los empujó hacia atrás hasta que volvieron a su posición original. Seguidamente le bajó los párpados. Estaba a punto de empezar a recitar una oración por el alma de ese pecador cuando su atención volvió a centrarse en el visor que yacía en el suelo.

Incluso a distancia, pudo ver que la pantalla estaba todavía encendida.

Entonces lo cogió y se lo acercó a la cara. La imagen proyectada no tenía nada de pornográfico. Era un simple texto.

«Sin señal».

El visor estaba conectado a Internet. El obispo lo estaba usando antes del apagón, de modo que era natural que ahora no hubiera conexión. Tal vez fuera mejor así. No quería conocer otros detalles turbios de la vida de Gorda. «Mejor que mueran con él», pensó.

Se concentró en lo que le quedaba por hacer. Volvió a colocar el dispositivo en el estuche negro forrado de terciopelo. Se lo llevaría consigo y así el objeto desaparecería para siempre.

Luego se puso a inspeccionar el apartamento en busca de algo más que pudiera comprometerlo. Miró en los cajones y vació los armarios del baño. Incluso hojeó algunos libros. No había tiempo para un registro minucioso, Erriaga tendría que conformarse. Solo quedaba un detalle para completar la puesta en escena: vestir el cadáver.

Se dirigió hacia el armario del obispo en busca de un hábito apropiado. Lo abrió y, revisando entre la ropa, se fijó en que Gorda conservaba un viejo periódico amarillento. Marcus lo cogió.

Era una copia del *Messaggero*, la fecha de publicación se remontaba al 23 de mayo de nueve años atrás.

Quizá también fuera necesario hacerlo desaparecer. Para cerciorarse empezó a ojearlo. Nada, sin embargo, llamó su atención. No parecía sospechoso o comprometedor. Hasta que llegó a la sección de sucesos de Roma. El título fue lo que atrajo su mirada. Decía: «Desaparecido en Roma el pequeño Tobia Frai».

Fue como un relámpago en su cabeza. El penitenciario volvió a ver la imagen de la nota que había encontrado en el bolsillo en el Tullianum: «Encuentra a Tobia Frai».

No podía tratarse solo de una coincidencia.

En el periódico destacaba la foto en blanco y negro de un niño de tres años. Ojos grandes y límpidos, el rostro sonriente lleno de pecas. Vestía una camiseta clara y llevaba una gorra con el escudo de la Roma.

Marcus empezó a leer.

«Tobia Frai desapareció ayer hacia las seis de la tarde en pleno centro, a pocos metros del Coliseo. El pequeño estaba paseando con su madre, que asegura haberlo perdido de vista durante unos segundos. La mujer, de hecho, denunció rápidamente lo sucedido a una patrulla que pasaba por allí. La policía, que en un primer momento supuso que el niño se había alejado y luego había tomado un camino equivocado, ahora no excluye otras vías de investigación. Se procederá a visionar las filmaciones de las cámaras de

seguridad que vigilan la zona. Al mismo tiempo, para intentar esclarecer el paradero del pequeño Tobia, las autoridades piden ayuda a los turistas y ciudadanos que se encontraban en la zona en el momento de la desaparición. Se ruega a todo aquel que estuviera filmando o fotografiando el Coliseo que envíe el material a la dirección electrónica de la jefatura de policía de Roma».

Marcus, incrédulo, seguía sosteniendo el periódico delante de su cara. Cuando lo bajó, se fijó en que había algo más en el fondo del mueble. Una alarma se puso a sonar en su cabeza. «Anomalía», se dijo.

Un par de zapatos de tela blanca. Idénticos a los suyos.

5 horas y 38 minutos para el anochecer

El vídeo encontrado en el móvil extraviado en el taxi duraba doscientos seis segundos.

—Pero para uno de los dos protagonistas habrá durado como una eternidad —dijo Vitali mientras bajaba las luces de la sala de informática del hormiguero.

Crespi se había sentado algo apartado: al parecer, el comisario había delegado en su colega cualquier explicación. A Sandra no se le escapó esa peculiaridad. En el fondo, el inspector Vitali era solo un burócrata, un chupatintas. Departamento de Estadística de Delitos y Criminalidad, todavía no podía creérselo. ¿Por qué la división de homicidios le dejaba tanto margen de maniobra? Pero ya no podía echarse atrás. Ahora estaba sentada en el puesto más cercano a la gran pantalla de plasma. Estaba apagada, pero de la superficie negra, parecida a la pizarra, provenía igualmente un oscuro fulgor.

—Es un sistema Pro Tools de última generación —explicó Vitali—. Forma parte del equipo de los fotógrafos forenses desde hace solo unos meses. Es muy sencillo: le bastará con tocar la pantalla para detener las imágenes, hacerlas avanzar o retroceder, o para agrandar o reducir un fotograma.

«Será como estar allí», pensó Sandra. Normalmente, ella llegaba «después», cuando el mal ya se había consumado. Y siempre podía refugiarse tras la réflex y dejar que el frío mecanismo de la cámara hiciera el trabajo sucio. Esta vez, en cambio, iba a participar, aunque fuera indirectamente, en lo que había ocurrido.

—¿Está lista? —preguntó el inspector, temiendo que cambiara de idea.

Sandra se tomó todavía unos segundos y se volvió hacia Crespi, que permaneció impasible.

—Sí.

Vitali cogió un mando a distancia y puso en marcha la grabación.

Al principio, las imágenes se veían inestables y desenfocadas. Después de pasearse durante unos segundos por un suelo asqueroso, el objetivo de la cámara del móvil se levantó de golpe y enfocó lo que parecía una vieja cama de hospital. Alrededor, baldosas desportilladas y humedad.

Tendido en el mugriento colchón había un hombre.

Sandra notó una sensación de liberación al descubrir que no se trataba de Marcus. Pero el alivio duró poco. El desconocido lloraba y se revolvía en una postura antinatural. Una cuerda que subía de los tobillos y llegaba a la cadera lo envolvía en espiral. Tenía los brazos abiertos tendidos hacia la cabecera, donde, con unas cuerdas, se veían las muñecas atadas. Estaba todavía vestido de cintura para abajo, pero mostraba el torso desnudo.

Como si fuera la víctima de un sacrificio.

—Te lo ruego..., no... —suplicaba. Cabello negro, muy corto. Delgado hasta el punto de que, bajo la piel lampiña, se entreveían los huesos de las costillas. Tenía el rostro demacrado y la expresión congestionada por el esfuerzo de levantar el cuello delgado y los hombros, en un intento de liberarse. Era solo desesperación, pensó Sandra. No iba a conseguirlo. Él también lo sabía. Y, sin embargo, un último instinto de supervivencia lo empujaba a seguir intentándolo, a rebelarse con todas las fuerzas que tenía en el cuerpo—. Te lo ruego, deja que me vaya... —Las venas a la altura de las sienes palpitaban con tanta fuerza que hacían imaginar que pronto estallarían, cubriéndole la cara de rojo. Una estela de moco amarillento le resbalaba de la nariz hacia el labio, hasta mezclarse con las lágrimas y la saliva de la boca.

—¿Qué ve, Vega? —preguntó Vitali.

—Tiene la tez amarillenta y agrietada. Se ven los moratones de la necrosis de las venas. Le faltan algunos dientes y los otros están ennegrecidos, de modo que podría tener aproximadamente cincuenta años. Pero, en realidad, no es tan viejo. —Envejecimiento por abuso de sustancias estupefacientes, así lo llamaban. Una vida difícil siempre dejaba señales inequívocas—. Consumidor de drogas. Una colección de pequeños antecedentes. Dentro y fuera de la cárcel. —Muchos lo habrían definido como un despojo de la sociedad. ¿Cuántos tipos así había fotografiado cuando estaba en la científica? Por lo general, encontraban su cadáver en una acequia al lado de una carretera, en medio de la basura, sin dinero ni documentación que permitiera identificarlo. El depósito estaba lleno de cuerpos sin nombre—. A veces los liquidan sus camellos, sucede cuando se vuelven demasiado molestos. Pero es más

habitual que los mate alguien tan desesperado como ellos, con la única intención de echar mano a una dosis y unas cuantas monedas.

Vitali no confirmó ni desmintió nada, permaneció callado. Porque entonces en el vídeo sucedió algo.

Quien grababa, que se había quedado quieto hasta ese momento, alargó el brazo. En el encuadre apareció una mano con un guante de látex. El hombre tenía algo entre los dedos.

Una hostia negra.

Se acercó al prisionero, se la metió entre los labios y le tapó la boca con la palma de la mano para obligarlo a comérsela. Poco después, Sandra vio que la mirada de la víctima se transformaba. Los ojos, que hasta poco antes buscaban con desesperación la piedad del carcelero, ahora se inmovilizaron y miraban al vacío. La expresión del rostro se relajó. El verdugo le quitó la mano de la boca, se alejó de nuevo y se quedó observando.

El prisionero movió los labios. Al principio lentamente, luego cada vez más deprisa. Solo emitía una especie de susurro. Una frenética sucesión de sílabas que emergían y desaparecían. Balbuceaba. A continuación el volumen de la voz aumentó, pero las palabras seguían siendo incomprensibles.

—¿En qué idioma está hablando? No lo entiendo —preguntó Sandra—. Parece hebreo —pero no estaba segura.

—Es arameo maqqaba —puntualizó, serio, Vitali—. Se usaba en Palestina en los tiempos de Cristo.

La afirmación del inspector descolocó a Sandra. ¿Cómo podía un toxicómano conocer una lengua que se hablaba hacía dos mil años?

—Está diciendo: «El Señor de las Sombras camina conmigo. Él es el maestro de la verdad. Él es la nueva vida» —tradujo Vitali.

Sandra lo miró, estaba serio.

Mientras tanto, el prisionero continuaba repitiendo las frases, como una letanía. ¿De qué iba todo eso?

Vitali sabía lo que estaba pasando por la mente de Sandra Vega. La policía se estaba preguntando por qué el inspector, jefe del Departamento de Estadística de Delitos y Criminalidad, mostraba interés por esa grabación y cómo era posible que supiera con exactitud lo que estaba diciendo el prisionero. Pero a Vitali no le interesaba esa cuestión. Había llegado el momento de complicar un poco más las cosas. Por eso le parecía bien que Sandra Vega empezara a albergar dudas sobre él y sobre sus funciones.

Entretanto, en la pantalla, la persona que filmaba colocó el teléfono con la cámara sobre la cabecera de la cama. Ahora la toma se veía torcida, pero se

podía vislumbrar bastante bien la sombra que se inclinaba sobre el prisionero y le aferraba la mandíbula con una mano para sujetarlo. A continuación, para completar la blasfema eucaristía, empezaba a verter el contenido de una copa de oro en la boca abierta. Pan y vino, cuerpo y sangre. El otro no se resistía, bebía como en trance. Se oía el sonido del líquido mientras descendía borboteando por la garganta, como agua sucia en el desagüe de un fregadero. Una vez terminada la operación, la sombra volvió atrás sin darse la vuelta y sin que se viera su rostro, y cogió el teléfono para seguir grabando.

El hombre que estaba tendido había dejado de hablar. Simplemente tenía los ojos muy abiertos y continuaba con la mirada ausente. Sandra se preguntó qué estaba a punto de suceder. ¿Qué le había hecho beber? No era vino. De repente, el cuerpo de la víctima se vio sacudido por una fuerte convulsión. Parecía que la cuerda y las ataduras que lo inmovilizaban no pudieran resistir esa fuerza sobrehumana. De la piel del pecho del hombre empezó a aflorar algo. La policía se acercó instintivamente a la pantalla para verlo mejor.

Era vapor.

Se estaba produciendo una reacción cáustica en el organismo. El efecto era la emanación que brotaba por los poros de la piel. La carne empezó a asumir un color cobrizo, como si se estuviera quemando por dentro. La expresión de la víctima, a pesar de retorcerse por fuertes espasmos musculares, continuaba indiferente. Pero el espectáculo todavía no había terminado. La piel empezó a llagarse, a enquistarse de ampollas purulentas. Se divisaban el esófago y la tráquea. Luego fueron los pulmones. Los bronquios emergieron como dos colgajos carbonizados. Las llagas se convirtieron rápidamente en úlceras, se colapsaron una tras otra abriendo muchos pequeños agujeros en la carne viva. Pero de las heridas no manaba sangre, sino todavía humo, parecido a azufre.

Sandra se puso en la piel del taxista de Roma que había encontrado el teléfono con ese vídeo en la memoria. Pensó en la reacción del pobre cuando, en el intento de localizar al legítimo propietario a través del contenido del móvil, se encontró frente a un horror como ese. Quedaría marcado durante el resto de su vida.

Las convulsiones del prisionero cesaron de repente. El objetivo se detuvo un poco más sobre el cadáver devastado. En el silencio que siguió, solo quedó un ligero y horrible chisporroteo.

A continuación la imagen se paró.

Eso no era obra de alguien puesto de cocaína y ácidos, pensó inmediatamente Sandra. Había una metodología.

—Y bien, ¿qué puede decirme? —preguntó Vitali.

La policía se volvió a mirarlo. Sus ojos expresaban hostilidad.

—¿Qué quiere saber?

—Aparte de quién es el asesino, hay un montón de interrogantes sin resolver, agente Vega. Desde la identidad de la víctima hasta el lugar donde se cometió el asesinato. No sabemos nada de todo eso.

«Homicidio ritual», hubiera querido sentenciar Sandra. En cambio, dijo:

—Minuto uno y veintisiete segundos. —Después, sin añadir nada más, con un gesto de la mano hizo deslizar las imágenes hacia atrás en la pantalla. Ralentizó los fotogramas, avanzó lentamente hasta encontrar el punto exacto —. Mire aquí...

Vitali se inclinó hacia delante. Vio el brazo izquierdo de la víctima, que, al intentar liberarse de la cuerda atada a la cabecera de la cama, forcejeaba de manera poco natural. Sandra puso los dedos juntos sobre el fotograma, los abrió y amplió la imagen.

En la piel del antebrazo había un pequeño tatuaje.

—Un círculo azul —dijo Vitali para confirmar que él también lo veía.

—Puede hacer analizar la toma las veces que quiera, inspector. No encontrará nada más que sea relevante. —Sandra pronunció la frase con suma seguridad y dedicando una mirada también a Crespi, que no había abierto la boca y ahora la miraba con una evidente incomodidad.

Vitali percibió la tensión entre ambos. Era exactamente lo que quería.

—Está bien, puede tomarse el día libre, agente Vega.

Sandra se lo quedó mirando, incrédula.

—¿Y el apagón?

—Sabremos pasar sin usted —sonrió el otro, sarcástico.

—Como quiera, inspector —fue la respuesta seca de la policía. La hostia negra, el arameo maqqaba, el «Señor de las Sombras», esa especie de sacrificio humano: había visto y oído demasiado. Recogió la chaqueta del uniforme que había dejado en el respaldo de la silla, pasó por delante de Crespi y abandonó la sala sin despedirse.

Poco después, el viejo comisario también se levantó de su asiento. Se metió las manos en los bolsillos de los pantalones y se dispuso a salir. Pero antes se volvió otra vez hacia su colega.

—¿Está realmente seguro de lo que estamos haciendo?

—No puedo darle explicaciones. —Si solo hubiera sido un simple inspector, Vitali no hubiera podido en ningún caso dirigirse con ese tono a un

superior. Pero él no era «simplemente» un inspector. Por eso Crespi, tras oír la respuesta, se dio la vuelta y se fue como un perro apaleado.

A pesar de todo, Vitali se sentía satisfecho. «El círculo azul», repitió para sus adentros. Se alegraba de que Sandra se hubiera dado cuenta. Era como decía todo el mundo: competente. Tal vez la policía todavía se imaginaba que se encontraba allí gracias a su talento como fotógrafa forense. Sandra Vega no sabía que la verdadera razón de su presencia esa mañana era otra. Pero, después de haber visto el vídeo, sin duda albergaría sospechas.

Bien, muy bien. Vitali no la dejaría en paz hasta que realmente entendiera lo mucho que tenía que ver con esa historia.

Porque lo que Sandra no sabía, y que Vitali se había guardado mucho de revelar, era que en el móvil que el taxista había encontrado, además de la terrible grabación, había algo más.

La Ciudad del Vaticano era un Estado autónomo de medio kilómetro cuadrado en el corazón de Roma. Estaba rodeado por muros altísimos que, además de la Basílica de San Pedro y los palacios del poder eclesiástico, custodiaban unos magníficos jardines, perfectamente cuidados.

Sin embargo, en medio de estos, siempre había desentonado la existencia de un bosque descuidado de unas dos hectáreas. La densa vegetación lo convertía en un lugar intransitable y casi inaccesible.

En el linde del bosque había un pequeño convento de clausura. Las monjas que lo habitaban pertenecían a una antigua orden monacal, casi completamente desaparecida.

Las viudas de Cristo.

Eran solo trece y habían abrazado una fe estricta, renunciando a cualquier comodidad, incluso a la medicina. Se alimentaban únicamente del fruto de su huerto y habían hecho voto de silencio. Única excepción: la plegaria. Sin embargo, desde hacía veintitrés años, su tarea más penosa era custodiar a un hombre cuya existencia ignoraba el mundo exterior.

Un monstruo terrible. Un ser inmundo. Un asesino en serie.

La lista de sus crímenes era una gran vergüenza para la Iglesia y debía mantenerse en secreto a toda costa. Porque, antes de ser detenido y encerrado allí dentro, Cornelius Van Buren había sido cura misionero.

Las tormentas habían concedido una breve tregua. La lluvia, sin embargo, solo había aflojado, sin cesar del todo. Marcus caminaba por el bosque con gran dificultad. Sabía que estaba solo, pero aun así notaba una presencia. Como la que había sentido en el Tullianum, mirando de frente la oscuridad de la trampilla. Levantó la mirada. Encima de él, posados en los árboles, había centenares de pájaros negros. Y lo miraban. El penitenciario aceleró el paso.

Poco después, apartó una rama y se encontró en el pequeño claro que protegía el convento. Si no hubiera sido por el humo que salía de una chimenea, el lugar habría parecido deshabitado. El penitenciario conocía bien el camino para llegar hasta allí, lo había recorrido varias veces en los últimos

años. Durante las visitas a Cornelius había desarrollado un útil aprendizaje. Resultaba raro, de hecho, toparse con una personalidad homicida tan compleja y refinada. Por mucho que despreciara a ese hombre a causa de los actos que cometió siendo misionero, había obtenido de él un conocimiento puro del alma humana, no contaminada por los conceptos del «bien» y del «mal». Esos dos elementos no tenían ningún valor para Van Buren. Aseguraba que era un monstruo no porque estuviera en su naturaleza, sino porque era la voluntad de Dios.

Al acercarse a la puerta de madera, Marcus llamó tres veces y a continuación tres veces más. Era la señal acordada que le permitía acceder a la prisión. Acudió a abrirle una de las hermanas. Llevaba el típico hábito de la orden, cuya característica principal era un paño negro que ocultaba completamente el rostro.

La viuda de Cristo reconoció al penitenciario y lo dejó entrar. Seguidamente, aunque todavía era de día, cogió una vela y le indicó el camino. Allí los efectos del apagón eran irrelevantes, ya que la energía eléctrica, al igual que cualquier otro progreso tecnológico, nunca había llegado. Era como hacer un viaje hacia atrás en el tiempo, aunque el convento también parecía distante en el espacio. A pesar de estar ubicado a pocas decenas de metros de los muros que separaban el Vaticano de la vida caótica de Roma, era un lugar en el que reinaba la paz.

La monja precedía a Marcus. Mientras caminaba, el tejido del largo hábito rozaba el suelo de piedra, dejando solo entrever los zapatos. Era así como él las identificaba, el calzado era el único elemento que distinguía a cada viuda de Cristo de sus hermanas. Frente a él, en ese momento, tenía un par de botines negros, muy castigados y atados hasta más arriba de las espinillas.

Tampoco era posible determinar la edad de la monja. La única parte visible del cuerpo era la mano que sostenía la vela. A la luz de la llama, la piel del dorso parecía lisa como la seda. Como si la quietud que habitaba en ese lugar tuviera el poder de pulir a las personas, y también su alma.

El único en quien no surtía efecto era en Cornelius.

Subieron la escalera lentamente y luego recorrieron un pasillo ciego y oscuro, al final del cual se encontraba la celda del misionero. Marcus notó desde la distancia que su anfitrión ya lo estaba esperando, con los brazos apoyados en los barrotes de hierro pulido y las manos juntas.

La monja de los botines negros se detuvo en mitad del pasillo y le tendió la vela. De allí en adelante el penitenciario tendría que proseguir solo.

Llegó junto a la verja y se encontró delante del viejo cansado de siempre. La piel de Cornelius era lechosa. Sus dientes, amarillentos. Llevaba un cárdigan raído y deformado. El pantalón demasiado ancho ponía en evidencia su delgadez. Tenía una postura curvada y escasos cabellos blancos. Se lavaba poco y despedía mal olor. Pero Marcus sabía incluso demasiado bien que no debía dejarse engañar por su apariencia.

El monstruo parecía domado. Sin embargo, seguía siendo peligroso.

No habían pasado aún tres años de cuando se escapó y mató a una de sus carceleras. No satisfecho con eso, hizo pedazos el cadáver y los diseminó por el bosque. En él habitaba todavía la bestia salvaje de antaño. Olvidarlo podría significar la muerte.

—Bienvenido, peregrino —lo saludó Cornelius—. ¿Qué te trae a la casa del Señor? —En la celda había un catre, una silla de madera y una repisa con una veintena de libros. Iban desde el *De continentia* de San Agustín o el *De libero arbitrio* de Erasmo de Rotterdam, pasando por la biografía de Santo Tomás y la de Roscellino di Compiègne, y hasta llegar a la *Divina Comedia*. Desde hacía veintitrés años, esos textos de tema religioso constituían el único contacto entre la bestia y la civilización de los hombres. Fue el mismo Battista Erriaga quien había seleccionado los títulos. Por lo demás, el Abogado del Diablo lo había condenado al más completo aislamiento. De modo que Cornelius leía sin parar las mismas páginas para evitar que el aburrimiento lo matara antes de tiempo.

Marcus se sentó en un banco pegado a la pared.

—Arturo Gorda —dijo.

El otro prefirió quedarse de pie.

—El obispo... ¿Qué le ha pasado?

—Ha muerto esta noche. —Y añadió—: De un modo indigno.

—¿Suicidio?

—Estrangulación mecánica.

—Interesante. Háblame de ello, por favor.

Marcus empezó a describir la escena con que se había encontrado, así como el instrumento de la «horca del placer».

Cuando hubo terminado, a Cornelius se le escapó una sonrisa.

—Me imagino lo mucho que nuestro amigo común Battista Erriaga se estará esforzando para encubrir la historia del santo depravado.

—Me ha enviado a mí para limpiarlo todo. He hecho un buen trabajo, el mundo nunca sabrá nada.

—¿Pero? —Van Buren había comprendido que había algo más.

—Anomalías —respondió Marcus—. Empezando por los zapatos...

—¿Qué zapatos?

El penitenciario bajó la mirada al calzado de tela blanca que llevaba en los pies.

—Esta mañana me he despertado en el Tullianum. Estaba desnudo y esposado. Alguien me metió allí para dejarme morir de hambre. El único alimento que me concedió fue la llave de las esposas. Conseguí liberarme gracias a que la vomité. No recuerdo nada de las horas anteriores a haberme despertado: ni lo que hice ni quién pudo castigarme de esta manera. Y, sobre todo, no sé por qué me lo merecía. Es como si en mi mente hubiera un agujero negro.

—¿Qué tiene que ver con los zapatos?

—Los encontré al lado de mi ropa. No sé de dónde han salido. Pero Gorda tenía un par idéntico en su armario.

—¿Cuánta gente tiene zapatos parecidos? ¿Quién te dice que no sea una casualidad?

—Esto... —Marcus cogió del bolsillo interior de la americana el periódico con la noticia de la desaparición del pequeño Tobia Frai, ocurrida el 22 de mayo de hacía nueve años. Se lo tendió a Cornelius, que lo examinó—. No sé por qué el obispo conservaba este viejo periódico. Pero es la segunda coincidencia con lo que me sucedió en el Tullianum. De hecho, en un bolsillo de mi ropa encontré una página arrancada de un cuaderno. En ella había un mensaje escrito con mi letra: «Encuentra a Tobia Frai».

Cornelius devolvió el periódico a Marcus. A continuación se cogió las manos por detrás de la espalda y dio unos pasos por la celda.

—Un niño desaparecido hace nueve años, zapatos blancos de tela, el Tullianum, un obispo muerto en circunstancias absurdas, tu breve amnesia...

—Tras terminar el listado, se volvió de nuevo hacia Marcus—. Si te ayudo, ¿qué recibiré a cambio? ¿Cuál será mi recompensa?

El penitenciario se esperaba la pregunta.

—Pide lo que quieras.

Cornelius enmudeció, le tentaba la propuesta.

—Un libro.

—De acuerdo.

Van Buren, contento, no podía creérselo.

—Pero no es un libro cualquiera. El que quiero se encuentra en la Biblioteca Angelica. Es un incunable. La *Historia naturalis*, de Plinio el Viejo, traducida por el humanista Cristoforo Landino. Se lo dedicó a

Fernando I de Aragón, rey de Nápoles. Contiene maravillosas miniaturas. — Mientras lo describía, los ojos le brillaban como los de un sediento de saber delante de la fuente del conocimiento.

—Lo tendrás —confirmó el penitenciario.

—¿Y qué dirá Erriaga?

—Que se joda —fue su clara respuesta.

En el transcurso de sus visitas anteriores, Marcus siempre había mantenido una actitud distante con el misionero. Ese alejamiento le servía para no olvidar a quién tenía enfrente, pero también para permanecer imparcial respecto a los temas que pudieran tratar en sus conversaciones. Entre ellos siempre había existido un acuerdo tácito: ninguno podía pasar más allá de esa línea e invadir el territorio del otro. Nunca iban a convertirse en amigos, y mucho menos en confidentes. Los encuentros con Marcus eran una distracción en la insoportable rutina de Cornelius. El penitenciario sabía que el prisionero nunca renunciaría a ella. Por eso, hasta ese momento, nunca había sido necesario ofrecerle nada a cambio de su ayuda. Sin embargo, esta vez el otro se había anticipado a la jugada, pidiéndole una recompensa. Quizá porque intuía que lo que estaba en juego era mucho.

—Está bien, te ayudaré —confirmó Van Buren—. Pero con una condición: tienes que contármelo todo. Si me escondes algo, me daré cuenta.

—Lo mismo vale para ti —señaló Marcus. Habían hecho un trato—. ¿Qué te inspira esta historia?

Cornelius parecía dubitativo.

—No lo sé... Disponemos de demasiados elementos, demasiadas anomalías. Corremos el riesgo de confundirnos.

—Creo que son los jirones de la memoria perdida. Si logro reunirlos, también podré descubrir por qué los he olvidado.

Van Buren sacudió la cabeza.

—Lo lamento, pero no creo que funcione de ese modo. Primero tienes que poner las cosas en orden... Empecemos por lo que está ocurriendo en la ciudad a estas horas.

Marcus se quedó callado. No era posible que tuviera noticia del apagón.

—¿Qué sabes de eso? —preguntó al cabo de un rato.

—En la antigua Roma, los *àuguri* interpretaban la voluntad de los dioses por el vuelo de las aves... Yo he hecho lo mismo: el veredicto ha sido que actualmente nos encontramos bajo una grave amenaza.

—Ni siquiera tienes una ventana —señaló el penitenciario.

—No me estoy burlando de ti —lo tranquilizó el otro—. Mi vista está limitada, pero mi oído todavía es eficaz. Y esta mañana, al amanecer, llovía. Y también he oído el aleteo de los pájaros, centenares. Los pájaros no vuelan cuando llueve. Por eso necesariamente algo tiene que haberlos asustado.

—El silencio —dijo Marcus, y se acordó de las aves negras que había visto en el bosque—. El repentino silencio los ha desorientado.

Cornelius parecía satisfecho de su capacidad deductiva.

—Solo un cataclismo o una plaga repentina pueden hacer enmudecer a una civilización.

—O un apagón de veinticuatro horas.

Cornelius pareció sorprendido.

—De modo que Roma está experimentando por un día lo que siento yo desde hace veintitrés años.

—Creo que sí. Pero ahora que lo sabes, dime de qué sirve esta información —lo cortó Marcus.

El viejo fue a sentarse en el catre para reposar sus miembros cansados por el esfuerzo de sobrevivir en cautividad.

—León X...

—¿Qué? —Marcus no lo había oído bien.

—En 1513, el cuarto hijo de Lorenzo de Médici subió al trono de Pedro con el nombre de León X. Se había convertido en cardenal en secreto, con solo trece años.

—El papa al que se opuso Lutero —recordó Marcus—. El pontífice que permitió la venta de indulgencias a cambio de pecados. —Por ese motivo, también era enemigo de la Penitenciaría y del Tribunal de las Almas.

—Es cierto, pero también era un conciliador. Salvó la vida de Maquiavelo, se rodeó de artistas como Rafael. En él habitaban dos naturalezas, a menudo en conflicto entre ellas, como en todos los hombres.

—¿Qué tiene que ver con lo que está sucediendo hoy?

—León X dictó una bula. Dispuso que Roma no podía «nunca, nunca, nunca» quedarse a oscuras. Para subrayar la importancia de la recomendación, repitió la palabra «nunca» tres veces.

—¿Por qué dispuso algo así? ¿Qué había en la oscuridad de Roma que asustara tanto al papa?

—Nadie lo ha sabido nunca. Pero León X murió nueve días más tarde, tal vez envenenado.

Marcus sabía que no era la primera vez que un papa era asesinado. No era extraño que en la Iglesia se resolvieran ciertas cuestiones recurriendo a

medidas extremas. Gorda era un consejero muy escuchado por el pontífice actual, una figura preeminente.

—¿Intentas decir que el obispo podría haber sido asesinado?

Pero Cornelius eludió la pregunta planteando un nuevo interrogante.

—Dime, ¿has mirado bien su cadáver? ¿Había algún signo extraño en él?

Marcus recordó el tatuaje desteñado en el interior del muslo.

—Un círculo azul. —¿Cómo era posible que Van Buren lo supiera?—. He respetado el acuerdo: ya lo sabes todo, ahora te toca hablar a ti.

—Orden, Marcus. No basta con saber, primero tienes que poner en orden lo que sabes —lo reprendió el otro por segunda vez.

—Ya estoy harto de tus juegucitos. Ya basta.

Cornelius se puso de pie, de nuevo empezó a pasear por la celda.

—Reflexiona: la primera pieza es el apagón. ¿Y la segunda?

Marcus no pensaba complacer los intentos de manipulación de ese sádico, pero trató de calmarse.

—Haberme despertado en el Tullianum.

—No, te equivocas —dijo el otro con contundencia—. Sigues pensando solo en lo que te ha ocurrido porque te obsesiona la breve amnesia que has sufrido. Ha despertado en ti el miedo a que puedas volver a perder la memoria otra vez, como hace muchos años en Praga. Sin embargo, tienes que empezar por lo que ha sucedido después.

—La muerte de Gorda.

—¿Y cómo ha muerto el obispo?

—Ya te lo he dicho. Estrangulación mecánica. Muerte accidental.

—La «horca del placer»... ¿Y tú cómo estuviste a punto de morir?

—Querían dejarme morir de hambre en ese pozo.

—Entonces, ¿qué tenéis en común tú y el obispo, aparte de los estúpidos zapatos blancos de tela? —Cornelius empezó a alterarse—. La horca, el hambre: ¿no son acaso técnicas de tortura?

—¿Quieres decir que detrás de los dos episodios está la misma mano?

—¿Por qué me lo preguntas? Ya lo sabías antes de venir aquí.

—No puede ser: Gorda lo hizo todo él mismo. La dinámica, el modo y las circunstancias excluyen completamente la intervención de terceras personas. —Marcus no podía creérselo. En él iba creciendo la rabia porque estaba convencido de que Van Buren le escondía algo esencial—. ¿Cómo es posible que supieras lo del tatuaje?

—De hecho, no lo sabía. Solo te he preguntado si había señales en el cuerpo y tú me has contestado «un círculo azul».

—Chorradas —replicó el penitenciario—. Dime lo que sabes.

Cornelius sonrió.

—La bula papal, la oscuridad de Roma... ¿En qué te hacen pensar?

—En un misterio que dura desde hace demasiados siglos.

—¿Y qué siente la gente corriente cuando se encuentra delante de un misterio?

—Miedo —fue la respuesta.

—Exacto: todos tenemos miedo a lo desconocido. ¿Y cuál era la intención de León X cuando dictó la bula?

—Proteger, prevenir.

—¡Correcto! Porque sabía algo que los demás no sabían. Algo que ocurriría con la oscuridad.

—¿Quieres decir que la bula contiene una profecía? Es absurdo: no existen las profecías.

—La oscuridad era el enemigo de León X. ¿Y en qué parte del día la oscuridad es más oscura?

—De noche —fue la respuesta crispada de Marcus.

—¿Y cuándo una noche es más oscura que las demás?

—No lo sé. —Se estaba hartando de tanta adivinanza.

—Adelante... —lo exhortó Van Buren.

—Cuando no hay luna.

—No —gritó Cornelius—. La noche más oscura y aterradora es aquella en que la luna está... pero nadie puede verla.

Marcus recordó el círculo azul.

—Un eclipse.

Lo dijo en voz baja, pero Cornelius comprendió igualmente que el alumno había aprendido la lección.

—Exacto. —Los ojos del viejo maestro no lograban contener su alegría—. ¿Y qué es un apagón si no un eclipse tecnológico? El mundo a nuestro alrededor deja de ser como lo conocemos. Al igual que nuestros antepasados ante la desaparición temporal de la luna, nos sentimos de repente frágiles e indefensos. Vulnerables.

—Pasaré algo después de que se ponga el sol. Algo terrible —comprendió el penitenciario. La revelación lo aterrizó. Alguien incluso podía creer que un papa lo había profetizado hacía quinientos años. Pero Marcus, no. Para él siempre había una explicación racional. Y todavía estaba convencido de que Van Buren le ocultaba algo—. ¿Cómo puedo impedir lo que va a ocurrir? Dímelo.

—Orden —le recordó el otro, contundente—. Esta noche vuelve a verme con lo que hayas descubierto y juntos buscaremos las respuestas. —A continuación añadió con una tétrica sonrisa—: Y, por favor, no olvides traer contigo ese libro.

El Tíber había rebasado el límite de seguridad.

Era la última noticia de la emergencia. Desde hacía unas horas, el río estaba constantemente supervisado por temor a un repentino desbordamiento. Era imposible prever cuánta lluvia iba a caer todavía sobre Roma y si los márgenes lograrían contener una riada.

El personal de protección civil había sido encargado de trasladar las obras de arte, que ornaban museos y palacios, a las plantas superiores de los edificios. Se aseguraban los monumentos erigiendo muros de sacos de arena, parecidos a trincheras. La Piazza Navona, el Ara Pacis, el Coliseo, el Panteón y todas las iglesias y los yacimientos arqueológicos parecían campos de batalla.

A pesar de que no se producía un desbordamiento desde hacía más de cuarenta años, seguía estando presente en la memoria de los romanos el recuerdo de los caprichos del gran río que, en el pasado, había invadido varias veces el centro histórico. El Tíber confirmaba una vez más quién era el verdadero amo de Roma, quién le había otorgado belleza y prosperidad durante siglos y quién podía llevárselo todo en pocos minutos.

Por ese motivo, las dependencias del archivo de la jefatura de policía también estaban desiertas.

De hecho, el personal había sido trasferido a lugares donde resultara más útil. Sandra confiaba en ello, porque no quería explicar a sus compañeros el motivo por el que se encontraba allí. La gran habitación pintada con frescos, en el antiguo edificio que era sede de la policía de Roma, la acogió con su quietud intacta. Se parecía a la sala de lectura de una inmensa biblioteca. Pero sobre las largas mesas de madera, en lugar de volúmenes seculares, había modernos ordenadores que en ese momento funcionaban gracias a la energía de los generadores.

Sandra se sentó delante de uno de los terminales y empezó a introducir los parámetros de la búsqueda centrada en el nombre de Vitali.

Empezó por su expediente y vio que el inspector había peregrinado bastante en los últimos años. Antes de hacer escala en el Departamento de Estadística de Delitos y Criminalidad, había dirigido la oficina de jubilaciones y luego había supervisado la gestión del parque de automóviles. Se había ocupado de la comunicación, de la revista del cuerpo y así sucesivamente. Todos ellos cargos modestos, que no preveían ningún papel operativo y no comportaban, por tanto, ningún riesgo.

Sin embargo, esa mañana en el hormiguero, en la oficina del *questore*, Vitali había demostrado un completo dominio de la situación. Se había expresado como un *profiler* al describir al asesino del vídeo encontrado en el teléfono. «Ahí fuera hay un ser humano capaz de hacer cosas inenarrables a sus semejantes [...]. No cometa el error de pensar que se trata solo de una advertencia o de una amenaza. Es una declaración de intenciones. Quiere decirnos: esto es solo el principio».

Algo no cuadraba en ese policía, Sandra estaba convencida de ello. Intentó remontarse a los archivos antiguos del inspector para saber quién era en realidad. La respuesta del ordenador fue un bloqueo insuperable.

«Archivo de cuarto nivel», rezaba el mensaje en el monitor.

«Departamento de Estadística, y un cuerno», se dijo Sandra. El cuarto nivel de confidencialidad se reservaba a los casos en los que estaban en juego temas de seguridad. En él entraban las investigaciones de células terroristas, grupos subversivos, asesinos en serie.

¿En cuál de estas categorías se incluía el homicidio que había presenciado en el vídeo? Un drogadicto que hablaba arameo después de que le hicieran comulgar con una hostia negra. El ácido que había sido obligado a beber y que le había quemado la carne desde dentro. El círculo azul en la piel. El asesino que lo había grabado todo con un móvil, dejándolo luego deliberadamente en un taxi para hacerlo llegar a la policía.

¿Por qué había una mancha de sangre de epistaxis en ese teléfono? ¿Realmente tenía Marcus alguna relación con esa historia, o era que Sandra solo se había dejado condicionar porque no conseguía quitarse a ese hombre de la cabeza?

Recordó las palabras que el condenado dijo antes de morir y que Vitali había traducido: «El Señor de las Sombras camina conmigo. Él es el maestro de la verdad. Él es la nueva vida...».

Era una oración, y eso corroboraba la implicación del cura penitenciario. Pero, al mismo tiempo, esa súplica no era como las demás. Algo no encajaba.

Por eso decidió profundizar en el asunto con el hombre más religioso que conocía.

La puerta cortafuegos que conducía a la escalera de emergencia de la tercera planta de la jefatura de policía estaba desconectada de la alarma de incendios. Y, sin embargo, el mantenimiento de esa instalación era constante. Cada vez que se reparaba el sensor, al cabo de unos días volvía a estropearse. Ninguno de los técnicos podía explicarse el misterio. No obstante, para desvelar el enigma, habría bastado con ir allí hacia las once de la mañana, cuando el comisario Crespi utilizaba la salida para acceder a la galería y fumarse su único cigarrillo del día. Solo Sandra estaba al corriente del hecho de que era precisamente él quien desactivaba el sensor, porque se había creado un oasis privado de placer y no quería renunciar a él de ninguna manera. Aunque fuera a costa de la seguridad de sus colegas.

Tal vez se tratara del único y verdadero pecado de un hombre intachable como Crespi, pensó Sandra.

Estaba convencida de que ni siquiera la alerta meteorológica y el apagón iban a impedir al comisario que se concediera esos pocos minutos de solitaria placidez. Por eso, cuando fue a buscarlo, lo encontró exactamente donde esperaba encontrarlo.

—Vega, ¿qué haces aquí? ¿No tenías el resto del día libre?

El comisario acababa de encender el cigarrillo.

—Tenemos que hablar.

—¿De qué?

—¿Quién es Vitali?

Crespi echó el humo con un bufido, no sabía dónde mirar.

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—Pretendo saber quién es «realmente» Vitali...

—¿Por qué no te vuelves a casa? ¿Has oído que el Tíber podría desbordarse?

A Sandra, sin embargo, no le importaba nada el Tíber. Se le acercó y lo miró directamente a los ojos verdes.

—Tú, él, el *questore* y el jefe superior de policía habéis montado un buen teatro para mí esta mañana. ¿Qué no me habéis dicho? Tengo derecho a saberlo.

—Te lo hemos dicho todo. ¿Qué más hay que saber?

—No me importa que me hayáis metido en medio. Es más doloroso ver que tú también estás detrás de esta porquería.

Crespi calló durante un instante de más. Parecía mortificado.

Sandra comprendió que no se había equivocado. Bajó el tono de voz.

—Siempre he pensado que eras distinto a los demás, mejor. Y siempre he confiado en ti. También ahora confío en ti, en otro caso no estaría aquí. —Era un buen hombre. Y ella conocía su pequeño escondite solo porque había sido él quien se lo había enseñado, un día que Sandra se echó a llorar por el estrés excesivo que llevaba acumulado. Fue en la época de los terribles sucesos del monstruo de Roma, después de haber dicho adiós a Marcus. Crespi no quería que los demás policías la vieran llorar, de modo que le ofreció un refugio y un hombro sobre el que desahogarse—. Adelante, comisario, dime qué está pasando. Por favor.

El hombre exhaló un profundo suspiro, su estómago prominente se sacudió. Se pasó una mano por el pelo, rascándose la nuca en busca de un motivo válido para decidirse a dar ese paso. Al final lo encontró.

—Es algo de lo que nadie habla. Hay cosas que pueden provocar equívocos, incomodidad... Y además a los contribuyentes no les gusta que los impuestos se gasten en cosas así, especialmente si hay un montón de delincuentes comunes a los que perseguir. Y a la prensa siempre se le da bien fomentar la opinión pública. Por eso Vitali goza de un estatus especial en el cuerpo de policía, y es preferible mantener la discreción respecto a este asunto.

Sandra no acababa de seguir el hilo de lo que estaba diciendo. Su superior daba rodeos, parecía que se hubiera vuelto loco.

—Crespi, pero ¿de qué estás hablando? ¿Qué asunto? No te entiendo...

Él tragó saliva y la miró fijamente.

—Sección de Crímenes Esotéricos.

Sandra comprendió al instante los reparos del comisario.

—¿De qué se trata?

—Lo cierto es que Vitali es el único integrante —dijo en voz baja—. Esa sección se ocupa de delitos que están relacionados con la religión: predicadores que subyugan a chicos indefensos y los esclavizan en sus comunidades, fanáticos poseídos que matan para limpiar la sociedad de sus culpas, sectas satánicas...

Sandra se acordó del vídeo del móvil. ¿Qué había presenciado, exactamente? La sensación de encontrarse ante una especie de sacrificio humano no se había desvanecido. Ahora Crespi casi se lo estaba confirmando.

—Háblame de Vitali.

—Es un gilipollas, pero de eso ya te habrás dado cuenta.

Era raro escuchar ese vocabulario de labios de alguien como Crespi, siempre atento con las palabras, nunca vulgar. Si había utilizado ese término, entonces había que hacerle caso.

—A mí tampoco me gusta.

—Sí, pero no lo vayas diciendo por ahí. Se ocupa de materias delicadas y está acostumbrado a moverse en una zona gris. Cuando lleva a cabo una investigación disfruta de amplios poderes y tiene oídos en todas partes. Es un hombre influyente, incluso los jefes lo temen. Corre la voz de que conoce muchos secretos con los que se ha garantizado una especie de «inmunidad de servicio».

—¿Qué quieres decir?

—Que está autorizado a recurrir a métodos no convencionales, que a menudo rozan el límite del código penal, pero sin violar claramente ninguna ley. En los casos de los que se ocupa, cuenta más la discreción que el resultado.

Sandra lo miró directamente a los ojos.

—También tú tienes miedo de él, ¿verdad?

Crespi tiró la colilla e, infringiendo la regla que se había impuesto, ese día encendió un segundo cigarrillo. Dio una profunda calada y apuntó a Sandra con el dedo.

—Escúchame bien: aléjate de él, ¿lo entiendes? No te inmiscuyas en sus asuntos, olvídate de él.

—Pues entonces explícame qué era ese vídeo...

—Joder, no me estás escuchando. —Crespi había superado incluso la dosis máxima de palabrotas—. Vuélvete a casa y disfruta del día de fiesta que te ha regalado Vitali.

—El vídeo —replicó ella.

El viejo policía la miró, fumando, luego prosiguió a regañadientes.

—Probablemente el asesino hizo beber a la víctima un compuesto a base de sosa cáustica, diluida para ralentizar su efecto y hacer que todo fuera más doloroso. Así es, el dolor es un elemento muy importante en esta historia.

—¿Por qué? Explícamelo.

—Porque se trata de un homicidio ritual.

Sandra había acertado, si bien delante de Vitali no había dicho nada.

—No se sabe quién era el desgraciado que murió de ese modo terrible. Lo que sabemos es que la hostia negra formaba parte de un ceremonial muy antiguo. Era costumbre en la Iglesia del Eclipse. —Crespi miró a su alrededor, preocupado—. Dios santo, no debería hablarte de esto.

Si el comisario tomaba el nombre de Nuestro Señor en vano, entonces se trataba de algo serio.

—Antes de implicarte a ti, se había hecho otra reunión con el *questore* y el jefe superior de policía. Eso fue ayer por la noche, inmediatamente después de encontrar la grabación en el móvil. Fue entonces cuando Vitali nos explicó que esa secta se remonta a la época de León X. Sus miembros aprovechaban las noches de eclipse de luna para llevar a cabo asesinatos en Roma. Víctimas inocentes.

—¿Con qué objetivo?

—No lo sé, Vitali no nos lo dijo. Solo añadió que sus secuaces se tatuaban un pequeño círculo azul en la piel.

Sandra lo había encontrado en el antebrazo de la víctima.

—¿Y el hombre del vídeo? Si era un adepto, ¿por qué ha sido asesinado?

—Me haces demasiadas preguntas, no tengo ni idea —suspiró Crespi—. Tal vez solo Vitali lo sepa. Parece encontrarse muy a gusto con estas gilipolleces. Dice que la hostia negra simboliza la sombra de la tierra reflejada en la luna, y, gracias a haberla tomado, los miembros de la secta alcanzan el «éxtasis del conocimiento» —afirmó con énfasis.

—¿Y tú qué opinas?

—Que hasta ayer me habría echado a reír con ese tipo de cosas. Pero luego vi el mismo vídeo que has visto tú... Y ese tipo hablaba en arameo, Dios santo.

—¿No crees que el apagón y la emergencia nos están gastando una broma pesada? Quiero decir: la situación que estamos viviendo durante estas horas es completamente inédita, podría condicionar nuestra capacidad de juicio.

Crespi lo pensó un momento.

—Tal vez tengas razón. Somos como nuestros antepasados ante un acontecimiento natural que no sabían explicarse. El miedo influye en nuestra lucidez.

Pero Sandra tenía todavía una última pregunta.

—¿Por qué he sido convocada? ¿Por qué yo? Y no me vengas con el cuento de que soy la mejor fotógrafa forense de Roma.

Crespi se rindió.

—En el móvil, además de la grabación, había una foto tuya.

La revelación sacudió a Sandra Vega más que el descubrimiento de que en el aparato probablemente hubiera restos de la sangre de Marcus.

—Vitali alberga dudas sobre el hecho de que estés involucrada. Es más, cree que el asesino ha querido anunciarnos quién será la próxima víctima...

Por eso te ha dado el resto del día libre. Ese cabrón quiere usarte como cebo.

2 horas y 35 minutos para el anochecer

Desde que la noche anterior se había difundido la noticia del apagón, para Rufo el Cucaracha había comenzado una febril espera, una mezcla de euforia e impaciencia.

Encerrado en el garaje donde vivía, se estuvo preparando durante toda la noche para el acontecimiento, pensando en cómo sacarle partido a esa ocasión irrepetible: veinticuatro horas de absoluta Babilonia. Tendría la oportunidad de hacer lo que le diera la gana y quedar impune. Claro, debía tener cuidado, pero la idea de ponerse manos a la obra era demasiado jugosa.

Como todos, Rufo el Cucaracha esperaba la hora de cruzar la frontera del anochecer. La oscuridad sería su cómplice. Pero, para empezar, tenía que elegir a una víctima.

Se puso a fantasear muy temprano con la afortunada que iba a merecer el honor de ser violada. Por lo general, buscaba presas fáciles. Descartaba a las drogadictas y las mendigas porque le daba miedo pillar alguna enfermedad. Por eso no le quedaban más que las turistas extranjeras borrachas, las autoestopistas o las chicas que se habían escapado de casa. También le iban bien las regordetas que se exhibían en Internet, a través de la red, esos cardos conseguían embaucar a hombres que jamás de los jamases las habrían mirado en la vida real. Era increíble. Pero entraban en el objetivo de Rufo porque, al igual que las demás, después raramente ponían una denuncia. En parte por vergüenza, en parte porque en el fondo sabían que se lo habían buscado.

Sin embargo, el apagón cambiaba las reglas del juego. Así pues, ¿por qué iba a conformarse?

Durante toda la noche, Rufo el Cucaracha se estuvo imaginando a la morena que solía encontrarse en el supermercado. Bolsa de gimnasio, ligero olor a sudor, grandes tetas y un culo bien definido. O también estaba la rubita que trabajaba en la tienda de móviles, ¡uh! ¡Estaba como un tren! Como el

resto de los dependientes, llevaba un uniforme horroroso, pero por encima de los pantalones de talle bajo siempre se le veía un tanga de algún color. Se agachaba adrede para provocar, la muy puta. Y luego estaba la dueña del bar al que iba cada mañana a tomar un café. Estaba separada y tenía un hijo. Su marido debía de haberla dejado porque a la señora le gustaba demasiado follarse por ahí, sí, era exactamente así. La mujer se pasaba de la raya bromeando con los clientes, le gustaba que todos se la quisieran ligar. A pesar de que la muy zorra nunca se hubiera dignado dirigir una mirada a Rufo. Para ella y para las demás, él ni siquiera existía. Solo era un chico delgadito, tímido e introvertido, que caminaba pegado a las paredes y se ocultaba en las esquinas. Una cucaracha, precisamente. Pero una de esas que no vale la pena ni aplastar. Si hubieran sabido lo que podía hacer con un vibrador y un cuchillo... Rufo siempre se había limitado a mirarlas a distancia. Demasiado guapas e inalcanzables para un desgraciado como él. Si para tirárselas hubiera tenido que usar el «método habitual», sin duda habría acabado en la cárcel.

Ahora, en cambio, no. Podía ser ambicioso. Tenía la sensación de ser una cucaracha dentro de una alacena de golosinas. ¡Todo ese azúcar delicioso!

Tras una larga reflexión, excluyó a la morena del supermercado, porque no tenía tiempo para recabar información sobre ella, y a la propietaria del bar, ya que podría estar con su hijo. Solo quedaba la rubita de la tienda de móviles. No tardó mucho en descubrir dónde vivía.

La idea era entrar en su casa y darle una sorpresa.

Pero, antes de entrar en acción, necesitaba que se pusiera el sol. Se había masturbado por lo menos cuatro veces desde que se había despertado. Ahora tenía que calmarse, en caso contrario no le quedaría nada para la noche. Para distraerse, se puso a ordenar el equipo y también repasó el plan que había ideado. Había toque de queda y tenía que ser prudente. Si los polis lo pillaban con todo eso en la mochila, lo molerían a palos. Hijos de puta. Estaba seguro de que esos sádicos de uniforme no veían el momento de agarrar a algún pobre hombre para romperle el cráneo a porrazos. Esa noche en Roma estallarían la tercera guerra mundial, pero, ya se sabe, a las cucarachas les importan un pimiento las bombas. En el fondo, eran las únicas criaturas del planeta que habían sobrevivido durante millones de años a cualquier tipo de extinción.

Encerrado en el garaje, repitió de memoria el recorrido que había decidido hacer para esquivar las patrullas de guardias. Luego comprobó una vez más la pequeña videocámara GoPro que se colocaría en la frente durante la emboscada. Tenía que funcionar correctamente. En realidad, el único

problema era la batería. Al no poder recargarla con la corriente eléctrica, esperaba que le quedara suficiente. Habría sido una broma pesada si lo dejaba tirado en lo mejor. Se había gastado una buena cantidad de dinero en esa joya, pero el resultado final era notable. Estabilizaba las imágenes, corregía la luminosidad. Claro que a veces él se ocupaba de la posproducción para mejorar el vídeo.

Mucha gente habría podido cometer el error de confundir a Rufo el Cucaracha con un simple maníaco violador. Él, en cambio, también era un pequeño empresario de éxito. Su joven negocio estaba arrasando en la red.

La última frontera del porno en Internet era la violación.

Rufo, en el fondo, no se consideraba un cineasta del montón, sino una especie de artista. Su obra ya era una leyenda entre los amantes del género. Además, últimamente, el Cucaracha se preparaba para retransmitir en directo. Tenía un montón de ideas.

A saber lo que podría sacar en términos económicos gracias a la violencia sexual con la rubita del apagón. Una fortuna, estaba convencido de ello. Rufo tenía intención de filmarlo todo, incluso la entrada en el piso. Mientras lo pensaba, una oleada de calor le subió desde la ingle. Notó que el pene volvía a ponerse duro. Sin resistirse al impulso, se metió una mano en los pantalones y lo apretó; a la mierda, para tirarse repetidamente a la rubita ya se tomaría un Cialis. Con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados, solo esperaba el orgasmo. En cambio, de repente le cogió un dolor agudo en el bajo vientre.

—¿Cómo estás, Rufo? —preguntó Marcus mientras apretaba fuertemente sus testículos con los dedos—. ¿Para qué te estás preparando? —Lo levantó algunos centímetros del suelo.

Rufo no podía hablar. El aire se le había escapado en un instante de los pulmones y ya no tenía fuerzas para inspirar. El hombre había llegado por su espalda; ¿cómo había podido entrar en el garaje? Sin embargo, lo reconoció por la voz. Era el tipo de la cicatriz en la sien izquierda al que siempre le sangraba la nariz y que él había bautizado como «el Aguafiestas». La única vez que se habían cruzado, había puesto fin a una de sus mejores actuaciones ante una chica asiática con la que el Cucaracha había estado flirteando un buen rato con el cuchillo. De aquel encuentro todavía guardaba un claro recuerdo, porque luego se pasó casi dos meses en el hospital con una vértebra fracturada y un traumatismo pélvico por aplastamiento.

—Rufo el Cucaracha —dijo Marcus—. Pareces el protagonista asqueroso de un mal cuento. —Aflojó un poco la presa para dejarlo respirar. Miró a su

alrededor—. Veo que te has montado una nueva madriguera. Los pioneros de las páginas web siempre empiezan en un garaje, muy bien.

Rufo balbuceó algo. Pero ni él estaba seguro de que fueran palabras.

—No te entiendo... ¿Qué intentas decirme? —El penitenciario se acercó con la boca a la oreja del violador en serie—. Ahórrate la saliva y contesta rápidamente: la «horca del placer», un aparatito para practicar *bondage* realmente encantador. Pero el que me he encontrado tiene algunas opciones extra: visor para realidad aumentada, sensores que perciben la excitación y dosifican el estrangulamiento, conexión a Internet para ver contenidos pornográficos. Todo ello guardado en un elegante estuche forrado de terciopelo negro.

—... rico...

Marcus solo entendió esa palabra. Entonces decidió dar a Rufo un poco de tregua. Dejó de apretarle los testículos y vio que el Cucaracha se desplomaba sobre el suelo y a continuación se retorció con las manos colocadas en su bajo vientre, con la cara morada.

—¿Podrías repetir lo que has dicho, por favor?

Al cabo de un rato, Rufo consiguió emitir un hilo de voz.

—Que solo un rico puede permitirse según qué cosas...

—Ese detalle no se me había escapado. Dime algo que no sepa, o empiezo otra vez con la desinsectación... Tú decides.

Rufo el Cucaracha se volvió sobre la espalda y permaneció mirando al techo durante un largo instante, intentando reprimir el dolor.

—Quería decir que habrá costado un montón de pasta, porque lo más probable es que se trate de una pieza única, hecha a medida.

—¿Quién fabrica esas cosas?

—Acabados de cuero y sistema electrónico, ¿verdad?

Marcus vio que había elegido preguntar a la persona adecuada.

—Exacto.

—Pues en Roma solo hay una persona que trabaje así. Un verdadero artesano. Sus clientes son gente con clase y, sobre todo, adinerada. No reparan en gastos con tal de obtener un servicio de calidad.

—¿Cómo se llama?

—No tiene nombre. Lo llaman el «Juguetero».

La definición era adecuada teniendo en cuenta la mercancía que vendía. Sofisticados juegos para adultos, pequeñas perversiones mecánicas.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

—En la guía telefónica está claro que no. —Rufo se echó a reír, pero paró enseguida, porque una punzada le recordó que de momento era mejor que permaneciera inmóvil—. Te acabo de decir que no tiene nombre, por eso es lógico que nadie sepa dónde vive, ¿no te parece?

—Entonces, ¿cómo puedo encontrarlo?

Rufo pensó que tenía la oportunidad de salvar el pellejo.

—Si te llevo con él, ¿prometes que después no me matarás?

Marcus contaba con que le hiciera ese tipo de propuesta.

—No lo sé.

Rufo caminaba delante e intentaba resguardarse de la lluvia manteniéndose debajo de los balcones. Marcus iba unos pasos detrás de él, sin perderlo de vista en ningún momento e indiferente al hecho de mojarse.

Comparado con la mañana, por la calle se veía menos gente y la que había apresuraba el paso para regresar a casa antes de que empezara el toque de queda. La luz, más allá de las densas nubes, había cambiado. Marcus sabía que debían darse prisa.

El anochecer se acercaba.

El barrio de Parioli, uno de los más elegantes de la ciudad, era una zona bien vigilada por las fuerzas del orden. Tal vez a causa de que era sabido que sus habitantes eran gente acomodada, pensó el penitenciario. El toque de queda no sería suficiente para mantener alejados a los ladrones. Pronto llegarían en masa, famélicos y despiadados.

El Juguetero no tendría problemas, porque había tomado las precauciones oportunas desde hacía mucho tiempo. Vivía en una bonita villa con jardín de los años cincuenta, rodeada por un alto muro de ladrillo con alambre de espino en la parte superior. Había cámaras por todas partes. Por su piloto rojo, Marcus comprendió que el dueño de la casa disponía de un generador. El penitenciario contó por lo menos tres sistemas distintos de alarma de exterior. A saber cuántas se ocultaban en el interior. Solo había una posibilidad de entrar. De modo que, en cuanto llegaron a la reja, Marcus empujó a Rufo hacia el interfono.

—Se va a cabrear mucho cuando vea que te he traído aquí —dijo el Cucaracha—. Si es que quiere abrirnos.

—Espero por tu bien que seas convincente —lo amenazó Marcus.

Rufo alargó un brazo hacia el timbre, pero se paró de inmediato.

—Qué coño...

El Cucaracha primero se quedó mirando la reja y, a continuación, apoyó una mano. Empujó un poco y la reja se abrió. Interrogó a Marcus con la mirada, porque no sabía qué hacer. El penitenciario le dio un segundo empujón y lo obligó a entrar.

—Eh, te he traído aquí, ahora ya puedes seguir solo —protestó el otro.

Marcus ni siquiera lo escuchó. Lo agarró por un brazo y se dirigió hacia la casa. Al llegar al porche, advirtió que no provenía ningún ruido del interior. Y, a pesar del generador, ni siquiera había luces encendidas. Incluso la puerta de entrada estaba simplemente entornada.

—Descríbeme al Juguetero, ¿qué sabes de él?

—Que es gordo, calvo y se enfada fácilmente —contestó Rufo.

—¿Cuántos años tiene?

—Yo qué sé, unos cincuenta, creo.

—¿Tiene armas? —Por la expresión del Cucaracha comprendió que nunca se había planteado esa cuestión.

—Mira, me estoy cagando de miedo. ¿Por qué no dejas que me marche?

Marcus lo ignoró de nuevo y lo arrojó hacia la puerta, que se abrió y lo hizo rodar al interior.

—Hijo de puta —imprecó Rufo.

El penitenciario entró y, después de pasar por encima de él, miró a su alrededor. Era una casa extraña. Las paredes estaban pintadas de rojo oscuro y tenían vitrinas. Se acercó a una de ellas. Había un carrusel de hojalata magníficamente decorado, los caballitos estaban esmaltados y brillaban. En otro aparador había un circo en miniatura automatizado. En un tercero, una caja sorpresa con un muñeco.

Al Juguetero le gustaban los pasatiempos antiguos.

—Menuda colección, ¿eh? —dijo Rufo—. La primera vez que estuve aquí me quedé...

—Silencio —lo interrumpió Marcus. En medio del ruido de la lluvia, había percibido un sonido procedente de alguna parte de la casa—. ¿Tú también lo oyes?

—¿Qué tendría que oír, exactamente?

Iba y venía, era como un lamento. Pero el penitenciario no estaba seguro de que fuera real. Tal vez era un residuo de su reciente amnesia, tal vez un acúfeno presente únicamente en su cabeza. Recogió a Rufo del suelo y lo arrastró consigo hacia el pasillo.

Llegaron a una sala circular. Las ventanas daban al jardín interior. Los pinos, desnudos por las recientes tormentas, eran grotescos y macabros como

esqueletos danzantes.

—Esto es el taller —anunció el Cucaracha.

La gran sala estaba dividida por la mitad. En un lado había un sitio para el ordenador y una mesa de acero sobre la que había componentes de robótica esparcidos. En el otro, un banco de trabajo. Encima había herramientas de artesano. Pero también cuero, terciopelo, seda. También había una especie de tela blanca que parecía suave e invitaba a ser tocada.

—Es la famosa piel del Juguetero —dijo Rufo.

—¿Qué hace con ella?

El otro se echó a reír.

—¿Cómo que qué hace? ¿Tú qué harías con ella? ¿No te dan ganas de tocarla?

Marcus comprendió que solo le estaba tomando el pelo. Se desinteresó del tejido y se acercó al ordenador.

—¿Qué sabes de la «horca del placer»?

—El Juguetero me dijo una vez que la había perfeccionado meticulosamente. La que me has descrito es la versión de «lujo». Está conectada a una base de datos en la que hay imágenes que no sueles encontrar en la Internet oficial, sino solo en la red clandestina, la llamada Internet Profunda. Cosas extremas o de tipo *snuff*. Pueden condenarte solo por el hecho de tenerla.

El penitenciario no podía quitarse de la cabeza las dos imágenes de Arturo Gorda. La que ofrecía de sí mismo a la mayoría de la gente, para ellos era ya un santo. Y la que había ofrecido a unos pocos ojos esa misma mañana, desnudo e inmundado.

—Dado que los contenidos pornográficos proceden directamente de Internet, entonces tal vez la horca cuente con algún control remoto.

—Puede ser —admitió Rufo—. Yo no entiendo demasiado de eso.

Pero Marcus hablaba en voz alta solo para sí mismo, para estar seguro de que la teoría tuviera sentido.

—Si el aparato se puede controlar a distancia, alguien puede introducirse en el *software* tranquilamente y alterar su funcionamiento.

—Un virus informático. Sí, claro —estuvo de acuerdo el Cucaracha.

«Entonces Gorda sin duda ha sido asesinado», pensó Marcus. Y su asesino podía haber actuado precisamente desde ahí. Mientras en su cabeza la hipótesis tomaba forma de certeza, lo distrajo nuevamente el sonido quejumbroso que había oído al entrar en la casa.

Esta vez, sin embargo, Rufo también lo escuchó.

—¿Qué coño es? Parece el llanto de un...

—... niño. —Marcus ahora estaba seguro de ello.

Se volvieron en la misma dirección. El lamento procedía de detrás de una puerta cerrada. Marcus se dirigió hacia allí.

Marcus abrió la puerta y cruzó el umbral. Tuvo que esperar a que las pupilas se habituaran a la penumbra. Después lo vio. No se había equivocado.

Había un niño de pie en medio de la habitación.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Ven a buscarme, mamá! —suplicó, aterrorizado—. ¡No me dejes aquí! ¡No me dejes solo!

El penitenciario dio un paso hacia él. Reconoció la gorra con el escudo de la Roma.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Ven a buscarme, mamá! ¡No me dejes aquí! ¡No me dejes solo!

La anomalía le saltó enseguida a los ojos: en nueve años, Tobia Frai no había crecido nada.

—¡Me cago en la puta! —exclamó Rufo a su espalda—. Pone los pelos de punta.

El niño estaba encerrado en una de esas vitrinas del Juguetero. Pequeñas lágrimas le surcaban el rostro. Cuando hablaba, la boca apenas se movía. Pero, sobre todo, su rostro era inexpresivo.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Ven a buscarme, mamá! ¡No me dejes aquí! ¡No me dejes solo! —repitió por tercera vez.

—Dios, parece de verdad. —Rufo estaba serio.

La famosa piel del Juguetero, pensó Marcus. La misma que había visto en el taller. Servía para fabricar perfectas figuras de carne a tamaño natural.

—Este hombre es un dios. —El Cucaracha estaba admirado—. ¿Que te gusta maltratar a las mujeres? Él te fabrica una que implora piedad. ¿Que eres un pedófilo pero te da miedo acabar en la cárcel? Él te permite satisfacer tus fantasías sin correr el riesgo de infringir la ley.

Satisfacía los vicios más sórdidos de la gente. Les permitía colmar sus perversos deseos permaneciendo puros como ángeles.

—Espera un momento. —Rufo se acercó a la vitrina—. ¡Sé quién es! Yo tenía diez años y mi madre me tocaba los cojones porque no quería que estuviera por ahí solo. Siempre estaba igual. Decía: «Hay un montón de gente por la calle que se lleva a los niños, podrías acabar como Tobia»... Este pequeño hijo de puta me arruinó la infancia —rio—. Nunca se supo qué le pasó, pero espero que muriera.

Marcus no tenía ganas de replicar las infamias que salían de la boca del Cucaracha. El hecho de que en ese momento hubiera descubierto gracias a Rufo que Tobia Frai nunca había sido encontrado le molestaba.

Se agachó porque al lado de la vitrina donde estaba el muñeco había un teléfono inalámbrico. Todavía estaba encendido pero, obviamente, no tenía línea. «Alguien ha llamado desde aquí recientemente», se dijo el penitenciario.

—Eh, te sangra la nariz.

Marcus se llevó una mano a la cara. Rufo tenía razón.

—Como la otra vez —comentó el Cucaracha—. ¿Soy yo quien te provoca esta reacción? —Y se rio de nuevo.

Mientras el penitenciario se observaba los dedos manchados de rojo, algo atravesó rápidamente su campo visual y fue a posarse precisamente sobre la sangre.

Una pequeña mosca de un color azul oscuro, metálico, muy elegante.

—Quiero que te vayas —dijo—. Y no vuelvas a poner los pies en este lugar nunca más.

Rufo no podía creerlo. ¿De verdad no iba a matarlo? ¿De verdad podía volver al garaje y seguir con sus planes para la noche? El tipo que durante su primer encuentro le había hecho papilla los testículos parecía serio.

—Sí, de acuerdo —dijo, intentando ocultar su excitación. Luego, antes de que el cabrón aguafiestas cambiara de idea, dio media vuelta y se dirigió a la salida. La rubita de la tienda de móviles lo estaba esperando, si bien ella todavía no lo sabía.

Cuando se quedó solo, Marcus se inclinó sobre la mosca azul.

—Vamos, pequeña —la exhortó—. Llévame con él.

El mosquerío estaba situado en el pasillo de la segunda planta. Los insectos se movían entre el techo y la habitación cerrada, pasando por debajo de la puerta.

Marcus se acercó al pomo, pero se puso los guantes de látex antes de abrir. Cuando la puerta quedó abierta, una nube negra embistió al penitenciario. La ahuyentó y fue entonces cuando notó el olor nauseabundo. Retrocedió, como rechazado por una mano invisible. Hizo lo posible por taparse la nariz y la boca con la manga de la americana y avanzó de nuevo, intentando imponerse al asedio. Consiguió superar la barrera del hedor y entró.

Era un pequeño baño de servicio. Estaba oscuro, pero los batientes de la única ventana estaban solo entornados, de manera que dejaban un resquicio por el que entraban las moscas azules.

El cuerpo se encontraba en la bañera. Atado de pies y manos. Desnudo. La descripción de Rufo era correcta. El Juguetero era gordo y calvo. Lo cubría una sustancia viscosa y amarillenta en la que bullían miles de larvas. La miel de los muertos.

Calliphora erythrocephala, más conocida como «mosca azul».

Marcus había reconocido enseguida el ejemplar de fauna cadavérica atraído por la sangre de la epistaxis que goteaba sobre su mano. Después solo tuvo que seguirlo.

Al Juguetero le había tocado en suerte la peor de las torturas antiguas. La del muñeco de cera.

Una venganza atroz pero, en el fondo, elegante. Después de atarlo, se recubría al condenado con leche dulce. A continuación se lo dejaba en una habitación con una ventana abierta. Y ya solo había que esperar a los insectos.

La mosca azul confundía el olor de la leche caldeada gracias al calor de la piel con el hedor cadavérico. Y entonces ponía sus huevos en la carne. Al cabo de unos días, estos eclosionaban liberando las larvas, que empezaban a alimentarse del desventurado mientras todavía seguía con vida.

Después de preparar el baño de moscas para el Juguetero, el asesino se había dirigido al piso de abajo y había esperado a que el obispo Gorda activase la horca. Una vez conectado a la red, lo había estrangulado a distancia.

Pero, mientras tanto, había intentado matar también a Marcus, encerrándolo en el Tullianum.

El penitenciario no pudo evitar preguntarse una vez más qué tenía él que ver con esa historia. ¿Qué papel jugaba? ¿Por qué no conseguía recordar nada?

«Encuentra a Tobia Frai».

Por ahora solo había encontrado una aterradora imitación del niño. Dejó de torturarse con todos esos interrogantes en el momento en que vislumbró una marca en el tobillo del Juguetero.

Al igual que el obispo, él también tenía un tatuaje del eclipse, el círculo azul.

Hubiera querido buscar otras anomalías. Pero por la ventana se filtraba una luz cada vez más pálida que pronto se transformaría en oscuridad. «Ya llega —se dijo—: el crepúsculo». No podía quedarse allí parado, tenía que marcharse. Sin embargo, su instinto lo frenaba. Como no había podido adivinar el sentido del inalámbrico que había junto al muñeco, quería mantener la esperanza de que el asesino hubiera dejado alguna otra señal. «No puede terminar aquí, no puede terminar así».

«Quiere conducirme a otro sitio».

Se arrodilló delante del cadáver. Si realmente había algo, allí era donde debía buscar. No tenía sentido que el asesino lo hubiera puesto en otro sitio. De modo que se infundió valor, metió una mano en la bañera y empezó a inspeccionar el fondo donde se había acumulado una capa de grasa melosa, residuo de la putrefacción. Reprimió las arcadas y cerró los ojos.

Al cabo de un rato, notó algo al tacto. No se había equivocado.

Encontró una bola de papel arrugado. «No puede llevar mucho tiempo aquí», se dijo. De lo contrario, los ácidos de la descomposición lo habrían corroído. La abrió. Otra página arrancada del misterioso cuaderno. Reconoció una vez más su propia letra. No había ninguna referencia a Tobia Frai.

Esta vez, había otro nombre.

Battista Erriaga permanecía inmóvil ante el espectáculo que se le ofrecía a través de las cristaleras del ático que se asomaba a los Foros Imperiales.

Sobre el cielo de Roma amenazaban grandes nubes rojizas, preñadas de una lluvia de sangre. Las sombras empezaban a alargarse sobre la ciudad y preparaban la invasión de las tinieblas.

El cardenal seguía dando vueltas al anillo pastoral alrededor del anular. Y entretanto se preguntaba si no se trataba, en el fondo, de un justo castigo por todos los pecados de la humanidad. Incluidos los suyos.

Pocas horas antes se había escenificado el segundo hallazgo del cuerpo sin vida del obispo Arturo Gorda. El «oficial», con el escenario limpiado por Marcus. Erriaga había decidido que, cuando volviera a ver al penitenciario, lo felicitaría por el excelente trabajo que había llevado a cabo. No quedaba ningún rastro de la «horca del placer», ningún cuerpo desnudo.

Pero después había ocurrido otra cosa.

El cardenal había empleado años en rodearse de lujos y privilegios. Su casa era el emblema de un poder obtenido con esfuerzo y, a veces, crueldad. Los muebles de anticuario, los cuadros de Guercino y de Ghirlandaio y todos los otros tesoros que había conseguido acumular deberían haberle proporcionado un refugio, un consuelo. Pero, en ese momento, solo le recordaban que podía perderlo todo.

«La profecía de León X. Las señales».

Por las ventanas, había visto el estandarte negro expuesto en el tejado del palacio de la Cancillería. Una señal secreta, acordada. Anunciaba la convocatoria extraordinaria del Tribunal de las Almas.

Por eso Erriaga estaba listo para salir de casa y desafiar el fin del mundo. A pesar de que su secretario personal le había informado de la amenaza de un desbordamiento del Tíber.

Pero continuaba atormentándose con preguntas. ¿Qué era tan urgente como para aconsejar no posponer la reunión de la santa corte hasta la finalización del apagón y de la emergencia meteorológica? ¿Qué grave culpa

había sido confesada? ¿Y por qué era necesario que se decidiera con prisas si conceder el perdón o no? Le había venido a la cabeza una única respuesta.

El único pecado que no puede esperar es el de un penitente que está a punto de morir.

«La profecía de León X. Las señales».

No, el Abogado del Diablo no podía de ningún modo eximirse de su deber.

Sandra había encendido todas las velas que tenía en casa porque no quería que la oscuridad la cogiera por sorpresa. Como no había corriente para alimentar el calentador, se había dado una ducha de agua fría. Las pequeñas comodidades de la vida cotidiana habían desaparecido. Pero lo peor de todo era que se había producido rápidamente, sin posibilidad de adaptarse al nuevo orden de las cosas.

Sin embargo, antes de admitir su derrota, había tomado una decisión. Si de verdad estaba llegando el fin del mundo, ella lo recibiría apropiadamente.

Por eso escogió un traje elegante del armario, un vestidito negro combinado con unos zapatos de salón con doce centímetros de tacón. Lencería de encaje, sujetador balconet, medias y tanga. Después se sentó delante del espejo del tocador que compró en un mercadillo cuando llegó a Roma y empezó a arreglarse. Se extendió una crema por el rostro, luego el maquillaje. A continuación pasó a los ojos, lápiz, sombra y rímel sobre las largas pestañas. Para terminar deslizó la suave punta del carmín por sus labios carnosos.

Mientras llevaba a cabo con generosa lentitud las operaciones de maquillaje, recordó la charla con Crespi en la escalera de incendios de la jefatura.

Había una foto suya en el móvil encontrado en el taxi, todavía no podía creerlo.

«Vitali alberga dudas sobre el hecho de que estés involucrada», había dicho el comisario mientras fumaba el segundo cigarrillo del día. «Es más, cree que el asesino ha querido anunciarnos quién será la próxima víctima... Por eso te ha dado el resto del día libre. Ese cabrón quiere usarte como cebo».

En vez de pensar en el peligro que corría, Sandra intentó hacer un cómputo matemático de la vida. ¿Cuántos cigarrillos fumaba el comisario Crespi? Uno al día. Puede que pensara que engañaba al cáncer, pero puestos en fila uno detrás de otro seguían siendo trescientos sesenta y cinco en un solo año. ¿Cuántas veces se había pintado ella delante de un espejo? De media,

una vez a la semana desde que era adolescente, ¿verdad? ¿Cuántos pares de zapatos había tenido? ¿Cuántos vestidos de noche? ¿Cuántos cadáveres había fotografiado en el trabajo para la científica? Y, en cambio, ¿cuántos de sus cumpleaños habían quedado inmortalizados en una foto? ¿Cuántas veces había ido al cine? ¿Cuántos libros había leído? ¿Cuántas *pizzas* se había comido? ¿Cuántos helados? Siempre parecían pocas las veces que habías hecho algo. Luego las ponías juntas y salía un número que no imaginabas.

Y ese número era precisamente su vida.

¿Cuántas veces había pronunciado el nombre de Marcus en el secreto de su mente? ¿Cuántas veces había pensado en él? ¿Cuántas veces se habían encontrado durante esos años? ¿Cuántas palabras se habían dicho? ¿Y cuántos besos se habían dado?...

Solo uno.

El sol se ponía en el horizonte al otro lado de las nubes y la policía no podía evitar pensar que, en el momento en que se veía obligada a hacer balance de su vida, se encontraba sola.

«Las personas solas no tienen nada que perder», se dijo.

Metió la placa y la pistola en el bolso. Una ráfaga de viento de una ventana abierta apagó las velas. Sandra Vega echó una última mirada satisfecha a la imagen de sí misma que se desvanecía en el espejo.

Si Vitali quería un cebo, entonces ella estaba dispuesta a morir.

En el hormiguero, todos permanecían a la espera frente a las pantallas.

Desde simples agentes hasta el jefe superior de policía: unidos por la misma tensión. Desde lo alto de su puesto, De Giorgi lo vigilaba todo como si fuera el capitán de un barco. A su lado, el *questore* Alberti y el comisario Crespi de homicidios. Cuanto más observaba Vitali a esos tres, más los despreciaba.

Los había puesto en guardia, pero no habían querido escuchar.

Para saber quién de los tres tenía razón, debían esperar a las cuatro y once de la tarde. A partir de ese límite, el anochecer privaría a Roma de la luz y empezaría la segunda fase de la emergencia.

El toque de queda.

Desde ese momento, todos los sistemas de seguridad se pondrían a prueba. Dentro de poco también descubrirían si el plan preventivo que habían dispuesto funcionaría. El dictamen estaba allí, en los monitores que tenían delante. Las tres mil cámaras que, como pequeños centinelas, vigilaban las calles y las plazas ya habían pasado al modo nocturno. Los objetivos de

infrarrojos enviaban imágenes de una Roma insólita, engullida por la oscuridad. Y desierta.

Una ciudad fantasma.

A excepción de los ministerios, los cuarteles, las comisarías y los grandes hoteles, poca gente contaba con un generador. Además, el carburante de las gasolineras y cualquier otra fuente energética habían sido confiscados para asegurar el funcionamiento de los que se necesitaban en los hospitales y los centros anticrisis repartidos por varios barrios.

La población estaba desarmada.

Era la dictadura de la tecnología, pensó Vitali. La gente estaba experimentando sus consecuencias. Hace que tu vida sea más fácil, pero, a cambio, te somete. Crees que tienes el control y, sin embargo, eres su esclavo. Ahora eran libres. Pero la libertad asustaba. No podían manejar la nueva situación, de modo que se convertían en un peligro los unos para los otros.

Las cuatro y once.

La frontera acababa de ser cruzada.

Por lo que se veía en las pantallas, el toque de queda estaba funcionando. La orden de permanecer en casa había llegado, no se veían hordas rabiosas bajando por las calles. Los poderes extraordinarios otorgados a las fuerzas de policía habían sido disuasorios para los malintencionados. Evidentemente, nadie podía saber lo que estaba ocurriendo en el interior de las viviendas, pero era ya todo un éxito.

Para celebrarlo, en el hormiguero se alzó un aplauso liberador.

El jefe superior de policía pareció contrariado, pero al final no pudo evitar unirse a los demás. El *questore* y Crespi también lo imitaron. Vitali permaneció inmóvil. A diferencia de sus superiores, no quería llamar a la mala suerte. Todavía quedaba mucha noche y el amanecer estaba demasiado lejos. Un agente llamó su atención. Había una llamada por radio para él.

—Inspector, Vega acaba de salir —anunció la voz al otro lado de la frecuencia.

A Vitali no le sorprendió. Al fin y al cabo, había situado una patrulla debajo de su casa precisamente porque se lo esperaba.

—De acuerdo. Llegaré enseguida.

En el momento de colgar, se dio cuenta de que el aplauso general perdía fuerza rápidamente. Miró a su alrededor y solo vio caras de inquietud.

—¿Qué está pasando? —dijo alguien, y otros lo imitaron. El jefe superior de policía se ensombreció de repente. No daban crédito, estaban paralizados.

Seguían mirando las pantallas, pero con una expresión distinta. Vitali se volvió en dirección a la pared de monitores.

Se estaban apagando, uno tras otro.

—¿Cómo es posible? —preguntó De Giorgi, enfurecido—. Las baterías que alimentan la red funcionan, ¿verdad?

Nadie le contestó, porque se pusieron inmediatamente a comprobar en sus terminales el motivo del repentino inconveniente.

«Creen que se trata de una avería técnica —pensó Vitali—. Pobres ilusos». En el exterior, estaban manipulando las cámaras. Esa era la verdad que no podían aceptar.

—Ponedme enseguida en contacto con una patrulla —dijo el *questore*.

Poco después, los altavoces difundieron la voz de un agente.

—Aquí Piazza del Popolo. —El tono excitado intentaba imponerse a los ruidos de fondo—. La situación se nos ha escapado de las manos. Necesitamos refuerzos. —Después insistió—: ¡Enseguida!

Se oyó un golpe sordo. A continuación sucedió algo y la voz calló repentinamente.

—Agente —lo llamó el *questore*—. Agente, contésteme.

A diferencia de los demás, Vitali parecía divertido. No todos los días se podía presenciar un espectáculo así. La destitución de la autoridad constituida. El fin de las reglas. La rendición de la civilización.

Por la radio todavía encendida empezó a llegar un sonido oscuro, espantoso. Vitali pensó en los cascos de los caballos anunciando la llegada de los caballeros del Apocalipsis. Ese ruido estaba formado por gritos de júbilo mezclados con chillidos de terror. Por tiros lejanos, cristales rotos y destrozos metálicos. Por fuego y por lucha. Nadie en esa sala podría olvidarlo nunca. Nadie sabía qué hacer.

«Ya ha empezado», se dijo el inspector. El fin de Roma acababa de comenzar.

EL ANOCHECER

14 horas y 3 minutos para el amanecer

La noche era fresca. Las tormentas habían concedido una breve tregua y se percibía un dulce aroma a humedad.

Después de haberse pasado todo el día en el hormiguero, el inspector Vitali se alegraba de poder tomar un poco el aire. Llevaba un impermeable beis sobre el traje gris claro. Se arregló la corbata azul para que estuviera perfectamente perpendicular a la hebilla del cinturón. Luego inspiró, disfrutando del momento de paz.

En esa parte de la ciudad no había tumultos como los que, en cambio, se concentraban en las cercanías de la Piazza del Popolo. Todo estaba tranquilo. Las fuerzas del orden habían acudido a los lugares donde se estaban produciendo los enfrentamientos y por allí no se veía a nadie.

Vitali sacó una linterna de su bolsillo y se puso a andar por la calle brillante de lluvia como una lámina de vinilo. En el silencio, los mocasines marrones producían un ruido musical. El inspector se sentía como el protagonista de la *Dolce vita* de Fellini. Podría haber ido a la Fontana di Trevi para encontrarse con una rubia fatal que se bañaba vestida con un traje de noche. Pero le habían contado que precisamente en esos momentos el monumento era el territorio de algunos grafiteros ocupados en pintar el travertino blanco con espray.

Y además él tenía otra cita.

Mientras paseaba en la oscuridad, de una esquina surgió frente a él un hombre armado con un cuchillo.

—La cartera —dijo.

Vitali lo miró y le bastó un instante para comprender la situación. Ya había visto antes esa mirada vacía, ausente. «Ya ha empezado», se dijo. Era increíble, estaba sucediendo de verdad.

Sin dudarle, sacó su Beretta de reglamento del impermeable y disparó. El tiro a tan corta distancia impulsó al hombre hacia atrás, que salió despedido y cayó al suelo con un ruido suave. El inspector se acercó al cadáver, apuntó el foco de la linterna sobre él y lo miró con reprobación.

Lo bueno de la anarquía era que valía también para los agentes de la ley.

Continuó su camino, Sandra Vega no podía esperar. Los agentes que la seguían lo habían puesto al corriente por radio sobre su posición. Vitali los interceptó en la Via dei Coronari y despidió a sus hombres haciendo una señal con la linterna. Luego la apagó y empezó a seguirla él, manteniéndose a unos cincuenta metros detrás de ella. Por lo poco que conseguía captar en la oscuridad, Vega iba vestida de negro y, por el sonido, reconoció también los zapatos de tacón. Dejaba tras de sí una estela de perfume. Se preguntó adónde se dirigiría tan emperifollada y, sobre todo, con tanta calma.

Al llegar casi a la mitad de la histórica calle de los anticuarios, Sandra Vega giró a la derecha. Vitali aceleró el paso y se asomó a la esquina. Era un callejón sin salida y ella había desaparecido. Pero tuvo tiempo de advertir el filo de luz que salía de una portezuela, cerrada deprisa, y supo adónde había ido su colega. Se acercó y esperó unos momentos. A continuación decidió llamar.

Le abrió un matón con americana y corbata que lo repasó de la cabeza a los pies.

—¿Dígame?

—He venido con una amiga, acaba de entrar —mintió.

—¿Trae la invitación?

—Pues la verdad es que no.

—Es una fiesta privada, solo se puede entrar con invitación.

Vitali no tenía ganas ni tiempo de ponerse a discutir, pero aun así decidió ser amable. Como, en vista de la situación, estaba seguro de que la placa de policía por sí sola no iba a servirle de mucho, después de mostrársela de todos modos se abrió el impermeable, lo justo para que el matón se fijara en el arma que llevaba en la funda y comprendiera que estaba muy decidido a pasar.

—No estoy aquí para crear problemas. Solo quiero divertirme un poco.

El hombre lo pensó un momento. Luego se decidió a dejarlo entrar.

Le señaló la dirección y el inspector se encaminó por el pasillo de servicio. No tardó nada en reconocer el famoso hotel de lujo y supo que esa noche tenía el acceso por una entrada secundaria. Al cabo de poco, fue a parar al salón.

El ambiente era tenue. Velas por todas partes y, de fondo, la música de un piano. Enseguida se sintió fuera de lugar, ya que era el único de los caballeros presentes que no llevaba esmoquin. Las mujeres también lucían vestidos de noche, mostraban con desenvoltura joyas preciosas y sonreían. Mientras el mundo exterior se dirigía con decisión hacia el caos, allí dentro la gente mantenía la clase y las buenas maneras. «¿Por qué no puede ser siempre así?», se preguntó. Parejas apartadas conversando en los reservados, o en la barra del bar. Se tomaban sus cócteles y mantenían conversaciones inocuas en voz baja, para no molestar a los demás.

Divisó la espalda de Sandra, el pelo largo suelto sobre los hombros. Se encontraba en el vestíbulo, delante del mostrador del conserje. Vio que pedía dos llaves y se dirigía hacia una esquina de la gran sala. La policía se detuvo junto a un pequeño salón vacío. En vez de sentarse, deslizó discretamente algo por encima de la mesa. A continuación caminó hacia la escalera y empezó a subir. Vitali aprovechó para ir a comprobar qué había dejado con tanta displicencia.

Una de las llaves de la habitación. Entonces el inspector comprendió que se había equivocado: la verdadera fiesta tenía lugar en las plantas superiores.

Había empezado a hacerlo un año atrás, cuando la viudedad se convirtió en algo demasiado frustrante para sus treinta y tres años.

Supo de la existencia de ese lugar por casualidad. La primera vez supo de él al escuchar involuntariamente la conversación de dos mujeres en el vestuario del gimnasio. Le pareció que se trataba solo de un cotilleo y no le dio crédito. Más adelante, conoció a alguien que, sin embargo, había estado allí. No había profundizado mucho en el tema para no parecer demasiado interesada, pero se sentía atraída por él. Tras unas breves pesquisas para averiguar de qué se trataba exactamente, una noche encontró el valor para ir a comprobarlo personalmente.

Todo tenía lugar con discreción, único requisito además del traje de noche. Las fiestas se celebraban una vez al mes y, para la ocasión, el hotel cerraba al público. Los invitados accedían por una puerta de servicio, luego eran libres de hacer lo que les pareciera. Podían pasarse la velada en el bar o en el salón, hablando afablemente con desconocidos. O decidir retirarse con alguien a una de las habitaciones.

Sandra había ideado un método.

Hacía que el conserje le entregara dos llaves de la misma habitación y abandonaba una donde le parecía. Sobre la barra del bar, en uno de los baños.

Hecho esto subía y se desnudaba. Apagaba la luz y esperaba.

A veces, transcurría poco tiempo antes de que la puerta se abriera y volviera a cerrarse. Oía acercarse los pasos sobre la moqueta y luego una mano que empezaba a acariciarla. Algunos se limitaban a eso, otros se ponían encima de ella y la penetraban. Hablaban, o se quedaban callados. Había quienes lo hacían todo lentamente, y los que llegaban rápidamente al orgasmo. Eran hombres, pero a veces también mujeres. Una en particular había sido muy dulce; a Sandra le hubiera gustado que volviera, pero no había sucedido. Lo importante para ella era no tener que ver sus caras, ni siquiera se imaginaba qué aspecto tenían. No habría aguantado las prácticas de seducción que se llevaban a cabo abajo, en el salón. Tantas palabras para alcanzar un objetivo. A ella le bastaba con ese intercambio de necesidades secretas, inconfesables. Luego cada uno podía regresar al mundo sin saber nada del otro.

Pero un día sucedió algo diferente.

Entró alguien en la habitación pero no se acercó a la cama. Se quedó allí, con la espalda pegada a la puerta cerrada. Sandra percibió su presencia. Podía oír su respiración y sabía que sus ojos podían verla, incluso en la oscuridad. Después, al cabo de unos minutos, se marchó.

No fue su única visita. Aquello se repitió. En cada ocasión, el misterioso invitado daba un paso más adentro de la habitación. Había llegado a contar seis. Pero al final, el visitante siempre se retiraba, desapareciendo sin siquiera tocarla.

Gracias a él comprendió una cosa que ni se imaginaba. Es decir, el motivo real que la impulsaba a visitar ese lugar. No era una perversión. Era una cura. Algunas terapias son destructivas además de humillantes. Pero a veces hay que limpiar el mal con el mal. Y Sandra Vega estaba cansada de sí misma y de la imagen que reflejaba en los espejos. Por eso necesitaba ir en contra de las reglas, ponerse en el lugar de algo completamente alejado de la persona que todos conocían, que ella conocía. Quién sabe lo que veía el desconocido en ella. Le hubiera gustado descubrirlo, estaba segura de que él sabía la verdad.

La noche del apagón era perfecta para un nuevo encuentro. Por eso Sandra había decidido pasarla en el hotel. Al llegar a la habitación habitual, se preparó como siempre para vivir otra aventura con la casualidad. Podía entrar el monstruo que había matado al pobre toxicómano en el vídeo. Se daría cuenta porque primero él le daría una hostia negra. Sandra recordó el efecto

que le había producido a la otra víctima, que incluso había hablado en arameo. A saber cómo reaccionaría ella.

—Ven y tómame —dijo a la oscuridad.

La puerta se abrió, a continuación volvió a cerrarse. Se oyeron pasos. Le bastó ese detalle para reconocer al misterioso príncipe del silencio, el hombre que nunca la tocaba. Esta vez, sin embargo, dio más de seis, e incluso llegó a la cama. Pero todavía no encontraba el valor para tocarla. Sandra sintió algo nuevo. Nunca le había ocurrido antes, tenía miedo. Entonces infringió la regla que se había impuesto y decidió hablarle.

—Estás en peligro —le dijo. Porque, de alguna manera, siempre había sabido quién era el visitante silencioso.

—Tú también —le susurró Marcus.

Estaban turbados.

Aun así, ninguno de los dos dijo una palabra sobre el motivo por el que ambos sabían que el otro estaba allí. Sandra aprovechó la oscuridad para vestirse.

—Esperaba que vinieras.

A causa de su escasa familiaridad con las relaciones humanas, Marcus no era capaz de interpretar la naturaleza de esa esperanza. ¿Estaba preocupada por él o bien tenía ganas de verlo?

—Tenemos que irnos de aquí lo antes posible —dijo ella—. Me temo que alguien me está siguiendo.

—¿Quién?

—En la mejor de las hipótesis, un policía pelmazo. ¿No has visto a nadie extraño al venir?

—Descríbemelo.

—Alto, delgado, nariz aguileña. Esta mañana llevaba un traje gris claro, mocasines marrones y una corbata azul, pero podría haberse cambiado de ropa.

—No, no lo he visto.

—Se llama Vitali. Es peligroso.

Ninguno de los dos hizo referencia a la particular circunstancia que había hecho que se encontraran. Parecía imposible que, un momento antes, Sandra estuviera desnuda y tendida en la cama. Ella ni siquiera le preguntó cómo podía saber que estaba en ese hotel. Él no mencionó las veces anteriores en las que había estado allí. Era una situación embarazosa para ambos.

—¿Estás segura de que ese tal Vitali te está siguiendo?

—Me ha puesto dos agentes para seguirme. Después han desaparecido —dijo ella mientras se ponía las medias—. Por eso creo que él los ha reemplazado.

—Con todo lo que está sucediendo en la ciudad, podría haber cambiado de plan.

—No lo creo. Yo soy su plan, por ahora. Me parece uno de esos tipos que difícilmente dejan nada a medias, además los temas que se dedica a investigar son muy especiales. Crímenes esotéricos.

Marcus registró la información.

—¿Sobre qué está investigando ese tal Vitali?

Sandra encendió una vela que estaba sobre la mesilla. Por fin pudieron mirarse a los ojos. Notó una sensación extraña e imaginó que a él le sucedía lo mismo.

—Su investigación eres tú —dijo. A continuación, metió una mano debajo del colchón y cogió la pistola que había escondido por precaución. Comprobó el seguro y el cargador.

—No pensarás disparar a un policía, ¿verdad?

—Ya no sé lo que pienso. Mientras venía hacia aquí vi salir humo de la zona de la Via del Corso. Por eso ahora no me fío de nadie.

Marcus le hizo un gesto para que callara. Había percibido algo, un leve ruido. Procedía del pasillo. Instintivamente, se inclinó hacia la vela y la apagó. El sonido se repitió. Parecía precisamente un crujido producido por las lamas del suelo bajo el peso de las pisadas de alguien.

En el pasillo del hotel habían dejado disponibles linternas a pilas para facilitar que los huéspedes encontraran las habitaciones. Una luz ambarina se filtraba por debajo de la puerta. Marcus y Sandra estaban concentrados en la ranura, a la espera de que algo desmintiera sus temores. Vieron una sombra de zapatos avanzar lentamente y pasar la habitación de largo. Pero luego volvió atrás y se detuvo.

Había alguien detrás de la puerta.

Transcurrieron unos instantes de inmovilidad.

—La segunda llave —susurró Sandra—. ¿Dónde la has metido?

—No he entrado con ninguna llave —admitió él.

—Dios mío —se le escapó. El intruso abriría la puerta de un momento a otro, lo sabía. Y no tenían escapatoria. Pero no sucedió nada, no todavía. La sombra seguía parada, como si estuviera esperando algo.

—¿Por qué no entra?

—No lo sé.

—La ventana —dijo ella, pensando que tal vez tenían tiempo de escapar—. Hay una escalera de incendios, podríamos usarla para irnos.

—No.

La determinación de Marcus la sorprendió.

—¿Cómo que no?

El penitenciario seguía mirando a la puerta.

—Saldremos por ahí.

Antes de que ella pudiera decir algo, notó que la cogía de la mano. Recogió el bolso y los zapatos del suelo y lo siguió sin saber exactamente lo que estaban haciendo.

El penitenciario abrió la puerta de par en par y pasó por encima de los zapatos que Vitali había dejado delante para desorientarlos. Recorrieron el pasillo deprisa, porque la amenaza podía esconderse en cualquiera de las otras habitaciones. A su espalda se oyó un ruido de cristales rotos. «Ha entrado por la ventana —pensó Sandra—. Nos estaba esperando justamente en la escalera de incendios». Marcus aceleró el paso. Ella cayó en la cuenta de que no tenían un lugar donde esconderse y que a Vitali le resultaría sencillo localizarlos por las calles desiertas.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

Él percibió la nota de temor en su voz.

—A un lugar seguro, confía en mí.

Vitali se maldijo al no encontrar a nadie en la habitación. El truco de los zapatos no había funcionado. Por otra parte, no tenía elección. Por lo que sabía, Vega podía ir armada. Y a él no le apetecía hacer de diana en la puerta. Esa zorra era mucho más lista de lo que se había imaginado.

«No es la próxima víctima —pensó—. Está involucrada. Quizá ella también forme parte de la Iglesia del Eclipse».

El inspector dio un salto por encima de los cristales rotos para no herirse los pies descalzos y se precipitó hacia la puerta abierta. Al llegar al umbral, primero apuntó la pistola, luego miró hacia fuera. Vio a la policía alejarse corriendo. Un hombre la cogía de la mano. ¿Quién era? Estuvo tentado de abrir fuego, pero se contuvo. En vez de eso, se puso rápidamente los mocasines que había abandonado en el pasillo y se precipitó tras los fugitivos.

Los divisó cuando desaparecían a la vuelta de una esquina. Le llevaban una discreta ventaja, pero podía conseguirlo. Se le puso delante otra pareja. Para esquivarla, tropezó y estuvo a punto de caerse. Mantuvo el equilibrio apoyándose en la pared. Empezó a correr otra vez. Cuando giró a la izquierda en el pasillo, Vega y el otro hombre habían desaparecido.

Mierda. Dos hileras de puertas cerradas. Podían haber entrado en cualquiera. Mierda.

Inspiró y espiró varias veces, para calmarse. A continuación guardó el arma en la funda. Ahora la caza se había vuelto difícil.

Regresó a la habitación que había cogido Vega, con la esperanza de encontrar alguna pista. Encendió la linterna. Se sentía como un idiota registrándola con ese artilugio en la mano. ¿Cómo lo hacían los polis de antes cuando la electricidad todavía no había sido descubierta? Debía de ser un infierno. Ahora tenían la científica, el ADN, los ordenadores que cotejaban miles de indicios. Esos progresos hacían que el hecho de llevar una simple linterna para realizar una investigación pareciera trivial. Hasta unas horas antes, Vitali había dado esa y muchas más cosas por sentadas. Ahora ya no podía permitírselo. Nadie podía.

Mientras hacía ese tipo de elucubraciones, encontró una pista. Si hubiera tenido a disposición la tecnología para examinarla, estaría exultante. Pero aun así, podía darse por satisfecho.

Encima de la colcha había una mancha roja que todavía no se había secado. «Sangre —se dijo—. Bien». El hombre que estaba con Sandra Vega podía ser el tipo con epistaxis.

3

Se llamaban «pisos francos» porque ofrecían un refugio seguro cuando había que escapar de un peligro o borrar cualquier rastro durante un tiempo.

En Roma había bastantes, pero Marcus solo conocía algunos. Formaban parte del glorioso pasado de los penitenciaros. Tras la disolución oficial de la orden, ocurrida muchos años atrás por motivos que el cazador de la oscuridad no descubrió hasta después de la amnesia de Praga, muchas de esas viviendas improvisadas estaban en un estado de abandono.

Sin embargo, en algunas todavía podía encontrarse un teléfono analógico con una línea segura, un ordenador conectado a Internet, latas de comida y una caja de primeros auxilios con medicinas y todo lo necesario para curar heridas sin tener que recurrir a un médico. Obviamente, había ropa limpia y una cama cómoda.

Marcus ya había utilizado el piso franco de la Via del Governo Vecchio. Pasó allí casi un mes porque albergaba la sospecha de que alguien le estaba siguiendo los pasos. Mantener el secreto de su identidad era la prioridad de los penitenciaros. Fue una segunda vez para suturarse una herida en el brazo, después de haber esquivado a medias una cuchillada.

El edificio era antiguo y formaba parte de las múltiples propiedades de la Iglesia fuera de los muros del Vaticano. Marcus mostró el camino a Sandra con una linterna. Para llegar hasta allí, habían aprovechado el cobijo que les ofrecía la oscuridad. Había sido raro caminar juntos por Roma. Tal vez la negrura era la mejor situación para ellos dos.

El mal tiempo había vuelto a arreciar sobre la ciudad y ahora ambos estaban empapados de lluvia. Apuntando el foco de la linterna hacia ella, Marcus se dio cuenta de que la mujer temblaba.

—Encenderé el fuego.

Cuando se quedó sola, Sandra dejó el bolso y se sentó al lado de la chimenea apagada, rodeándose las rodillas con los brazos a causa del frío. Al pasar una mano por el reposabrazos del sillón, notó que había bastante polvo. ¿Cuánto tiempo hacía que la casa estaba deshabitada? Marcus regresó con

algunas teas y papel. Lo colocó todo en la chimenea y, poco después, la llama iluminó la habitación. Sandra se acercó hacia el fuego crepitante, buscando el calor con los brazos extendidos. Él se sentó en el suelo. Entonces ella se fijó en la sangre seca que tenía en el labio. Alargó una mano para indicárselo, pero Marcus se apartó.

—Perdona, no quería —dijo ella—. ¿Siempre te sale sangre de la nariz?

—A veces. —Marcus se apresuró a limpiarse con el dorso de la mano—. ¿Tienes hambre?

—Sí —admitió Sandra.

—Tendremos que conformarnos con alguna lata de atún, pero al menos este lugar es seguro.

—Eso servirá.

—¿Qué hora será?

Sandra miró su reloj, eran solo las seis.

—Dios mío, fuera parece que sea medianoche.

—Hubo una época en Roma en la que había unos frailes que se aseguraban de que en los edículos sagrados nunca faltaran velas ni aceite para las lámparas. Los llamaban «alumbradores». No lo hacían solo por devoción. Habían descubierto que gracias a la luz de las pequeñas llamas se cometían menos crímenes. La gente se sentía más segura y los malintencionados no gozaban de la protección de las tinieblas. Así fue como nació la idea del alumbrado público.

—No lo sabía —admitió Sandra—. Es una bonita historia. —Se sentía feliz al oírlo hablar, se habría pasado horas escuchándolo al lado de ese fuego que, poco a poco, le iba quitando el frío de dentro.

Permanecieron en silencio durante un instante de más y sus miradas, que a menudo se rozaban, esta vez no pudieron evitarse.

Marcus fue el primero en romper el hechizo.

—Voy a buscarte ropa seca.

Antes de que se alejara, Sandra lo detuvo cogiéndole la mano.

—Tenemos que hablar.

—Lo sé —dijo él bajando la mirada.

Encontró una caja con ropa. Aparte de una sudadera oscura con capucha, no había nada más que a Sandra pudiera servirle. Marcus también esperaba encontrar un par de zapatos para sustituir los de tela blanca que llevaba en los pies, pero no tuvo suerte.

Volvió con la sudadera y una manta. También llevaba las latas de atún, unas bolsas de galletitas saladas y dos botellines de agua mineral.

La policía preparó un pequeño pícnic junto al fuego. Comieron en silencio la frugal cena, pero aun así fue agradable.

Marcus fue el primero en hablar. Comenzó por el final.

—He encontrado una nota con tu nombre escrito al lado del cadáver de un hombre al que llamaban el «Juguetero».

—¿Quién lo ha escrito?

—Yo.

Sandra se quedó extrañada con la respuesta.

Marcus le habló del Tullianum, de cómo había escapado de la tortura de morir de hambre, de la nota que encontró junto a la medalla de San Miguel Arcángel. «Encuentra a Tobia Frai».

—¿Cómo fuiste a parar allí?

—Ese es el problema: no lo recuerdo. Tal vez estaba siguiendo una pista y subestimé el peligro que corría.

—Amnesia transitoria.

—Si por lo menos recordara el caso del que me estaba ocupando, ahora sería mucho más fácil.

—¿Y has podido descubrir quién es Tobia Frai?

—Sí —dijo Marcus rápidamente—. Pero ahora te lo cuento... —Había decidido contravenir las indicaciones de Battista Erriaga y el juramento secreto de los penitenciarios. Le habló del obispo Arturo Gorda, de la «horca del placer» con la que había sido asesinado a distancia, de los zapatos de tela blanca idénticos a los suyos, del Juguetero devorado vivo por las moscas. Y, solo al final, del muñeco humano.

—Una fiel reproducción de un niño desaparecido hace nueve años en las inmediaciones del Coliseo, del que no se ha vuelto a saber nada. Su nombre era Tobia Frai. El obispo Gorda guardaba un viejo periódico con la noticia de su desaparición.

Marcus omitió solo la parte de la historia en la que tendría que haber mencionado a Cornelius Van Buren. La presencia de un asesino en serie encarcelado en el Vaticano era el único secreto que no se atrevía a desvelar. De modo que también se guardó para sí mismo el asunto de la bula de León X y la posible relación con los tatuajes, el círculo azul que había encontrado en las dos víctimas.

—Zapatos, páginas arrancadas de un misterioso cuaderno, técnicas de tortura utilizadas para matar, la desaparición de un niño ocurrida hace nueve

años —recapituló Sandra para comprobar que lo había entendido bien—. Tenemos unos cuantos elementos.

—¿Tenemos? —preguntó Marcus—. No quiero implicarte aún más en esta historia.

—Aunque no lo recuerdes, has escrito mi nombre en un papel. Y además, quien esté sembrando esta estela de muertos, ya se ha ocupado de implicarme. El cabrón ha puesto mi foto en la memoria de un teléfono.

—¿De qué hablas?

—Anoche... —Se interrumpió—. Dios mío, parece que haya pasado una eternidad... Pues bien, anoche un taxista encontró un móvil abandonado en su taxi. Dentro había una foto mía. Y también un vídeo hecho por un aficionado en el que un tipo mataba a un drogadicto haciéndole ingerir sosa cáustica. ¿Qué dices: se parece a algo que conozcas?

«A una tortura», pensó Marcus al instante.

Sandra prosiguió:

—El asesino hizo que la víctima se tragara una hostia negra y el yonqui se puso a hablar en arameo antiguo, invocando a un tal «Señor de las Sombras». Y tenía un extraño tatuaje en el antebrazo.

—Un círculo azul —se anticipó Marcus sin darse cuenta.

Sandra lo miró.

—También lo has encontrado en tus víctimas, ¿verdad?

Marcus percibió que estaba decepcionada por el hecho de que se lo hubiera ocultado.

—No lo entenderías —intentó defenderse él.

—¿Qué es lo que no entendería? ¿La historia del papa León X? ¿Que los miembros de la Iglesia del Eclipse, en las noches en que la luna quedaba cubierta por su propia sombra, llevaban a cabo misteriosos rituales?

Al parecer, Sandra Vega sabía incluso más que él.

—¿Cómo has descubierto esas cosas?

—Me lo contó confidencialmente un amigo comisario. —Crespi había intentado protegerla, siempre le estaría agradecida por ello—. También me dijo que Vitali busca coincidencias con ese asunto esotérico, para él es una especie de obsesión.

Marcus no sabía qué decir.

—En el hotel me has dicho que estoy en peligro. ¿Por qué?

—Porque en el maldito teléfono del taxi, además de mi foto y el vídeo, había sangre tuya. Sangre de epistaxis.

Marcus cogió uno de los dos botellines de agua y se levantó. Empezó a dar vueltas por la habitación. Las sombras de las llamas de la chimenea parecían seguirlo, trepando maliciosamente por sus piernas.

—Alguien está intentando incriminarnos —dijo al cabo de un rato.

—¿Quién?

—El mismo hombre que torturó hasta la muerte a tu drogadicto, y después al obispo y al Juguetero.

—Y que intentó eliminarte a ti en el Tullianum —le recordó Sandra.

—Creo que se hizo con mi sangre después de haberme dejado inconsciente, a continuación la puso en el móvil como si fuera una especie de «seguro»: la policía tendría una pista para ir a por mí en vez de a por él.

Sandra se había quedado quieta escuchándolo.

—Pues entonces no hay duda. Hay alguien detrás de esta historia.

—Eso creo, y estoy convencido de ello desde el principio. No sé qué pretende, pero ha matado de una manera deliberadamente brutal a tres miembros de la Iglesia del Eclipse. Cada vez estoy más convencido de que me ha dado una oportunidad para sobrevivir, pero no sé el motivo. En otro caso, ¿por qué me hizo tragar la llave de las esposas? Me necesitaba para despistar a Vitali.

La teoría tenía sentido.

—El móvil del taxi ha servido precisamente para eso. Tal vez la investigación que no recuerdas sea la misma que la del inspector: queríais atrapar a esa persona. Ha tenido la oportunidad de dejaros fuera en una sola jugada y lo ha aprovechado: ha despistado a Vitali y a ti te ha convertido en una presa.

—Y te ha involucrado a ti para que condujeras al policía hasta mí.

Sandra frunció el ceño. Ahora lo tenía claro. Recordó las palabras que había utilizado el inspector para describirlo la primera vez: «No se trata de un delincuente habitual —dijo—. Nos enfrentamos a una figura criminal completamente nueva, distinta de las que conocemos. Mucho más perversa y peligrosa». «Mucho más perversa y peligrosa», se repitió Sandra. A continuación se dirigió de nuevo a Marcus:

—Tiene una tarea que llevar a cabo y no quiere que nadie lo detenga.

—Sí, pero ¿cuál?

La policía cogió el bolso y empezó a hurgar en el interior buscando algo.

—Esto es lo que vamos a hacer: anotaremos los elementos que tenemos y los analizaremos uno por uno.

—No es prudente escribir nada.

Le dedicó una mirada divertida.

—No seas absurdo: con todo lo que está sucediendo ahí fuera esta noche, ¿deberíamos preocuparnos por unos apuntes sobre un asesino sin escrúpulos?

El penitenciario seguía estando convencido de que no era lo más inteligente que podían hacer, pero cedió.

Sandra encontró papel y boli. Recapituló:

—Tres víctimas: el obispo, el Juguetero y un yonqui del que ignoramos su identidad. —Seguidamente escribió una lista de indicios.

Método para matar: antiguas prácticas de tortura.

Zapatos de tela blanca (Marcus y obispo Gorda).

Hostia negra (yonqui).

Tatuaje del círculo azul: Iglesia del Eclipse. Sacrificios de víctimas inocentes.

Apagón – León X.

Cuaderno misterioso.

Tobia Frai.

Cuando hubo terminado, le pasó la lista a Marcus para que comprobara que no faltaba nada.

—Mi amnesia —dijo inmediatamente.

—Lo he considerado un elemento accidental. No creo que forme parte del plan del homicida, no podía causártela. Pero, lo que es seguro, es que ha sido un golpe de suerte para él el hecho de que no puedas recordar qué pista estabas siguiendo antes de esta mañana.

—Me gustaría que lo añadieras de todos modos. Todavía no sé por qué escribí las notas con tu nombre y el del niño desaparecido. No se ajusta a mi método.

—Es una anomalía —estuvo de acuerdo Sandra. Recordaba en qué consistía el método de Marcus porque lo había visto actuar en el pasado y le había impresionado. Al final de la lista añadió:

Elemento accidental: amnesia transitoria de Marcus.

—Bien, ¿por dónde empezamos? —preguntó luego.

—El niño —contestó el penitenciario—. Su desaparición es lo único que tenemos. Debemos saber qué relación tiene con la Iglesia del Eclipse.

«Encuentra a Tobia Frai».

—Se trata de un caso sin resolver, hace tiempo que el rastro se ha enfriado. Los indicios se habrán evaporado y los testimonios estarán contaminados con falsos recuerdos.

—Sin embargo, en esa época se pidió a la gente que se encontraba en la zona del Coliseo en el momento de la desaparición que enviara fotos y vídeos a la web de jefatura. —Marcus estaba refiriendo lo que había leído en el viejo periódico—. Como se trataba de un lugar muy frecuentado y era una tarde de primavera, la esperanza de los investigadores era reconstruir lo que le había ocurrido al niño a través de las imágenes sacadas de manera completamente casual por transeúntes y turistas.

La policía reflexionó un momento.

—No será fácil, pero puede que sepa por dónde empezar a buscar: existe un archivo especial para este tipo de casos... Pero ¿cómo vamos a llegar con el caos que ha invadido las calles de Roma?

Marcus sabía el modo.

Sandra Vega odiaba las ratas.

Eran su pesadilla desde que era pequeña. Una vez, en Milán, la ciudad donde había nacido, vio una gigantesca que, en pleno día, atacó a una pobre paloma y luego se puso a devorarla. Recordaba con repugnancia aquella escena. Por eso, mientras caminaba con Marcus por las cloacas de Roma para llegar a su destino, estaba constantemente alerta, con el temor de verlas aparecer en masa de un momento a otro.

El subsuelo de la ciudad era un dédalo en el que se mezclaban tuberías de varios tipos, canales de desagüe y preciosos restos del pasado, catacumbas, lo que quedaba de antiguos vestigios, incluso cementerios. La idea de Sandra era que Roma debería haber sido un gran museo, preservado con rigor y sin dejarse contaminar por ninguna injerencia moderna. El hecho de que, en cambio, en ese museo vivieran millones de personas le parecía simplemente absurdo.

El penitenciario se movía con desenvoltura por los túneles. Muchas veces los había utilizado para desplazarse de un punto a otro sin que nadie lo viera. Incluso podría haber apagado la linterna y continuar a oscuras. Siguiendo el camino, salieron a una amplia sala. Marcus levantó el foco de luz y mostró a Sandra la magnificencia de una bóveda decorada con frescos.

—¿Qué lugar es este? —preguntó ella, fascinada por las escenas de banquetes con abundante comida y bebida.

—Una villa patricia. —A continuación le señaló un punto concreto—. ¿Ves ese hombre y la mujer? Eran los dueños de la casa.

Era una joven pareja, retratados mientras recogían los frutos de un huerto para ofrecerlos a sus invitados.

—Nadie sabe sus nombres —puntualizó Marcus—. Pero, incluso miles de años más tarde, siguen sorprendiéndonos y mostrándonos lo felices que eran.

Había algo de milagroso en la explicación del penitenciario. Sandra no pudo evitar compararlos con ellos dos. Nunca habían sido felices juntos. Tal

vez ni siquiera fuera su destino. Las pocas veces que se habían visto, había sido a causa de algo malo.

—Tenemos que irnos —la conminó Marcus. Luego apartó la luz de los frescos y los rostros volvieron a apagarse en la oscuridad de los siglos.

Prosiguieron hasta que el túnel terminó delante de una pared.

—¿Y ahora? —preguntó Sandra.

—Ahora tenemos que subir.

Se encaramaron a una escalera de metal y salieron a la Via San Vitale, a unas decenas de metros del edificio de la jefatura. Se veían patrullas entrando y saliendo de los garajes con las sirenas sonando. Sandra tiró a Marcus de la chaqueta y se escondieron detrás de una esquina. En cuanto la calle quedó libre, la policía se subió la capucha de la sudadera y, seguida por el penitenciario, atravesó la calzada directa al edificio de enfrente, la sede de los archivos de la científica. A pesar de haber pedido el traslado de la unidad de fotógrafos forenses, Sandra había conservado las llaves para entrar. Solo rezó por que, desde entonces, no hubieran cambiado la cerradura. Cuando la llave giró, exhaló un suspiro de alivio.

El edificio estaba vacío, también gracias al hecho de que en medio del caos de esa noche nadie podía perder el tiempo poniéndose a hojear expedientes.

—Lo que nos interesa está abajo —anunció Sandra.

Era el lugar donde se archivaban los casos sin resolver.

Un sótano mohoso que albergaba un laberinto de altas estanterías. Según la macabra leyenda que circulaba entre los policías, en aquella quietud podía oírse a los muertos sin justicia gritar el nombre de sus verdugos.

Sandra ni siquiera intentó comprobar si los generadores de la jefatura proporcionaban corriente eléctrica al edificio. A pesar de estar bajo tierra, no habría sido prudente encender la luz.

—Nunca llegaron a encontrar a Tobia Frai, la carpeta de su caso sin duda tiene que estar aquí —dijo poniéndose a buscar.

Mientras ella revisaba los estantes con la linterna, Marcus se quedó a un lado, observándola.

—Aquí está —anunció la policía. En total había ocho carpetas con el nombre de Tobia. Sandra extrajo del estante uno de los gruesos archivadores polvorientos y lo llevó a la mesa de consulta. En la cubierta aparecía el sumario del contenido. Informes, declaraciones, centenares de archivos guardados en vetustos DVD—. La manera más segura de parar una

investigación es asfixiarla debajo de una montaña de papel —afirmó desconsolada.

Y había fotografías. Miles de imágenes sacadas por turistas y transeúntes.

Bajo los ojos de Marcus, la policía abrió el archivador y enseguida encontró un documento que sintetizaba la investigación.

—Aquí solo dice que Tobia Frai se evaporó en la nada y nunca volvió a aparecer... Bla, bla, bla... No hay ni una pista, ni un indicio: nueve largos años de absoluto silencio. —Parecía imposible. Y más teniendo en cuenta que la desaparición se produjo en un lugar muy concurrido—. Seguro que en los alrededores del Coliseo había centenares de personas, especialmente en una tarde de finales de mayo. ¿Cómo es posible que nadie se diera cuenta de nada? —Se habían destinado decenas de agentes para visionar las fotos y los vídeos enviados espontáneamente a la jefatura, pero no habían obtenido nada.

En esos fotogramas, Tobia aparecía siempre acompañado de su madre, una chica de veintiséis años llamada Matilde.

Marcus guardaba silencio, perplejo. Sandra, en cambio, no podía retener su frustración.

—Aunque aquí dentro haya algo, nunca conseguiremos encontrarlo. Necesitaríamos meses, quizá años. —Giró la página y el movimiento de aire hizo que un trozo de papel se deslizara hasta el suelo. Sandra se agachó para recogerlo.

Era una nota con unos números. 2844. 3910. 4455. El papelito había sido arrancado de un cuaderno.

Por tercera vez en pocas horas, Marcus reconoció su propia letra. Levantó los ojos y miró a su alrededor.

—He estado aquí —se dijo. Pero no lo recordaba.

—¿Cómo es posible? —Sandra no podía creerlo—. ¿Cómo conseguiste entrar?

—No lo sé —tuvo que admitir él, todavía desconcertado—. Yo escribí estos números, seguro.

—¿Y qué crees que son?

La pesadilla de la amnesia volvió a atormentarlo, pero no podía distraerse, no ahora.

—De acuerdo, intentemos razonar. —«Anomalías», reflexionó—. He dejado la nota para enviar un mensaje, de modo que si mi intención era comunicar la solución, no puede ser difícil.

—Las fotos —dijo inmediatamente Sandra—. La única respuesta que se me ocurre es que la lista se corresponde con la numeración de las imágenes

guardadas en los archivos.

Cogieron las ocho carpetas del estante y empezaron a hojearlas. Detrás de cada foto había un número de orden.

Por fin encontraron las tres que indicaba la nota.

Las pusieron una al lado de la otra. En la primera había una señora de mediana edad con un pantalón corto fucsia, camiseta de tirantes y una gorra amarilla con visera transparente. Sonreía en dirección al objetivo, posando junto a un figurante disfrazado de centurión romano. Al fondo, el Arco de Constantino y una pequeña muchedumbre de visitantes. Se pusieron a buscar al niño con la gorra de la Roma en el espacio que quedaba entre ellos. Pero Tobia no estaba allí.

Esta vez la anomalía se le mostró a Sandra. Un hombre que deambulaba solitario entre los turistas.

—Ya lo he visto antes —dijo a Marcus, señalándolo.

—¿Lo conoces?

No en persona, hubiera querido decir.

—Es el yonqui al que vi cómo mataban en el vídeo del teléfono. — Ajusticiaban, habría sido el término exacto.

—Han pasado muchos años desde esta foto, ¿estás segura de que se trata del mismo?

La hostia negra. Las frases en arameo. El Señor de las Sombras. El hombre era más joven, naturalmente, y todavía no estaba totalmente desfigurado por su dependencia, pero Sandra no albergaba dudas.

—Sí —confirmó.

La segunda era una imagen de grupo. Peregrinos de excursión acompañados de un párroco, seguramente contentos por haber podido incluir la parada en el Coliseo en el programa de visita a los lugares sagrados. El hombre de antes se veía de espaldas, al lado de un quiosco de recuerdos.

Sin embargo, fue la tercera foto la que los dejó estupefactos. Una panorámica del conocido monumento que abarcaba la entrada del metro y, lo más importante, los baños públicos. El hombre estaba exactamente allí delante.

Y sostenía en brazos a «una niña».

—Qué... —Sandra no lo entendía.

Marcus sí, pero no se alegraba de haberlo deducido.

—Inmediatamente después de haberlo secuestrado, lo llevó al baño y le cambió la ropa. —Acarició con el dedo el vestidito blanco.

A Sandra no le pasó desapercibido ese gesto de ternura, subrayaba lo sencillo que había sido hacer desaparecer a Tobia. Durante mucho tiempo habían estado buscando a un varón en esas fotos. Se equivocaban. No eran muchos los que lograban distinguir con claridad el sexo de un niño de tres años. A los policías, pero también a quienes presenciaron la escena esa tarde de primavera, la costumbre les había jugado una mala pasada. La experiencia les decía que un niño vestido de niña «es» una niña.

—La Iglesia del Eclipse rapta a Tobia... Pero ¿con qué finalidad? —se preguntó Sandra.

Ambos temían la respuesta.

—Quizá deberíamos preguntarnos por qué «precisamente» a Tobia —dijo Marcus.

—¿Qué quieres decir?

—¿Cuántos menores había en el Coliseo ese día? ¿El secuestrador lo escogió por casualidad?

—Se llevó la presa que estaba sin vigilancia aprovechando un instante de distracción de la madre.

—¿Quién nos asegura que las cosas fueron realmente así?

—Si lo piensas, el lugar se prestaba perfectamente a un secuestro: ¿qué mejor sitio que la multitud para hacer desaparecer a un menor?

Marcus no acababa de estar convencido.

—Pero, por el mismo motivo, también era mayor el riesgo de fracasar. ¿Por qué no coger a un niño en una zona menos vigilada?

—¿Quieres decir que es «demasiada» casualidad que lo eligieran a él?

—No lo sé, pero también es plausible creer que tuvieran un objetivo. Que Tobia Frai no fuera un niño como los demás. Que fuera importante para ellos.

—Y ahora, ¿cuál es el próximo paso?

—Descubrir por qué.

11 horas y 23 minutos para el amanecer

La rubita de la tienda de telefonía se llamaba Caterina y tenía miedo.

Rufo el Cucaracha podía leérselo en la cara mientras la observaba, resguardado de la lluvia torrencial. Estaba de pie en el balcón de la casa de la chica. Había trepado hasta el quinto piso con el equipo de alpinismo que guardaba en la mochila. Era perfectamente visible tras los cristales, pero Caterina todavía no se había vuelto hacia su dirección. Su pequeño cerebro le decía que de todos modos el peligro nunca llegaría por allí. Permanecía sentada en el suelo, con la espalda apoyada en la pared, mirando en alerta la puerta de entrada. Sostenía una linterna apagada, pero se había rodeado de velas encendidas. Había preparado una guarida con el edredón y todo lo necesario para afrontar una larga noche de vigilia: un libro que no abriría, botellines de agua que no bebería, una caja de galletas de chocolate que ni siquiera probaría. Y tenía a su lado un cuchillo grande de cocina.

«Estás sola, pobre Katy. Y la soledad es el castigo para las guapitas como tú. De tanto pavonearte con todos, ahora no tienes ningún novio que te proteja».

Rufo el Cucaracha se colocó bien la cámara GoPro sobre el casco. Había llegado el momento de entrar en escena.

Cuando el cristal se rompió en mil pedazos, Caterina tuvo tiempo de girarse y sorprenderse. Pero no pudo hacer nada más. Ni coger el cuchillo, ni gritar. No estaba lo bastante lúcida para comprender que el extraño que había echado abajo la ventana y que ahora se acercaba a grandes zancadas hacia ella era el peligro que, al fin y al cabo, había estado esperando hasta ese momento. El Cucaracha tuvo todo el tiempo para llegar frente a ella y dejarla aturdida de un puñetazo en plena cara. Así era: el chico tímido y delgadito a quien ella había mostrado un móvil en una ocasión era, en cambio, tan fuerte y decidido como para hacer algo tan horrible. Rufo actuaba a cara descubierta porque

estaba seguro de que ella nunca lo relacionaría con la escena que había tenido lugar unos meses atrás, ya que —como todas las demás— luego se habría olvidado enseguida de él.

Se había desmayado. La cogió por los pies y la tendió adecuadamente en el suelo. A continuación, sacó del cinturón su propio cuchillo —el único amigo que no lo había traicionado nunca— y lo usó para hacerle trizas el ridículo pijama de felpa. Cuando apartó lo que quedaba de la blusa, se le aparecieron dos enormes pechos, rosados y firmes. Rufo no pudo evitar extasiarse con aquella visión. Se inclinó sobre ella para olerla, seguro de que emanaba un perfume cálido y dulce, lástima que la cámara no pudiera grabar eso también. El Cucaracha cerró los ojos e inspiró profundamente. Luego puso una mano entre sus piernas y se dio cuenta de que estaba mojada. Se había orinado encima. Qué ternura, de modo que le había dado miedo de verdad. Mejor, resultaría más fácil penetrarla. Notó que ya tenía una fuerte erección. Sintió una breve punzada en el bajo vientre, recuerdo del encuentro unas horas antes con el Aguafiestas. Lo maldijo. Cuando volvió al garaje, puso los testículos en remojo con hielo, aunque parecía que ahí abajo todo funcionaba como debía. Se bajó el pantalón y los calzoncillos y agachó la cabeza con la GoPro para hacer un merecido primer plano. Seguidamente, con una mano bajó la goma del pantalón del pijama de la chica junto con las braguitas rosas. Apoyó el miembro sobre el suave vello rubio y, por segunda vez ese día, alguien le aferró con fuerza los testículos.

—Cabrón hijo de puta —le susurró el castrador, arrancándole un grito estridente y desgarrador.

Rufo perdió la noción de todo lo que le rodeaba. La vista se le nubló y creyó que iba a desmayarse. No lograba comprender qué le estaba sucediendo. Alguien le había arrancado las pelotas y le había quitado con fuerza la cámara de la cabeza, dejándola a saber dónde. Y entonces, el violador de violadores lo llamó por su nombre.

—Rufo, amigo mío —dijo.

El Cucaracha no tenía ni idea de si lo conocía. Pero sin duda no se trataba del viejo Aguafiestas. Este era nuevo y, por el tono de su voz más que por la fuerza del apretón, comprendió que esta vez iba a ser realmente complicado salir de ahí con vida. Empezó a repasar mentalmente una lista de personas que pudieran desearle algún daño. «Lo ha enviado mi madre», se dijo. Pero deliraba.

El desconocido lo levantó y, con unas maneras curiosamente delicadas, lo puso con la espalda contra la pared. Rufo tenía el escroto cogido con las

manos, cerró los ojos y, a través de las lágrimas que inundaban imparables su campo visual, entrevió a un tipo con un impermeable beis que se alisaba una corbata azul sobre un traje gris claro. También llevaba unos horrendos mocasines marrones.

—¿Qué quieres de mí? ¿Nos conocemos? —preguntó con el poco aliento que consiguió exhalar.

—No exactamente —admitió Vitali—. Lo cierto es que he descubierto quién eres hace poco. Tal vez será mejor que primero hagamos las presentaciones, ¿no te parece? —Y le asestó una patada en el estómago.

El Cucaracha se dobló en dos por el dolor.

—Eres poli —afirmó con seguridad—. Solo los cabrones como vosotros pegan así.

—Eres perspicaz, Rufo. Estoy sorprendido: no me esperaba ni que fueras inteligente.

—¿Cómo me has encontrado? —preguntó con voz rota.

—Hace un rato pasé por tu garaje y tuve la oportunidad de admirar tu pequeña actividad empresarial. Te felicito... Pero la próxima vez intenta no dejar pistas por ahí sobre lo que te llevas entre manos.

Rufo podía tolerarlo todo, excepto que lo reprendieran. Era algo que lo sacaba de quicio.

—¿Qué quieres de mí? ¿Dinero? Tengo bastante guardado, solo tienes que esperar a mañana por la mañana y te daré el que quieras.

Vitali sacudió la cabeza.

—¿Te parezco un tipo a quien se puede sobornar?

—No lo sé, dímelo tú. —Rufo empezó a sentir un escalofrío y eso no le gustó.

—Lo único que necesito es tu ayuda, Cucaracha. —El inspector se agachó sobre las rodillas para mirarlo mejor—. Hace tiempo pasaste dos meses en el hospital con una vértebra rota y las pelotas hechas papilla. Fuiste tan idiota como para presentar una denuncia, así es como te he encontrado.

Sí, era cierto: había sido un perfecto idiota acudiendo a la policía, pero estaba tan cabreado que quería vengarse de quien lo había dejado en esas condiciones.

—Declaraste que fuiste agredido por un tipo que quería atracarte. Lo describiste bastante bien: de unos cuarenta, ojos y pelo oscuros, y una cicatriz en la sien izquierda. ¿Es exacto?

Rufo asintió.

—Luego añadiste un detalle que me ha sorprendido. Dijiste que, en un momento determinado, sin que tú lo hubieras tocado, el atracador empezó a sangrar por la nariz.

«No me quiere a mí. Está buscando al Aguafiestas», se dijo Rufo. Tal vez tuviera una esperanza de salir de esa.

—Ahora, teniendo en cuenta la actividad a la que te dedicas, he pensado que quizá la historia del atraco fuera una trola colosal y que, probablemente, con la denuncia solo querías hacérselo pagar a quien te había dado una buena paliza.

Rufo sacudió la cabeza.

—No lo conozco. —Seguidamente se esforzó en sonreír—. Pero eres un hombre de suerte, porque hoy ha venido a verme. —Notó que los ojos del poli brillaron de repente. Sí, podía salirse con la suya, solo tenía que jugar bien las cartas que tenía en la mano—. Quiso que lo llevara a casa de un tipo que vive en Parioli, lo llaman el Juguetero.

—¿Y luego qué sucedió?

—Nada, porque el tipo no estaba. Pero en una habitación encontramos algo raro... Había un muñeco, una reproducción de tamaño natural de un niño desaparecido hace nueve años. Hasta yo sabía cómo se llamaba, porque cuando era pequeño los periódicos y la tele no hacían más que hablar de ello.

—¿Quién era?

—Tobia, pero no me acuerdo del apellido.

«No está mal», pensó Vitali. Lo descubriría él mismo.

En ese momento, la chica que estaba sobre el edredón volvió en sí. Al ver a dos extraños en su casa, empezó a chillar.

—Soy policía —le gritó Vitali, mostrándole la placa—. Pórtate bien. —Y ella se calló, agazapándose en un rincón. El inspector volvió a centrarse en Rufo—. Giovanni Rufoletti... Aclárame una curiosidad: ¿por qué te haces llamar Rufo?

—Es más guay.

—Tienes razón, tendría que haberlo adivinado yo mismo. Perdona. —Vitali volvió a ponerse de pie, sacó la pistola de debajo de la americana, apuntó a la rodilla derecha del Cucaracha y le disparó.

El grito de Rufo fue casi más fuerte que el ruido del disparo. La chica se tapó los oídos, aterrorizada.

El único que estaba tranquilo en esa habitación era Vitali.

—El nombre del tipo de la epistaxis —lo conminó.

—No lo sé —dijo Rufo, llorando—. Yo lo llamo el Aguafiestas.

El segundo proyectil impactó en la rodilla izquierda. Más gritos.

—Su nombre —insistió el policía y, sin esperar respuesta, desvió la mirada hacia el muslo y volvió a abrir fuego.

Ahora Rufo ya no hablaba, solo se desesperaba. Su rostro era una máscara repugnante de lágrimas y mocos.

—Las reglas del juego son estas —dijo Vitali—. Seguiré disparando hasta que me digas lo que quiero. Si mueres antes, entonces significará que es cierto que no lo sabes. —Volvió a disparar. Una, dos, tres veces. Ya ni siquiera apuntaba, lo hacía al azar. Rufo daba botes como un muñeco de trapo. Cuando Vitali tuvo suficiente, le pegó el tiro de gracia en medio de la frente. Los brazos de Rufo cayeron de nuevo en los costados. Permaneció con los ojos abiertos y el pene flácido asomando del pantalón.

En ese momento, Vitali se volvió hacia la chica rubia.

—¿Estás bien?

Ella, todavía conmocionada, se arrastró hacia él para buscar refugio. Se aferró a sus piernas. Temblaba. A continuación levantó la cabeza y lo miró.

—Gracias —dijo agradecida—. Me ha salvado la vida.

Vitali volvió a guardar la pistola en la funda y le acarició la cabeza.

—De nada, pequeña. De nada. —Entonces se llevó la mano a la bragueta del pantalón y se bajó la cremallera.

6

Cuando se disponían a llamar a su puerta, en el barrio de Esquilino, no imaginaban que Matilde Frai abriera a dos extraños. Sin embargo, lo hizo.

—Somos de la policía —dijo Sandra, esperando que mostrar su placa fuera suficiente. Alargó el brazo para que la luz de la vela que sostenía la mujer la iluminara.

Marcus se mantenía un paso atrás, escondido en parte en la oscuridad del rellano.

—¿Qué quieren? —preguntó Matilde. Pero en su voz no había recelo ni tampoco sospecha. La brusquedad formaba parte de su manera de tratar con la gente.

—Nos gustaría hablar de Tobia.

La frase de Sandra debería haberla afectado, pero fue como si Matilde se lo esperara.

—Pasen, por favor —dijo, dejándolos entrar.

Los guio con la vela por un estrecho pasillo. La casa estaba fría por culpa de la falta de calefacción. Era pequeña y se veía ordenada, pero el olor a nicotina era penetrante. Matilde los condujo a la cocina. Marcus se fijó en que la mujer no había tomado precauciones especiales para afrontar los peligros del apagón. No se había atrincherado, no llevaba consigo un arma ni ninguna otra cosa que sirviera para amenazar a un posible intruso. No tenía linterna y se había movido por la casa con una vela que acababa de encender. Antes de su llegada, permanecía a oscuras, estaba seguro de ello. Había una silla separada de la mesa y, sobre ella, dos paquetes de Camel, un cenicero y un encendedor. Matilde no se había movido de allí en ningún momento. Se había pasado el día fumando.

—Les prepararé un café, pero los fogones no funcionan.

Habían interrumpido el suministro de gas ciudad, pensó Sandra. Probablemente, para evitar incendios que nadie habría podido sofocar.

—Estamos bien así, no se preocupe.

Matilde Frai se sentó en su sitio de costumbre y, sin preguntar si les molestaba, se encendió el enésimo cigarrillo.

—No la entretendremos mucho —dijo Sandra—. Unas preguntas y nos iremos. —Marcus seguía callado, en principio habían acordado que fuera ella quien hablara.

—Ni siquiera sé por qué me he fiado de ustedes cuando los he dejado pasar —dijo la mujer, y rio nerviosamente—. Nadie debería estar solo en una noche como esta, ¿no creen?

El penitenciario se dio cuenta de que, a pesar de que pretendía mostrar tranquilidad, en realidad la mujer quería disimular su angustia. Tal vez quería conocer el verdadero motivo que los había empujado a ir hasta allí, pero no tenía valor para preguntarlo.

—Sé que es muy doloroso —dijo Sandra—. Pero nos gustaría que reconstruyera para nosotros esa tarde de mayo de hace nueve años.

Matilde aspiró una intensa calada, a continuación expulsó el humo lentamente.

—¿Y si me negara?

Mentía, Marcus estaba seguro. De lo contrario, ¿por qué no los había echado enseguida? Esa mujer solo quería hacerse rogar, pero únicamente porque aquella trágica historia era la única cosa de valor que poseía. Lo comprendió nada más entrar en la casa y mirar a su alrededor: Matilde Frai no tenía nada que ofrecer al mundo exterior.

—Por favor —dijo entonces el penitenciario.

La mujer tosió.

—Fue Tobia quien me pidió que fuéramos al Coliseo. Le gustan los figurantes disfrazados de gladiadores. —Hablabla de su hijo en presente—. No tenemos mucho dinero. Mi licenciatura en Letras Clásicas y Filología me permite dar clases de latín de vez en cuando, pero me dedico a limpiar para salir adelante. De modo que, cuando Tobia me pide algo que no cuesta mucho dinero, se lo concedo. Un viaje en metro, un helado; son deseos fáciles de complacer, ¿no? Unos días antes, le regalé una gorra con el escudo de la Roma. La compré en un tenderete, cinco euros. Todavía recuerdo su cara cuando se la di. No podía creérselo. De hecho, no se la quita nunca. —Sonrió, pero estaba triste—. Aquella tarde, estábamos paseando y él me señalaba las cosas y me preguntaba por qué. «Mamá, ¿por qué hay ese arco? Mamá, ¿por qué llevan los gladiadores un cepillo en el casco?». ¿Saben esa fase que atraviesan los niños hacia los tres años, no? —Dio otra calada al cigarrillo—.

Era un hermoso día, hacía sol. No recuerdo exactamente cómo pasó. Solo sé que le solté un momento la mano, luego me volví y él ya no estaba.

Sandra notó que le costaba seguir contando la historia a partir de ese punto.

—Empecé a buscarlo, pensando que solo se había despistado. Pero no quería alejarme demasiado para que no fuera él quien me perdiera de vista a mí. Empecé a parar a la gente y a preguntar si se habían fijado en un niño con una gorra de la Roma. Sacudían la cabeza y seguían adelante, como si no quisieran verse mezclados en mi pesadilla. Solo cuando me puse a gritar el nombre de Tobia alguien se interesó realmente por mí. Una patrulla pasó por allí, los detuve y les pedí ayuda. Después, alguien dijo que tardé demasiado en avisar a la policía. Tal vez fuera verdad, porque en realidad no sé cuánto tiempo pasó, solo sabía que mi hijo ya no estaba. —Dio la última calada y apagó la colilla aplastándola con el pulgar en el cenicero—. Y eso es todo. —Hizo una pausa—. La gente se imagina que este tipo de dramas siempre ocurren de manera aparatosa. En cambio, así es como suceden las peores cosas, de forma sencilla. —La mujer miró un punto impreciso frente a ella.

Marcus se dio cuenta de que observaba la puerta. Se fijó en las marcas de la pared, aproximadamente unas veinte. Iban de abajo arriba. Por cada una, un color distinto y una fecha diferente. La de más arriba era verde y al lado tenía escrito: 103 cm – 22 de mayo. Después de nueve años, esas muescas eran una de las pocas pruebas que quedaban de la existencia de Tobia en el mundo. Un niño que ya no podía crecer, que debería tener doce años y, en cambio, seguiría teniendo siempre tres. Recordó el muñeco de tamaño natural que había visto en casa del Juguetero y sintió un escalofrío.

—¿Qué ocurrió después? —Sandra apremiaba a la mujer.

—Los periódicos y las televisiones empezaron a ocuparse del caso. Al principio todos mostraron su solidaridad conmigo. Pero tras el asunto de las fotos y los vídeos, las cosas cambiaron. El hecho de que en las imágenes siempre se viera a mi hijo únicamente en mi compañía hizo que se levantaran sospechas. Primero empezó la gente, siempre funciona así. No me perdonaban que fuera una madre soltera, que no tuviera un marido, un compañero, un hombre con quien criar a Tobia. En sus cabezas, la desconfianza era el castigo que me merecía. Aunque en el fondo los entiendo... Es difícil identificarse con algo tan alejado de ti como la idea de «extraviar» a alguien a quien amas. Juzgas porque estás convencido de que a ti no te sucederá nunca. —Matilde sacudió la cabeza—. Los periodistas eran del mismo parecer. Ni siquiera necesitaban escribirlo en sus artículos, se conformaban con insinuarlo. Ya

nadie estaba dispuesto a creerme. Los policías no lo decían abiertamente, pero notaba que su actitud hacia mí había cambiado. Dudaban de mí, de mi versión. Creían que podía haberle hecho algo a mi niño, algo malo. Todavía no habían obtenido ningún resultado, pero mi corazón sabía que habían dejado de buscar a un secuestrador para encontrar pruebas que me inculparan. Solo era cuestión de tiempo, llegaría un día que llamarían al timbre y se me llevarían esposada... ¿Y quieren saber una cosa? No me importaba. — Encendió otro cigarrillo—. A esas alturas me daba igual si me arrestaban y me condenaban. Si tenía que pasar el resto de mi vida sin Tobia, no me importaba dónde estuviera. La pena era la misma. Porque en una cosa todos tenían razón: esa tarde de mayo, la única persona que podía evitar que Tobia desapareciera era yo.

Sandra miró a Marcus. Ambos se sentían culpables por haber reavivado el suplicio de la mujer. Esta vez fue el penitenciario quien tomó la palabra.

—Señora Frai...

—Matilde, por favor.

—Está bien, Matilde... Se estará preguntando por qué hemos venido aquí precisamente esta noche. Ha accedido a recibirnos porque tal vez imagina que tenemos alguna novedad que comunicarle.

—No me ha sorprendido —dijo la mujer enseguida—. Es más, les estaba esperando. No a ustedes, naturalmente, pero esperaba que alguien viniera a ayudarme.

Una vez más, Marcus y Sandra intercambiaron una mirada. Ninguno de los dos entendía a qué se refería.

—¿Ayudarla? —preguntó la policía.

Matilde intentó buscar las palabras para no parecer una loca. Al final, decidió contarles simplemente lo que había ocurrido.

—A las siete y cuarenta, cuando faltaba un minuto para que empezara el apagón programado, ha sonado el teléfono. He contestado, pero no se oía bien, la línea tenía interferencias. Entonces, al otro lado, he oído la voz de Tobia.

La revelación sorprendió a los dos visitantes. Pero no dijeron nada porque querían escuchar el resto.

Matilde sondeó rápidamente su reacción para saber si era adecuado proseguir. Lo hizo.

—Ha durado pocos segundos, porque con la desconexión de la corriente la llamada se ha cortado.

—¿Qué ha oído, exactamente? —preguntó Marcus.

—«Mamá, mamá. Ven a buscarme, mamá» —dijo con tono inexpresivo—. Lo más extraño, aunque no lo he pensado hasta más tarde, era que no parecía la voz de un niño de doce años, sino de tres. Entonces he comprendido que no era posible y que tal vez haya sido como soñar con los ojos abiertos, una alucinación.

Marcus había oído esa voz sintética y las mismas palabras procedentes del muñeco humano del Juguetero y recordaba el teléfono inalámbrico todavía encendido que había visto en el suelo. La mujer no se lo había inventado y tampoco se trataba solo de su imaginación. Era todo verdad. La llamada debía de haber salido de la casa de Parioli. Pero ¿qué finalidad tenía atormentar a la pobre mujer?

En una noche de oscuridad y tormenta, a la luz de una única vela, en esa humilde cocina estaban invocando el espíritu de un inocente. Nadie sabía lo que podría pasar.

—Yo la creo —dijo el penitenciario dejando perpleja a Sandra.

Matilde pareció sorprendida. Quizá no se esperaba tanta comprensión.

—¿Usted cree que de verdad era mi niño? —lo preguntó con lágrimas en los ojos.

—No, porque sería imposible que todavía tuviera la voz que tenía cuando desapareció —admitió él—. Pero si nos encontramos aquí esta noche, es porque estamos buscando respuestas. Tememos que alguien raptó a Tobia, pero nos ayudaría saber si lo eligieron por casualidad o no.

Matilde pareció impresionada por la revelación.

—Siempre he rezado por que quien se lo llevó fuera una mujer que no podía tener hijos. Es mejor que un maníaco o un pedófilo, ¿no?... ¿Quién más podía estar interesado en el hijo de una joven y pobre madre?

—No lo sabemos —mintió Sandra, que, de acuerdo con Marcus, no iba a mencionar la Iglesia del Eclipse—. Pero podría servirnos de ayuda saber la identidad del padre.

Matilde se quedó callada. Se levantó llevando el cenicero consigo y, aunque contenía solo dos colillas, fue a vaciarlas en el cubo de la basura.

—Si les dijera que no lo sé, ¿me creerían? —No esperó a la respuesta—. Recuerdo que estaba en una fiesta, y que no era yo misma. Descubrí que estaba embarazada un mes más tarde. ¿Pueden imaginarse el *shock*? Tenía apenas veintidós años, no sabía nada de la vida ni de cómo criar a un niño. Hasta entonces había vivido fuera del mundo.

Sandra se preguntó a qué se refería con esa expresión, pero decidió no profundizar en ese momento para no interrumpirla.

—Al principio pensé en deshacerme de él, me daba vergüenza. Mi familia no habría entendido algo así. Ya les había causado un dolor enorme, no se merecían un segundo...

—Un momento —la cortó en ese momento la policía—. ¿De qué dolor está hablando? ¿Qué pasó con su familia antes de quedarse embarazada?

—¿Cómo, no lo pone en sus informes? Creía que la policía lo sabía todo de mí. —La mujer los miraba—. Al cumplir los veintidós abandoné los votos... Antes de traer a Tobia al mundo era monja.

Las calles del barrio de Esquilino estaban inundadas. La lluvia había vuelto con intensidad.

Marcus levantó la pesada reja y se la sostuvo a Sandra, mientras le mostraba la escalerilla que los conduciría al subsuelo. La policía todavía llevaba los zapatos de salón con tacón vertiginoso, le resultaría difícil bajar, y más sabiendo el miedo que le daban las ratas. Se le ocurrió una idea y cogió el *smartphone* del bolso. Como la línea telefónica no estaba operativa a causa del apagón, casi había olvidado que lo llevaba. Y pensar que, al igual que mucha gente, hasta unas horas antes era adicta a él. La única manera de poder seguir utilizándolo era como linterna. De modo que activó el *flash* de la cámara, lo enfocó hacia el pozo negro que tenía a sus pies y empezó a bajar. Pero, cuando le faltaban unos pocos escalones para llegar, el móvil se le escapó de las manos y cayó con un ruido sordo. En cuanto tocó el suelo, el *flash* se volvió loco. A Sandra tampoco le supo tan mal. Esperaba que la luz intermitente ahuyentara a los roedores que merodeaban por allí.

Poco después, volvían a estar en los túneles.

El penitenciario iba delante con la linterna, la policía intentaba mantener su paso. Desde que habían salido de la casa de Matilde Frai todavía no habían intercambiado ni una palabra.

Una monja. Esa mujer había sido realmente monja. Sandra no podía quitárselo de la cabeza.

—Piensas que está muerto, ¿no es cierto?

—Sí —dijo Marcus—. Desde hace nueve años. —No le cabía duda.

Sandra podía notar su rabia. Marcus albergaba un sentido de la justicia que no tenía nada que ver con las cosas terrenales. A menudo olvidaba que él también era cura. Le habría gustado preguntarle de dónde provenía la certeza de que la Iglesia del Eclipse había matado a Tobia Frai, pero, en vez de eso, preguntó:

—¿Podemos detenernos un momento?

El penitenciario aflojó el paso y se volvió. Sandra se había apoyado en una tubería y se masajaba los tobillos.

—Está bien —le dijo—. De todos modos, nuestras pistas se acaban aquí. No tenemos nada más que descubrir.

—Si de verdad piensas que Tobia está muerto, ¿no quieres encontrar a los responsables? ¿No quieres mirarles a la cara y preguntarles por qué mataron a un inocente?

—Hay alguien que los va matando uno a uno de manera cada vez más imaginativa y tremenda. ¿Por qué debería interponerme en su camino?

Sandra sabía que no lo decía en serio y que probablemente la ira hablaba por él. Y, como creía conocerlo bien, a pesar de todo, estaba segura de que quería saber lo que le había ocurrido antes de perder la memoria y por qué había sido encerrado en el Tullianum. Solo tenía que hacer que se calmara un poco.

Marcus se sentó en el suelo, ella, en cambio, prefirió apoyarse en el muro de piedra. Por muy incómoda que se sintiera en esa posición siempre sería mejor que el sucio suelo. A ninguno de los dos le apetecía hablar. Sandra comprobó si el móvil había sobrevivido a la caída de un rato antes. Funcionaba, pero durante la ráfaga de *flashes* que se produjeron, el teléfono había sacado automáticamente unas cuantas fotos. Imágenes del túnel que había quedado a su espalda, visto desde distintos ángulos. Sin embargo, al llegar a la quinta se detuvo.

En la penumbra de la imagen se entreveían claramente las piernas de alguien.

Marcus vio que se erguía de golpe y rebuscaba frenéticamente en su bolso. A continuación extrajo la pistola y la apuntó hacia la oscuridad de donde venían. Sin necesidad de que ella se lo dijera, comprendió que no estaban solos.

Se levantó y se puso a su lado con la linterna. La enfocó hacia delante y aparecieron tres figuras. Eran jóvenes inadaptados, tal vez unos sin techo. E iban armados. Dos de ellos estaban provistos de barras de hierro. Pero el tercero empuñaba una pistola.

Quizá solo fuera una impresión, pero Sandra reconoció en sus ojos la mirada ausente, casi en trance, del drogadicto asesinado con la comunión de una hostia negra y sosa cáustica en el vídeo del móvil.

—¿Qué queréis? —preguntó.

Ninguno de los tres contestó.

—Soy policía, no me pongáis a prueba.

Era cierto, pero ¿cuántas veces había disparado desde que había pedido que la trasladaran a la Oficina de Pasaportes? Evidentemente, todavía participaba en las sesiones mensuales obligatorias en el campo de tiro, pero no estaba segura de poder manejarse todavía con un arma.

Marcus se dio cuenta de que le temblaban las manos. Estaba acostumbrado a verse en situaciones difíciles, pero esa le pareció la peor.

Los tres hombres empezaron a avanzar.

—Solo queremos charlar un rato —dijo uno de los tres, fingiendo un tono amigable—. Podemos echar un cigarro y discutir sobre cómo repartirnos a la mujer.

Los otros dos se rieron.

—¿No querrás quedártela toda para ti? —dijo otro.

El penitenciario tenía que pensar rápidamente. Podían escapar, él sabía moverse bien allí abajo. Pero ¿qué ocurriría si por casualidad perdía a Sandra? Tenían que arriesgarse, huir en la oscuridad.

Marcus la cogió de la mano, a continuación retrocedió un paso. Sandra comprendió que tenía algo en mente y asintió para hacerle entender que estaba lista.

Él apagó la linterna y se volvió para escapar.

Como si obedecieran a una orden invisible, de repente los tres salieron disparados en su dirección. Los oyeron correr, acercarse cada vez más. Sandra incluso podía verlos en su mente: depredadores de la oscuridad. En ese momento, sintió que algo le tocaba la cabeza, ¿una mano? Sintió un escalofrío de asco y de miedo. Se imaginó que una de esas criaturas de la oscuridad la cogía del pelo, que perdía el contacto con Marcus y se caía hacia atrás. Uno de ellos se la llevaría a su madriguera. Y allí se convertiría en pasto de los apetitos más despiadados.

—No lo conseguiremos —dijo.

—Corre —le ordenó el penitenciario.

No podía saber hacia dónde se dirigían y notó la sensación de que el túnel se iba estrechando a su alrededor. De repente, una luz intensa se encendió a su espalda. Siguió una breve secuencia de tres disparos definidos. Oyeron unos golpes detrás de ellos.

Los agresores habían caído sin emitir siquiera un sonido.

Marcus y Sandra se volvieron y vieron avanzar el foco de una linterna. El penitenciario fue más rápido: le quitó la pistola de la mano y la apuntó hacia el intruso que acababa de disparar.

—Quieto —lo conminó.

Quienquiera que fuera, el hombre obedeció y se quedó quieto junto a los tres cadáveres, pero solo para comprobar que efectivamente estuvieran muertos. A continuación desvió el foco luminoso para dejar que lo reconocieran. Vitali empuñaba su fiel Beretta.

—Buenas noches, amigos míos. —Le complació ver sus expresiones de sorpresa. Había sido una suerte que hubiera decidido ir a buscarlos debajo de la casa de Matilde Frai. Y en vista de cómo acababan de ir las cosas, esos dos estaban en deuda con Rufo por haberles hecho el favor de decirle el nombre del pequeño Tobia, descansa en paz, Cucaracha.

—Hijo de puta —dijo Sandra.

—Pero ¿qué dices? —fingió escandalizarse el policía—. ¿Esa es manera de agradecerme que os haya salvado el pellejo?

—No estoy muy convencida de que ahora estemos a salvo.

«Más que antes», pensó Vitali; «Vega se habría fijado en la mirada de esos tres, ¿no?».

—Puedes decirle a tu amigo que guarde la pistola. Y luego también podrías presentármelo, ¿no te parece?

Sandra se volvió hacia Marcus.

—No lo hagas.

—Qué desconfiada —dijo el inspector, y se colocó para tenerlos más a tiro—. Hubiera preferido discutirlo civilizadamente, pero así también sirve. Aunque me gustaría recordarte, agente Vega, que hace poco he demostrado que sé cargarme a tres hombres en movimiento sin malgastar más de tres balas.

Sandra sabía que si había que empezar a disparar, Vitali era quien tenía las de ganar.

—Propongo un acuerdo.

—Oigamos.

—Un intercambio de información.

Vitali lo pensó un momento.

—Está bien, pero primero vosotros... ¿Quién es él?

—No puede decírtelo —afirmó Sandra.

Vitali sacudió la cabeza, contrariado.

—Empezamos mal.

—No es el asesino del vídeo del móvil —le aseguró la policía.

—¿Y la sangre que encontramos en el aparato? ¿Me estás diciendo que tu amigo no sufre epistaxis?

Marcus se preguntó cómo podía saberlo.

—No me mires así. —Vitali se echó a reír—. Me lo ha chivado una cucaracha.

«Rufo», pensó el penitenciario de inmediato. Si lo había utilizado para llegar hasta él, entonces el inspector era realmente astuto.

—¿No lo entiendes, idiota? —lo atacó Sandra—. Alguien quiere que estemos aquí, exactamente donde nos encontramos. Lo ha involucrado a él para despistarte a ti y, con la foto del móvil, me ha utilizado como cebo para que te llevara hasta él. Nos está utilizando a todos.

—¿Quién sería ese alguien?

—No lo sabemos.

—¿Y con qué motivo?

—Matar a los integrantes de la Iglesia del Eclipse sin que nadie lo moleste.

La revelación pareció impresionar a Vitali.

—¿Qué sabes tú de la Iglesia del Eclipse?

—Hace nueve años raptaron a Tobia Frai, probablemente para matarlo.

En el rostro de Vitali apareció una expresión de incredulidad.

—¿Quién te ha contado todo esto?

Sandra nunca le revelaría que el comisario Crespi le había dado el soplo.

—Vamos, inspector, sabes perfectamente de qué estoy hablando. La Iglesia del Eclipse forma parte de tus casos de cuarto nivel, ¿no es así? Lo he comprobado en los archivos: tus informes están protegidos por el grado máximo de confidencialidad.

—No sé quién es tu fuente, pero intenta pensar un poco. Según tú, en vista de que mis casos son todos de cuarto nivel... ¿de verdad crees que me pondría a hablar de ello con cualquiera?

Sandra parecía confusa. Pensó que se trataba de otro farol de Vitali.

El inspector percibió la duda en su mirada y cargó las tintas.

—Piénsalo, Vega, ¿cuántas personas del cuerpo de policía tienen realmente acceso a los archivos de cuarto nivel?

Marcus no entendía lo que estaba pasando, pero se dio cuenta de que Sandra vacilaba. Sin embargo, antes de que la policía pudiera decir algo, fueron interrumpidos por un ruido que subía por el túnel. Un sutil sonido de pasos que los hizo callar. Como de un ejército acercándose.

Entonces el suelo se levantó a sus pies.

Sandra Vega chilló. La invasión de ratas había cogido a todos desprevenidos.

—¡Joder, qué asco! —gritó Vitali, levantando los pies, ahora uno ahora otro, con sus preciosos mocasines marrones para no aplastar a las bestias inmundas—. ¿De dónde salen las malditas ratas?

Marcus fue el primero en pensar que los animales estaban huyendo de algo.

—El Tíber —dijo, a continuación cogió a Sandra y la obligó a recuperarse de la impresión—. Tenemos que salir inmediatamente.

Vitali se volvió y notó el hedor que llegaba por su espalda: agua putrefacta. Sin preocuparse de los zapatos, se puso a correr siguiendo a las ratas.

La riada, tan temida en el transcurso del día, al final había llegado. El agua no tardó mucho en aparecer. Invadió el túnel arrollando a los tres fugitivos, que se vieron obligados a bracear al lado de las ratas. La luz de la única linterna se apagó casi inmediatamente.

En la oscuridad, Sandra sujetaba con fuerza la mano de Marcus, pero a él le daba miedo perderla. En realidad, no estaba seguro de que consiguieran evitar ahogarse. La corriente impetuosa los arrastraba. El penitenciario se golpeó en el estómago con un objeto, probablemente un tronco. Un segundo le dio en la nuca. Sandra había perdido completamente el sentido de la orientación y se aferraba con todas sus fuerzas a la mano de Marcus. Intentó deshacerse del bolso que le hacía de lastre. Entonces algo empezó a tirar de ella desde abajo. La correa se había quedado enganchada. No, era una mano que trepó por la cinta y le cogió el brazo.

A pesar de que no podía verlo, supo que se trataba de Vitali.

Empezó a tirar de él. Una, dos veces. En balde. No sabía durante cuánto tiempo más conseguiría aguantar la respiración. Entonces, el instinto de supervivencia decidió estúpidamente obligarla a buscar oxígeno. Empezó a respirar agua.

Mientras perdía el control, percibió que la cinta se deslizaba desde el hombro hasta el antebrazo, los dedos de Vitali dejaron de agarrarla y quedó libre.

Marcus notó que Sandra ya no le cogía la mano tan fuerte como antes. «Ha perdido el conocimiento», se dijo. El líquido gélido y fangoso le penetraba en los pulmones, dentro de muy poco él también se desmayaría. Debía intentar hacer algo antes de que fuera demasiado tarde.

Apoyó un pie en la pared del túnel y se dio un empujón hacia arriba.

Emergió en la parte superior del túnel, donde se había formado una cámara de aire. Con la mano libre se cogió a una tubería. A continuación tiró de Sandra. La rodeó con el único brazo que tenía disponible. Debía saber si todavía respiraba. La acercó hacia sí y, con la boca en la suya, buscó una señal de vida. Gracias a Dios sintió su aliento, aunque era muy débil. Sin soltarse del tubo, intentó avanzar en la corriente impetuosa sin dejarse arrastrar de nuevo. Siguió así durante al menos cincuenta metros, luego Marcus notó corriente de aire procedente de la superficie.

Comprendió que se encontraba justo debajo de una tapa de alcantarilla.

Con el tacto, encontró la escalera de hierro que trepaba hacia arriba. Se cargó al hombro el cuerpo exánime de Sandra y, con mucho esfuerzo, empezó a subir. Consiguió abrir la trampa empujándola con fuerza con el brazo derecho. Cuando sintió los pequeños golpeteos de la lluvia en el rostro, comprendió que lo habían conseguido. Podrían haberse encontrado con que los esperaba otra avenida de agua allí arriba, pero el desbordamiento del Tíber no había conseguido superar la pendiente en la que ahora se encontraban.

Después de acomodarla sobre el asfalto, Marcus practicó a Sandra una reanimación cardiopulmonar. Poco después, la policía empezó a escupir agua y a toser.

—¿Estás bien?

—Sí... Creo que sí —dijo ella, incorporándose trabajosamente. Todavía sentía el calor de los labios de Marcus sobre los suyos.

Ambos sabían que habían sido afortunados. Sandra observó las marcas dejadas por los dedos de Vitali en su antebrazo izquierdo. El inspector sin duda estaba muerto. Pero, de momento, fue otra visión la que los distrajo.

Ante ellos, a los pies de la colina, el río y el fuego de los incendios habían conquistado triunfantes el centro de Roma.

Erriaga había tardado más de dos horas en llegar al palacio de la Cancillería. En un día normal, desde su casa empleaba como máximo veinte minutos en hacer el recorrido.

Pero no era un día como los demás.

Únicamente arropado con un abrigo y un sombrero negro, había ido bordeando la zona donde habían estallado los primeros tumultos. Cada vez que divisaba a alguien por la calle, se escondía en algún recodo con la esperanza de que no advirtieran su presencia. Vio los incendios que la lluvia no conseguía apagar, oyó el estruendo del Tíber cuando sobrepasó los diques. Pero lo que más le impresionó fue sobre todo la mirada de algunas personas que merodeaban por las calles sedientas de violencia, vacua, casi inmóvil.

«La profecía de León X. Las señales».

Primero llegó la oscuridad, con el apagón. Luego el agua, con las tormentas y el río rabioso. A continuación, el fuego de los incendios. Y, por último, «la enfermedad».

La plaga que había entrado en esas almas no era casual, formaba parte de un plan. Los que una vez fueron hombres, se habían transformado en algo nuevo. Algo malvado.

Eran los nuevos dueños de Roma. La policía hacía esfuerzos por doblegarlos.

Erriaga llegó sano y salvo a las inmediaciones del palacio que desde hacía siglos albergaba el Tribunal de las Almas. Lo primero que hizo fue santiguarse, luego llamó al enorme portón y esperó.

Le abrió uno de los cancilleres que se encargaban del funcionamiento de la santa corte.

—Buenas noches, eminencia —lo saludó el joven cura. A continuación, le mostró el camino con un candelabro.

Subieron juntos la gran escalinata de mármol pulimentado por siglos de pisadas.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó el Abogado del Diablo—. ¿A qué viene tanta urgencia? —No había dejado de pensar en el estandarte negro expuesto en el tejado para convocar la sesión extraordinaria.

—Un caso que no podía ser aplazado.

—Hay un penitente a punto de morir, ¿verdad?

—Sí, eminencia.

El Tribunal de las Almas representaba el juicio de última instancia para los católicos que se hubieran manchado con una *culpa gravis*. No todos podían comprenderlo, pero para la Iglesia era esencial que un alma se liberara de una carga tan pesada. Sobre todo si la muerte del penitente era inmediata.

Erriaga, que en el seno del proceso representaba a la acusación pública, todavía no sabía de qué pecado mortal iba a ocuparse esa noche.

—Esta tarde ha venido a vernos un sacerdote, el párroco de Santa Maria del Riposo —lo informó el canciller—. Fue él quien nos trajo la confesión del moribundo.

—¿Dónde está ese párroco? Me gustaría hablar con él antes de empezar.

Entraron en la sala de los pergaminos, que conducía a las oficinas de la corte. Erriaga se quitó el abrigo y se lo entregó al canciller junto con el sombrero negro. A continuación, siguiendo un camino de velas encendidas, se dirigió a su despacho. Allí, se dejó caer en un sillón de terciopelo rojo y cruzó las manos por debajo de la barbilla. Albergaba el temor de que esa situación tampoco fuera fruto de la casualidad. ¿Otra señal? ¿Qué insidia podía ocultarse en el grave pecado de un hombre en el extremo confín de su vida?

La puerta se abrió y el canciller hizo pasar a un sacerdote que parecía tener más de ochenta años. La sotana estaba por lo menos tan gastada y vieja como él. Unos cuantos cabellos blancos, despeinados, sin afeitar. Llevaba el sombrero entre las manos y avanzó con los hombros caídos, intimidado por encontrarse en presencia de tan alto prelado.

En otro momento, Erriaga no lo habría compadecido por su aspecto desaliñado. Es más, le habría dedicado un trato evasivo, haciendo que se sintiera un don nadie. En esa ocasión, sin embargo, hubiera querido ser él ese pobre párroco de una insignificante diócesis y tener que lidiar con minúsculas tareas cotidianas. Las responsabilidades del cardenal, en cambio, eran enormes. Y esa noche, por primera vez en su vida, notó todo su peso.

—Cuéntame —dijo al hombre con insólita amabilidad.

El párroco dio un par de pasos hacia él, desvelando unos profundos ojos azules, puros como el agua de la montaña.

—Eminencia, perdóneme, pero no tengo mucho que decir. Hace unas horas, mientras me disponía a cerrar la iglesia antes de que empezara el toque de queda, advertí que alguien había dejado un objeto en un reclinatorio de uno de los confesionarios.

—¿De qué se trata? —preguntó Erriaga.

—De un cuaderno —contestó el sacerdote. Entonces se metió una mano en el bolsillo de la sotana, cogió una libretita negra y se la acercó al prelado.

Erriaga primero lo sopesó, como si con ese gesto pudiera evaluar su contenido. Pero vacilaba en leerlo.

—¿Cómo puedes saber que pertenece a un moribundo? No has visto al penitente, no sabes en qué condiciones se encuentra.

—Es cierto —admitió el sacerdote—. Pero el hombre que ha escrito estas páginas sabía que iba a morir. Es más, incluso indica cómo se va a producir su muerte y también el lugar donde encontrar su cadáver.

Erriaga suspiró y al fin se decidió a abrir el cuaderno. Lo hojeó y lo primero en que se fijó fue en que algunas páginas habían sido arrancadas. Seguidamente, a la luz de las llamas que lo rodeaban, empezó a leer.

Sintió que su rostro palidecía. Las manos comenzaron a temblarle imperceptiblemente. Los ojos corrían veloces por las líneas y empezó a pasar las páginas sin siquiera llevar la cuenta. Cuando terminó, cerró el cuaderno y lo dejó en su regazo.

El párroco y el canciller, que habían esperado a que terminara la lectura, ahora lo miraban esperando a que dijera o hiciera algo. Erriaga era consciente de sus miradas, pero no tenía fuerzas para moverse.

En el Tribunal de las Almas, la identidad del penitente siempre quedaba protegida por el anonimato. El pecado era el único objeto del juicio, nunca el pecador. A pesar de ello, durante años el Abogado del Diablo se las había ingeniado para llegar a saber quién era el culpable. Y se había aprovechado de sus vicios secretos para extorsionarlo y aumentar, de ese modo, su poder.

Pero esta vez no iba a tener que hacer indagaciones ni utilizar subterfugios para saber el nombre del hombre que tenía que morir. Y además sabía que, al final, había sobrevivido.

—Marcus —dijo el cardenal sin darse cuenta.

8 horas y 43 minutos para el amanecer

Habían encontrado refugio en una cafetería.

Había sido saqueada y a continuación arrasada por las sombras furibundas. Persianas arrancadas, muebles destrozados, pintadas en las paredes. Un coche en llamas al otro lado de la calle proyectaba un débil resplandor en el interior. Marcus lo aprovechó para buscar agua para Sandra. De los grifos solo salía un líquido parduzco, fangoso. Consecuencia de la riada, pensó el penitenciario. El río debía de haber encontrado el modo de filtrarse en las tuberías. En el fondo de una nevera apagada encontró un par de latas de Coca-Cola que habían sobrevivido al saqueo.

La policía estaba sentada en el suelo, en un rincón detrás de un reservado. Todavía estaba alterada. Llevaba el pelo y la ropa mojados, temblaba de frío y tosía. Marcus se sentó a su lado y le pasó una de las bebidas. Sandra sacudió la cabeza.

—Tienes que beber —le dijo.

Ella obedeció, pero no podía tragar nada, como si la garganta se le hubiera cerrado.

Sandra estaba hipnotizada por el vehículo que ardía. Había chocado contra un coche patrulla que se encontraba a poca distancia, volcado. Los policías quizá hubieran conseguido salir ilesos o, por lo menos, alejarse de allí. La persona que conducía el otro coche, en cambio, era ahora un esqueleto carbonizado. ¿Qué clase de locura era esa?

—Tú también te has fijado en sus ojos...

Marcus comprendió que se refería a la mirada de los tres hombres que los habían atacado en el subsuelo. Sí, se había fijado.

—No te esfuerces en hablar —dijo para no alterarla.

Ella no le escuchó.

—No creo que quisieran matarnos. —Luego se volvió hacia él—. Lo habrían hecho... pero solo al final. —Se imaginaba una larga serie de abusos—. Tortura —era la palabra exacta.

En el túnel lo habían perdido todo. Sus zapatos, y por ello iba descalza. Y también el bolso con la placa, la lista de los datos de la investigación, la documentación, todo. La linterna. Y, lo más importante, el agua se había llevado la pistola. Sin ella, Sandra se sentía indefensa. Envidiaba a Marcus, que no llevaba armas consigo. Pero también se alegraba de tenerlo a su lado. Sabía que la protegería a toda costa, y eso la hacía sentir menos sola. ¿Con cuántas personas podía contar en su vida? ¿Cuántas acudirían en su ayuda si llegaba el fin del mundo? Ahora se veía forzada a hacer balance de sus vínculos afectivos, así como de quién la quería de verdad. Por eso, un pensamiento la atormentaba. Las palabras del ahora difunto inspector Vitali.

«Piénsalo, Vega, ¿cuántas personas del cuerpo de policía tienen realmente acceso a los archivos de cuarto nivel?».

Sandra no podía aceptarlo.

—Fue Crespi quien me habló de la Iglesia del Eclipse... Él me lo contó todo.

—¿Cómo? —Marcus no entendía de dónde procedía esa reflexión.

—No me he vuelto loca —lo tranquilizó Sandra—. Solo pensaba en voz alta.

—¿En lo que dijo Vitali?

La pregunta del penitenciario confirmaba sus dudas.

—Era un asqueroso manipulador, pero podía tener razón sobre esto. Vitali estaba al mando de una unidad secreta del cuerpo, la Sección de Crímenes Esotéricos. Tan confidencial como para incluir en sus filas a un único policía, para el que incluso se creaban cargos expresamente como tapadera.

—Crespi, has dicho... Un comisario de homicidios que no solo está al corriente de la investigación, sino que habla tranquilamente de ello con una subordinada que podría estar claramente involucrada —prosiguió por ella el penitenciario—. No se limita a informarte, también te proporciona detalles, corriendo el riesgo de ser acusado de complicidad.

Marcus había traducido en palabras la sospecha que la angustiaba. Aunque le costara admitirlo, ya no estaba convencida de la total buena fe de Crespi.

—Tengo que hablar con él, averiguarlo.

A través de las ventanas del local, vieron a algunos hombres armados con palos corriendo por la calle. Marcus dio un respingo, alerta. Pasaron de largo

sin fijarse en ellos.

—Tenemos que irnos —dijo el penitenciario—. Aquí no estamos seguros. Sandra lo miró, asustada.

—No quiero volver ahí abajo.

De todos modos, no habrían podido, ahora los túneles eran impracticables. Pero ella quería que se lo confirmara.

—Caminaremos por la calle, pero deberemos tener cuidado.

—¿Adónde iremos?

Marcus observó el accidente en el exterior de la cafetería. En concreto, atrajo su atención el coche patrulla volcado.

—A ver a un viejo amigo tuyo.

El hormiguero era un caos desde hacía horas. La energía de los generadores y la tecnología perfectamente operativa en el interior del búnker no eran suficientes para controlar lo que sucedía fuera.

El jefe superior de policía se había encerrado en su despacho y estaba permanentemente en contacto con las máximas autoridades del Estado, en un desesperado intento por restablecer el orden en la ciudad.

A estas alturas habían comprendido que lo que se había originado en la Piazza del Popolo no era una agresión sistemática, no existía ninguna estrategia detrás del asalto. La imprevisibilidad del enemigo era el verdadero elemento desestabilizador.

El problema surgió cuando unos cuantos consiguieron desvalijar el almacén de armas y municiones. De Giorgi pidió oficialmente al ministro la intervención del ejército.

El COMLOG, el mando logístico, iba a movilizar a miles de hombres del Regimiento de Apoyo Cecchignola. Tropas y vehículos ligeros estaban listos para entrar por el sur de Roma y desplazarse hacia el centro de la capital. Al cabo de pocas horas, llegaría desde la Toscana una unidad de paracaidistas de la Brigada Folgore, un cuerpo de élite entrenado para misiones de alto riesgo. La unidad especial se ocuparía específicamente de ir a buscar a los cabecillas de la revuelta.

Crespi pensaba que esa no era la definición adecuada, teniendo en cuenta que los llamados «alborotadores» no tenían un objetivo concreto ni tampoco una organización. Sin embargo, se referían a ellos de ese modo después de que hubieran conseguido imponerse a las fuerzas del orden. En el fondo, a los peces gordos también les era cómodo definirlos así. Incluso por motivos de imagen, era mejor haber sido barrido por un conjunto de rebeldes que por una

horda de inadaptados entregada al saqueo y al vandalismo. Además, había que justificar las vidas que se habían perdido hasta ese momento.

Como todos los presentes en la sala de operaciones, el comisario estaba preocupado por su familia. Tenía mujer, hijos, nietos. Y no sabía si se encontraban a salvo. Por suerte, vivían en Nuovo Salario, lejos de las áreas afectadas por los tumultos. Pero nunca se sabía.

Las noticias que llegaban al hormiguero eran confusas y a menudo contradictorias. Lo único cierto era que el Tíber se había desbordado en tres puntos. Uno, a la altura de Ponte Milvio, donde había penetrado violentamente en el barrio de los locales y los restaurantes en los que cada noche se reunían miles de romanos. El otro, frente a Castel Sant'Angelo. La riada se había llevado a su paso las barcasas y las balsas que normalmente atracaban en el río. Junto a los escombros arrastrados por el agua, las embarcaciones habían formado un tapón debajo del famoso Ponte degli Angeli, y la fuerza de la avenida primero lo había agrietado y luego derribado. A partir de allí el Tíber se había desbordado y se había extendido hasta la Piazza Navona. La antigua fuente construida por Bernini a partir de un proyecto de Borromini —llamada precisamente «De los cuatro ríos»— ya no estaba. Tampoco existía la isla Tiberina, arrasada por la furia de las aguas. Por suerte, el hospital allí ubicado había sido evacuado. El río también había invadido el Trastevere y, sin duda, en este caso habría que contar a los muertos. El barro había llegado hasta la primera planta de los edificios. A saber cuánta gente se habría ahogado en el interior de sus propios hogares. Se habían atrincherado allí por miedo a los intrusos, pero los había matado la lluvia.

A fin de cuentas, al día siguiente todo el mundo le echaría la culpa al toque de queda, el comisario estaba convencido de ello. La pregunta que harían sería: ¿y si no hubiera habido ninguna limitación de la libertad de los ciudadanos, cuántos podrían haberse salvado? Iban a rodar muchas cabezas en busca de chivos expiatorios. Crespi, sin embargo, pensaba sobre todo en cuántos no habían tenido la suerte de morir ahogados allí fuera y ahora yacían heridos esperando una ayuda que no podría llegar. De hecho, los equipos de socorro enviados desde toda Italia y los militares del cuerpo de ingenieros permanecían en las afueras esperando a que la ciudad fuera «segura» antes de intervenir.

Los hombres y la naturaleza habían destruido en pocas horas lo que se había tardado centenares de años en edificar. Una belleza inigualable. Todo ello con un enorme sacrificio de vidas humanas. Al amanecer, el mundo se

daría cuenta de que Roma había cambiado para siempre. Naturalmente, siempre y cuando la ciudad lograra sobrevivir hasta el día siguiente.

Mientras reflexionaba sobre ello, Crespi fue interrumpido por una policía.

—Señor, hay una llamada para usted desde la radio de un coche patrulla. La agente se ha identificado como Sandra Vega.

—Pásemela —dijo el comisario acalorado. Cuando cogió el receptor fue el primero en hablar—. Vega, ¿de verdad eres tú?

—Sí, Crespi. Soy yo.

La conexión tenía interferencias, pero se alegraba de oírla.

—Dime que no estás en el Trastevere, que has salido de casa antes de que se produjera la riada.

—Tranquilo, comisario, estoy bien.

—Gracias a Dios. —Se sentía aliviado, pero no duró mucho.

—Sé que eres uno de ellos.

La ambigüedad con la que pronunció la frase lo dejó de piedra, obligándolo a titubear.

—¿Qué dices? No te entiendo...

—Ya lo has oído. Lo sé —reiteró la policía.

El otro cubrió rápidamente el receptor con una mano, para que nadie lo oyera.

—Mira, Vega, he intentado decírtelo esta mañana, lo juro. De lo contrario, ¿por qué te habría revelado todas esas cosas?

—Entonces es verdad: no fue Vitali quien te lo contó, tú ya lo sabías.

—Olvídate ahora de Vitali, hay algo más importante... —A pesar del aire acondicionado, el comisario estaba sudando—. Quiero desvincularme... Pero no sé cómo hacerlo. —En el otro lado siguió un silencio—. Vega, ¿estás ahí?

—Sí, sigo aquí. Creo que no es buena idea hablarlo por radio, ¿no te parece?

Tenía razón, alguien podría escucharlos.

—¿Qué sugieres?

—Nos vemos dentro de una hora en el Caffè Greco.

Crespi salió del hormiguero sin que nadie se diera cuenta. Llevaba consigo una bolsa de deporte oscura.

El lugar de la cita estaba en la Via Condotti, la prestigiosa calle que conducía a uno de los destinos más deseados de la tierra: la Piazza di Spagna.

La vía era celeberrima porque además albergaba las *boutiques* de las principales marcas italianas e internacionales, así como varias tiendas de lujo.

El Antico Caffè Greco era la única excepción. Fundado en 1760 por un cafetero procedente de la zona oriental del Mediterráneo, con el paso del tiempo se había convertido en un centro cultural donde se reunían intelectuales y artistas de todo tipo. Además de por su excelente *espresso*, el local tenía fama por su decoración: paredes pintadas de rojo pompeyano, mesas de mármol gris, sillas de terciopelo, lámparas modernistas y *art déco*, espejos y pinturas con los marcos dorados.

Crespi tenía exactamente esta imagen en la cabeza mientras se dirigía a su destino. Llevaba consigo una linterna, pero todavía no la había encendido por miedo a ser localizado por algún grupo de alborotadores. No lo hizo hasta que llegó al lugar. Le costó reconocer el antro negro que se encontró delante. Todo estaba destrozado por culpa de la ignorancia y la bestialidad de los depredadores. Otros comercios de la calle habían corrido la misma suerte. Joyerías de Bulgari y Cartier desvalijadas, Gucci, Prada, Dior y Vuitton saqueadas. Pero el peor panorama se manifestó cuando deslizó el foco de luz por la Piazza di Spagna. Estaba irremediablemente mutilada. La monumental escalinata barroca era un *parking* de chatarra: se habían divertido bajando los ciento treinta y cinco escalones blancos con los coches. La famosa fuente conocida como «la Barcaccia» había sido parcialmente derribada por un Mercedes.

Crespi se adentró en el local que una vez fue el café más hermoso de Roma. No se había salvado nada. Apoyó la bolsa de deporte en el suelo y se agachó a recoger un fragmento de las gloriosas tazas de porcelana con el logotipo del establecimiento. A saber cuánta gente había posado sus labios en

ese borde liso y grueso, en busca de un noble placer. Sacudió la cabeza, abatido.

—Por aquí —oyó que lo llamaban.

Caminando por una alfombra de cristales rotos y trozos de madera y mármol, llegó a la sala Omnibus, donde se recogían en las paredes las placas de escayola que testimoniaban el paso de invitados ilustres, desde Apollinaire hasta Bizet, pasando por Canova, Goethe, Joyce, Keats, Leopardi, Melville, Nietzsche, Mark Twain y Orson Welles, si hubiera tenido que citar a algunos. Ahora eran polvo blanco suspendido en el aire por encima de los escombros.

Sandra estaba de pie en medio de la sala. Apuntó la linterna hacia ella. Iba descalza, llevaba un vestido de noche negro rasgado en varios puntos y las manos metidas en una sudadera con capucha. Tenía el pelo y el rostro sucios de barro. Su aspecto hacía juego con la destrucción que había alrededor. Estaban solos.

—He traído lo que me has pedido —dijo mostrándole la bolsa.

—Bien, déjalo en el suelo.

Crespi obedeció.

—Estoy aquí para ayudarte, comisario. Pero antes tengo que saber en qué medida estás involucrado...

El policía calló, luego se desabrochó el cinturón y se bajó el pantalón a la altura de la cadera izquierda.

Sandra vio el tatuaje del círculo azul.

—No puedo olvidar todo lo que has hecho por mí estos años, por eso he decidido seguir siendo tu amiga.

—Me gustaría creerte, Vega —dijo el otro mientras volvía a ponerse el pantalón.

—Por radio me has dicho que querías dejarlo, ¿no?

Crespi sacó la pistola.

—¿Quién me asegura que no eres una de ellos? Tu foto estaba en el móvil del taxi.

—Si eres de la misma opinión que Vitali, entonces ¿por qué has venido?

—Porque tienes que decirles que me dejen en paz. —Crespi se oyó gimotear, se detestó por ello, pero no podía evitarlo: nunca en su vida había tenido tanto miedo. Estaba confuso, cansado, pero aun así percibió el movimiento de los ojos de Sandra. Se habían movido hacia la oscuridad a su derecha. ¿Por qué?

Antes de que el comisario pudiera volverse, ya tenía la sombra encima. Le inmovilizó el brazo y se apoderó de la pistola, a continuación lo cogió por la

garganta y se la apretó.

Sandra dio un paso adelante.

—No hace falta —dijo, recogiendo la linterna que se le había caído al policía. Y Marcus lo soltó.

Crespi cayó de rodillas y empezó a toser. Levantó la mirada hacia el hombre que lo había desarmado. Tardó un poco en reconocerlo. Se habían visto años atrás, en la época del caso del monstruo de Roma. No sabía quién era, pero aquella vez lo había ayudado. ¿Qué hacía allí con Sandra Vega?

—Estoy esperando una explicación —dijo la policía.

El comisario se masajeaba la garganta.

—No sé quién os creéis que soy, pero la verdad es que no valgo nada para ellos.

—¿Por qué tienes miedo? —preguntó Sandra apuntándolo con la linterna.

—Anoche, inmediatamente después de que la televisión anunciara el apagón de hoy, me convocaron en el hormiguero. Salí de casa para coger el coche y me di cuenta de que lo habían forzado. Ladrones, pensé enseguida. Sin embargo, cuando lo examiné, vi que habían dejado todo lo que pudiera tener un mínimo de valor y, en cambio, se habían llevado un juego de llaves y un cuaderno que guardaba en la guantera para anotarme las cosas.

Sandra y el penitenciario se miraron. Ahí era donde Marcus había encontrado el cuaderno y, lo más importante, las llaves del archivo de los casos sin resolver donde habían localizado las fotos del raptor de Tobia Frai.

Marcus hubiera querido acordarse del momento en que, en el transcurso de su investigación olvidada, había forzado el coche del comisario. Pero saber que había ocurrido no bastaba para que los recuerdos volvieran a aflorar: su breve amnesia parecía irreversible.

—¿Por qué te asusta tanto un pequeño robo? —Sandra no lo comprendía.

—Tú no los conoces —dijo Crespi, susurrando como si pudieran oírlo—. Ellos no amenazan nunca de manera manifiesta. Se limitan a enviarte una pequeña señal... Cuando vi cómo mataban al drogadicto con mi mismo tatuaje en el vídeo del móvil, comprendí que era el fin. Por eso decidí ponerte tras la pista correcta.

—¿Quiénes son los otros miembros de la Iglesia del Eclipse? —preguntó Marcus.

—No lo sé —contestó Crespi, como si fuera obvio—. Nos asignan las tareas durante reuniones periódicas en las que todos llevamos túnicas negras y también una máscara. Así se mantiene el secretismo.

—¿Quién estipula esas tareas?

—Los llamamos el Obispo, el Juguetero y el Alquimista.

Marcus ya había descubierto la identidad de los dos primeros, pero le faltaba el tercero.

—¿Son ellos los que mandan?

—No. —Crespi miró a su alrededor, como si de la oscuridad pudieran aparecer de repente unas gigantescas fauces dispuestas a devorarlo—. Por encima de todos nosotros está el Maestro de las Sombras.

Sandra no podía creer que el hombre que tanto había apreciado escondiera un secreto tan infame. A ella le tocó hacer la pregunta más dolorosa.

—¿Qué le sucedió a Tobia Frai?

—Yo no sé nada del niño. Solo me encargaron que guardara una cosa, y lo hice.

—¿Qué cosa? —preguntó Marcus.

—Una maleta. Pero no sé lo que hay dentro, lo juro.

—¿Y dónde está ahora?

—La guardaba en el sótano, pero esta noche la he cambiado de sitio. —El comisario quería ganar tiempo.

—Te he preguntado: ¿dónde está?

Al verse presionado, Crespi bajó la mirada. Y entonces se fijó en los pies del penitenciario. El terror inundó su rostro.

—¿De dónde los has sacado?

Marcus no lo entendía.

Crespi retrocedió.

—¿Quién te los ha dado? —Señaló con el brazo los zapatos de tela blanca. ¿Por qué lo atemorizaban tanto?

—No me acuerdo —dijo Marcus.

El viejo policía se volvió hacia Sandra.

—Me has traicionado —la acusó.

Ella se inclinó a su lado, le puso una mano en el hombro.

—Nadie te ha traicionado. Lo único de lo que estoy segura es que él no es el enemigo. ¿Quieres que se desnude para demostrarte que no lleva ningún tatuaje?

Crespi lo pensó un momento.

—No —dijo—. Al fin y al cabo, confiar en vosotros es la única posibilidad que me queda...

—Y bien, ¿dónde has puesto la maleta?

—Protegedme y os lo diré.

—Tienes que contarnos también todo lo demás.

—A su debido tiempo y con mis condiciones —afirmó el comisario—. Cada vez que queráis algo, yo os pediré otra cosa a cambio. —Crespi sabía que su alma estaba condenada, pero todavía podía salvar la vida.

—De acuerdo —dijo Marcus, y cogió las asas de la bolsa de deporte que el comisario llevaba consigo—. Te llevaremos a un lugar seguro.

Con la linterna de Crespi, regresaron al piso franco de la Via del Governo Vecchio.

El destino estaba situado entre Castel Sant'Angelo y la Piazza Navona, los lugares más afectados por la inundación. Marcus no estaba del todo seguro de poder llegar hasta allí. Pero al acercarse a las inmediaciones de la Piazza Sant'Eustachio vieron que a partir de allí el agua se había retirado rápidamente, dejando tras de sí todo tipo de desechos y escombros. Por el suelo se extendía una inmensa alfombra de objetos cotidianos: Sandra reparó en una pantufla, un cucharón, una muñeca. Todo ello cubierto de barro.

Sandra, Marcus y Crespi se hundían en el lodo que en ocasiones les llegaba hasta las rodillas. Emplearon más de una hora en llegar a su objetivo. La zona estaba devastada, por eso era segura. Ningún vándalo ni ningún insensato con la mirada vacía tendría interés en ir allí.

Sandra acompañó a Crespi por el angosto apartamento. Delante de la chimenea todavía había restos del pequeño tentempié que había improvisado para Marcus y para ella.

—Por allí encontrarás alguna lata de atún y galletas saladas —lo informó, recordando lo que habían comido—. También hay botellines de agua.

—Solo quiero fumar —contestó Crespi. Sacó un paquete de cigarrillos de la chaqueta. Al parecer, el comisario había decidido seriamente retomar el vicio.

Marcus había abierto la bolsa de deporte con las cosas que Sandra le había pedido a Crespi. Dentro había linternas y pilas de recambio, un chándal y unas zapatillas de deporte para ella, dos pistolas —un revólver y una automática— y, finalmente, un par de teléfonos vía satélite. Eran de un modelo anticuado.

—Te habíamos pedido dos *walkies-talkies*, ¿qué quieres que hagamos con esto?

—Servirán —la tranquilizó el viejo policía—. Y además, no había nada mejor.

—Ahora estás a salvo. La maleta. —Sandra le recordó su acuerdo.

—La dejé en un hotel, en la estación Termini. Hotel Europa, habitación ciento diecisiete. —Crespi hurgó en su bolsillo, cogió la llave y se la entregó.

Sandra suspiró, decepcionada.

—¿Por qué?

El comisario bajó los ojos.

—Adelante, crucifícame...

—Pensaba que creías en Dios, que eras un buen cristiano...

El hombre se sentó y aspiró el cigarrillo.

—La hostia negra... —dijo, a continuación levantó de nuevo la mirada hacia ellos—. Dios abandonó al hombre en un pequeño planeta en la inmensidad del universo. Lo rodeó de una naturaleza bellísima pero hostil. Luego se escondió y ha permanecido en silencio observando... Nos ha dejado aquí, solos y asustados, preguntándonos: «¿Por qué estamos en este lugar?», o bien: «¿De dónde venimos?». ¿Qué padre haría una cosa así a su hijo? —Buscó en sus rostros un poco de comprensión, no la encontró—. El Señor de las Sombras, en cambio, nos ha devuelto «el conocimiento»... Quien prueba su comunión, recibe a cambio el don del saber.

Sandra recordó las frases en arameo pronunciadas por el drogadicto.

—¿Qué conocimiento?

—Una cosa distinta para cada uno —puntualizó Crespi—. Hay hombres que piden saber cosas que no tienen nada que ver con ellos, otros simplemente quieren mirar en su interior y descubrir quiénes son en realidad. Yo, por ejemplo, le pedí a la hostia negra que me revelara el significado de mi vida.

—¿Obtuviste la respuesta que buscabas? —preguntó Marcus con desprecio.

—Sí —afirmó el otro con orgulloso aplomo.

—Chorradas —dijo Sandra. Estaba segura de que había algo más. Conocía demasiado bien al comisario para saber que no era fácil de corromper.

Crespi se echó a reír.

—Está bien, total, ahora ya... —Sabía que no iba a engañarla—. Hace muchos años maté a una mujer.

Sandra se quedó atónita por la revelación.

—No lo hice adrede, fue un accidente. La atropellé con el coche, pero luego salí huyendo. —Hizo una pausa y los miró—. Estaba embarazada, ¿sabéis? Una niña.

—No veo la relación —dijo la policía, desdeñosa.

—Yo lo entendí con el tiempo... Dios me hizo hacer algo terrible en su lugar. Tal vez porque no le apetecía, no sé por qué me eligió precisamente a mí. —Se sacó un pañuelo del bolsillo y lo usó para sonarse la nariz—. Hubiera podido llevarse a esa mujer y a su hija de muchas maneras. Una enfermedad, por ejemplo, o una complicación en el embarazo. En cambio, quiso que fuera otro quien hiciera el trabajo sucio. Un hijo devoto que no le importaba nada.

Sandra estaba escandalizada por la superficialidad de ese hombre.

—¿Y todo eso justifica el sacrificio de víctimas inocentes? ¿Justifica el asesinato de Tobia Frai? Porque lo matasteis, ¿no es cierto?

Crespi sacudió la cabeza con rabia.

—Vosotros no sabéis lo que significa, por eso no podéis comprenderlo plenamente. ¿Cómo es de fuerte tu deseo de conocer la verdad? ¿Hasta qué punto estarías dispuesta a llegar para arrancar el velo engañoso del olvido? — Los ojos del policía parecían los de un demente—. ¿Con qué presunción te defines como un hombre honesto, un buen cristiano, si nunca has experimentado el mal y la iniquidad?

Marcus pensó en el obispo Gorda. Había querido ponerse a prueba. Había una parte malvada en él, el viejo prelado lo sabía, y tal vez había un modo de hacerla emerger. Así pues, ¿por qué no probarlo?

—¿Cómo puedes tener el valor de mirar a los ojos a tus hijos o a la mujer que amas si no estás seguro de ti mismo? ¿Si ni siquiera sabes quién eres? Yo tenía que saber si era realmente culpa mía o si Dios había actuado a través de mí para que luego nadie pudiera atribuirle la responsabilidad de la muerte de una mujer embarazada. Y, finalmente, la hostia negra me desveló la verdad. —Crespi parecía un predicador en busca de adeptos—. El Señor de las Sombras habló por medio del Maestro... El Obispo, el Juguetero y el Alquimista están al servicio del Maestro de las Sombras. —El fervor se aplacó—. El resto, después. Este era el trato.

Marcus tiró a Sandra de una manga.

—Cámbiate y nos vamos —dijo.

Ella alargó una mano hacia Crespi.

—La placa. —El viejo comisario se la entregó sin rechistar. Antes de alejarse, Sandra lo miró una vez más—. Tu Dios negro ya te ha olvidado, miserable.

Esperó en silencio a que se hubieran ido. Una vez solo en la casa, Crespi únicamente podía pasar cuentas con su propia conciencia. Tal vez debería

haberles dicho enseguida lo de la plaga. Pero ahora ya estaba hecho.

Se puso a fumar al lado de la chimenea apagada. Se terminó el paquete en media hora. Luego miró a su alrededor. ¿Qué lugar era ese? Había un viejo ordenador y un teléfono conectado a una línea fija. ¿Era el domicilio del hombre que estaba con Vega? No parecía que nadie viviera realmente allí. Decidió que tal vez fuera mejor ir a echar un vistazo.

Con una vela, se puso a registrar el apartamento. La cocina, el cuarto de baño, el dormitorio. Parecía más una madriguera que una casa. Pero entonces se topó con una puerta cerrada. Intentó abrirla, sin resultado. Desistió y volvió a la cocina, en busca de las latas de atún y las galletas saladas de que le había hablado Sandra. Estaba hurgando en el aparador, pero se detuvo. Se había dado cuenta de que no podía soportar la duda, los acontecimientos de las últimas horas lo habían vuelto paranoico. De modo que se dirigió de nuevo hacia la puerta y esta vez intentó forzarla. Parecía cerrada por dentro.

Se pasó los minutos siguientes sentado en el salón. A través de la luz de la vela, miraba fijamente la habitación prohibida. Era totalmente incapaz de ignorarla.

Al final se levantó de repente de su asiento, cogió el atizador de la chimenea y se dirigió decidido hacia la puerta. Usó el utensilio haciendo palanca en la jamba y forzó la cerradura. Notó una especie de soplo de aire frío liberarse del antro oscuro. Con la vela, examinó el interior. No había nada interesante, solo un cuarto vacío con un gran armario de madera.

Pero estaba sellado con cinta aislante.

Crespi se adentró en la habitación y se acercó al mueble, preguntándose qué podía contener. Como no le encontraba sentido al nuevo misterio, decidió comprobarlo él mismo. Arrancó la cinta y abrió las puertas. De una repisa cayó una enorme bolsa negra que le echó encima una cascada de polvo oscuro. La vela se apagó y la puerta se cerró con un golpe seco a su espalda.

—Pero qué coño... —protestó.

Luego volvió atrás e intentó abrir, inútilmente. Había una segunda cerradura y ahora se había bloqueado. Hurgó en el bolsillo en busca del encendedor, lo encontró y volvió a encender la vela.

La nube gris se había depositado en parte sobre el suelo y las paredes de alrededor. Pero era tan ligera que, cada vez que hacía el más mínimo movimiento, volvía a levantarse. ¿Qué era? Se agachó para comprobarlo con el tacto. Ceniza, se dijo.

Y, sin darse cuenta, empezó a inhalarla.

Estaban de nuevo en la calle.

Caminaban con dificultad entre el barro y los escombros, a ese paso iban a tardar una eternidad en llegar a Termini. Marcus miró a su alrededor. A continuación se dirigió hacia un montón de chatarra del que sobresalía un manillar. Apoyó un pie y empezó a tirar. Sandra acudió para echarle una mano. Al poco rato extrajeron una Honda Enduro. Aparte de algunas abolladuras, estaba entera. El penitenciario trasteó con unos cables e intentó arrancarla, en vano.

—El carburador está mojado —sentenció. Pero no se dio por vencido. Al décimo intento, se puso en marcha.

Se montaron en el asiento y, mientras avanzaban por el inestable pavimento, Sandra se mantenía abrazada a él. Nunca habían estado tan cerca. La lluvia los azotaba, tenía frío, pero podía sentir el corazón de Marcus latiendo.

—He encontrado al Obispo Gorda y al Juguetero —le dijo—. Ahora nos falta el Alquimista y también el Maestro de las Sombras.

—¿Tú crees que existe realmente?

Él también se lo estaba preguntando.

—Por lo general, las sectas son organizaciones veladamente oligárquicas, hacen creer a sus seguidores que tienen que obedecer las decisiones de un líder carismático: una figura ascética, distante e inaccesible, hace más mella en la débil psique de los adeptos.

—Crespi nos ayudará —afirmó Sandra—. Le creo cuando dice que quiere dejarlo. Tú también lo has visto: está aterrorizado.

—¿Crees que conoce la identidad del Alquimista?

—No lo sé —dijo Sandra—. Ya has oído lo que ha dicho cuando le hemos preguntado cómo se organizaban las reuniones de los adeptos, ¿no? ¿Tú te crees la historia de las túnicas negras y las máscaras?

—¿Qué es lo que no te cuadra?

La policía llevaba un rato reflexionando sobre ello.

—No lo sé, pero es difícil de creer y me gustaría mucho que toda esta historia solo fuera una gran mentira.

Sin embargo, a Marcus también le angustiaba otro enigma. ¿Por qué el comisario se había alterado tanto después de ver sus zapatos de tela blanca?

Llegaron a la zona de la estación de tren. Todo estaba inmóvil. Cuando el penitenciario paró la moto, fueron rodeados inmediatamente por un silencio espectral.

Después de ochenta y seis horas, la lluvia había cesado pero ya añoraban ese sonido familiar.

El hotel Europa estaba situado en la Via del Castro Pretorio. Era un hotelito que normalmente hospedaba a peregrinos. La entrada era una puerta giratoria de cristal que se accionaba a través de un sensor de movimiento. Obviamente, no funcionaba, y además estaba bloqueada con un candado. Al otro lado de la barrera, el mostrador de recepción estaba vacío.

—Me parece que no hay nadie —afirmó Sandra, mientras escrutaba el vestíbulo apoyando las manos en el cristal.

Marcus extrajo la pistola automática y disparó a la cerradura de la puerta. Se introdujeron en el hotel.

Creían que les acogería el silencio, en cambio, se oía un ruido estridente, ligero, como de fondo.

—¿Tú también lo oyes? —dijo el penitenciario.

Sandra lo reconoció, pertenecía a su infancia y hacía años que no lo oía. Provenía de detrás del mostrador. Se asomó y vio que era una radio transistor. El volumen del altavoz estaba bajo, a duras penas se distinguía una voz masculina.

—Quizá nos hemos equivocado —dijo mientras miraba a su alrededor—. Tal vez haya alguien aquí.

—Déjate ver —conminó Marcus a la oscuridad—. No queremos hacerte daño.

Transcurrieron unos segundos, luego, de detrás de una cortina del vestíbulo, apareció un hombrecillo asustado que empuñaba un bate de béisbol.

—¿Qué queréis? —preguntó tembloroso.

Sandra le mostró la placa de Crespi y eso pareció calmarlo.

—Soy el portero de noche —respondió, y bajó el bate—. El hotel está prácticamente vacío —la informó—. Aparte de mí, solo hay un grupo de

bolivianos que han venido para ver al papa en la audiencia general del miércoles.

Les había salido mal, pensó Sandra. Habían cruzado medio mundo para acabar inmersos en ese lío.

—Anoche vino alguien a pedir una habitación: la ciento diecisiete. ¿Es exacto? —preguntó Marcus.

El portero se quedó pensando.

—Me parece que la entregué hacia las once.

—¿Recuerda también si se la dio a un hombre que se llamaba Crespi? —Querían estar seguros de no haber caído en una trampa.

—Tendría que mirarlo en el registro de entrada —dijo el otro, poniéndose a la defensiva.

—Olvídelo —lo interrumpió Sandra—. ¿Podría describirnos a esa persona?

El portero los observó de soslayo.

—Pues, la verdad, existe la ley de protección de datos. —Se lo pensó—. Está bien, total, peor que esto... Era robusto, sobre los sesenta y apestaba a tabaco.

Cuando estuvieron seguros, Sandra cogió la llave y se la mostró.

—Tenemos que subir —dijo.

—De acuerdo, pero los acompañaré porque esos idiotas de bolivianos se han atrincherado en el primer piso y no dejan pasar a nadie.

El portero se dirigió hacia la escalera. Mientras pasaban por delante de su puesto, Sandra echó otro vistazo al transistor.

—Ah, eso —dijo el portero fijándose en su interés—. Esta mañana me he acordado de que, hace ya tiempo, vi que estaba en el almacén. Tendrá por lo menos cuarenta años y ha sido toda una proeza encontrar pilas para hacerla funcionar. Pero habría sido mejor que no la hubiera encontrado... Las emisoras que funcionan en digital están paradas por culpa del apagón, y pensaba que todavía darían algún noticiario en las frecuencias AM. Pero nada. —Empezaron a subir—. A propósito, ¿tienen noticias sobre lo que está sucediendo en la ciudad?

Sandra estaba sorprendida.

—¿Cómo, no sabe nada?

—No —contestó el otro con candor—. Este Estado hijo de puta nos roba nuestros impuestos y cuando realmente necesitamos noticias, no hay manera de estar informados.

El mundo hiperconectado había dado un verdadero salto hacia atrás, pensó la policía. A pocos centenares de metros de allí se habían producido violentos tumultos, incendios e incluso un desbordamiento del Tíber, y ese hombre no estaba al corriente de nada.

—¿Qué era entonces la voz que he oído por la radio hace un rato?

—Algún loco maniaco hijo de perra que intenta aterrorizar a los memos como yo que todavía confían en el servicio público... Lleva horas así, que Dios lo maldiga.

Al llegar a la primera planta, el portero intentó explicar a los peregrinos bolivianos, en un español dudoso, que no había ningún peligro: solo querían pasar. Se trataba de un grupo de mujeres y hombres de mediana edad, estaban aterrorizados.

—Tendrán que pagar los daños —los amenazó.

Marcus avanzó y habló a esas personas expresándose en su lengua. Los calmó y luego los bendijo. Ellos se arrodillaron y se santiguaron. A continuación apartaron las barricadas.

—¿Su amigo es cura? —preguntó el portero a Sandra.

—Sí —dijo la policía.

—¿Un cura con una pistola?

—Sí —confirmó. Estaba tan impresionada como él porque a menudo lo olvidaba, y verlo comportarse como un cura también era una experiencia totalmente nueva para ella.

Llegaron a la puerta de la habitación 117.

Marcus se volvió para dirigirse a su acompañante. Le cogió la mano y puso en ella la pistola automática.

—Podrían venir —dijo solamente.

—¿Quiénes? —preguntó el portero, de nuevo atemorizado.

Marcus no le contestó.

—A partir de aquí continuaremos solos, gracias.

Sandra metió la llave que le había entregado Crespi en la cerradura.

—No puedo creer que le hayas dado una de nuestras pistolas.

—Él la necesita más que yo —dijo Marcus—. Confía en mí.

Entraron. La linterna barrió la oscuridad. La habitación estaba perfectamente en orden. La cama de matrimonio, las lámparas sobre las mesillas, un gran armario empotrado. En las paredes, acuarelas de escaso valor que retrataban la Roma del pasado. La moqueta era lisa y se notaba un

fuerte aroma de pino típico de algunos ambientadores. Cerraron la puerta a sus espaldas y se pusieron a buscar la maleta.

Sandra se ocupó del armario, Marcus miró debajo de la cama.

—Aquí está —le anunció. A continuación tiró de ella y la puso sobre el colchón.

Era de piel marrón, con los bordes gastados y llena de arañazos por el mucho uso. Se abría con una combinación.

—¿Qué hacemos? —preguntó Sandra—. No podemos disparar a la cerradura, si dentro hubiera algo frágil, lo estropearíamos.

Marcus sopesó la situación.

—Tal vez haya un modo. —Fue al pequeño baño y arrancó el sifón del lavabo. A continuación regresó con ella. Antes de empezar a golpear los cierres que fijaban la tapa, se dirigió de nuevo a Sandra—. Aquí dentro podría haber cualquier cosa, incluso un artefacto incendiario.

—Estaba pensando lo mismo... Si alguien intenta eliminar a los miembros de la Iglesia del Eclipse con la tortura, podría haber llegado a la maleta antes que nosotros y haber colocado una trampa para Crespi.

Marcus la miró.

—No hay otro modo, pero aun así me gustaría que te apartaras.

—No, yo me quedo aquí.

Parecía decidida. Como ya sabía lo difícil que era hacerla cambiar de idea, Marcus levantó el trozo de hierro y empezó a golpear la cerradura. Bastaron una decena de golpes para hacerla saltar. A continuación, dejó el sifón en la moqueta y Sandra puso los dedos en la tapa. La levantó.

En el interior, había ropa de varias tallas, perfectamente doblada. Nada que fuera extraño en una maleta. Pero, en ese caso, lo sorprendente —la anomalía— era que se trataba de ropa de niño.

—Oh, no —dijo Sandra mientras la iba sacando y revisaba las tallas—. Mira esto: cuatro, siete, nueve, doce años. —Era toda de chico.

Estaban pensando lo mismo, advirtió Marcus. No había sido solo Tobia Frai. Otros inocentes habían caído en manos de la Iglesia del Eclipse. ¿Quiénes eran esos niños? ¿Qué había sido de ellos?

Entonces la policía encontró unas piezas que le resultaron familiares. Una camiseta y una gorra de la Roma.

—Tobia —dijo, solo. El más inocente de los inocentes, el hijo de la monja. E, impresionada, las estrechó contra su pecho. «¿Quién tendrá el valor de decírselo a su madre?», se preguntó, y unas finas lágrimas empezaron a deslizarse por su rostro—. Monstruos.

Tragó con esfuerzo su propia rabia. Dejó la camiseta y la gorra sobre la cama porque se le pasó por la cabeza que tal vez todavía conservaran restos del olor del niño. Una referencia olfativa que solo una madre hubiera podido reconocer incluso al cabo de nueve años. Y Sandra no quería privar a Matilde Frai de la última ocasión de, en cierto modo, estar cerca de su chiquitín. Esa mujer ya había pagado un precio elevadísimo e incluso había sido tachada de responsable de la desaparición de su hijo, lo máspreciado que tenía en el mundo.

—Espera un momento —dijo Marcus a su espalda. Seguidamente, de manera inesperada, cogió la ropa y empezó a ponerla en orden encima del edredón, empezando precisamente por la de Tobia.

—¿Qué ocurre?

El penitenciario no le contestó, esperó a completar la tarea. Cuando la tuvo toda delante, por fin habló:

—Mira —dijo señalando la camiseta y la gorra—. El más pequeño es Tobia, que desapareció a la edad de tres años. El mayor tenía doce. —A continuación se volvió hacia Sandra—: Y todos son chicos —le recordó.

Ella, sin embargo, no lo entendía.

—Ahora cuéntala —dijo el penitenciario.

Sandra lo hizo. Un blusón, un pantalón, una camisa... La lista concluía con un jersey rojo.

—Diez.

—Una prenda por cada año de edad desde el día de la desaparición —confirmó Marcus.

—¿Podrían pertenecer todas al mismo niño? —Sandra no podía creer lo que estaba diciendo. Después ya no dijo nada más.

—Sí —confirmó el penitenciario, leyendo sus pensamientos—. Tobia Frai todavía podría estar vivo.

6 horas y 43 minutos para el amanecer

Se despertó cuando notó el líquido caliente deslizándose por sus piernas. «Me he meado encima», pensó Vitali.

Después, como un puñetazo en pleno rostro, llegaron los recuerdos. «Estoy muerto —se dijo—. No, no estoy muerto —se corrigió—. Pero debería estar muerto, eso sí». Intentó abrir los ojos. Solo abrió uno, porque tenía un lado de la cara tumefacta, lo notaba perfectamente. Estaba oscuro. Hedor a agua estancada y a aceite lubricante. Pequeñas gotas resonaban en el silencio. «¿Dónde estoy?». Intentó levantarse, le dolía todo. La última imagen que recordaba era que la corriente lo había ido sacudiendo repetidamente contra las paredes del túnel, como un muñeco de trapo. Cuando intentó girar el pecho, en la mirada estallaron miles de luces, como fuegos artificiales. Y gritó de dolor. No sentía el brazo derecho, probablemente tenía un hombro dislocado. Con esfuerzo, se puso de pie. Era difícil mantener el equilibrio, el vértigo se divertía engañando su sentido de la orientación. Estaba descalzo, pero eso era algo soportable. No lo era, en cambio, haber perdido los mocasines marrones que tanto le gustaban.

—Eh —gritó a la oscuridad, que al instante le devolvió su propia voz.

Estaba bajo tierra, pero ya no se encontraba en las alcantarillas, de eso estaba seguro. El agua podía haberlo arrastrado a cualquier parte. El subsuelo de Roma estaba plagado de sorpresas geológicas e históricas, algunas todavía sin descubrir. La idea de que hubiera ido a parar a un jodido templo dedicado a Júpiter que se encontraba a cincuenta metros de profundidad no lo ilusionaba, por mucho que fuera el primer ser humano que ponía los pies allí después de miles de años. Se rio al pensarlo, a pesar de que las costillas le hacían un daño terrible, rio con ganas. Se imaginaba la cara de los arqueólogos cuando lo encontraran. Se preguntarían qué hacía allí una momia

con un traje gris claro y corbata azul. «A lo mejor acabo expuesto en un museo», se dijo el inspector.

La carcajada le había ido bien. «Todavía estoy vivo, de modo que será mejor que aproveche esta oportunidad».

Intentó avanzar sobre las piernas vacilantes y tropezó al primer paso, golpeándose de nuevo la cara contra el duro suelo. Tenía ganas de blasfemar, quiso dar una patada al obstáculo que había provocado su caída y entonces se dio cuenta de que tenía algo parecido a una culebra enrollado en el tobillo. Dio un respingo hacia atrás, pero el bicho no quería soltar la presa. Cuando por fin se calmó, también encontró el valor para alargar su brazo sano para liberarse de ella.

No era una serpiente, sino la cinta de un bolso.

Vitali tiró de él, abrió la cremallera y empezó a hurgar en el interior. Dentro estaba seco. Incluso había un papel todavía íntegro. Al tacto notó una consistencia familiar. Una placa. Sandra Vega, pensó. El bolso era suyo. Recordó que se había agarrado a la correa para no ahogarse. Esperó con todo su corazón que su colega fuera fumadora o que llevara encima un encendedor por si necesitaba encender alguna vela. «Dime que tienes uno, estúpida idiota». De hecho, lo encontró.

Lo cogió con la mano izquierda e intentó encenderlo con el pulgar. Pero no era zurdo y por poco no se le escapó de las manos. La idea de perder la única esperanza de sobrevivir lo aterró. «Calma», se dijo. Y volvió a intentarlo.

La llama se encendió y se apagó enseguida. Pero en ese efímero instante se le mostró un recinto oscuro. «No es ningún templo», pensó. Y además había una ligera corriente de aire de la que no se había percatado antes, pero el mechero sí. Al tercer intento protegió mejor el fuego. El poco calor que irradiaba por su mano lo reconfortó. A continuación empezó a girar la llama a su alrededor. Estaba en un túnel. El agua había derrumbado la pared de la alcantarilla en busca de una vía de escape, irrumpiendo en una galería mucho más grande. Pero hasta que no bajó el encendedor Vitali no comprendió exactamente dónde se encontraba.

Dos piezas de acero pulido corrían paralelas en la oscuridad. «Vías de tren —se dijo—. El metro».

Se levantó nuevamente del suelo y, haciendo un esfuerzo, se puso a seguir los raíles. Miró en una dirección y luego en la otra. Tenía que decidir hacia qué lado dirigirse. No era una decisión sencilla, porque podía encontrarse de nuevo con el río subterráneo, ser arrastrado por un desprendimiento o —peor

aún— por un hundimiento. Habría sido un final demasiado sarcástico después de haber sobrevivido a un ahogamiento seguro.

Con el bolso de Vega puesto en bandolera y el brazo derecho colgándole a lo largo del costado, optó por ir a su izquierda, que era también la dirección de donde provenía la brisa que había notado un rato antes.

La llama se apagó varias veces durante el trayecto, pero al cabo de doscientos metros por fin llegó a una estación. «Flaminio», leyó en el cartel, y a continuación encontró la forma de trepar hasta el andén. Aquí enseguida descubrió un pilar. Se acercó y, después de colocarse del lado derecho, cogió un poco de carrerilla y chocó contra él. El grito de dolor se dispersó rápidamente en el eco. Tenía lágrimas en los ojos, pero el hombro había vuelto a colocarse en su lugar natural. Vitali intentó abrir y cerrar la mano varias veces. Todavía le dolía, pero estaba mejor.

Al poco rato, subió al nivel donde se encontraban los torniquetes y las taquillas automáticas. También había un distribuidor de bebidas apagado. El policía tenía muchas ganas de poner sus labios secos en una lata de refresco, aunque estuviera caliente. Intentó forzar la máquina y luego romper el cristal usando la placa que había encontrado en el bolso, pero era demasiado grueso. Tenía la felicidad al alcance de la mano, pero tuvo que renunciar a ella. Sin embargo, antes de irse vio el reflejo de su rostro. La mitad de él, efectivamente, era una máscara de hematomas violáceos. «Me llevará una eternidad volver a follar», pensó.

Tomó la escalera que conducía a la superficie y se encontró delante de la reja que cerraba la entrada al metro. Por suerte, alguien la había arrancado, en caso contrario a saber cuánto tiempo habría tenido que permanecer allí. Salió a la plaza y enseguida dirigió la mirada en dirección a la puerta Flaminia, que tomaba su nombre de la antigua carretera consular.

Más allá de los enormes bastiones, empezaba la Piazza del Popolo, núcleo de los enfrentamientos de la noche. En ese momento, sin embargo, de allí solo provenía un inquietante silencio que se hacía más espectral gracias al resplandor de los fuegos.

Vitali se puso en marcha y, al poco rato, dejó atrás el arco que se remontaba al año mil. Ante él se extendía un desierto de desechos y restos humanos. Pensó inmediatamente en los bárbaros, pero lo que vio no se parecía ni de lejos a las descripciones que aparecían en los libros de texto sobre el saqueo de Roma del siglo v después de Cristo, obra de Alarico y los visigodos. El episodio sangriento había sido interpretado por San Agustín como el castigo divino contra la Roma capital de los paganos que no quería

aceptar el cristianismo. Esta vez, sin embargo, los bárbaros no eran invasores. La mayor parte había nacido y crecido allí.

«La plaga», se dijo.

Los leones de piedra que montaban guardia en la fuente y en el imponente obelisco habían sido desfigurados. En varios puntos de la plaza ardían hogueras. Se veía un furgón de la policía antidisturbios. Habían sido los primeros en acudir en cuanto estallaron los tumultos, recordó el inspector. El vehículo había sido abandonado por los agentes y luego alguien lo había utilizado para encaramarse a una farola. En lo alto del poste estaba atado, de pies y manos, un hombre de uniforme.

Lo habían matado a golpes.

Tenía la cara desfigurada, no parecía conservar ni un hueso sano en todo el cuerpo, pero Vitali se fijó en que el reloj que llevaba en la muñeca seguía funcionando. Ridículo, pensó. ¿Lo conocía? Tal vez sí. A saber cuántas veces se habrían cruzado por los pasillos de la comisaría. Le hubiera gustado rezar una oración. Pero nunca se le había dado bien dirigirse a los santos y ahora no sabía por dónde empezar. Lo único que podía hacer por los muertos era sobrevivir. De modo que subió al furgón. A pesar de que tenía las ruedas pinchadas, arrancó y se alejó de allí, dejando solo el cadáver del policía.

Había tenido suerte de poder pasar entre los coches y los contenedores de basura atravesados en las calles. Pero luego tuvo que abandonar el vehículo en la Via Veneto y continuar a pie. La calle de la *Dolce vita* estaba hecha una porquería. Una alfombra de botellas, escaparates destrozados, pintadas en las paredes. El Excelsior, el Grand Hotel, el Baglioni y otros lujosos hoteles de cinco estrellas habían sufrido un verdadero saqueo. De las fachadas ennegrecidas y todavía humeantes no se oía salir ningún sonido, ningún gemido.

Al final, llegó a la entrada del búnker del hormiguero. Fuera se alzaba una barrera de vehículos y hombres armados. El brazo derecho todavía le dolía, pero avanzó con las manos levantadas, esperando que nadie tuviera los nervios tan tensos como para disparar a la primera de cambio.

Se oyó una voz.

—¿Quién va?

—Inspector Vitali —contestó.

—Identifíquese mejor —dijo el otro a su vez.

—Llevo una placa conmigo, pero tengo que acercarme más para que puedan verla. —Se refería a la que había encontrado en el bolso de Vega.

—Quédese donde está e identifíquese, he dicho.

Vitali suspiró, no había manera de hacer razonar a un tipo obtuso de uniforme.

—Estoy al mando del Departamento de Estadística de Delitos y Criminalidad —y casi le entraron ganas de reír mientras repetía esa cantinela. Al otro lado siguió un silencio. Al parecer, alguien lo estaba comprobando.

—Está bien, puede pasar —dijo la voz—. Pero continúe con los brazos en alto.

Lo visitó el médico del hormiguero. Le encontró diversas heridas pequeñas y contusiones varias, así como una fractura de pómulo. Por precaución, el médico le vendó el hombro y le dio una caja de píldoras de Toradol.

Vitali se dio una ducha en el baño del dispensario y, a continuación, le proporcionaron ropa limpia: unos vaqueros, un polo y un par de Adidas que parecían salidas de una tienda *vintage*. Incluso consiguió que le trajeran una bebida fresca y se la tomó pensando en las latas encerradas en la caja fuerte del distribuidor apagado del metro. Se tragó las dos primeras pastillas del analgésico, pero habría dado cualquier cosa con tal de poder hacerse una única, magnífica, raya de cocaína.

Cuando acabó de ponerse en condiciones, decidió volver al trabajo. Quizá Sandra Vega y su extraño amigo silencioso la habían palmado en los túneles, pero todavía podía quedar alguna pista abierta referente a ellos.

Faltaban unas horas para el amanecer y Vitali solo disponía de esa oportunidad para detener la plaga antes de que se propagara más allá de los confines del centro de la ciudad. El mal tiempo y el apagón habían sido la causa del contagio, pero después de todo también habían jugado un papel de contención, parecido a una cuarentena forzada.

Para comprender el grado de implicación de Vega, o lo que sabía realmente de toda la historia, hurgó en su bolso. Volvió a encontrarse con la hoja de papel que había identificado al tacto en el túnel del metro. La abrió. Era una lista.

Método para matar: antiguas prácticas de tortura.

Zapatos de tela blanca (Marcus y obispo Gorda).

Hostia negra (yonqui).

Tatuaje del círculo azul: Iglesia del Eclipse. Sacrificios de víctimas inocentes.

Apagón – León X.

Cuaderno misterioso.

Tobia Frai.

La lista concluía con un añadido al pie.

Elemento accidental: amnesia transitoria de Marcus.

—Marcus —se dijo Vitali repitiendo el nombre en voz baja. Recordó que el hombre con epistaxis, efectivamente, calzaba zapatos de tela blanca. Por lo menos ahora sabía cómo se llamaba y que había sufrido una momentánea pérdida de memoria. Solo tenía que descubrir quién era.

Del listado también se deducía otro dato. Esos dos habían encontrado al Obispo. Vitali se quedó sorprendido al leer el nombre de Arturo Gorda. Se había preguntado quién podía ser el misterioso personaje de la secta, pero nunca habría imaginado que pudiera tratarse de un religioso de verdad.

A saber si también habían descubierto al Juguetero. Pero al inspector le interesaba sobre todo el Alquimista. No se mencionaba en el papel, pero se hacía referencia a un misterioso cuaderno. Si hubiera podido echarle mano, tal vez ahora tendría la verdadera solución del enigma. O tal vez no.

Mientras pensaba en todo eso, un agente fue a llamarlo.

—El jefe quiere verlo en su despacho.

De Giorgi, el jefe superior de policía, lo esperaba junto al *questore* Alberti. Ambos tenían el ceño fruncido.

—Siéntese, inspector —lo invitó el jefe.

Vitali tomó asiento frente a la mesa en la que estaba abierto un mapa de Roma.

—Tenemos buenas y malas noticias —anunció el *questore*.

—Primero las buenas, por favor —pidió Vitali, que estaba harto de desgracias.

—Hemos conseguido detener la revuelta.

Tal vez ya era hora de no seguir llamándola «revuelta», se dijo el inspector, pero se abstuvo de comentarlo.

Alberti señaló una zona en el plano.

—Hemos calculado que los rebeldes son aproximadamente un millar. En la Piazza del Popolo nos cogieron por sorpresa porque no nos esperábamos

una agresión tan violenta. Pero después no han pasado al otro lado de las murallas Aurelianas y Gianicolenses.

—En esto el Tíber nos ha echado una mano —intervino el jefe superior de policía—. Ha impedido que fueran más allá del centro histórico de la ciudad.

—Estamos hablando de un área de quince kilómetros cuadrados, con una población de ochenta y cinco mil habitantes.

Vitali observó el mapa.

—De acuerdo... Ahora las malas noticias.

—Se mueven por el subsuelo y aparecen de repente tendiendo emboscadas a nuestros hombres: hay muchos agentes heridos e incluso algún muerto.

«Lo sé», hubiera querido decirles el inspector. Había tenido un cara a cara muy movido con tres de ellos en las alcantarillas.

—No dejo de repetirme que habríamos podido evitar lo que está sucediendo esta noche —dijo el jefe, exasperado—. Usted nos advirtió, pero no le hicimos caso —admitió.

Vitali se encogió de hombros, como si eso ya no tuviera nada que ver con él.

—La Iglesia del Eclipse solo esperaba la ocasión de dar rienda suelta a la devastación. Como el próximo eclipse de luna en Roma está previsto para dentro de seis años, han aprovechado la oportunidad que les ofrecía el apagón.

—De acuerdo, acepte nuestras disculpas —lo interrumpió el *questore*—. Pero ahora tiene que decirnos cómo detener todo esto.

El inspector lo pensó un momento.

—He oído decir que el ejército está llegando a la ciudad. Bueno, digan a los soldados que cada vez que vean a alguien con la mirada perdida tienen que disparar a dar.

—Está usted loco —lo increpó el jefe.

—Ustedes no acaban de entenderlo, ¿verdad? —Vitali sacudió la cabeza, divertido—. Se han quedado encerrados en este búnker, en cambio yo he estado ahí fuera. Y lo he visto. Y lo he oído. Y he tocado con la mano la destrucción. Aseguran que la situación está controlada, en cambio yo digo que hemos perdido el mando: el contagio es imparable.

El jefe superior de policía dio un puñetazo en la mesa.

—¡Pero habrá alguna manera!

—Hoy he matado a cuatro —confesó Vitali, sin preocuparse de las consecuencias. El primero fue el que quería robarle la cartera—. Les aseguro

que no hay otro modo. —A continuación añadió—: El Alquimista lo ha hecho muy bien, nos lleva ventaja.

—¿Y no existe una especie de antídoto? —preguntó el jefe, exasperado.

—Aunque consiguiéramos disponer de él, quien haya tomado la hostia negra tiene que estar suficientemente entero para acudir a un hospital y que se lo administren.

—Entonces, ¿qué sugiere? —preguntó el *questore*.

—En la mejor de las hipótesis, que lo dejemos en manos del tiempo. En el pasado, los efectos de la plaga se atenuaban con el paso de las horas.

—¿Y en la peor?

—Que empecemos a rezar en serio. —Luego añadió—: Esta vez es distinta a las otras. Tengo la impresión de que la peste negra ha evolucionado: hay algo que desencadena la violencia de esos cabrones, aunque no sabría decir qué es. —Recordó a los tres hombres del túnel, la manera en que se lanzaron contra Sandra y el tal Marcus cuando se apagó la luz de la linterna—. Habría que capturar a uno para examinarlo y saber si me estoy equivocando.

Los dos superiores callaron y se miraron.

—También hay otro problema —anunció el jefe superior de policía.

Vitali ya había perdido la cuenta de sus desgracias.

—¿De qué se trata?

—La proclama.

Antes de que el inspector pudiera pedir explicaciones, el *questore* tomó la palabra:

—Sin móviles, ni radios digitales ni televisión, los ciudadanos han redescubierto algunas costumbres del pasado. Por ejemplo, se sirven de transistores de radio para intentar tener noticias de lo que está ocurriendo. —A continuación cogió del bolsillo de su americana una pequeña grabadora digital y la dejó sobre la mesa—. Lo hemos sabido porque la señal AM ha interferido en los canales que usamos en las comunicaciones de emergencia.

—¿De qué están hablando? —preguntó el inspector.

—De una transmisión de radio que está sembrando el pánico incluso entre nuestros hombres.

El *questore* puso en marcha la grabadora. En medio de una nube de interferencias, una voz masculina declamó con tono melifluo:

«Atención. Este es el primer comunicado del nuevo orden constituido. Hemos tomado Roma, Roma es nuestra. Los agentes de la ley y las fuerzas del orden ya se han puesto de nuestra parte. A los soldados que se preparan

para entrar en la capital les decimos: manteneos alejados, esta ciudad nos pertenece. Si cruzáis los sagrados límites, no regresaréis nunca más con vuestras familias, no volveréis a ver a vuestros hijos, mujeres, maridos o novios, y vuestros padres os llorarán... Atención, pueblo de Roma: el papa ha huido y los católicos no tienen quien los guíe. Las murallas del Vaticano han caído y la Capilla Sixtina también ha sido conquistada. Abrazad al Señor de las Sombras, bajad por las calles y matad a los infieles que osen oponerse a vosotros. Quien no se amolde será considerado un enemigo de la Iglesia del Eclipse».

El *questore* interrumpió la grabación.

Vitali miró a la cara a sus dos superiores.

—¿Se están cachondeando de mí, verdad?

—Ojalá —contestó el jefe superior de policía.

—¿De verdad hay alguien que se cree esta historia?

—En 2006, en Mumbai, en la India, se propagó el rumor de que el agua del mar se había vuelto dulce de repente. Miles de personas acudieron a la orilla y empezaron a beber, convencidos de que se trataba de un milagro.

—¿Y, en cambio, qué era? —preguntó el inspector, que no entendía qué tenía que ver esa historia.

—Una psicosis colectiva —explicó enseguida el jefe—. El agua de mar no había cambiado en absoluto de sabor, pero aquella gente estaba segura de lo contrario.

—¿Una alucinación?

—Llámelo como quiera. El hecho es que las delirantes palabras que ha escuchado amenazan con producir un efecto análogo, porque llegan después de una serie de pruebas difíciles para la población. Se pretende alimentar todavía más el pánico y, en consecuencia, el caos.

Vitali estaba aturdido.

—¿Los soldados no van a venir?

—Claro que sí, dentro de poco las tropas harán su entrada en la ciudad —afirmó el *questore*—. Pero los generales del COMLOG antes quieren saber lo que van a encontrarse. Al fin y al cabo, no deja de tratarse de la mayor operación militar en suelo italiano después de la posguerra.

—¿Y qué hacemos nosotros mientras tanto?

—Solo nos queda usted, inspector. —El jefe superior de policía le puso una mano en el hombro que tenía sano—. Tiene que volver allí fuera, localizar el lugar desde el que hacen la transmisión y detenerla.

—¿Y de verdad creen que eso bastará?

—Tenemos que hacer entender a esos locos y a todos los demás que todavía somos capaces de reaccionar, en caso contrario, cuando por fin vengan a ayudarnos, solo encontrarán cuerpos y escombros.

El inspector reflexionó en silencio.

—Está bien.

—Le proporcionaremos un equipo de seis hombres para que se mueva con seguridad —le garantizó el jefe superior de policía—. Dispondrán de armas y vehículos para encontrar el jodido transmisor.

—No, gracias —contestó Vitali—. Iré solo.

Regresaron al piso franco montados en la Enduro.

No era posible llevar la maleta consigo, de modo que la confiaron al portero de noche para que la custodiara por ellos. Dejaron el hotel Europa aferrándose a una elemental deducción, es decir, que ese equipaje representaba la prueba de que, nueve años después, Tobia Frai todavía estaba vivo. Pero a pesar de ello había algo que no cuadraba: ¿por qué la maleta contenía tan poca ropa? Una pieza por cada año de edad del niño. Parecía haber sido preparada a propósito para enviar un mensaje.

Exactamente «ese» mensaje: Tobia está vivo, venid a buscarlo. ¿Quién era el destinatario? ¿Y por qué?

Tal vez el comisario Crespi podría ayudarlos a obtener las respuestas. Con la intención de enfrentarse a él, llegaron a la Via del Governo Vecchio.

—Ve con tu amigo —dijo Marcus—. Pregúntale si sabe algo y no te dejes ablandar. Tengo la impresión de que esos tipos de la Iglesia del Eclipse todavía no han matado a Tobia por alguna razón, pero esta noche podría ser el momento oportuno.

—¿Tú no vienes? —preguntó Sandra.

—Tengo que ocuparme de un asunto —dijo, y le pasó uno de los dos teléfonos vía satélite—. El primero que tenga novedades que contacte con el otro.

—De acuerdo —convino ella.

Marcus comprobó el nivel de carburante de la Honda. Estaba en reserva.

—¿Qué tienes que hacer que sea tan importante? —lo apremió Sandra, que no soportaba que la dejaran de lado.

—Debo encontrar un libro —contestó el penitenciario. Seguidamente metió primera y se alejó.

Mientras subía a casa, la policía seguía preguntándose qué había querido decir Marcus con esa frase. ¿De qué libro hablaba? ¿Qué estaba tramando? Al llegar al descansillo, llamó a la puerta porque Crespi había cerrado por dentro. No obtuvo respuesta. Volvió a intentarlo, esta vez más fuerte. Podía haberse

quedado dormido, pero no estaba muy convencida de ello. Sacó el revólver y disparó a la cerradura.

La puerta se abrió de par en par.

Enfocó el interior con la linterna. Todo parecía tranquilo. Al lado de la chimenea apagada había un paquete de cigarrillos vacío y arrugado.

—Crespi, ¿estás ahí? —llamó, mientras avanzaba despacio con el arma en la mano. Inspeccionó la cocina y el baño, pero el comisario no estaba allí. Sin embargo, una de las habitaciones estaba cerrada. Esta vez Sandra ni siquiera intentó llamar. Disparó directamente a la jamba y abrió la puerta de una patada.

Una nube gris la embistió. Empezó a toser. El fino polvo le había entrado también en los ojos y empezó a lagrimear, pero aun así pudo ver el cuerpo exánime del comisario en el suelo. Se levantó el cuello del chándal hasta la boca y entró.

El hombre estaba boca abajo, sujetaba en la mano el cabo de una vela. Sandra le dio la vuelta. Todavía estaba vivo.

Lo cogió por las axilas y lo arrastró hasta el pasillo. El polvo oscuro los seguía como un espectro curioso, todavía podía ahogarlos a ambos. Ceniza, se dijo ella. ¿Cómo era posible? Acercó una mano a la boca y la nariz de Crespi, el aliento era débil. Tenía que despejarle las vías respiratorias. Lo dejó allí y corrió a la cocina a buscar agua. Del grifo solo salía fango y, mientras revolvía en los estantes de la despensa en busca de algún botellín, recordó el método que usaban los antiguos romanos para hacer confesar a los prisioneros. Los encerraban en una habitación con el suelo cubierto de ceniza y los dejaban allí hasta que hablaban. El polvo era tan fino que se inhalaba fácilmente, luego se depositaba con rapidez en los pulmones, donde se compactaba sin remisión. En realidad, los prisioneros que acababan hablando y eran liberados también morían al cabo de pocos días, a causa de la obstrucción de los alvéolos.

«Una tortura», se dijo Sandra. Y con Crespi, fumador empedernido, había actuado al mismo tiempo como una ley del talión.

Pero había algo que la preocupaba más que cualquier otra cosa. El asesino que estaba matando uno tras otro a los miembros de la Iglesia del Eclipse había sido capaz de llegar hasta allí y dejar una trampa para el comisario. ¿Cómo lo había hecho?

Regresó con el agua mineral y se la echó en la boca, pero él la escupió. Sin embargo, abrió los ojos y la vio. Una lágrima surcó el hollín que le cubría

el rostro. Crespi levantó una mano y, con el dedo manchado de ceniza, escribió algo en la pared que estaba a su lado. Una palabra.

«Chantaje».

Sandra se dio cuenta de que quería decir algo más, pero no podía.

—Hemos descubierto que Tobia Frai todavía está vivo —le murmuró, pensando que quería hablar de eso.

El comisario asintió.

—¿Sabes dónde está o dónde ha estado todos estos años?

El otro hizo un gesto de negación con la cabeza.

—¿Pues entonces qué?

Crespi se esforzó en hablar, pero no conseguía emitir ningún sonido. La respiración se había vuelto afanosa, lacerante. Levantó de nuevo la mano hacia la pared y esta vez empezó a hacer un dibujo.

Era un extraño sol, bastante infantil, pero los rayos no divergían hacia fuera, sino que convergían en el interior del círculo.

—No lo entiendo —dijo la policía, exasperada—. ¿Qué es?

Pero Crespi apartó la mirada de ella y fijó los ojos en el techo. La falta de aire se convirtió en estertor y, poco después, el tórax dejó de elevarse. Sandra lo observó durante un largo momento. A continuación, con una caricia, le bajó los párpados.

—«Chantaje y luego un círculo con unos rayos dentro», se dijo a sí misma. Pero no tenía tiempo de pensar en el significado del mensaje. El piso franco ya no era seguro. Tenía que irse. Inmediatamente.

La Biblioteca Angelica tenía su sede en el antiguo convento de los agustinos, justo en la Piazza Sant'Agostino. Desde 1600 los frailes se habían ocupado de recoger, catalogar y preservar diligentemente unos doscientos mil valiosos volúmenes. Marcus recordaba que había sido la primera biblioteca europea abierta a la consulta pública. Lo que vio en cuanto llegó frente a la entrada del edificio lo obligó a detenerse.

El barro de la crecida del Tíber había penetrado en el vestíbulo hasta la sala de lectura: el famoso «*vaso vanvitelliano*», por el nombre del arquitecto que había restaurado el complejo en el siglo XVIII. Los volúmenes que estaban situados en las estanterías más bajas habían quedado reducidos a una papilla de papel grisáceo. Centenares de textos de incalculable valor histórico y artístico se habían perdido irremediablemente. Las librerías se habían desplomado y los tomos flotaban en una cloaca de agua estancada.

La sala blindada que contenía los incunables más preciados era la excepción.

El penitenciario conocía de memoria la combinación para entrar allí. Había estado muchas veces consultando libros sobre el origen del mal, algunos prohibidos durante siglos. Solo esperaba que las baterías que mantenían activos los sistemas de seguridad todavía funcionaran para permitirle el acceso.

Así era. Entró en la pequeña sala donde se guardaban los incunables en un microclima perfecto, ni demasiado seco ni demasiado húmedo. Por lo general, los estudiosos que solicitaban consultarlos se ponían guantes blancos para poder manipular las finísimas páginas, llenas de miniaturas, sin correr el riesgo de estropearlas irremediablemente. Pero Marcus no tenía tiempo. Fue en busca del texto que le había pedido Cornelius Van Buren durante su último encuentro.

La *Historia naturalis* de Plinio el Viejo.

Encontró el volumen y lo envolvió en un paño de lino blanco. Cuando hizo la promesa, no tenía ninguna intención de entregar a ese monstruo un

tesoro de la humanidad como ese. Se lo habría dejado admirar a través de los barrotes de la celda y luego lo habría devuelto a su sitio. Pero en las últimas horas las cosas habían cambiado. Y si sacrificar un libro servía para salvar Roma y, sobre todo, la vida de un niño, entonces incluso podía aceptarlo.

Colocó el delicado paquete sobre el depósito de la moto, situándolo entre él y el manillar. A continuación arrancó. Hasta ese momento siempre había entrado en el Vaticano con la ayuda de Erriaga, seguramente ahora sería más difícil con la gendarmería y la guardia suiza vigilando todos los accesos para impedir que los extraños invadieran el perímetro del minúsculo Estado.

Pero aun así Marcus conocía un modo.

El Passetto di Borgo era un camino situado sobre las murallas Leoninas que conectaba los palacios vaticanos con Castel Sant'Angelo. Básicamente se trataba de un viaducto que en tiempos pasados permitía al pontífice llegar a la fortaleza en caso de peligro. El penitenciario lo recorrió en sentido inverso y, poco después, llegó nuevamente al interior de los jardines. Atravesó el frondoso bosque y llamó a la puerta del convento de clausura de las viudas de Cristo.

Acudió a abrirle una monja que, como siempre, lo acompañó en silencio hasta el huésped secreto de la casa. No era la misma de la última vez, advirtió Marcus. A pesar del largo hábito y el paño negro que le cubría el rostro, vio que llevaba unos zapatos distintos a los de la hermana que lo había guiado esa tarde. No eran botines acordonados hasta las espinillas, sino pantuflas negras.

Cuando Marcus se asomó con la vela al marco de los barrotes, Cornelius estaba tendido sobre el catre en la oscuridad.

—No te preocupes, estoy despierto —dijo el prisionero—. Con el paso de los años, cada vez duermo menos y los días se vuelven insoportablemente largos. Por eso me complace que vengas a distraerme.

Marcus metió un brazo entre las barras de hierro y le tendió el incunable.

—He cumplido mi promesa.

Van Buren se levantó de la cama y, con los ojos brillándole de asombro, fue a coger el libro.

—Me has dejado de piedra.

Regresó a su sitio y se lo puso en el regazo. Le quitó el paño de lino blanco y lo observó, embelesado.

—¡Es magnífico, un milagro! —A continuación, levantó la cubierta de piel cosida a mano y empezó a hojear las singulares miniaturas, rozándolas apenas con la palma de la mano.

Marcus vislumbró los dibujos y las filigranas doradas que adornaban las páginas, pero estaba allí por otros motivos.

—Tu felicidad ya es un premio para mí —ironizó—. Pero estoy listo para cobrar mi recompensa.

Van Buren alzó los ojos del libro.

—Cuéntame qué novedades tienes y te ayudaré.

El penitenciario resumió para él los acontecimientos de las últimas horas. Decidió no omitir nada, la cautela podía ser un lujo demasiado grande en vista del peligro que corrían Roma y Tobia Frai.

—De modo que el niño, después de nueve años, todavía está vivo —constató al final Van Buren, como si el corazón de un asesino en serie pudiera apreciar realmente una noticia semejante.

—Mi temor, sin embargo, es que solo le queden unas pocas horas —admitió Marcus—. Tengo miedo de que quieran matarlo esta misma noche.

—¿Y qué te lo hace pensar?

—No lo sé, pero creo que la Iglesia del Eclipse quiere santificar este día de destrucción con el sacrificio de una vida inocente.

Cornelius sopesó sus sospechas.

—El hijo de una monja es un símbolo con mucha fuerza —convino.

—Por eso tengo que detener al Maestro de las Sombras. Pero, para llegar a él, primero debo encontrar al Alquimista.

—Sería necesario conocer las dinámicas y los rituales de la Iglesia del Eclipse para entender el papel que juega este personaje, ¿no te parece?

—Crespi, el comisario implicado en la secta, ha hablado de una especie de rito a través del que se instruye a los adeptos. Ha dicho que los miembros no se conocen entre sí porque llevan túnicas negras y van todos con máscara.

Cornelius dejó el incunable a su lado, sobre la cama. Luego empezó a pasarse la mano por la barba hirsuta.

—Máscaras y un alquimista —repitió mientras reflexionaba—. Nikolay y Penka Šišman —dijo.

—¿El Alquimista son dos personas? —se maravilló el penitenciario.

—Espera, por favor —lo frenó Van Buren—. Todavía lo estoy meditando, pero es la única historia que me viene a la cabeza...

—Cuéntamela.

—Al principio, los Šišman eran una familia de príncipes búlgaros que se estableció en Roma hace siglos huyendo de la persecución de los cristianos que llevaban a cabo los turcos otomanos. Formaban parte de la corte pontificia que seguía siendo fiel al papa incluso después de 1870, cuando fue

privado de su poder temporal. Sin embargo, en 1968, Pablo VI decretó el fin de la corte y de la aristocracia vaticana al considerarlas un inútil oropel del pasado. Los príncipes Šišman, que habían pagado con el exilio su fidelidad a la Iglesia de Roma, se sintieron ofendidos y humillados. Junto a otros nobles, siguieron formando parte de la llamada Nobleza Negra. Los componentes de esta exigua agrupación de sangre azul se atribuyeron la labor de restablecer las tradiciones seculares y, con ellas, sus propios privilegios.

—¿Qué tiene que ver todo esto con los dos Šišman de que me has hablado?

—Nikolay se casó con Penka en contra de los deseos de su familia. Ella, que era una simple maestra, adoptó el antiguo nombre de los Šišman... Penka era una mujer llena de vitalidad, en Roma eran famosas sus fiestas de máscaras que se celebraban en un edificio histórico del centro. Nikolay, en cambio, era un tipo taciturno, dedicado al estudio de la ciencia. Desafió a sus padres haciendo una licenciatura de Química.

De repente, todo estuvo claro para Marcus.

—Las máscaras corresponden a Penka, y el Alquimista es un químico.

—Hay otra parte de la historia que sin duda deberías conocer, se remonta más o menos a los años sesenta. —Van Buren bajó la mirada al suelo de la celda—. Cuando Penka Šišman era todavía muy joven, enfermó gravemente. Su marido la llevó a ver a las más grandes eminencias para que la curaran. Cuando los médicos se declararon derrotados, a Nikolay se le metió en la cabeza que curaría él solo la enfermedad de su esposa. Recorrió el mundo en busca de alguna sustancia milagrosa y experimentó con la pobrecilla una serie de compuestos, algunos de su invención. No quería rendirse a la evidencia que lo estaba volviendo loco. Pero luego, un día de septiembre, Penka murió y sus familiares dijeron a Nikolay que Dios había hecho justicia poniendo las cosas en su sitio.

—¿Y qué ocurrió entonces?

—Ocurrió que Nikolay renegó de la fe. Continuó dando fiestas de máscaras en su casa, pero con un objetivo distinto: ahora pedía a sus invitados que se sometieran a rituales de magia, sesiones de espiritismo. Su obsesión era ponerse en contacto con su difunta esposa, la mujer a la que tanto había amado.

—¿Qué relación puede haber entre esta historia y la Iglesia del Eclipse?
—dijo Marcus.

Cornelius lo miró.

—¿Qué estarías dispuesto a hacer por amor? —preguntó, de un modo deliberadamente provocador.

El penitenciario, a quien la pregunta le había cogido desprevenido, no respondió.

—¿Estarías dispuesto a vender tu alma al Señor de las Sombras? —Cornelius se echó a reír—. Desventurado el cura que vive en la tentación.

A Marcus le habría gustado entrar en la celda y pegarle.

—No te ofendas si te tomo un poco el pelo —dijo el viejo, y a continuación volvió a ponerse serio—. Hace un rato has dicho una frase, pero no te has dado cuenta del significado de tus propias palabras... Al mencionar las reuniones de los adeptos de la Iglesia del Eclipse, descritas por el comisario de policía, me has revelado que los participantes llevan máscaras y túnicas negras. ¿Es correcto?

—Sí.

—Pero reflexiona: aun así, existe un modo para reconocer a alguien que va cubierto de la cabeza a los pies.

A Marcus le embargó un repentino desaliento. Se le apareció la imagen de las viudas de Cristo que cada vez lo escoltaban hasta el prisionero. Había aprendido a distinguirlos por los zapatos.

Por eso bajó la mirada hasta los que llevaba en los pies.

A Cornelius le satisfizo que el alumno lo hubiera deducido él solo.

—No hay peligro de que nadie sea reconocido si todos llevan el mismo calzado.

«Zapatos de tela blanca», se dijo el penitenciario. Por eso Crespi se alteró tanto cuando se fijó en los suyos. El obispo Gorda también tenía un par igual. Así pues, solo había una explicación.

—La investigación de la que no recuerdo nada... Estaba muy cerca de descubrir la verdad. —Otro detalle arrancado a la oscuridad de la amnesia—. Por eso estaban estos malditos zapatos junto a mi ropa cuando me desperté en el Tullianum. —¿Qué había ocurrido antes? Tal vez ya hubiera resuelto el caso, pero luego lo había olvidado.

—Deberías aprender a esconder mejor tu cólera —afirmó el otro, viéndolo en ese estado.

Pero a Marcus ya no le apetecía seguir escuchando las lecciones del viejo sacerdote.

—Si Nikolay Šišman es el Alquimista, ¿dónde puedo encontrarlo?

Van Buren acarició el incunabulo con la *Historia naturalis*.

—En el lugar donde se encerró a partir del día en que murió su esposa.

Sandra vagaba sin rumbo por el Corso Vittorio Emanuele II. A su alrededor, desolación y escombros. El hedor del fango del Tíber le provocaba náuseas.

No tenía valor para encender la linterna porque quien había matado a Crespi podía localizarla. La idea de la muerte no la amedrentaba tanto como la de una larga e insoportable tortura. Intentó llamar a Marcus utilizando el teléfono vía satélite. Le habría gustado ponerlo al corriente de lo que le había ocurrido al comisario, decirle que se había visto obligada a escapar del piso franco. Pero el maldito chisme no conseguía establecer contacto. «¿Dónde estás? ¿Dónde diantre te has metido que ni siquiera un satélite logra encontrarte?». Temía que las baterías del aparato, casi en las últimas, la dejaran completamente abandonada.

«Volveré a intentarlo más tarde», se dijo.

Tenía que alejarse de la calle. Buscó refugio en el interior de Santa Maria in Vallicella, más conocida como Chiesa Nuova. El lugar de plegaria estaba desierto. La policía recorrió la gran nave central hasta el altar. Encendió una de las velas votivas que había junto al púlpito y, con ella, empezó a caminar entre las capillas. Era increíble la cantidad de tesoros que se guardaban en cada rincón de Roma. En alguna parte de la oscuridad que la rodeaba, se encontraban las pinturas de Rubens y el techo estaba decorado con frescos de Pietro da Cortona. Sandra se detuvo delante de un tablón con información para los turistas. Descubrió que el lugar también guardaba un dato inquietante. La iglesia había surgido en el margen más apartado de lo que un tiempo fue el Campo Marzio. Concretamente en una cavidad de la que, en un remoto pasado, emanaban vapores de azufre, seguramente residuos de una modesta actividad volcánica. Esa zona, por tanto, era considerada por los antiguos romanos como una de las puertas del infierno. La policía notó un escalofrío al leer el panel. Decidió continuar el paseo bajo la mirada benévola de las estatuas de los santos e intentó concentrarse en lo que Crespi le había revelado antes de morir.

Un chantaje.

Marcus y ella se habían preguntado por qué la maleta del hotel Europa solo contenía diez piezas de ropa de Tobia Frai, correspondientes a cada año de edad desde el día de su secuestro hasta llegar a los doce. La respuesta había sido que el equipaje era un mensaje. La Iglesia del Eclipse quería hacer saber a alguien que el niño todavía seguía con vida.

«¿A quién?».

Evidentemente, a su madre no. Matilde Frai era pobre. Tenía una licenciatura en Letras Clásicas y Filología, pero se ganaba la vida limpiando. Además era una marginada. Había soportado durante nueve años el peso de una calumnia atroz: que la desaparición de su hijo había sido culpa suya. Era una monja que había renegado de sus votos y encima una madre joven. Durante su encuentro, habló vagamente de haber sufrido un abuso.

«Recuerdo que estaba en una fiesta, y que no era yo misma. Descubrí que estaba embarazada un mes más tarde. ¿Pueden imaginarse el *shock*? Tenía apenas veintidós años, no sabía nada de la vida ni de cómo criar a un niño. Hasta entonces había vivido fuera del mundo».

Probablemente se trató de una verdadera agresión sexual y la mujer se mostraba evasiva con el tema porque, a pesar de ser la víctima, se avergonzaba de ello. Sandra estaba convencida de que era por culpa de la rígida educación católica que había recibido o por el lavado de cerebro que le habían hecho en el convento.

Todo ello descartaba a Matilde como alguien a quien poder chantajear.

Al no tener elementos para resolver el primer enigma, la policía se centró en el segundo. El extraño sol dibujado por Crespi con los rayos convergiendo hacia el centro del círculo. Se sintió como una estúpida. No se trataba de un sol, no tenía sentido, ya que el culto de la secta se basaba en el eclipse de luna.

—Una luna con los rayos hacia dentro —dijo en voz baja.

La imagen le era extrañamente familiar. ¿Dónde la había visto? Estaba segura de que tenía la solución al alcance de la mano. Estaba convencida de que lo sabía. Cerró los ojos esperando un milagro, una visión.

Una noria.

La imagen apareció nítidamente en su memoria: un parque de atracciones. Crespi, con ese dibujo, quería indicarle un lugar, concretamente un parque de atracciones. ¿Qué estaba a punto de suceder allí? Sin duda debía ir.

No había posibilidad de equivocarse. El parque de atracciones de Roma se encontraba en el EUR, el barrio creado para albergar la Esposizione Universale Roma.

Salió a la calle y miró a su alrededor. Tenía que encontrar un modo para llegar a la zona sur de la ciudad. Se trataba de un trayecto de diez kilómetros sin ningún medio de transporte. En condiciones normales, tardaría una hora y tres cuartos en cubrir la distancia. La mitad del tiempo si hubiera podido correr. Pero la oscuridad y los peligros que podía encontrar por el camino aconsejaban que fuera prudente.

No menos de tres horas, calculó. Pero no tenía todo ese tiempo.

Cogió el teléfono vía satélite e intentó contactar de nuevo con Marcus. Si por lo menos pudiera avisarlo, tal vez podrían ir juntos en la motocicleta. Nada, el penitenciario seguía estando ilocalizable.

Un extraño ruido, parecido al batir de alas de una gigantesca bandada de pájaros, la obligó a levantar la mirada hacia el cielo. Se iba acercando y cada vez se oía más fuerte. Al poco rato, los helicópteros pasaron por encima de su cabeza. La mejora del tiempo había permitido que los equipos de socorro pudieran despegar. Inspeccionaban el área del desastre con potentes focos halógenos.

«¿Por qué no bajan a controlar lo que está sucediendo? Es absurdo», se dijo.

Con todo, las aeronaves le habían indicado el camino. Se dirigió al *lungotevere* y rebasó el área cubierta por el barro de la riada. La calle bajo sus pies volvía a estar entera. Localizó un utilitario con las puertas abiertas de par en par en el carril central. Se imaginó que los ocupantes lo habían abandonado precipitadamente asustados por el desbordamiento. Se sentó en el asiento del conductor. Por suerte, con las prisas los pasajeros habían dejado la llave puesta en el contacto. Rezó por que se hubieran salvado, a continuación arrancó.

Tendría que circular con los faros apagados, no tenía elección.

Pasó de largo el puente Cavour y bordeó Castel Sant'Angelo. Al pasar frente a la entrada de la Via Conciliazione, vio la sombra de la Basílica de San Pedro recortarse en el telón de fondo de la noche. Poco después giró a la derecha y se encontró ante la entrada del túnel Principe Amedeo. Frenó bruscamente. Con las manos aferrando el volante y el motor en marcha, se quedó observando la enorme boca negra que se abría delante de ella.

Allí dentro podía esconderse cualquier cosa.

Sandra se colocó bien el revólver en el regazo, a continuación encendió las largas, pisó a fondo el acelerador y el utilitario arrancó a gran velocidad hacia la entrada. En el túnel había otros vehículos. Se dio cuenta de que estaban colocados de manera que entorpecían la circulación. Era una trampa,

se dijo. Pero ahora ya no podía volver atrás. Intentaba tener bajo control todo lo que había a su alrededor. De vez en cuando daba un respingo porque creía haber notado algo. Estaba convencida de que, de un momento a otro, alguien le tendería una emboscada. Pero sus enemigos no eran reales, estaban hechos de sombras y solo existían en su cabeza. «Qué estúpida soy», se dijo cuando vislumbró la salida. Al poco rato se encontraba de nuevo a cielo abierto.

Apagó los faros y recorrió un larguísimo tramo de la Via di Porta Cavalleggeri. Después continuó por la Via Gregorio VII y la Via Newton, todo ello sin encontrar obstáculos. ¿Cuántas veces, en un día festivo normal, se había quedado atrapada en un atasco interminable en esas mismas calles? Era la rutina de cualquier romano. Sandra siempre lo comparaba con el tráfico de Milán, menos caótico y más soportable. Pero ahora, circulando en medio de barrios residenciales sin luz, añoró los embotellamientos y el sonido de las bocinas. Quién sabía si la vida volvería a ser alguna vez como era antes.

Cogió el viaducto de la Magliana y franqueó la carretera Cristoforo Colombo, una larga cinta de asfalto completamente vacía. A continuación, paró el coche a un centenar de metros de la Via delle Tre Fontane. Dio media vuelta y aparcó en el centro de la calle, de manera que le fuera más fácil salir en caso de huida. A partir de allí, prosiguió a pie.

Al cabo de pocas decenas de metros, la reconoció. La noria, símbolo del parque de atracciones, era una pupila apagada, exactamente igual que los ojos de sus enemigos.

Se encaramó al muro que rodeaba el recinto y saltó al lado opuesto. Aterrizó con ambos pies encima de un parterre. A su alrededor, la desolación era absoluta. Se puso en marcha sin saber exactamente qué buscaba. Crespi no había tenido tiempo de decírselo, pero estaba convencida de que lo descubriría por sí misma.

Pasó por debajo de un arco con un gran elefante sonriente y, después de dejar atrás el quiosco de palomitas, se encontró en la calle principal. El apagón se había llevado consigo las risas de los niños y la alegría eléctrica de las luces de colores intermitentes. El tiro al blanco, la máquina de algodón de azúcar, la tienda de recuerdos: todo estaba cerrado. Las vagonetas de las montañas rusas, los caballos del tiovivo, los autos de choque, el gran pulpo violeta que giraba sobre sí mismo estaban parados. Aunque parecía una inmovilidad solo aparente. Sandra tenía la sensación de que, de un momento a otro, las atracciones iban a cobrar vida. Pero sin la música y las lucecitas variopintas: solo monstruos mecánicos hechos de oscuridad.

Llegó a la casa de los fantasmas, que ahora se mostraba como lo menos lúgubre de ese cementerio de la diversión. Un ruido repentino —¿pasos?— la puso en guardia. Se echó a cuatro patas detrás de la lechuza que vigilaba la entrada. Lo hizo con el tiempo justo, porque a su espalda aparecieron dos individuos que recorrían su mismo camino. Sandra ni siquiera sacó el revólver, intentó permanecer lo más quieta posible e incluso aguantó la respiración. Pasaron por su lado, a menos de un metro. No la vieron y siguieron adelante. Dejó transcurrir todavía unos segundos antes de tener el valor de asomarse por el otro lado del gran pájaro nocturno. Cuando lo hizo, vio la escena que se desarrollaba justo a los pies de la gigantesca noria.

Una larga hilera ordenada de durmientes, así los había bautizado. Eran decenas y decenas.

Parecían estar esperando para dar una vuelta por el cielo oscuro. Nadie hablaba y no había alegría en sus rostros. Respetaban el turno, diligentemente. Delante de ellos había tres, quizá cuatro hombres y también un par de mujeres que los esperaban con una copa en las manos. Los durmientes se acercaban y abrían la boca. Esperaban a que les depositaran algo en la lengua. Luego abandonaban la fila y se marchaban.

Sandra pensó inmediatamente en el rito cristiano de la eucaristía. «La hostia negra», se dijo.

«El Señor de las Sombras, en cambio, nos ha devuelto “el conocimiento”», había afirmado Crespi. «Quien prueba su comunión, recibe a cambio el don del saber».

Sandra no se había dejado sugestionar por las palabras del viejo comisario. Pero, ante esa escena surrealista, se veía obligada a preguntarse si, por el contrario, sería todo verdad.

«¿Por qué Crespi me ha mandado aquí?». No había una razón específica, ni siquiera sabía qué estaba viendo exactamente. Si al menos hubiera estado Marcus allí, podría haberlo comentado con él.

Sin embargo, ahora tenía que alejarse de ese lugar. Había visto suficiente y podía ser peligroso. Para volver al coche debía recorrer el mismo camino de la ida. Se movió con rapidez, pero al llegar a las inmediaciones de la casa de los espejos vislumbró el reflejo de algunos durmientes que iban hacia ella. Cambió de dirección antes de que advirtieran su presencia y se encaramó a una pequeña loma. Desde allí arriba tenía una panorámica bastante buena de la entrada este del parque. Los durmientes acudían desde allí.

A pie, en grupo o por separado: la noria, como un faro negro, les indicaba la dirección que debían seguir.

Sandra se dio la vuelta para proseguir, pero se encontró a uno delante.

Tenía como mucho veinticinco años, llevaba una parka morada con solo una sucia camiseta gris debajo, pantalón oscuro y botas de agua. Tenía el pelo largo y grasiento. Él también parecía sorprendido de verla. Después de un largo silencio, se llevó una mano a la ingle.

—¿Follamos? —preguntó, casi con delicadeza.

Sus ojos no estaban todavía vacíos, pero lo estarían pronto, pensó Sandra, que ya había notado la transformación. Podría haber fingido que estaban en el mismo bando, pero él habría notado su miedo, estaba segura de que poseía esa capacidad. Sacó el revólver del chándal y lo apuntó hacia él.

El tipo sonrió.

—Si disparas, te oirán —y le señaló la noria con la cabeza—. ¿Follamos? —repitió, y dio un paso hacia ella.

Sandra le dio un empujón y lo hizo caer. A continuación se volvió y se desentendió de él. No quería averiguar si había conseguido disuadirlo, solamente pensaba en correr tan rápido como pudiera.

El corazón le latía con fuerza y notaba que jadeaba. Estaba hiperventilando, pero era a causa del pánico. El exceso de oxígeno era un problema, sometía a los pulmones a un gran esfuerzo y aceleraba el ritmo cardíaco. Y eso provocaba un aumento de la fatiga. «Nunca conseguiré llegar al coche», se dijo. Pero no estaba en situación de cambiar las cosas, ya no tenía el control de su propio organismo. Ahora su cuerpo pertenecía al miedo.

Oyó unos pasos a su espalda, un sonido cada vez más cercano. Se volvió un instante, lo suficiente para entrever la silueta del hombre de la parka morada que la estaba siguiendo. Los largos cabellos formaban una especie de crin alrededor de su rostro oscuro.

«Es rápido —se dijo—. Él no tiene miedo».

Vio el muro que había saltado para entrar. Significaba que estaba cerca de la meta, pero al mismo tiempo representaba un obstáculo. Tendría que trepar y su perseguidor podía alcanzarla y tirar de ella hacia abajo.

«Puedo darme la vuelta y disparar. Después tendré bastante tiempo para llegar al coche antes de que los otros me localicen». Era una buena idea. Cogió la culata del revólver con ambas manos, giró sobre sí misma, apuntó y disparó.

Pero su perseguidor ya no estaba.

El disparo resonó en el silencio del parque. «Mierda», dijo para sus adentros. E inmediatamente se puso a correr otra vez. ¿Se había escondido?

¿Estaba intentando cogerla por sorpresa? Y, lo más preocupante, ¿cuándo iban a llegar los otros?

A llegar a la base del muro, miró a su alrededor. Tuvo que volver a meterse el revólver en el chándal. Trepó por la pared de ladrillos con movimientos frenéticos. Pero ninguna mano surgió de las sombras para cogerle el tobillo, ni tampoco sintió que tirasen de ella hacia abajo. Consiguió encaramarse y saltar al otro lado. La calle estaba vacía y, a pocas decenas de metros, la esperaba el utilitario, listo para sacarla de allí. «Un último esfuerzo», se dijo, y empezó a correr.

Primero oyó el desplazamiento del aire, como el paso de un pájaro. A continuación notó el impacto en el lado derecho de la cabeza. No sintió ningún dolor, solo un repentino aturdimiento. No tuvo tiempo de alargar los brazos para amortiguar la caída y enseguida notó la gravilla clavándose en la piel del rostro, el beso doloroso del asfalto en la mejilla. No podía moverse, la cabeza le daba demasiadas vueltas. La piedra que la había golpeado, grande como un puño, yacía a su lado. Ya no tenía el revólver, a saber dónde había ido a parar. Lentamente, se volvió de espaldas y lo vio.

Estaba de pie sobre el muro, con la parka morada y el brazo levantado en señal de victoria.

—¡Sí! —gritó, triunfante. Estaba contento.

Sandra intentó levantarse, pero volvió a caer sobre los codos. Por el fondo de la calle apareció un grupo de personas. Poco después empezaron a avanzar despacio hacia ella, curiosos.

Sandra intentó arrastrarse hacia atrás. «Tendría que haberle disparado enseguida —se dijo—. ¿Por qué he titubeado en esa jodida loma?». El utilitario estaba a pocos metros, pero no confiaba en poder llegar hasta allí. Lástima, estaba tan cerca. El cabrón del muro seguía gritando, el grupo, avanzando. Sandra Vega comprendió que ya no le quedaba mucho tiempo. Mientras se arrastraba, su mano rozó el cañón del revólver. Lo agarró, pesaba, pero aun así consiguió levantarlo. Disparó al cabrón, sin ninguna esperanza de alcanzarlo. Pero le dio. Lo vio desaparecer hacia atrás, como una diana en el tiro al blanco. «Después de todo, estamos en un parque de atracciones», se dijo. Se hubiera reído de la ocurrencia, pero tampoco estaba muy segura de que fuera divertida. El disparo no había alterado a los durmientes lo más mínimo.

«No les da miedo morir», se dijo.

Empezó a disparar al azar en su dirección. Las balas se perdieron en la oscuridad. Por un instante consiguió dispersarlos. Pero cuando comprendieron

que había acabado la munición, volvieron a compactarse.

Hubiera querido que Marcus la salvara, como había sucedido otras veces. Él siempre velaba por ella, a escondidas. A pesar de que no podía tener la certeza absoluta de ello, durante todos esos años Sandra se había sentido segura.

«¿Dónde estás ahora?».

Comprendió que esta vez tendría que apañárselas sola. Pero no debía hacerlo únicamente por él. Sobre todo tenía que hacerlo por los dos.

Dejó de reptar hacia atrás como una idiota y, haciendo palanca con los brazos, consiguió ponerse de rodillas. Inspiró, espiró. Vio que el grupo también se había parado. Sabía qué significaba: se preparaban para atacar a la intrusa. De hecho, empezaron a avanzar al mismo tiempo. Ella se levantó, se tambaleó pero mantuvo el equilibrio. Se volvió hacia el coche y empezó a correr. Hurgó en el bolsillo buscando la llave, ¿por qué cojones lo había cerrado? La encontró, apretó el pulsador del cierre automático: los intermitentes parpadearon y la saludó un alegre zumbido. Empezaron a lloverle objetos encima. Si solo uno la hubiera alcanzado, habría sido el fin. Pero en ese momento no tenía tiempo de esquivarlos.

Corría. Solo corría.

En cuanto estuvo al lado del coche, abrió la puerta y se lanzó al interior. Arrancó mientras volvía a cerrar. Los oyó llegar, apiñarse en la parte de atrás, golpear los cristales y el techo. La habían rodeado. Veía sus rostros aplastados en las ventanillas, ojos vacíos que la buscaban. Metió la marcha y pisó el acelerador. Oyó sus manos sudadas restregar la carrocería mientras el coche se ponía en marcha, un arañazo estridente. Siguieron más golpes, más piedras. Luego solo el ruido del motor. Ni siquiera miró por el retrovisor.

«Vete a la mierda, Crespi», pensó. Porque había sido completamente inútil ir hasta allí.

5 horas y 3 minutos para el amanecer

El domicilio de los Šišman estaba en la Via della Gatta.

A pocos pasos se encontraban la Via del Corso y la galería Doria Pamphilj. En un área muy reducida del centro histórico se localizaban algunos de los palacios más bellos y misteriosos de la nobleza romana.

La calle tomaba su nombre de una gata de mármol, encontrada entre las ruinas de un antiguo templo dedicado a Isis y luego emplazada en un inmueble del siglo XVI. Había inspirado dos leyendas. La primera argumentaba que el felino miraba en dirección al punto en el que había un tesoro escondido, pero que nadie había descubierto nunca. La segunda era la historia de un niño que estaba en el borde de una cornisa. Se contaba que la gata había llamado la atención de la madre con sus maullidos, impidiendo así que el pequeño se precipitara al vacío.

Marcus pensó enseguida en Tobia Frai: ¿conseguiría evitar que cayera en el abismo de la Iglesia del Eclipse?

Se introdujo en el palacio forzando la reja de la vieja carbonera y se encontró en los cuartos donde antiguamente estaban ubicadas las cocinas. Subió por una estrecha escalera de caracol. En el primer piso solo había dependencias de servicio, de modo que continuó hacia el segundo, la llamada planta noble. Salió por una puerta disimulada en la pared cubierta de frescos, que normalmente era utilizada por los sirvientes.

La casa estaba vacía y silenciosa.

Marcus estaba seguro de que Nikolay Šišman —el Alquimista— se escondía allí, en alguna parte. Notaba su presencia, como un mal presagio. Por eso, antes de empezar la búsqueda, el penitenciario se arrodilló y cerró los ojos. Después de hacerse la señal de la cruz, empezó a rezar en voz baja.

—Dios, confíeme el poder de distinguir las señales del mal para expulsarlo de este mundo. Haz que mi mirada esté incontaminada, mi oído

íntegro, mis gestos incorruptos. Sobre todo, haz que mi mente sea pura a la hora de buscar la verdad. Concédeme la fuerza de «ver», así tu humilde siervo podrá cumplir en tu nombre con su deber. Y protégeme de la oscura amenaza del pecado... Amén.

A continuación, Marcus abrió los ojos.

Como siempre, la primera sensación fue que el mundo en torno a él había cambiado. El espacio vacío había adquirido una consistencia distinta, una especie de espesor. Era como moverse en un líquido. El tiempo había empezado a dilatarse, ralentizándose. Se había añadido una nueva dimensión, más profunda.

La labor del penitenciario era sondear ese abismo.

Inmediatamente notó un olor a incienso y velas apagadas. Siguió su rastro a través de las habitaciones del palacio. Eran sobre todo salones que se sucedían, parecía que no tenían que terminar nunca. Muebles antiguos, seda china y terciopelos, tapices y pinturas encerradas en vistosos marcos barrocos. Marcus podía advertir el ajeteo de la carcoma devorando las maderas y las preciosas tapicerías desde el interior. A pesar de la apariencia, todo corría el riesgo de derrumbarse de un momento a otro, como los bastidores de una grotesca obra de teatro.

Llegó a una gran habitación con una cama con dosel. En una esquina del dormitorio había dispuesto un laboratorio químico que ahora estaba cubierto con una lona opaca de plástico. El penitenciario la levantó. Reconoció un mezclador, un cromatógrafo, un destilador. Junto a la balanza de precisión incluso había una columna Vigreux. Embudos, pipetas y cristales, y un microscopio. Todo lo necesario para crear la ilusión de la curación, se dijo al recordar el intento desesperado de Nikolay de sanar a su esposa Penka de una grave enfermedad.

En una repisa había un frasco de cristal rosa, transparente. Parecía un perfume de mujer, pero en la etiqueta ponía: «Clorhidrato de fenetilina». Marcus lo dejó enseguida en su sitio porque reparó en una puertecita situada en la parte opuesta de la habitación.

El penitenciario se acercó, puso una mano en la hoja y la empujó con suavidad. Era un cuarto infantil. Había una cama individual y un armario lacado en blanco. Las paredes estaban recubiertas de un papel pintado azul polvo. Pegado a la ventana, una banqueta con algunos libros y un ábaco. Había un caballito balancín y un trenecito de madera con los raíles. Encima de un estante había soldaditos de plomo en formación, en otro se exponían

cochecitos de hojalata. Había un oso de peluche y un payaso de cuerda que, tras tirar de ella, tocaba el tambor.

Le vino a la cabeza la colección del Juguetero. Esa era la habitación de juegos de un niño ya viejo. Cornelius no le había hablado de que los Šišman tuvieran ningún hijo, así que era verosímil que esas cosas pertenecieran a la infancia de Nikolay. Cuando se volvió para salir, la vista se detuvo en el marco de la puerta.

Ahí estaba la anomalía.

Había unas marcas. Y junto a cada una, una medida. Eran exactamente iguales a las que había visto en la cocina de Matilde Frai y que cesaban el 22 de mayo de hacía nueve años, tristes testimonios de una costumbre interrumpida con la desaparición de su hijo. Las que Marcus tenía delante, en cambio, empezaban el día 23 y proseguían hasta unos días atrás.

«Está aquí —se dijo pensando en Tobia—. Esta es su habitación».

Se imaginó a un chiquillo aprisionado en el pasado. Obligado a vivir en cautividad en una casa enorme, junto a un hombre enloquecido de dolor. Un niño melancólico que, desde los ventanales, miraba el mundo avanzar en el tiempo, pero a quien nadie desde fuera lograba ver.

Marcus sintió una inmensa pena por él.

Continuó la exploración dirigiéndose a la tercera planta.

Esta vez utilizó la escalera principal para subir. La primera habitación que encontró era un vestíbulo de paredes gris oscuro, destinado a ropero. En un armario empotrado había varias túnicas negras cuidadosamente colgadas. Un poco más allá, un gran zapatero que, sin embargo, estaba vacío.

El penitenciario lo grababa todo en su mente, anotaba cada detalle. Por eso, cuando cruzó el umbral de la segunda habitación, se quedó de piedra. Nada habría podido prepararlo para la visión de lo que tenía delante. La escena, suspendida en los confines de la realidad, era una pesadilla consciente.

Había unas figuras esperándolo en la oscuridad.

Agrupadas en varias filas, formaban un semicírculo en torno a él. De sus cabezas se alzaban extrañas formas, algunas eran singulares geometrías, otras eran parecidas a cuernos o penachos.

Las figuras estaban inmóviles y lo observaban.

Marcus sintió que se le helaba la sangre, pero avanzó hacia ellas. No eran personas, sino torsos humanos. Cada uno ensartado en un palo que se sujetaba en una base.

Maniquíes.

En la cabeza tenían puesta una máscara renacentista de increíble factura.

El penitenciario deambuló por esa lúgubre celebración. Las máscaras estaban hechas de cartón piedra, pero también de cerámica o madera. Adornadas con puntillas y encajes. Algunas tenían lapislázulis y pequeñas piedras de colores incrustadas. Otras estaban decoradas con plumas de pavo real o de aves exóticas. Narices alargadas y ganchudas, o también delicadas. Ojos grandes o felinos, sin órbitas. Algunas terminaban con un gran tocado, otras con un pomposo sombrero.

Dejó a su espalda la habitación de las máscaras y, finalmente, el penitenciario entró en el gran salón de fiestas. La única decoración eran los tres candelabros de cristal que pendían sobre la pista de baile.

De uno de ellos colgaba un cuerpo.

Marcus se acercó y vio que se trataba de un hombre de unos setenta años atado por un pie cabeza abajo. La cuerda anudada al tobillo derecho lo hacía girar lentamente sobre sí mismo; terminaba un giro y luego cambiaba el sentido de la rotación. Debajo de él, una extensión de zapatos de tela blanca, a pesar de que el cadáver llevaba puesto un par de color negro.

Marcus los reconoció. Eran los suyos.

Al penitenciario no se le escapó la ironía del asesino. «Aquí es donde han ido a parar», se dijo. Y además era el motivo por el que, esa mañana al amanecer, había encontrado los de tela blanca junto a su ropa en el Tullianum.

Sin embargo, tuvo que reconocer que la tortura que le había tocado en suerte a Nikolay el Alquimista era peor que ser encerrado en la oscuridad en una especie de cisterna de toba, desnudo y esposado, para esperar una muerte por inanición. Lo que tenía delante era seguramente el suplicio más simple y terrible que pudiera imaginar. La sangre, que normalmente gracias a un ingenioso mecanismo biológico podía subir por el cuerpo engañando a la gravedad, después de dos horas en esa posición confluía masivamente en el cerebro provocando primero una extraña euforia y luego migrañas en racimo, con punzadas intensas y cegadores destellos de luz. Al cabo de cuatro o seis horas, dependiendo de la resistencia del condenado, los músculos de la pierna empezaban a desgarrarse y los huesos se separaban por la imposibilidad de sostener tanto tiempo el peso del cuerpo en una postura antinatural. El sufrimiento era inenarrable. La tercera fase, la más terrible, empezaba al cabo de doce horas, cuando los órganos internos se veían obligados a abandonar su posición original y se amontonaban al fondo de la caja torácica, al nivel de los hombros. Empezaban a empujar el uno contra el otro como una muchedumbre

desesperada que busca una vía de escape en un callejón. Pero la muerte solo llegaba cuando el corazón, extenuado por el cansancio, estallaba de repente.

Marcus hubiera querido gritar de rabia. Había encontrado el lugar donde Tobia había estado retenido y también al Alquimista, pero el niño no estaba allí.

¿Se lo había llevado el asesino o estaba en manos del Maestro de las Sombras, el vértice de la Iglesia del Eclipse? El penitenciario no tenía elementos para resolver el enigma. ¿Y si se trataba de la misma persona?

«No», se dijo. Todavía había algo que no lograba comprender.

Como no había motivos para permanecer a oscuras, encendió la linterna y la enfocó hacia Nikolay Šišman, ya que al menos quería saber qué cara tenía. El colgado lo miraba con los ojos desenchajados y la lengua saliéndole de la boca abierta, con una mueca insolente. En la pared que había a la espalda del cadáver, Marcus distinguió unas fotos enmarcadas. Se acercó y empezó a examinarlas con la ayuda de la luz.

Eran imágenes en blanco y negro de las fiestas del pasado. Los invitados en esmoquin y traje de noche llevaban máscaras renacentistas, dando vida a una agradable mezcla de épocas y estilos. Bailaban en la gran sala iluminada. A Marcus le pareció oír el eco del suave y rítmico *jazz* que tocaba la orquesta. Algunos invitados fumaban en las mesas, otros bebían champán servido por camareros con librea. Se percibía su alegría. El penitenciario pensó inmediatamente en las fiestas de Penka Šišman, sin duda era ella la animadora de esas veladas.

Pero a partir de cierto momento, en las fotos cambiaba la atmósfera radicalmente.

La alegría desaparecía. Los esmóquines eran sustituidos por largas túnicas negras. Los zapatos brillantes o de tacón, por calzado de tela blanca. Las miradas tras las máscaras se volvían vacías e inexpresivas. Penka había muerto, eso se notaba enseguida. Las fiestas se habían convertido en algo distinto. El carnaval se había transformado en el rito oscuro de la Iglesia del Eclipse.

«Ahora pedía a sus invitados que se sometieran a rituales de magia, sesiones de espiritismo», había dicho Cornelius a propósito del cambio de Nikolay después de la desaparición de su esposa.

Ante los ojos del penitenciario esa metamorfosis era evidente. Las inocuas reuniones goliardescas y convivales se habían convertido en un perverso culto pagano. Eran escenas orgiásticas aderezadas con misteriosos simbolismos. En

algunas había animales presentes: un cordero, un perro negro, un cuervo, un gato.

Siguiendo las fotos de la pared, Marcus se detuvo en una imagen que se remontaba a muchos años atrás. En el centro de un círculo de máscaras había una chica desnuda. Su cuerpo era joven y sinuoso. Y su rostro no estaba oculto, era visible.

«Recuerdo que estaba en una fiesta, y que no era yo misma. Descubrí que estaba embarazada un mes más tarde».

Las palabras de Matilde Frai retumbaban todavía en los oídos del penitenciario. Pero por la expresión de la mujer en la foto, no parecía que hubiera perdido el control de sí misma. Al contrario, dominaba la escena. Era provocativa y posaba claramente hacia el objetivo.

—Dios mío, sálvanos —dijo Marcus al silencio de la sala de baile cuando vio el círculo azul tatuado en su vientre.

La exmonja era una de ellos.

El juicio ante el Tribunal de las Almas también se denominaba «oficio de las tinieblas».

El nombre del rito derivaba del gran candelabro dorado situado en el centro de la sala donde se reunía la santa corte. Tenía doce brazos en los que estaban encendidas otras tantas velas.

Alrededor, doce confesionarios formaban un semicírculo. Albergaban al jurado.

Habitualmente, para garantizar la máxima equidad del juicio, los miembros del colegio que debían manifestarse sobre la *culpa gravis* de un pecador eran elegidos por sorteo entre altos prelados y simples sacerdotes de Roma. Esa noche había sido arduo encontrarlos a todos. Al final, sin embargo, los cancilleres lo habían conseguido y ahora todo estaba listo para que el proceso diera comienzo.

El cardenal Erriaga estaba terminando de vestirse en la sacristía. Se había puesto los paramentos sacerdotales, solo le faltaba la capa rojo púrpura. Sin darse cuenta, lo iba aplazando. Después de haber leído el pecado escrito en el cuaderno, se debatía entre dudas e incertidumbres. ¿Qué era lo más correcto? En el seno de la corte, el Abogado del Diablo desempeñaba el papel de acusador. Por tanto Erriaga tendría que insistir para que al penitente no se le concediera perdón alguno. Pero esta vez no solo estaba en juego el destino de un alma. Había mucho más. Se trataba de los cimientos de la misma Iglesia.

Las señales habían aparecido. La profecía de León X se había cumplido casi quinientos años después de la misteriosa muerte del papa.

El pensamiento lo aterrorizó, pero era tarde, no podía seguir posponiéndolo. Se puso la capa.

—Esta noche es el fin del Tribunal de las Almas —dijo en voz baja. A continuación, se levantó la capucha hasta la cabeza y se encaminó hacia la sala.

Los once miembros del jurado entraron en fila, con las capas negras y las cabezas cubiertas. Cada vez que uno de ellos pasaba junto al candelabro,

apagaba una llama con dos dedos. Seguidamente tomaba asiento en el confesionario que le había sido asignado. Tal como estaba previsto, al final quedó una vela encendida y un confesionario vacío. En la simbología del rito, donde el doce reproducía el número de los apóstoles, esos dos elementos representaban a Judas, el traidor que no estaba admitido en la asamblea.

El Abogado del Diablo se proveyó del gran cirio que simbolizaba la luz de Cristo e hizo su entrada en la sala pasando por debajo de la alta columnata de mármol. Fue a depositar el cirio en el centro del candelabro dorado, después se dirigió a los confesionarios. No podía ver los rostros de los jurados escondidos en la sombra, pero era consciente de que lo estaban observando.

—Hermanos —empezó diciendo—. En las últimas horas, Roma y la cristiandad están bajo la amenaza de un grave peligro. Fuera de esta sala, al otro lado de las paredes de este edificio, decenas, tal vez centenares de vidas han sido arrebatadas y otras tantas almas luchan todavía por sobrevivir. Tenemos una gran responsabilidad esta noche: decidir si salvar o no una sola vida. —Lo subrayó levantando el índice al cielo, con el énfasis del magnífico orador que era—. Pero, de lo que acabemos determinando, también dependerá la seguridad de muchas otras.

A continuación, esperó a que el eco depositara sus palabras en el silencio de la sala, como piedras en el fondo de un estanque. Seguidamente cogió el cuaderno y empezó a leer:

—«En este momento, en Roma son las once de la noche del 22 de febrero. Hace dos horas ha sido anunciado un apagón que empezará a las siete y cuarenta y uno de mañana, pero tengo motivos para creer que yo no veré salir el sol... Soy un penitenciario a cargo del Tribunal de las Almas, un cazador de la oscuridad. Durante muchos años he servido a la Santa Cruz, he acechado el mal y el pecado que en secreto invaden el mundo. Ahora estoy a punto de concluir mi última investigación. Pero esta vez, para llevar a cabo mi misión, he rebasado el límite de mis atribuciones y he quebrantado mis votos. Por eso, antes de morir, pido que se me absuelva de los pecados que me dispongo a relatar en estas páginas. Por desgracia, no estoy en condiciones de evitar lo que ocurrirá mañana, cuando la oscuridad se cierna sobre Roma. —Erriaga hizo una pausa—. El único atenuante de mi fracaso es haber salvado la vida de un niño...».

—Matilde Frai nos ha engañado.

Sandra seguía conduciendo el utilitario mientras hablaba por el teléfono vía satélite con Marcus. La línea tenía muchas interferencias.

—No te entiendo, ¿a qué te refieres? —tuvo que preguntar, porque se había perdido la primera parte de la frase.

—Ha sido ella. Ha matado a los otros... Al Obispo, al Juguetero y ahora al Alquimista. —El penitenciario recorría la sala de baile del palacio Šišman intentando poner en orden sus ideas—. Me arrojó al Tullianum porque lo había descubierto todo. A pesar de haber logrado sobrevivir, mi amnesia también la ha ayudado. —Luego le habló de la foto y del tatuaje en el vientre.

Sandra estaba estupefacta.

—¿Me estás diciendo que tuvo un papel en la desaparición de su hijo, que estaba de acuerdo? —Intentó reflexionar: tenía sentido—. Crespi ha sido asesinado con la tortura de la ceniza —le comunicó—. Me he preguntado cómo el asesino había podido encontrar el piso franco. Es evidente: nosotros mismos condujimos a Matilde Frai hasta él, debió de seguirnos después de visitarla en su casa.

—Y hay otra cosa —añadió Marcus—. He encontrado la prisión de Tobia. Lo han tenido encerrado en un edificio del centro durante nueve años, pero ahora deben de haberlo trasladado.

—¿Por qué?

—No consigo entenderlo, aunque el niño es el núcleo del plan de la Iglesia del Eclipse desde el día en que nació. Sin embargo, no creo que fuera solo por el hecho de ser el hijo de una exmonja, de ser así ¿por qué montar la farsa de la desaparición hace nueve años y mantenerlo con vida hasta ahora?

—Chantaje —dijo Sandra—. Crespi escribió esta palabra en la pared antes de morir.

—Así es —estuvo de acuerdo el penitenciario—. Alguien más sabe que Tobia no desapareció simplemente en la nada, sino que fue secuestrado.

Durante todos estos años, los adeptos de la Iglesia del Eclipse se han aprovechado del niño para obtener favores de esta persona.

—El padre —dijo enseguida la policía—. Una amenaza de ese tipo solo puede hacer mella en un padre o una madre. Tenemos que descubrir quién es el padre del niño.

Marcus estaba de acuerdo.

—Solo hay un modo: deberíamos encontrar a Matilde Frai y obligarla a decirnos su nombre. ¿Dónde estás ahora?

Sandra no le contó nada del parque de atracciones ni de lo que había visto. No quería que se preocupara, y además era irrelevante a efectos de la investigación.

—Puedo estar en el Esquilino dentro de veinte minutos.

—Está bien, nos vemos allí —y colgó.

Marcus guardó el teléfono vía satélite. Ya había visto bastante, podía abandonar el edificio. Cuando volvió a la escalera principal, lo frenó un extraño ruido. Una cantinela lejana e incomprensible.

Procedía del cuarto piso.

El penitenciario volvió a apagar la linterna y empezó a subir, preguntándose qué podía ser. Llegó arriba y vio que allí solo había una vieja buhardilla. Una puerta de madera oscilaba en las bisagras. Ahora el sonido era más claro, parecido a una transmisión de radio. Se oía claramente una voz que pronunciaba un discurso.

«Atención. Este es el primer comunicado del nuevo orden constituido. Hemos tomado Roma, Roma es nuestra. Los agentes de la ley y las fuerzas del orden ya se han puesto de nuestra parte...».

Marcus apartó la puerta y vio que en la buhardilla se amontonaban muebles viejos. El suelo estaba cubierto de agua y de hojas traídas por el viento. De hecho, en el fondo de la habitación había una claraboya abierta desde la que se vislumbraba la cumbre blanca del inmenso Altar de la Patria iluminado por una inesperada luna llena.

El penitenciario se adentró más en el desván, en busca de la voz misteriosa.

«... A los soldados que se preparan para entrar en la capital les decimos: manteneos alejados, esta ciudad nos pertenece. Si cruzáis los sagrados límites, no regresaréis nunca más con vuestras familias, no volveréis a ver a vuestros hijos, mujeres, maridos o novios, y vuestros padres os llorarán...».

Cuando llegó al final, descubrió que la última sala alojaba una serie de aparatos. La voz procedía de un altavoz.

«... Atención, pueblo de Roma: el papa ha huido y los católicos no tienen quien los guíe. Las murallas del Vaticano han caído y la Capilla Sixtina también ha sido conquistada...».

Marcus se acercó. Se trataba de una emisora radiofónica alimentada con la batería de un coche. Un grueso cable subía hacia el techo para luego desaparecer entre las vigas de madera. Lo más seguro es que estuviera conectado a una antena en el tejado.

«... Abrazad al Señor de las Sombras, bajad por las calles y matad a los infieles que osen oponerse a vosotros. Quien no se amolde será considerado un enemigo de la Iglesia del Eclipse».

La voz se interrumpió bruscamente. El penitenciario oyó un ruido mecánico y vio que junto a la emisora había un viejo tocadiscos en el que estaba puesto un disco de vinilo. El brazo con la aguja estaba conectado a un rudimentario temporizador con un cronómetro de precisión en el centro. Estaba programado con un intervalo de quince minutos.

Recordó las palabras del portero de noche del hotel Europa cuando describió a Sandra lo que oía por la radio transistor. Algún loco maniaco intentaba aterrorizar a la gente con una especie de proclama. A saber cuántos, angustiados por tener noticias, habían captado ese mensaje.

El penitenciario se acercó a los cables que conectaban el aparato a la batería de automóvil y los arrancó, poniendo fin a la transmisión. Pero aún no se había vuelto a levantar cuando algo duro le golpeó en la nuca. Perdió inmediatamente el conocimiento.

Una extraña luna blanca había aparecido en el cielo de Roma. Sandra lo aprovechó para aparcar a una manzana de distancia de donde vivía Matilde Frai. Desde donde estaba situada, podía vigilar la entrada del edificio mientras esperaba al penitenciario. No estaba segura de que la mujer estuviera en casa y tampoco creía que Marcus esperara encontrarla allí. En todo caso, siempre podrían realizar un registro.

La madre de Tobia tenía un plan y probablemente se había pasado las últimas horas e incluso días llevándolo a cabo. Una serie de homicidios atroces.

El descubrimiento de que el misterioso asesino fuera un miembro de la secta los había perturbado tanto a ella como a Marcus. ¿Qué finalidad tenía

matar a otros adeptos? ¿Era Matilde Frai el enigmático Maestro de las Sombras, o bien respondía a las órdenes de otra persona?

Observó el reloj en el salpicadero del utilitario. El penitenciario se retrasaba, pero no se veía capaz de actuar sola. Tenía un revólver, pero sin balas y, además, Matilde había demostrado ser muy astuta. Había matado de un modo atroz a muchos hombres y había conseguido imponerse incluso a Marcus, arrojándolo en el Tullianum. No, era demasiado peligroso, mejor esperar.

Transcurrieron algunos minutos más, entonces Sandra advirtió movimientos en la calle desierta. Alguien había salido del edificio que estaba vigilando. «No puede ser ella», se dijo. La figura subió a la acera, dirigiéndose precisamente en dirección al utilitario. La policía se deslizó hacia abajo en el asiento, esperando que no la viera. Cuando la sombra pasó junto a la ventanilla, la reconoció.

Era Matilde Frai. Llevaba consigo una pequeña maleta.

«No se puede salir de la ciudad —recordó—. Así pues, ¿adónde va?». Esperó a que torciera la esquina para bajar del coche y seguirla. Cuando se asomó al otro lado del edificio, la vio con más claridad. A pesar del equipaje, caminaba a paso ligero, envuelta en un chal negro que le llegaba hasta los tobillos.

Debajo llevaba zapatos de tela blanca.

Cruzaron casi todo el barrio de Esquilino. Sandra aprovechaba la luz lunar para mantenerse a distancia sin perderla de vista. Llegaron al final de la Via Carlo Felice. La calle terminaba en las inmediaciones de un tramo de las murallas Aurelianas en el que estaba intercalada una antigua torre en ruinas.

Matilde se metió por una puertecita y desapareció de su vista.

Sandra cogió el teléfono vía satélite e intentó contactar con Marcus para avisarlo del cambio de planes. Esperaba que llegara a tiempo. Pero al otro lado de la línea nadie respondió. «Maldita sea, ¿dónde estás?». Corría el riesgo de que la construcción tuviera otra salida y en ese caso perdería definitivamente el contacto con el objetivo. Lo pensó un momento y a continuación decidió proseguir sola.

Cruzó la calzada y se introdujo en la torre.

Gracias a la luz de la luna que se filtraba por las rendijas de las paredes, vio que el interior era más amplio de lo que se podía imaginar desde fuera. Por algunos indicios de los frescos de las paredes supo que se trataba de un antiguo oratorio, probablemente desacralizado. El techo era alto y ruinoso. Algunos pájaros, que habían encontrado refugio en la estructura, parecieron

no aceptar de buen grado la presencia de las intrusas. Se agitaban en la penumbra, en alguna parte por encima de su cabeza. ¿Dónde estaba Matilde? Vio que al fondo de la sala había una escalera de madera. Se acercó a ella. Puso la mano en la barandilla para comprobar su solidez. Se tambaleaba. Pero estaba convencida de que la mujer había subido por allí. Sandra sacó de todos modos la pistola descargada, porque por lo menos podría servirle para amenazarla. A continuación, puso un pie en el primer escalón y empezó a subir.

Al llegar arriba, la vio al final de la pequeña habitación, la maleta estaba en el suelo junto a sus pies. Matilde Frai le daba la espalda a la escalera y miraba hacia fuera por una ventana. Observaba inmóvil la pequeña luna que velaba por Roma. Envuelta en el chal, parecía un gran pájaro negro.

—En el pasado este lugar era una iglesia —dijo tranquila—. Estaba dedicada a Santa Margarita de Antioquía, protectora de las parturientas.

—Permitiste que se llevaran a tu hijo —afirmó Sandra en respuesta—. ¿Qué clase de madre eres?

Pero la acusación no la alteró.

—Esta era la habitación del eremita, un hombre que había renunciado a todo para vivir en la gracia del Señor. —Matilde se volvió a mirarla—. Hay que ser realmente muy fuerte para renunciar a lo que más se ama en el mundo.

Sandra sacudió la cabeza.

—¿No sientes vergüenza o arrepentimiento?

—Nunca he eludido vuestro juicio. He permanecido siempre en el mismo sitio. Solo teníais que venir a buscarme... Pero nadie lo ha hecho.

—Y, entonces, ¿por qué ahora intentas escapar? —preguntó Sandra señalando la maleta.

Matilde sonrió.

—El Maestro me puso en guardia, me dijo que estuviera atenta. De hecho, me he dado cuenta enseguida de que me estabas siguiendo.

—¿Dónde está Tobia?

—No lo sé —contestó, y parecía sincera.

—¿Quieres decirme que en todo este tiempo nunca has tenido ganas de verlo?

—Bromeas, ¿verdad? Yo me lo imagino todos los días, hablo con él y le sigo contando cosas. Pero Tobia nunca me contesta... Excepto esta mañana —añadió con una sonrisa—. Cuando un minuto antes de que empezara el apagón sonó el teléfono, comprendí que era una señal y que, después de años

de espera, había llegado el momento de actuar. Por fin todo el sufrimiento obtendría su recompensa.

Sandra no sentía pena por ella.

—¿Quién es el padre de Tobia?

—Ya te contesté una vez a esa pregunta.

—Mentías.

—Aunque así fuera, no puedo decírtelo. Es demasiado importante.

—¿Qué crees que conseguirás con todo esto?

—Yo creo en el Señor de las Sombras y en su profeta, el Maestro. Él me salvó. Y, simplemente, estoy en deuda con él. —A continuación la mujer se deshizo del abrazo del chal.

—Quieta —conminó la policía con el revólver, porque temía que debajo del manto ocultara un arma.

Matilde alargó una mano hacia ella.

—Es tu última oportunidad de unirse a nosotros. —Le estaba tendiendo una hostia negra.

Sandra no dijo nada.

—Como quieras. —Matilde Frai abrió los labios y se la tragó—. Mi viaje termina aquí. —Luego sacudió los hombros y el chal cayó a sus pies. Entonces se volvió hacia la ventana y, con los brazos abiertos, se lanzó al vacío.

Sandra no movió un solo músculo para intentar impedirselo. Se quedó exactamente donde estaba. No tenía ningún interés en salvar a un ser humano así. Y Matilde nunca habría hablado. Una mujer capaz de hacer lo que ella había hecho, de aguantar lo que había aguantado, no habría cedido precisamente al final.

Se acercó al alféizar y la vio abajo, aplastada contra el empedrado. Se desentendió de la mujer y se centró en la maleta que llevaba consigo, esperando encontrar alguna pista. La abrió y descubrió que contenía ropa de hombre. También había una maquinilla de afeitar y un neceser de viaje.

La distrajo un sonido familiar. El teléfono vía satélite estaba sonando. Lo cogió.

—Marcus —dijo.

Al otro lado solo respondió el silencio. Pero había alguien, podía oír su respiración.

—¿Quién eres? —preguntó entonces con calma.

—Hola, Vega. —Era la voz de un muerto. Era Vitali.

—Hijo de puta.

Vitali se echó a reír y por poco no se le escapó el teléfono vía satélite de la mano. Tenía que admitirlo: la policía le caía bien.

—¿Qué le ha ocurrido? ¿Qué le has hecho?

—Calma, Vega, aquí solo se está celebrando una reunión entre caballeros. —Y le asestó una patada a Marcus, que estaba sentado en el suelo, con las manos levantadas sobre la cabeza y en la mira de su pistola.

—¿Está arrestado? —Como no sabía qué hacer, había preguntado lo primero que se le había pasado por la cabeza.

El inspector se lo estaba pasando en grande.

—Piensa, Sandra..., puedo llamarte Sandra, ¿verdad?

—Sí —se vio forzada a contestar ella, sin siquiera saber por qué.

—Pues bien, como decía: piensa, Sandra. El mundo tal como lo conocíamos antes ya no existe. O, por lo menos, se ha tomado una buena pausa para reflexionar. Por eso ya no sirven las reglas de antes: no hay derechos civiles, ni tribunales, ni siquiera agentes de la ley. Estamos en guerra y todos somos enemigos. Solo cuentan las alianzas provisionales.

Sandra no podía soportar más el sarcasmo de ese cabrón.

—¿Qué quieres?

—Que vengas aquí a contarme lo que sucede, porque tu amigo Marcus parece mudo. —Le dio otro puntapié, esta vez en la espalda.

—¿Cómo sabes su nombre?

—Oh, si es eso lo que te preocupa, sé muchas cosas acerca de él. —Vitali sacó del bolsillo el papel en el que habían anotado los elementos de la investigación y que había encontrado en el bolso de Sandra. Miró la lista—. Por ejemplo, sé que ha tenido una amnesia temporal. He intentado hacerle recuperar la memoria, porque dicen que un golpe en la cabeza a veces hace milagros, pero no ha funcionado.

A Marcus todavía le sangraba la nuca. Vitali lo había obligado a recuperar el sentido a base de darle patadas. Ahora, dolorido y bajo la amenaza de un

arma, el penitenciario prefería esperar antes de aventurarse a reaccionar. Quería ver cómo se desarrollaban los acontecimientos.

—Tu amigo no quiere hablar conmigo —fingió lamentarse el inspector—. ¿Puedes creerlo? En el fondo, soy un tipo amigable.

—Si voy donde tú estás, ¿quién me dice que luego no nos matarás a los dos?

—La desconfianza es un lujo que no puedes permitirte, Vega. Si no vienes, él morirá. Si vienes, tal vez os deje marchar a ambos. Decide libremente lo que te conviene.

—No iré —dijo ella impulsivamente.

Vitali rio de nuevo.

—Creía que había algo entre vosotros dos. Pero las mujeres son volubles, ya se sabe.

Marcus no quería que Sandra se reuniera allí con ellos. Estaba seguro de que Vitali no dudaría en eliminarlos a ambos. Antes se habría sacrificado a sí mismo, intentando alguna peligrosa ocurrencia para desarmar al inspector.

—No estoy dispuesta a seguirte el juego. Ya me jodiste una vez, sé cómo funciona.

—Tú no sabes una mierda, Vega. —El tono de Vitali se había vuelto de hielo—. He leído tus apuntes, pero tu amigo y tú ni siquiera os habéis acercado a la verdad. —A continuación disparó.

El disparo retumbó por el teléfono vía satélite y estremeció a Sandra.

—Palacio Šišman, Via della Gatta, cuarta planta —dijo el inspector—. La puerta está abierta —y colgó.

Sandra Vega no sabía qué hacer. Decidió abandonar la torre del oratorio. En ese momento no tenía tiempo de pensar en la maleta con la ropa de hombre que Matilde Frai llevaba consigo. Tenía que idear un modo de liberar a Marcus.

Mientras caminaba por la calle, elaboró un plan de ataque. Vitali tenía razón cuando afirmaba que las reglas del juego habían cambiado. Durante esa noche delirante, todos habían perdido algo. Pero si al término del apagón programado volvía la paz, entonces también empezaría la caza de los responsables.

El inspector había dicho que ella y Marcus no se habían acercado lo más mínimo a la verdad. Quizá fuera así. Tal vez habían perdido el hilo de la investigación y nunca llegarían a tiempo de encontrar a Tobia Frai y al Maestro de las Sombras, ni siquiera de desarticular por completo la Iglesia del

Eclipse. Pero habían cogido al asesino de los adeptos. Sería una excelente moneda de cambio para lograr la liberación de Marcus, lástima que Matilde Frai se hubiera suicidado.

A pesar de todo, todavía contaba con alguna ventaja que podía aprovechar ante Vitali. Alguien debería ocuparse de ello. Y ella sabía quién. La idea se la había proporcionado el pobre Crespi. «El chantaje», se dijo.

Cuando llegó a la entrada del hormiguero, se encontró con una barrera de hombres armados. Levantó las manos y puso el revólver descargado en el asfalto.

—Soy la agente Sandra Vega, de la Oficina de Pasaportes —gritó.

Alguien encendió un potente reflector y lo enfocó en su dirección, deslumbrándola. A continuación oyó un ruido metálico a un par de metros de ella.

—Póntelas —dijo una voz perentoria.

Sandra recogió las esposas del suelo. Se las puso en las muñecas y a continuación las mostró hacia el reflector. Dos hombres armados con fusiles de asalto fueron en su busca y la condujeron al otro lado de la barrera. Un sargento se paró delante de ellos y la reconoció.

—¿Qué haces aquí?

—Quiero hablar con el jefe —dijo solo.

—No creo que sea posible. Si quieres, puedes coger un uniforme y unirte a nosotros.

—Decidle que tengo un mensaje de parte del inspector Vitali.

Diez minutos más tarde le quitaron las esposas y la hicieron entrar en el despacho del jefe superior de policía. Con él estaba también el *questore* Alberti.

—Tome asiento, agente —la invitó De Giorgi—. ¿Usted sabe dónde se encuentra el inspector Vitali? ¿Por casualidad necesita ayuda?

—Se las apaña bastante bien solo, gracias —contestó Sandra.

—Entonces, ¿a qué viene ese mensaje? —la apremió el *questore*.

—He visto los helicópteros —dijo, en cambio—. Dentro de poco estarán aquí, ¿verdad? En cuanto salga el sol, habrá un despliegue masivo.

—Ese es el plan, sí —admitió Alberti.

—Por lo tanto les queda poco tiempo para decidir cómo pueden salvar el culo.

La expresión hizo enmudecer a sus superiores.

—¿Adónde pretende llegar? —dijo el jefe superior de policía.

—Puedo demostrar que Vitali sabía el peligro que entrañaba el apagón y que no ha hecho nada.

—¿Y qué más sabe? —dijo el *questore*, curioso.

—Que el inspector estaba al corriente de la existencia de la Iglesia del Eclipse y de la hostia negra mucho antes del vídeo del móvil que me han mostrado esta mañana. Y si él lo sabía...

—Es una insinuación un poco fuerte —dijo el jefe—. ¿Se da usted cuenta, agente Vega?

—Sí, señor. —Corría el riesgo de acabar en un juicio por traición, pero no tenía alternativa—. Lo que digo no es una amenaza. Es solo una oferta... El inspector me ha engañado y después me ha utilizado, ese hombre tiene que pagarlo.

—Déjeme que lo entienda. —De Giorgi cruzó los brazos y se inclinó sobre la mesa—. Nos está sugiriendo que echemos toda la mierda encima de Vitali. Y nos está ofreciendo que defendamos esta teoría. Pero ¿con qué argumentos? ¿Y qué quiere a cambio?

—Quiero que lo hagan volver.

—¿Por qué? —preguntó el *questore*.

—No puedo decírselo.

—¿Se ha metido en algún lío? —preguntó irónicamente Alberti. A continuación se dirigió al jefe superior de policía—: Nuestro Vitali no es un tipo fácil. No le cae bien a nadie.

Sandra no lograba comprender los motivos de su sarcasmo. Volvió al ataque.

—Sé lo de la unidad secreta que se ocupa de crímenes esotéricos, ¡algo muy distinto al departamento de estadísticas!

El jefe superior de policía la miró, asombrado.

—¿Unidad secreta? ¿Crímenes esotéricos?

—Es inútil que hagan como si nada. Hace años que Vitali se ocupa de casos que sistemáticamente se ocultan a los medios de comunicación para no ponerles a ustedes y a sus superiores en un aprieto.

—¿Y eso quién se lo ha contado? —preguntó el *questore*, divertido.

—El comisario Crespi. —Ya estaba muerto, podía delatarlo.

—Bueno, pues le ha tomado el pelo. —El jefe superior de policía la miró a los ojos—. La unidad de la que habla no existe, agente Vega.

—Oh, pero existirá en el momento en que alguien les ordene que quiten el nivel cuatro de seguridad de los informes que precisamente atañen a los casos de Vitali. —Sandra estaba decidida a rebatirlos con el mismo escarnio—.

Habrá un montón de gente que se preguntar  por qué el inspector es continuamente trasladado de un departamento a otro. He visto su hoja de servicio: ha trabajado en la revista del cuerpo de policía, en el parque de automóviles, incluso en civismo público...

—Es cierto —admitió finalmente el jefe—. Los casos del inspector Vitali son reservados. Y también es verdad que vamos cambiándolo de categoría.

Sandra estaba satisfecha, se había apuntado un tanto a su favor.

—Pero es una medida de seguridad necesaria para protegerlo a él, no a sus investigaciones —prosiguió De Giorgi.

Sandra ahora no lo comprendía.

— Protegerlo de qué? No me lo trago.

—Agente Vega, como le decía, no existen casos que tengan como objeto crímenes esotéricos. —A continuación añadió—: El inspector Vitali es de antidroga.

Sandra imaginaba que el jefe superior de policía la haría arrestar enseguida. En cambio, De Giorgi quiso que viera algo con sus propios ojos y, dejando al *questore* en el despacho, la acompañó personalmente a la zona más recóndita del hormiguero.

Las celdas de máxima seguridad.

Quien había proyectado el búnker las había ideado para alojar a prisioneros excepcionales.

—Por aquí dentro han pasado jefes mafiosos, terroristas, asesinos en serie. Cuando era necesario trasladarlos desde el lugar de detención hasta Roma para interrogarlos en secreto, los metíamos aquí.

Sandra no lograba comprender el sentido de la visita guiada. Llegaron frente a una verja de hierro y el jefe hizo una señal a los guardias para que los dejaran pasar. Recorrieron un pasillo al que se asomaban varias celdas.

Todas vacías, excepto una.

Cuando llegaron junto a los barrotes, el jefe superior de policía extendió el brazo para que Sandra esperara.

—Lo han detenido hace un par de horas en una travesía de la Via Veneto. Yo he dado la orden de que lo trajeran aquí.

Aparentaba veinticinco años, tal vez veintiséis. Tenía unas cejas muy rubias, pero se había rasurado el cráneo al cero. En el cuello llevaba tatuado un navío. Vestía una camiseta blanca y unos vaqueros. Los guardias le habían quitado los zapatos, por eso estaba con los pies descalzos sobre el cemento.

El durmiente se encontraba de pie sobre sus delgadas piernas, en el centro del minúsculo espacio. Miraba hacia delante con los ojos vacíos. No se movía, pero el equilibrio era ligeramente inestable, como si se balanceara a causa de una brisa invisible.

—¿Es capaz de oírnos? —preguntó Sandra un poco ingenuamente.

—Y también de hablar, de hecho —replicó De Giorgi.

—La hostia negra —dijo la policía recordando la escena que había visto en el parque de atracciones del EUR.

El jefe superior de policía asintió.

—Agente Vega, ¿usted qué sabe del Captagon?

Ahora Sandra se volvió a mirarlo.

—¿El Captagon? —repitió.

—Clorhidrato de fenetilina, más conocido como «la droga de Dios». — Esperó a que ella procesara la información y después prosiguió—: Fue sintetizada en 1961 por una empresa alemana y durante veinticinco años ha sido utilizada para el tratamiento de la narcolepsia y la depresión. También se les administraba a enfermos incurables para paliar el dolor. Más tarde, la fenetilina fue prohibida en muchos países, entre ellos Italia, a causa de sus efectos secundarios. Los más frecuentes son trance hipnótico y alucinaciones, pero sobre todo es un poderoso excitante que estimula la agresividad.

Una vez más, Sandra recordó la multitud que la había atacado en el exterior del parque de atracciones. Mientras descargaba sobre ellos todas las balas del revólver, parecía que no tuvieran miedo a morir.

—Entonces se trata de eso: el caso de Vitali tiene que ver con el tráfico de drogas.

—En 2011, un laboratorio de Bulgaria retomó clandestinamente la producción. Desde entonces, la fenetilina es fácil de encontrar en los puntos de distribución, cada vez tiene más adictos porque es más barata que la anfetamina y el efecto es prolongado. Hace unos diez días, algunos informadores en contacto con las bandas que controlan el mercado de las drogas sintéticas en la capital, nos señalaron un insólito aumento de la oferta de Captagon.

—¿Cómo de insólito?

—Como para hacer estallar el negocio —afirmó De Giorgi—. Alguien estaba introduciendo en el mercado enormes cantidades de la sustancia en una versión purísima. Al enterarse de la noticia, Vitali enseguida nos puso en guardia porque corríamos el riesgo de perder el control de la situación. De hecho, existen precedentes en los que la utilización generalizada de Captagon ha provocado problemas de orden público. Lo toman los vándalos callejeros y los anarquistas en sus incursiones o cuando quieren instigar una revuelta. Precisamente fueron ellos quienes lo apodaron «la plaga».

—De modo que Vitali se tropezó por casualidad con la Iglesia del Eclipse.

—Exactamente —confirmó el jefe—. Estaba investigando sobre un misterioso personaje llamado «el Alquimista», un químico búlgaro de quien el inspector todavía está tratando de descubrir su verdadera identidad.

«Šišman», se dijo Sandra al instante. Vitali, por el teléfono vía satélite, le había mencionado ese nombre al indicarle el palacio de la Via della Gatta al que debía acudir si quería salvar a Marcus.

—Cuando anoche vimos la filmación del teléfono abandonado en el taxi, comprendimos que el Captagon se había convertido en un problema. Probablemente el pobre traficante que murió al tragar la sosa cáustica fue utilizado como ejemplo por alguna organización criminal para hacer saber al químico búlgaro y a su banda con el tatuaje del círculo azul que tal vez sería mejor que dejaran de distribuir droga gratis.

Sobre eso, De Giorgi se equivocaba. Sandra había visto al mismo hombre en las fotos del Coliseo: ese no era un traficante normal y corriente, se trataba del secuestrador de Tobia y Matilde Frai era quien lo había matado. Pero no dijo nada. Sentía curiosidad por saber cómo era posible que la Iglesia del Eclipse hubiera optado por esa sustancia.

—¿Por qué «la droga de Dios»?

—Porque, desde los años setenta, las sectas religiosas se servían de la fenetilina para lavar el cerebro a sus adeptos. Actualmente, el Captagon está muy de moda entre los sicarios hijos de puta del Estado Islámico. Reclutan a desgraciados, les dan una pastillita negra, esos se creen que mágicamente están en el paraíso con las vírgenes y, cuando se despiertan, están ansiosos por decapitar a alguien o hacerse saltar por los aires con explosivos.

¿Entonces se trataba de eso, del «éxtasis del conocimiento» del que hablaba Crespi? Sandra no creía que su viejo amigo comisario renegara de sus principios por una alucinación. Pero sabía que lo que le estaba contando el jefe superior de policía era solo una parte de la verdad. La Iglesia del Eclipse tenía un objetivo concreto, la fenetilina solo era un componente más en todo el plan.

—¿Por qué me ha traído aquí? —preguntó la policía, y observó al chico de la celda, que seguía balanceándose de un modo cada vez más llamativo.

—¿No me estará diciendo que tendría que haberla hecho arrestar enseguida? —De Giorgi se rio—. Mi carrera ya ha terminado, mañana por la mañana presentaré mi dimisión. Probablemente acabarán juzgándome y también me ganaré una condena. Todo el mundo me olvidará y pasaré el resto de mis días preguntándome si podía haber actuado de otra manera. —Suspiró, decepcionado—. Si le hubiera hecho caso a Vitali, habríamos buscado una solución antes de que se difundiera la noticia del apagón programado. En cambio, ahora hemos descubierto otra utilización de la fenetilina... Además

de la depresión y la narcolepsia, el Captagon también se usaba para tratar la ftofobia. —Hizo una señal en dirección al guardia. Y las luces se apagaron.

Los gritos del chico retumbaron entre las celdas vacías. Después se oyó un ruido repentino, muy fuerte. Sandra consiguió distinguir con claridad a qué correspondía: a un cuerpo humano chocando contra los barrotes. Imaginó al durmiente mientras se arrojaba con furia contra ellos, lo único que lo frenaba era esa barrera.

La luz volvió a encenderse, el chico se agachó en el suelo y al cabo de un rato volvía a estar tranquilo.

—La oscuridad amplifica los efectos de la fenetilina, la luz los calma — explicó De Giorgi—. Lamento haberla asustado.

«El apagón, el eclipse tecnológico», se dijo Sandra. La secta quería aprovechar la circunstancia y se había estado preparando.

—Al amanecer, todo esto habrá terminado —dijo el jefe superior de policía, mientras se alejaba.

—Faltan cuatro horas. ¿Cuánta gente tiene que morir todavía?

Pero a De Giorgi no le interesaba responder a esa cuestión.

—Conozco el lugar donde trafican con el Captagon. Sé dónde distribuyen las hostias negras —afirmó entonces la policía, y el hombre se volvió de nuevo hacia ella—. Haga volver a Vitali y le diré cómo salvar Roma.

3 horas y 29 minutos para el amanecer

La entrega del prisionero iba a tener lugar en Santa Maria sopra Minerva.

La elección del lugar le había correspondido a Sandra, que no había dudado al indicar la basílica. La iglesia era imponente, con impresionantes columnas y un ábside colosal. En las naves laterales, se sucedían una serie de capillas barrocas ricamente decoradas con mármoles y frescos.

Excepto una. La última de la derecha.

Sandra Vega conocía bien el motivo por el que precisamente la que estaba dedicada a Raimundo de Peñafort, el primer penitenciario de la historia, «parecía» la más pobre. Era un secreto que Marcus había compartido con ella años atrás. Casi un pacto de amor. «Si Vitali lo supiese», se dijo la policía.

Los vio llegar juntos. Uno armado, el otro esposado. Marcus enseguida le hizo entender con la mirada que estaba bien. Vitali se situó detrás de él.

—Volvemos a vernos, inspector —lo saludó Sandra, sarcástica.

—Yo también creí que iba a morir en el túnel, al igual que vosotros, por otra parte.

—Entonces digamos que seguimos siendo una sorpresa los unos para los otros.

Vitali metió algo en el bolsillito de la americana de Marcus y, seguidamente, le dio un empujón para mandarlo hacia ella.

—Había pensado entregártelo sin soltarle las muñecas —dijo, y le lanzó las llaves de las esposas—. Habría sido un buen chiste.

—El *questore* Alberti ha organizado un operativo especial y ahora se dirige al parque de atracciones del EUR para detener esta locura —afirmó Sandra—. Lamento que luego sea él quien se lleve todo el mérito.

—Yo trabajo para el Departamento de Estadística de Delitos y Criminalidad —replicó Vitali, insolente—. Que no se te olvide, agente Vega.

—Antes de irse, se dirigió al penitenciario—: Adiós, amigo mío. Estoy seguro de que volveremos a vernos.

—¿Sabías que en esta basílica está enterrado el papa León X? —le preguntó Marcus.

Pero Vitali no le hizo caso y continuó hacia la salida.

Poco después, Sandra le quitó las esposas a Marcus y cogió la hoja que el inspector le había metido en el bolsillo de la americana.

—Son los elementos de la investigación. —Había reconocido los apuntes que tomó en el piso franco—. Debe de haber encontrado mi bolso después de que lo perdiera en el túnel. —A continuación miró a Marcus—. Tenías razón: nunca hay que dejar pruebas escritas.

—¿Por qué me ha soltado?

Y Sandra le contó la historia del Captagon y qué era en realidad la hostia negra.

«El frasco rosa del laboratorio de Nikolay», recordó el penitenciario. El Alquimista lo había sintetizado para aliviar el sufrimiento de su esposa.

—Tenemos que ir enseguida a la casa de Matilde Frai —dijo—. Es la única pista que nos queda.

—Está muerta, se suicidó delante de mí.

Marcus recibió la noticia con asombro y desaliento.

—¿Dijo algo antes de quitarse la vida?

—Intenté que revelara el nombre del padre de Tobia, pero no hubo manera. Ella sabía quién era, no se trató de una violación: estaba conforme.

Otra pieza a favor del chantaje, pensó él.

—Una cosa más —dijo Sandra—. Llevaba una maleta consigo. Y dentro había ropa de hombre, además de una maquinilla de afeitar.

El penitenciario reflexionó, pero no se le ocurría ninguna respuesta.

—Tenemos que ir a casa de Matilde, buscar allí una pista, algo.

Era un intento desesperado, Sandra también lo sabía. Pero no tenían alternativa.

Cuando entraron en el modesto apartamento de Matilde Frai en el Esquilino, fueron recibidos por el consabido olor a nicotina. El fantasma de viejos cigarrillos los siguió hasta la cocina. Pocas horas antes, sentados a esa misma mesa, habían escuchado las palabras afligidas de una madre obligada a convivir con un terrible dilema: la misteriosa suerte de su único hijo. Sandra evocó una de las frases de la mujer: «La gente se imagina que este tipo de

dramas siempre ocurren de manera aparatosa. En cambio, así es como suceden las peores cosas, de forma sencilla».

Mientras tanto, Marcus miraba a su alrededor. Los ceniceros apilados en el fregadero junto a un único plato y un vaso. La taza de café. El estropajo apoyado en el borde de cerámica con cercos amarillentos dejados por los cigarrillos. La radio sobre la repisa. El reloj de pared. Pequeños detalles de una vida insignificante, idéntica a muchas otras. Pero esos objetos eran cómplices. Escondían el atroz secreto de Matilde Frai. Habían escuchado sus palabras, pronunciadas al silencio. Habían sido testigos de sus pensamientos.

El penitenciario recapituló para sí mismo las víctimas de la mujer asesina. Gorda, el obispo estrangulado a distancia con la horca del placer. El Juguetero, devorado vivo por las moscas. El secuestrador de Tobia que aparecía en el vídeo del móvil, obligado a beber sosa cáustica. El comisario Crespi, ahogado por la ceniza. El Alquimista, colgado boca abajo.

«Y luego yo», se dijo.

Debería haber muerto en el Tullianum, pero no fue así. No sabía cómo definirlo. ¿Había tenido suerte? No, la suerte no tenía nada que ver. Si el azar hubiera jugado un papel decisivo en esa historia, entonces le habría permitido conservar la memoria de cuanto había ocurrido.

«Si no se hubiera producido mi amnesia, Roma estaría a salvo».

—Podríamos empezar por allí —propuso Sandra.

Él la siguió.

En el dormitorio había dos camas individuales. En una dormía Matilde, la otra había permanecido igual desde la desaparición de Tobia. En la cabecera había un póster con el equipo de la Roma. Después de nueve años, algunos de esos jugadores habían finalizado su carrera, otros habían cambiado de camiseta y alguno simplemente había envejecido. «No hay nada que haga más evidente el paso del tiempo para un chico que un póster de futbolistas», pensó Sandra Vega. Todavía recordaba cuando su marido David la llevó a visitar la casa de su infancia, en Israel. En su dormitorio había un retrato de la alineación del Manchester United. Mirando uno por uno a esos deportistas, David se dio cuenta de que en la foto eran todos más jóvenes que él.

—Pásame la lista, por favor. —Marcus tendía la mano hacia ella. Quería echar un vistazo a la relación de los elementos de la investigación.

—¿Tienes alguna idea? —preguntó Sandra.

—No —admitió.

Los dos se sentaron en la cama de Tobia y miraron la lista juntos. El penitenciario empezó a tachar las pistas que ya no eran útiles.

~~Método para matar: antiguas prácticas de tortura.~~
~~Zapatos de tela blanca (Marcus y obispo Gorda).~~
~~Hostia negra (yonqui).~~
~~Tatuaje del círculo azul: Iglesia del Eclipse. Sacrificios de víctimas inocentes.~~
~~Apagón—León X.~~
Cuaderno misterioso.
Tobia Frai.

Elemento accidental: amnesia transitoria de Marcus.

—Deberíamos haber añadido a Matilde Frai en la lista —dijo Sandra, desconsolada—. Dejamos que ella nos desviara porque era una exmonja. Y, ya se sabe, nadie se imaginaría nunca que una sierva de Dios fuera capaz de matar de un modo tan atroz.

Mientras tanto, Marcus se concentraba en la lista. Intentaba esclarecer si existía una relación entre el cuaderno, Tobia y la amnesia que había sufrido.

—Yo tenía un cuaderno —dijo—. Es extraño, porque sé perfectamente que no debería haberlo tenido. Como tú también sabes, los penitenciarios no toman apuntes para no dejar rastro. ¿Por qué, pues, decidí correr ese riesgo? Y, lo más importante, ¿dónde ha ido a parar?

—Lo habrás escondido en un lugar seguro.

—Sí, pero ¿por qué? —Era frustrante—. Es como si hubiera previsto la amnesia y quisiera mandarme mensajes. Las páginas arrancadas que encontramos también eran una indicación sobre cómo proseguir la investigación.

—No se puede prever una amnesia —contestó Sandra para tranquilizarlo.

—Tienes razón, no se puede. —Marcus respiró profundamente. Levantó la mirada hacia la pared de enfrente, vio el diploma de licenciatura en Letras Clásicas y Filología con el nombre de Matilde impreso. A pesar del título universitario, el único trabajo que había encontrado era el de mujer de la limpieza. ¿Por qué, pues, ese detalle contrariaba tanto al penitenciario?—. Tenemos que registrar la casa —dijo—. Manos a la obra.

Empezaron a abrir cajones y a vaciarlos sobre las camas. A continuación, revolvieron entre el contenido en busca de algo que pudiera ayudarlos a comprender. Marcus decidió mirar también dentro de los colchones. Los destripó, sacó la lana y hurgó en el interior, no había nada. Luego le tocó el turno al armario empotrado. Estaba dividido en dos. En un lado, todavía

estaba la ropa de Tobia, en el otro, la de la madre. Matilde no poseía muchas prendas. Cuatro vestidos veraniegos, un par de faldas de invierno, pantalones y algún suéter. Pero a Sandra le extrañó una funda marrón guardada con cuidado en un rincón. La cogió y se quedó observándola. Seguidamente bajó la cremallera para ver qué contenía.

Dentro había un hábito de monja.

Estaba a punto de dejarlo en su sitio, pero se fijó en la expresión de Marcus. Estaba alterado.

—No puede ser —dijo el penitenciario cogiéndoselo de las manos. Sandra no entendía qué interés podía haberle suscitado.

Marcus tenía entre los brazos el hábito y miraba hacia el tocado con el paño negro que servía para ocultar el rostro. Matilde Frai no había sido una simple monja. Era una viuda de Cristo.

Cuando llegó al convento de clausura al final del bosque, no necesitó llamar. La puerta de madera estaba abierta.

Se introdujo en el antiguo pasillo de piedra y vio el primer cuerpo. Se acercó a la hermana tendida en el suelo. Bajo el paño negro que le cubría el rostro, tenía la garganta cortada.

Un cuchillo, pensó. ¿Cómo lo había conseguido Cornelius Van Buren?

Las velas que iluminaban desde siempre ese lugar —mucho antes de cualquier apagón— estaban apagadas. De modo que el penitenciario tuvo que dejarse preceder por el foco luminoso de la linterna. Con ese objeto moderno, le pareció profanar el voto de ese lugar con el pasado, pues había permanecido intacto durante siglos. Encontró el segundo cadáver en la escalera. Reconoció a la viuda de Cristo por los botines negros abrochados como un castigo hasta la espinilla. ¿Dónde estarían las otras once? No cabía en su imaginación que ninguna pudiera haberse salvado de la furia de una fiera que había permanecido enjaulada durante tanto tiempo.

Cuando por fin llegó ante la celda abierta, todavía tenía la esperanza de encontrar el cuerpo sin vida del viejo asesino en serie. Era una idea absurda, una parte de él confiaba en que el Maestro de las Sombras se hubiera suicidado. Pero no, solo había huido, no sabía adónde.

«La maleta con la ropa de hombre y la maquinilla de afeitar», pensó el penitenciario. Matilde pretendía esperarlo en el exterior de las murallas del Vaticano, los baluartes que lo habían tenido cautivo durante veintitrés larguísimos años. El mundo nunca había sabido de la existencia de Cornelius. Ahora, en cambio, el monstruo estaba libre.

—Libre y peligroso —se corrigió Marcus en voz baja.

Van Buren, sin embargo, no se había escapado sin despedirse. Había dejado algo para él en el catre. Un regalo. El incunable de Plinio el Viejo que el mismo penitenciario le había llevado después de sacarlo esa noche de la Biblioteca Angelica.

La cubierta de piel del antiguo manuscrito estaba rasgada.

«Ahí es donde se escondía el cuchillo —se dijo Marcus. A pesar de que Matilde Frai se dedicara a la limpieza, también tenía una licenciatura en Letras Clásicas y Filología. Fue ella quien metió el arma en el libro—. Qué estúpido he sido».

En el interior de la primera página del incunable había un mensaje escrito por Cornelius de su puño y letra.

Mi querido Marcus:

Siento el deber de darte una explicación. No solo porque has sido una parte determinante, aunque inconsciente, de mi plan. Sino sobre todo porque, tanto si lo crees como si no, durante estos años me he encariñado contigo.

En el momento en que me encerraron en este lugar, comprendí con absoluta certeza que no volvería a salir. Un día me moriría y me enterrarían en el pequeño cementerio que hay detrás del convento, donde las viudas de Cristo depositan los restos mortales de sus hermanas. En mi tumba colocarían una lápida anónima. Y nunca nadie conocería la historia del ser humano que yacía sepultado bajo aquella losa.

He convivido con esta idea durante mucho tiempo. Ha sido el aspecto más insoportable de la cautividad.

Por tanto, intenta imaginar cuando apareció ante mí esa joven novicia. Estaba llena de vida y su fe era purísima. Pero precisamente la fe es el aditivo más poderoso de la vida y, sirviéndome de ella, me dediqué a construir mi plan de huida.

Le encargaron que me trajera la comida. De modo que, una vez al día, venía a verme. Intentaba hablarle, pero ella respetaba el voto de silencio. Luego le mencioné un incunable de Plinio el Viejo y, sorprendentemente, de debajo del paño negro me llegó una respuesta. Una frase breve, pero fue suficiente. Matilde me dijo en voz baja: «Lo conozco».

Empezó un diálogo paciente, hecho de palabras robadas con esfuerzo. El secreto es que nunca la engañé. Al final, mi sinceridad la convenció de que lo mejor era que prosiguiera su misión en el mundo real. Colgó los hábitos y resucitó para mí la antigua secta de la Iglesia del Eclipse.

Su proselitismo convenció a un obispo lleno de innombrables tentaciones. A un fabricante de juguetes perverso. A un príncipe

búlgaro con el corazón roto y pasión por la química. Y también, como sabes, a muchos otros. Entre ellos, a un camello y a un comisario de policía.

Mi sacerdotisa los reunió bajo una única efigie: el tatuaje del círculo azul. Y con un solo objetivo: devolverme la libertad.

Pero necesitábamos un eclipse.

Han tenido que pasar muchos años. La espera ha sido larga y pesada. Después, un día, inesperadamente, llegó una señal divina: el apagón.

Lo sé, ahora te estarás preguntando qué papel ha jugado en todo esto la desaparición de un niño. No quiero privarte de la satisfacción de descubrir por ti mismo el motivo por el que era necesario que Tobia Frai estuviera cautivo, igual que yo.

Pero puedo revelarte que la idea de su secuestro me la sugirió León X.

Antes de emitir la bula con la que ordenaba que Roma no se quedara «nunca, nunca, nunca» a oscuras, tuvo un sueño premonitorio: una visión de su propia muerte. El hecho de que muriera de verdad al cabo de nueve días contribuyó a alimentar las dudas y el misterio. En realidad, ese papa del siglo XVI, como todas las personas poderosas, se había vuelto paranoico. Los seres humanos comunes solo temen por su propia vida, los poderosos no gozan de tal privilegio.

Su mayor miedo es morir privados de su poder.

Pero ahora te dejo, amigo mío. El viaje que me espera es largo y todavía no estoy seguro de que, al final, acabe consiguiéndolo. Aunque los temores que ahora siento en mi corazón también son increíblemente placenteros. Había olvidado lo imprevisible que es la existencia. Allí fuera me esperan obstáculos e impedimentos, pero estoy feliz porque esto, al fin y al cabo, forma parte de la vida de todos los seres humanos.

En cuanto a nosotros dos, continuaré pensando en ti con afecto paternal. Sé que me buscarás, de modo que es probable que volvamos a vernos. Dejemos que sea el destino quien decida por los dos.

Mientras tanto, te deseo que recuperes la memoria de lo que te ocurrió anoche.

Tuyo,

Cornelius Van Buren

Marcus cerró el incunable y se sentó en el catre. Su derrota lo había dejado exhausto. Nunca podría contarle a Sandra una verdad como esa, no sin antes desvelarle el secreto de que el Vaticano tenía prisionero a un monstruo como Van Buren desde hacía veintitrés años.

Había salido corriendo de casa de Matilde Frai sin dar explicaciones porque lo único que deseaba era llegar a tiempo de detener a Cornelius. Pero el asesino en serie había sido más rápido que él.

Dos fragmentos de su mensaje lo habían impresionado. El primero era que le deseaba que recuperara la memoria. «¿Por qué me estaba ocupando de este caso?», se preguntó por enésima vez el penitenciario, y volvió a maldecirse.

—«Su mayor miedo es morir privados de su poder» —repitió, recordando la segunda frase del escrito que lo había dejado perplejo.

Después, por fin, tuvo una intuición. Las palabras que dijo el comisario Crespi a Sandra al borde de la muerte.

«Un chantaje», se dijo, y de repente lo vio todo con claridad.

57 minutos para el amanecer

Lo sorprendió frente a la gran chimenea de travertino rosa. Exactamente en el mismo punto en que se encontraba cuando se vieron la última vez, casi veinticuatro horas antes.

Solo que ahora el cardenal no lo había oído entrar en el ático con vistas exclusivas sobre los Foros Imperiales. Cuando advirtió su presencia, palideció. Como un vivo que acaba de ver a un muerto. Marcus no podía saber hasta qué punto era cierta esa comparación. Erriaga conocía el contenido del cuaderno: la confesión de un moribundo.

—Fue usted quien me encargó que investigara —dijo—. Me confió el caso de la desaparición de Tobia Frai, pero por desgracia lo olvidé.

—¿Y no es mejor para todos? —rebatió con calma el alto purpurado.

—¿Cuándo fue? —preguntó el penitenciario.

—Hace unas semanas.

La idea de haber perdido el recuerdo de tantos días sobrecogió a Marcus.

—¿Por qué? ¿Qué interés podía tener para usted un niño desaparecido hace nueve años?

Erriaga suspiró.

—Cuando ayer fui a buscarte a la buhardilla de la Via dei Serpenti, mientras esperaba a que volvieras a casa, encontré una foto en blanco y negro debajo de la almohada de tu cama... Ella no sabe que la estás fotografiando, se ve por su mirada. Pero de la imagen emergen muchas verdades. Como no puedes tocarla como un hombre, te conformas con que la luz vaya a acariciarla y luego vuelva hacia ti, para imprimirse en la película. —Suspiró de nuevo—. Estoy convencido de que no piensas en tus sentimientos como en un pecado, algo por lo que debas confesarte y que requiera el perdón de Dios.

—Ya no —admitió el penitenciario.

—Entonces puedes entenderme.

Marcus se dio cuenta de que Erriaga sujetaba un cuaderno en una mano.

—¿Quién podía imaginar que esa joven novicia había sido enviada por un infame asesino para seducirme? —prosiguió el cardenal.

—Usted es el padre. —A pesar de que Marcus ya lo sabía, necesitaba decirlo en voz alta justo ahora, en esa habitación—. Durante nueve años, Van Buren ha intentado chantajearlo sirviéndose del niño.

—Y mientras tanto, se preparaba para huir. —Al cardenal ya le había llegado la noticia de la masacre acaecida en el convento—. Me ha distraído, ha sido hábil y también muy astuto.

—Sabía que no cedería, lo conocía bien.

—Por lo que parece, sí. —Sonrió, pero duró poco.

—¿Qué hay en el cuaderno, cardenal? —preguntó Marcus con mucho apremio.

Erriaga lo miró.

—Tu memoria.

La revelación lo impresionó.

—Tengo derecho a saber.

—Escribiste tu pecado y lo dejaste en el reclinatorio de un confesionario. —Agitó el librito—. Lo que refieren estas páginas ha sido juzgado por el Tribunal de las Almas.

—¿Cuál es mi culpa? Dígamelo.

Erriaga le dedicó una mirada compasiva.

—Créeme, no te gustaría saber lo que pone.

Marcus notó que unas cálidas lágrimas afloraban a sus ojos. Era rabia, pero también cansancio, frustración.

—Dígame al menos si conseguí salvar la vida del niño.

Erriaga asintió.

El penitenciario se echó a llorar.

—Si yo caigo, caerá también el Tribunal de las Almas —afirmó el cardenal inesperadamente—. El Abogado del Diablo no puede tener ninguna mancha en su pasado.

Marcus levantó la mirada hacia él.

—¿Qué intenta decirme?

—Que ambos somos pecadores, que mereceríamos ser condenados. Pero también somos indispensables para la Iglesia. ¿Qué pasaría si, a causa de nuestra fragilidad de seres humanos, nos viéramos obligados a abdicar de nuestras funciones? ¿Qué sucedería si dejáramos de velar contra el mal? Tenemos una tarea que llevar a cabo, no podemos permitirnos pedir perdón.

Finalmente Marcus lo comprendió. Y le provocó náuseas.

—«Su mayor miedo es morir privados de su poder» —repitió citando las palabras de Van Buren.

Pero el cardenal no había terminado.

—Llevaste al niño a un lugar seguro, luego lo dejaste solo pero con la promesa de que alguien iría pronto a buscarlo.

—¿Por qué iba a hacer algo así?

—Porque sabías que ibas a morir.

—Y lo escribí en el cuaderno, ¿verdad? Ahí dentro revelo dónde está el escondite de Tobia Frai. Al dejarlo en el confesionario, me aseguraba de que la información llegara hasta usted... Su padre.

—Me has dado la oportunidad de salvar a mi único hijo —confirmó Erriaga—. Y te lo agradezco. Ha sido muy noble por tu parte.

Marcus lo vio acercarse de nuevo a la chimenea de travertino rosa y mirar las llamas.

—¿No lo hará, verdad? No piensa cuidar de la sangre de su sangre...

—Algunas culpas deben permanecer en secreto —dijo el cardenal mirando el cuaderno—. Hay pecados que no pueden perdonarse. —Y lo arrojó al fuego.

EL AMANECER

El sol había salido, pero todavía faltaban veinticinco minutos para la finalización del apagón programado.

Vitali estaba quieto en el centro de la sala de operaciones del hormiguero, una vez más con un vaso de papel en la mano. Bebía agua fresca.

Habían ocurrido muchas cosas en las últimas cuatro horas.

El ejército había entrado en la ciudad y había tomado el centro histórico. Los ingenieros militares se estaban ocupando de salvar vidas humanas de la riada de barro descargada por el Tíber. Una compañía de policías había realizado una redada en el parque de atracciones del EUR y había detenido a una cincuentena de personas. Por las calles, había comenzado una caza al hombre por parte de los agentes de la ley. Se habían hecho centenares de detenciones y arrestos, pero el saneamiento —como lo había definido el *questore* Alberti— todavía no había terminado.

Se hacía difícil contar los muertos. El balance era grave. «Pero podía haber sido peor», pensó el inspector. Muchos civiles, miembros de las fuerzas del orden. Muchos inocentes, demasiados niños.

Las causas eran dos.

El apagón y la violencia del temporal habían creado una situación única y casi irrepetible. Si hubiera ocurrido solo una de las dos cosas, probablemente la emergencia no habría provocado daños ni pérdidas tan ingentes.

Y había otro aspecto que se debía tener en cuenta. La histeria colectiva que había afectado a todo el mundo, a los malos y también a los buenos. La gente, privada de repente de un bien esencial como la energía eléctrica, se había sentido perdida, abandonada en la oscuridad. La reacción de muchos había sido inadecuada, irracional.

«La oscuridad cambia la percepción de la realidad —se dijo Vitali—. Como cuando eres niño. De día, tu dormitorio es el lugar de los juegos, de la despreocupación. De noche, es el reino de las sombras de las que escapar escondiéndote debajo de las sábanas».

Como había previsto, empezaba a saberse que la mayor parte de las víctimas no habían encontrado la muerte por la calle, sino en el interior de sus viviendas. Antiguas desavenencias entre conocidos, rencores encubiertos

durante años en las familias y otras formas de odio doméstico se habían impuesto con la oscuridad transformándose en motivos de sangrientas venganzas. Y, a pesar de que la interrupción de la corriente eléctrica había sido anunciada con tiempo, incluso había quien había muerto de un infarto en el ascensor. Vitali sacudió la cabeza al pensarlo, a él no le gustaban las personas. «Dentro de unos minutos ya tendréis Internet, malditos idiotas. Así podréis volver a quejaros de todo, y más que nada de vuestra vida de inútiles desgraciados, en alguna mierda de red social». Él también estaba enfadado, pero solo porque esa noche había perdido sus magníficos mocasines marrones.

Unos minutos más y todo volvería a la normalidad. Al menos hasta el próximo apagón o la próxima lluvia torrencial. Vitali sabía que la gente olvidaría deprisa, nadie aprendería nada de esa noche. Excepto, tal vez, los muertos. En cuanto a sí mismo, se metió una mano en el bolsillo y sacó el papel en el que un experto en retratos robot, siguiendo su descripción, había dibujado la fisonomía de un rostro.

—Marcus —dijo Vitali sin que nadie de los presentes lo advirtiera. A continuación, bebió un último sorbo de agua fresca y arrugó el vaso. Al final, para no contribuir aún más al caos del universo, lo arrojó en el compartimento correspondiente al reciclaje del papel.

Le dijo que fuera a la Via dei Serpenti y que lo esperara allí. La encontró sentada en el suelo del rellano, de espaldas a la puerta.

—Mi casa en Trastevere ha quedado destruida por la riada —dijo Sandra—. No tengo ningún sitio adonde ir.

Él la cogió de la mano y la ayudó a levantarse. A continuación entraron en el pequeño refugio.

La maleta estaba abierta, abandonada en el suelo. La silla. El camastro puesto en un rincón, con las mantas revueltas. No le dio tiempo a hablar. La atrajo hacia sí y la besó. Era la segunda vez.

—He fracasado —dijo Marcus.

—No pasa nada —contestó Sandra. A continuación empezó a desnudarlo.

Él hizo lo mismo. Ya la había visto desnuda, todas las veces que la había seguido al hotel donde, tendida en la cama, en la oscuridad, se dejaba tomar por hombres y mujeres desconocidos. Pero sintió un extraño escalofrío al acariciar su piel. Se tendieron sobre el colchón sin dejar de buscarse los labios en ningún momento. Se oía el sonido de sus respiraciones jadeantes en el afán por tomarse, el resto era silencio. Marcus le puso una mano en la pierna y

lentamente se abrió camino. Cuando la penetró ella todavía no estaba lista, y gimió. Pero luego enseguida empezó a acompañarlo en cada uno de sus movimientos. Él le apretó los pequeños pechos y se los besó hasta el infinito, para que saciaran su deseo. Ella se apartó e, inesperadamente, empezó a descender por su tórax, una interminable hilera de besos. Después puso la boca sobre su carne para demostrarle lo mucho que le pertenecía. Él se abandonó y cerró los ojos, perdido en el olvido de sus propios sentidos. Cuando Sandra se dio cuenta de que ya no resistiría más, se puso encima de él y empujó, empujó fuerte. Y acogió su semen en su propio vientre. Se abandonó, buscando refugio en el recoveco de su cuello. Jadeaban y eran felices. No se miraron a los ojos, pero sabían que se tenían el uno al otro.

Se quedaron dormidos.

Sandra fue la primera en despertarse. No sabía cuánto tiempo había pasado, pero vio que volvía a ser de noche. Se levantó con cuidado para no molestarlo. Miró afuera por la ventana. La buhardilla daba a los tejados de Roma, la ciudad estaba de nuevo iluminada.

Sin saber por qué, su pensamiento regresó a David. Si su muerte prematura no hubiera hecho de ella una joven viuda, ahora no estaría ahí. Y tampoco hubiera experimentado esa nueva serenidad en el corazón. Era cierto: la vida necesitaba destrucción para seguir adelante. ¿Cómo habrían ido las cosas si su marido todavía estuviera vivo en ese mundo? Tal vez habrían descubierto una incompatibilidad cuya existencia no habían sospechado nunca, o divergencias insalvables que los habrían llevado al divorcio. O, peor todavía, seguirían estando juntos aun sabiendo que el amor se había terminado hacía tiempo.

«La vida es una cadena de acontecimientos —se dijo Sandra—, y si no aprendes a aceptar los dolorosos, no obtienes ninguna felicidad como recompensa». La prueba era que David había muerto y ella ya no sufría por su desaparición.

Ese era el motivo de que las luces de Roma parecieran estar encendidas solo para ella.

Delante de la ventana, Sandra se dio cuenta de que tenía frío. Se apartó para coger la sudadera del chándal del suelo. Se la envolvió en los brazos para ponérsela. En ese momento, Marcus se dio la vuelta en el camastro mostrándole la espalda.

La policía se quedó paralizada.

El penitenciario abrió los ojos y la vio.

—Hola. —Le sonrió.

Pero ella no le devolvió la sonrisa, no le contestó.

Marcus advirtió que algo no iba bien.

—¿Qué sucede?

Sandra alargó la mano para señalar. Temblaba.

Marcus no lo entendía, pero se apresuró a mirar qué había en su hombro derecho que tanto la asustaba. Y vio un tatuaje. El círculo azul. Fue en ese momento cuando lo comprendió todo, incluso sin recordar. La verdad lo dejó petrificado.

Matilde Frai no tenía nada que ver con los homicidios y las torturas. Había sido él.

El obispo Gorda. El Juguetero. La mano con el guante que metía primero la hostia negra y luego la sosa cáustica en la boca del traficante en el vídeo del móvil. La trampa de ceniza en el piso franco preparada expresamente para Crespi. El Alquimista colgado del techo calzado con sus zapatos.

«Todas las pistas conducían a mí, solo a mí».

Erriaga había dicho que le había confiado, unas semanas antes, el caso de la desaparición de un menor que se remontaba a nueve años atrás. No le había dado más explicaciones, solo un nombre: Tobia Frai. Tal vez el cardenal estaba cansado de los chantajes de Van Buren. El penitenciario al final había conseguido encontrarlo y esconderlo en un lugar seguro. Pero, para obtener ese resultado, había tenido que matar a personas. En su lista solo faltaba un nombre, el del Maestro de las Sombras.

«Yo puse la foto de Sandra en la memoria del móvil antes de abandonarlo en el taxi. Quería que ella estuviera implicada, que descubriera lo que había hecho».

Después de llevarse a Tobia de la casa del Alquimista, lo había anotado todo en el cuaderno para dejarlo en un confesionario, sabiendo que lo pondrían en conocimiento de Erriaga. Después fue a ver al Juguetero: desde allí realizó la llamada a Matilde Frai, haciéndole escuchar la voz del muñeco con la apariencia de su hijo. Debía provocar su reacción para que condujera a Sandra hasta el Maestro. En ese momento, su labor había terminado: podía ir al lugar en el que había decidido morir. La prisión del Tullianum.

«Primero doblé la ropa y puse encima los zapatos de tela blanca porque quería que se entendiera que me había metido voluntariamente ahí abajo, desnudo y esposado. Metí la llave de las esposas en un lugar donde creía que nunca podría recuperarla: en mi estómago. Hice todo eso para castigarme por la muerte terrible que había infligido, por el dolor que había provocado».

«Encuentra a Tobia Frai».

«Ese mensaje no era para mí, era para Sandra. Cuando encuentren mi cuerpo, te preguntarán por qué lo he hecho. Pero cuando encuentres al niño, lo entenderás. Él es la respuesta, el motivo por el que he muerto aquí».

Las otras hojas arrancadas del cuaderno también eran para ella: su nombre en la bañera del Juguetero, los números en el archivo de los crímenes sin resolver. Para que pudiera seguir la pista de la sangre que había derramado.

Sandra lo miraba sin poder retener las lágrimas.

—¿Por qué?

Marcus bajó los ojos.

—Porque el único modo de salvar a ese niño era convirtiéndome en uno de ellos. —Ahora se daba cuenta. Pero Tobia Frai probablemente ya había muerto en el lugar donde lo había escondido para protegerlo, y él había vendido inútilmente su alma al Señor de las Sombras—. El Captagon —dijo. Antes de bajar al pozo de la prisión, había probado la hostia negra. Por eso no recordaba nada. La sustancia alucinógena había despertado su antigua amnesia, aunque esta vez por lo menos le había dejado el recuerdo de quién era.

Erriaga tenía razón. El pecado que había confesado en el cuaderno antes de ir a morir al Tullianum era demasiado grande y demasiado grave. Habría sido mejor no comprender la verdad, no saberlo. Olvidar.

«Anomalías», se dijo Marcus.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó Sandra, esperando que él dijera algo que borrara esa pesadilla—. ¿Qué será de nosotros?

—Hay un lugar en el cual el mundo de la luz se encuentra con el de las tinieblas —respondió Marcus, repitiendo lo que le habían enseñado—. Es allí donde sucede todo: en la tierra de las sombras, donde todo es enrarecido, confuso, incierto. Yo soy el guardián que defiende esa frontera. Porque de vez en cuando algo consigue cruzar... Soy un cazador de la oscuridad. Y mi labor es hacerlo volver atrás.

33 días después del amanecer

Un pálido sol primaveral secaba la humedad de las calles.

El centro de Roma estaba en obras. Modernas ruinas se habían añadido a las más antiguas, pero había empezado la reconstrucción.

Todavía no se había restablecido la red viaria, solo podían circular los vehículos autorizados. Entre ellos, un Audi negro con matrícula de la Ciudad del Vaticano. Mientras el chófer pasaba por la Via de los Foros Imperiales, el cardenal Erriaga admiraba la transformación de Roma a través de los cristales tintados de la lujosa berlina.

La catástrofe había cambiado para siempre el paisaje, pero había traído consigo algún efecto positivo. Por ejemplo, se registraba un claro aumento de las conversiones. Mucha gente, después de la desesperación, había abrazado la fe católica. Prueba de ello era el incremento de las donaciones de dinero para beneficencia. Como Erriaga no creía merecerse el paraíso, para consolarse de la tragedia se había regalado un nuevo crucifijo de brillantes y amatistas que combinaba perfectamente con el color púrpura del hábito de seda.

—¿Quiere que suba el aire acondicionado, eminencia? —preguntó el chófer.

—Está bien así, gracias —contestó el cardenal, que en ese momento disfrutaba de la cálida caricia de un rayo de sol.

Poco después dejaron la ciudad a su espalda y empezaron a recorrer carreteras rurales. La naturaleza había sido la única en beneficiarse de las intensas lluvias del mes anterior. Ahora brotaba exuberante y llena de aromas.

Erriaga se descubrió sereno, cuando en cambio debería haber estado preocupado. El mundo era un lugar menos seguro desde que Cornelius Van Buren había escapado. A saber cuántas personas ya habían pagado con su vida el solo hecho de haberse cruzado en su camino. Debería haberse ocupado de ello el penitenciario, pero el cardenal no tenía noticias suyas desde el día del apagón. Cuando, ante su mirada impotente, arrojó a las llamas el cuaderno con la confesión.

—Eminencia, hemos llegado —anunció el chófer.

Erriaga miró la casa colonial en lo alto de la colina. Poco después, el Audi negro se detuvo en la explanada. El conductor fue a abrirle la portezuela y el purpurado puso los zapatos ingleses hechos a mano en la grava polvorienta.

Dos monjitas fueron a su encuentro.

—Bienvenido, eminencia —le dijeron a coro.

El cardenal bendijo sus cabezas gachas con un gesto apresurado de la mano.

—¿Os habéis ocupado de todo?

—Sí, eminencia. Tal como nos pidieron.

—Bien —las felicitó él—. Acompañadme.

Las dos monjas lo escoltaron al interior de la casa. Olía a refectorio y a sopa. Erriaga pensó que había lugares en los que ese aroma no se iba nunca. Subieron por una escalera hasta el primer piso. Luego, tras haber recorrido un corto pasillo, las religiosas lo hicieron entrar en una habitación vacía.

—Esta tiene la mejor vista, eminencia —le aseguró una de las hermanas.

Erriaga se dirigió rápidamente a la ventana y la abrió para comprobarlo. Efectivamente, desde el alféizar se dominaba el valle que había más abajo, con los viñedos y los pastizales. Pero esa no era la vista que le interesaba al cardenal.

Debajo de él había un pequeño campo de fútbol de tierra batida. Dos equipos de chiquillos se enfrentaban persiguiendo un balón.

—¿Cómo están los huérfanos? —preguntó—. ¿Son obedientes? ¿Estudian? ¿Comen lo suficiente?

—Sí —confirmó la monja—. Están bien.

Erriaga asintió satisfecho.

—Me alegro. —Al no poder pedir información sobre el único niño que le interesaba, se conformó con genéricos comentarios tranquilizadores. En realidad, ni siquiera sabía qué cara tenía ni si todavía se parecía a la foto que habían publicado los periódicos hacía nueve años—. ¿El hombre de la cicatriz en la sien ha vuelto a venir?

—No, eminencia. No ha vuelto desde aquella noche.

Erriaga volvió a cerrar la ventana. Había visto suficiente.

—Volveré —prometió, y se marchó.

NOTA DEL AUTOR

Un proverbio utilizado en todo el mundo, pero del que se ignora la paternidad, dice que «Roma no se hizo en un día».

Sin embargo, he descubierto que para destruirla se tarda mucho menos.

Siempre he sabido que Roma ha sufrido varias devastaciones. La más famosa sigue siendo el incendio que se atribuye a la voluntad del emperador Nerón, aunque se trata de una invención de la historia. Con más frecuencia el responsable ha sido el Tíber.

Y, con todo, la idea de esta novela se me ocurrió el 19 de febrero de 2015, cuando, con ocasión del partido de fútbol Roma-Feyenoord, los *hooligans* holandeses (¡malditos sean!) destrozaron en pocos minutos la Piazza di Spagna y estropearon irremediablemente la fuente de la Barcaccia.

Al día siguiente, todavía enfadado e indignado, fui a sentarme en el despacho de mi amigo el profesor Massimo Parisi y le pregunté, cándidamente, cómo podría destruir la Ciudad Eterna en menos de veinticuatro horas. Él no se inmutó y me dijo: «Es sencillo, haz que llueva incesantemente durante dos días y provoca una avería en una central eléctrica: al cabo de pocas horas se producirá el caos». Luego invirtió toda una tarde en explicarme las consecuencias catastróficas que una combinación banal de acontecimientos como esa provocaría en la vida de todos los romanos.

Pero necesité al menos otro año de investigaciones para profundizar en la viabilidad del suceso, así como en los efectos a corto plazo. Tuve que consultar a varios expertos —y algunos eran verdaderas autoridades en la materia— para llegar al resultado final. Geólogos, arqueólogos, ingenieros, urbanistas y meteorólogos se divirtieron proporcionándome su versión del apocalipsis. Tuve que aprender muchas cosas que no sabía (¡y que no habría pensado nunca que tendría que saber!).

Pero acabé siendo realmente capaz de destruir Roma.

Tengo que admitir que, al escribir esta historia, me he sentido como el héroe malvado de una novela gráfica. El detalle del Captagon, añadido a mi muy personal plan para aniquilar la ciudad, lo debo, sin embargo, a Marta Serafini y a un revelador artículo aparecido en el *Corriere della Sera*.

Además, tengo una deuda con las fuerzas de policía italianas, que, durante estos años, nunca me han dejado de aconsejar y apoyar. En estas circunstancias, aparte de ilustrarme sobre los planes de seguridad previstos en caso de catástrofe, tuvieron la paciencia de contestar a todas mis absurdas preguntas.

Como quería que las páginas transmitieran un sentimiento de pérdida y de claustrofobia, decidí aceptar la oferta de Francesco Orfino de hacerme de guía por el subsuelo de Roma. La villa patricia que visitan Marcus y Sandra existe realmente y la mirada feliz de los dos esposos, dueños de la casa, sigue estando protegida por la oscuridad.

Como siempre, no puedo olvidar la aportación de mi amigo el padre Jonathan, inspirador de la saga de los penitenciaros.

Pero el agradecimiento más sincero es para la Penitenciaría Apostólica — el verdadero Tribunal de las Almas— y para todas las personas que trabajan desde hace siglos por la conservación del precioso archivo de los pecados. Conocerlos y ser admitido en el palacio de la Cancillería ha sido un privilegio que nunca podré olvidar.

DONATO CARRISI

AGRADECIMIENTOS

A Stefano Mauri, editor y amigo. Y, junto a él, a todos los editores que me publican en el mundo.

A Fabrizio Cocco, Giuseppe Strazzeri, Raffaella Roncato, Elena Pavanetto, Giuseppe Somenzi, Graziella Cerutti, Alessia Ugolotti y a la dulce Cristina Foschini, gracias por vuestra pasión.

A Andrew Nurnberg, Sarah Nundy, Barbara Barbieri, Giulia Bernabé y a las extraordinarias colaboradoras de la agencia de Londres.

A Tiffany Gassouk, Anais Bakobza, Ailah Ahmed.

Este libro también ha sido escrito gracias a la contribución, a veces involuntaria, de mi gran familia, de los amigos de toda la vida y de aquellos más recientes. A ellos se añade la aportación de las que yo llamo «eternidades presentes», seres humanos que consiguen cambiarte la vida simplemente estando a tu lado.

Los nombres son superfluos, ellos saben perfectamente cuánto los quiero.



DONATO CARRISI. (Martina Franca, Italia, 25 de marzo de 1973) es un escritor, guionista y periodista italiano, ganador del Premio Stall en 2009 con *Lobos*.

Licenciado en Derecho y especializado en Criminología y Ciencias del Comportamiento.

Comenzó su carrera como escritor de teatro a los 19 años. La primera obra, *Molly Morgan y Morthy* la escribió para Vivarte Theatre Group (fundada con su amigo y compañero Vito Lo Re), y fue seguida por otras obras: *Cadaveri si nasce!*, *Non tutte le ciambelle vengono per nuocere*, *Arturo nella notte*.

También escribió el musical *The Siren Bride y Dracula*, cuya banda sonora fue compuesta por Vito Lo Re.

Lobos, publicado en 2009, su primera novela, ganó numerosos premios incluyendo el Premio Stall. Le siguieron *El Tribunal de Justicia de las almas* (2011) y *La mujer de las flores de papel* (2012).